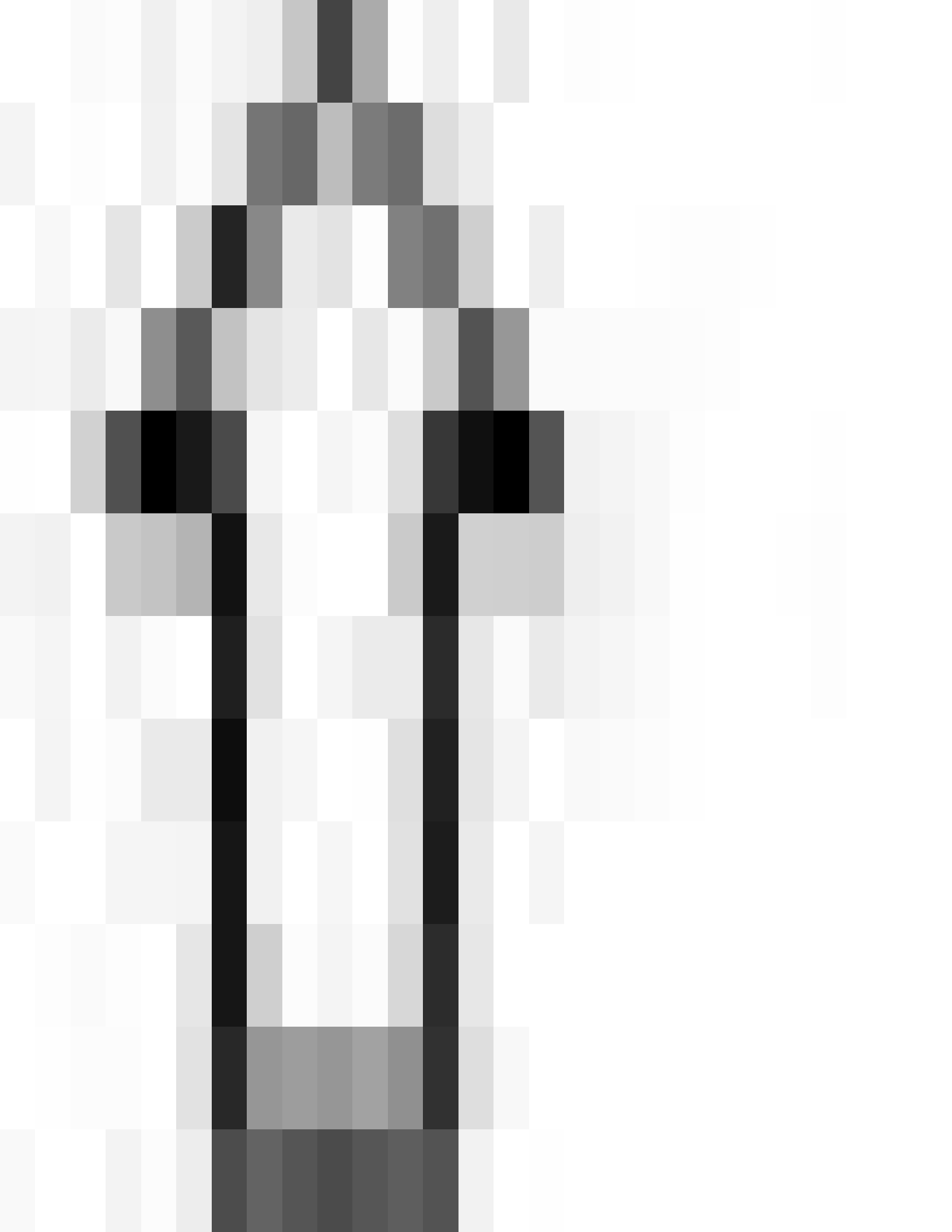




Donde mueren las olas

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Donde mueren las olas
Minette Walters

OceanofPDF.com

Para Marigold y Anthony

Quiero expresar mi agradecimiento a Sally y John Priestley de XII Bar Blues, y a Encombe House Estate.

Domingo 10 de agosto de 1997, 1:45 h.

Se dejaba llevar por las olas, cayendo de sus crestas y volviendo a despertar, más y más desesperada, cada vez que el agua salada le bajaba ardiendo por la garganta. Durante los intermitentes períodos de lucidez en que recordaba, con profundo asombro, lo que le había pasado, no era el acto brutal de la violación lo que permanecía indeleblemente grabado en su memoria, sino el momento en que le habían roto los dedos.

Domingo 10 de agosto de 1997, 5:00 h.

La niña estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, como una diminuta estatua de Buda, y la pálida luz del amanecer suavizaba el tono de su semblante. Él no sentía nada por ella, ni siquiera la más elemental compasión, pero no podía tocarla. La niña lo contemplaba con la misma solemnidad con que él la contemplaba a ella, cautivado por su inmovilidad. A él no le habría costado nada romperle el cuello, pero le pareció intuir una sabiduría ancestral en su concentrada mirada, y esa idea lo asustaba. ¿Era consciente la niña de lo que él acababa de hacer?



Prólogo

Extracto de *La mente del violador*, de Helen Barry

Los expertos consideran que la violación es un ejercicio de dominación masculina, una reafirmación patológica de poder, frecuentemente provocada por un sentimiento de odio hacia el sexo femenino en general o por un sentimiento de frustración motivado por un individuo en concreto. Al obligar a una mujer a aceptar la penetración, el hombre no sólo demuestra su superioridad física, sino también su derecho a plantar su simiente donde y cuando se le antoje. Eso ha elevado al violador a la categoría de personaje legendario -diabólico, peligroso, astuto -, y el hecho de que pocos violadores merezcan semejantes calificativos pasa a un segundo plano ante el temor que inspira ¡a leyenda.

En un elevado porcentaje de casos (incluidas las violaciones domésticas, entre novios y las que tienen lugar dentro de un grupo), el

violador es un individuo inepto que pretende reforzar su pobre imagen de sí mismo atacando a una persona a la que considera más débil. Es un hombre de escasa inteligencia, poco sociable y con un profundo sentido de su propia inferioridad respecto al resto de la sociedad. Es más habitual que el violador tenga un arraigado temor a las mujeres que un sentimiento de superioridad, y eso seguramente se debe a su incapacidad de establecer relaciones satisfactorias.

Para ese tipo de personas la pornografía se convierte en un medio para lograr un fin, porque necesitan la masturbación tanto como un heroinómano necesita su dosis de droga. Sin orgasmo, el adicto al sexo no experimenta nada. Sin embargo, su carácter obsesivo, combinado con su falta de éxito, lo convierte en un compañero poco atractivo para el tipo de mujer que su complejo de inferioridad necesita, es decir, una mujer que atrae a hombres de éxito. Si es que tiene alguna relación, su pareja será una mujer que ya ha sido utilizada y maltratada por otros hombres, lo cual no hace más que exacerbar los sentimientos de ineptitud e inferioridad del violador.

Podría argumentarse que el violador, una persona de limitada inteligencia, limitada sensibilidad y limitada capacidad para relacionarse, debería inspirar más lástima que temor, porque su peligro radica en la supremacía que la sociedad le ha atribuido sobre el llamado sexo débil. Cada vez que jueces y periódicos demonizan y mitifican al violador como un peligroso predador, no hacen más que reforzar la idea de que el pene es un símbolo de poder.

↑ Capítulo 1

La mujer estaba tumbada boca arriba en la playa de guijarros, a los pies de Houns-tout Cliff, contemplando el despejado cielo; el cabello rubio claro, que se le había secado al sol, formaba una apretada masa de rizos. Tenía arena adherida al abdomen, y parecía que llevara una prenda de tela fina, pero los círculos oscuros de sus pezones y el vello del pubis demostraban que estaba desnuda. Tenía un brazo doblado lánguidamente alrededor de la cabeza, mientras que el otro descansaba, con la palma de la mano hacia arriba, sobre los guijarros, y los dedos eran mecidos por las pequeñas olas que los acariciaban a medida que subía la marea; las piernas,

relajadas y separadas sin el menor pudor, parecían invitar al calor del sol a que penetrara directamente en su cuerpo.

Por encima de ella se alzaba la escarpada ladera de pizarra de Hounstout Cliff, con las irregulares franjas de resistente vegetación que se aferraba a sus salientes. En invierno y otoño estaba a menudo envuelta en niebla y lluvia, pero ahora, iluminada por el brillante sol estival, parecía un lugar apacible. A dos kilómetros de distancia en dirección oeste, por el camino de Dorset, que avanzaba pegado a la parte más alta de los acantilados hasta Weymouth, un grupo de excursionistas se acercaba sin prisas, deteniéndose de vez en cuando para ver cómo los cormoranes se lanzaban en picado hacia el mar como diminutos misiles teledirigidos. Hacia el este, por el camino de Swanage, un paseante solitario pasó por delante de la capilla normanda del cabo St Alban de camino hacia el crisol rodeado de rocas de Chapman's Pool, cuyas transparentes y azules aguas constituían un atractivo fondeadero cuando soplaban vientos flojos de tierra. Debido a las empinadas cuestas que rodeaban la cala, muy poca gente llegaba por tierra a sus playas, pero los fines de semana de buen tiempo, a la hora de comer, fondeaban allí más de diez barcos, meciéndose al compás de las olas que pasaban por debajo de ellos.

De momento, sólo un barco, un Princess de 32 pies, había asomado por el canal de entrada, y el traqueteo de la cadena del ancla se distinguía por encima del ruido de los motores. Detrás de él, y a escasa distancia, apareció la proa de un Fairline Squadron que acababa de doblar el cabo St Alban, sorteando a los yates que se mecían suavemente. Eran las diez y cuarto de uno de los domingos más calurosos del año, pero a la mujer que tomaba el sol desnuda, al otro lado de Egmont Point, no parecían importarle ni el calor abrasador ni la posibilidad de tener compañía.

Los hermanos Spender, Paul y Daniel, habían visto a la nudista al rodear el cabo con sus cañas de pescar, y ahora estaban encaramados en un saliente poco firme, unos treinta metros por encima de ella y hacia su derecha. Se estaban turnando para mirarla con los caros prismáticos de su padre, que se habían llevado de la casa de veraneo alquilada sin que él se enterara, envueltos en un fardo de camisetas y avíos de pesca. Llevaban una semana de vacaciones y todavía les quedaba otra, y para el mayor de los dos hermanos la pesca no era más que un pretexto. Aquella remota región de la isla Purbeck no ofrecía grandes atractivos para un adolescente en ciernes,

pues había pocos habitantes, pocas distracciones y ni una sola playa de arena. Lo que él llevaba días deseando hacer era espiar a las mujeres en bikini que tomaban el sol en las lujosas lanchas que fondeaban en Chapman's Pool.

—Mamá nos dijo que no escaláramos los acantilados porque es peligroso -susurró Danny, el virtuoso hermano de diez años, menos interesado que su hermano por las nudistas.

—Cierra el pico.

—Si se entera de que hemos estado espiando a una nudista nos castigará.

—Lo que pasa es que estás asustado porque nunca habías visto a una mujer desnuda.

—Ni tú tampoco -musitó el hermano menor con indignación-. Además, es una marrana. Seguro que la está viendo todo el mundo.

Paul, que era dos años mayor, recibió ese comentario con el desdén que merecía, pues no se habían cruzado con nadie por el camino, y se concentró en aquel cuerpo maravillosamente accesible. No alcanzaba a distinguir la cara de la mujer, pero el aumento de las lentes era tan fabuloso que veía el resto de detalles a la perfección. Paul no tenía suficiente experiencia sobre el desnudo femenino como para que le llamaran la atención los cardenales que aquella mujer tenía en el cuerpo, pero en cualquier caso no se habría fijado en ellos. Él había soñado muchas veces que se le presentaba una ocasión como aquella y podía explorar a su antojo el cuerpo desnudo de una mujer, aunque fuera a través de unos prismáticos. La suave curva de sus pechos le pareció insoportablemente erótica, y se detuvo en los pezones, preguntándose qué tacto tendrían, y cómo reaccionarían a una caricia. Recorrió cariñosamente el abdomen, deteniéndose en el ombligo, antes de volver a lo que más le interesaba: las piernas abiertas y lo que había entre ellas. Avanzó un poco ayudándose con los codos, retorciéndose como una serpiente.

—¿Qué haces? — preguntó Danny con desconfianza, arrastrándose también detrás de su hermano-. ¿Porquerías?

—Claro que no. — Paul le dio un golpe en el brazo-. ¿Es que nunca piensas en nada que no sea en hacer porquerías? Ten cuidado, cochino, o se lo contaré a papá.

Durante la pelea que se desencadenó -un acalorado combate de brazos entrelazados y patadas-, al hermano mayor se le cayeron los prismáticos

Zeiss, que se precipitaron por la pendiente provocando una avalancha de esquisto. Los niños, aterrados, abandonaron la pelea y se asomaron al borde para ver, desconsolados, qué había sido de los prismáticos.

—Si se han roto será culpa tuya -susurró Danny-. Se te han caído a ti.

Pero por una vez su hermano no mordió el anzuelo. Le interesaba más la persistente inmovilidad de aquel cuerpo. De pronto comprendió, con súbita aprensión, que se había estado masturbando mientras contemplaba a una mujer muerta.

↑ Capítulo 2

Las transparentes aguas de Chapman's Pool ondulaban suavemente hacia la playa de guijarros de la bahía, donde formaban una franja de espuma. Hasta ahora había tres barcos anclados allí; dos llevaban bandera inglesa: el *Lady Rose*, un Princess, y el *Gregory's Girl*, un Fairline Squadron; el *Mirage*, un Beneteau, llevaba bandera francesa. Sólo en el *Gregory's Girl* se veía alguna actividad; un hombre y una mujer intentaban arreglar el cabrestante del pescante del bote, que se había atascado. En el *Lady Rose* había una pareja ligera de ropa que, embadurnada de aceite, tomaba el sol tumbada en el puente, con los ojos cerrados; mientras en el *Mirage*, una quinceañera provista de una cámara de vídeo enfocaba distraídamente una larga panorámica de la empinada ladera de West Hill, en busca de algo que valiera la pena filmar.

Nadie se fijó en la precipitada huida de los hermanos Spender por la bahía, aunque la francesita sí vio al hombre que bajaba solo por la ladera, dirigiéndose hacia ellos. Como miraba a través de la cámara, sólo alcanzó a ver al atractivo joven que aparecía en el encuadre, y su sensible corazón dio un vuelco de emoción al imaginarse otro encuentro fortuito con aquel guapo inglés. Lo había conocido dos días atrás en el puerto deportivo Berthon, en Lymington, cuando, con una espléndida sonrisa, él le había proporcionado el código que abría la puerta de los lavabos, y ahora ella no podía creer que él estuviera allí, en aquel antro de aburrimiento y aislamiento que sus padres describían como una de las joyas de Inglaterra.

Para ella, que tenía una imaginación inagotable, aquel joven guardaba un asombroso parecido con Jean-Claude van Damme, con su camiseta sin mangas y sus pantalones cortos ceñidos -moreno, musculoso, con cabello

oscuro y lacio peinado hacia atrás, sonrientes ojos castaños, barba de dos días-, y en la embellecida narración de su propia vida, romántica e ingenua, ella se imaginaba que se desmayaba en los fuertes brazos de él y que se enamoraban locamente. Aprovechando la oportunidad que le brindaba la cámara, observó cómo al joven se le tensaban los músculos al dejar la mochila en el suelo, pero de pronto los frenéticos movimientos de los hermanos Spender ocuparon la lente de la cámara. La joven soltó un gruñido, apagó la cámara e, incrédula, se quedó mirando a los niños, que, desde aquella distancia, parecían dar brincos de alegría.

Pero si era demasiado joven para tener hijos... Se encogió de hombros con un gesto típicamente francés. Con los ingleses nunca se sabía.

Detrás del chucho que zigzagueaba enérgicamente en busca de un rastro, el caballo descendía cuidadosamente por el sendero que conducía de Hill Bottom a Chapman's Pool. Algunos tramos estaban asfaltados, pues por allí había habido una carretera, y también algunos edificios, que llevaban mucho tiempo abandonados y derruidos. Maggie Jenner había vivido casi siempre en aquella región, pero nunca supo por qué los escasos habitantes de aquel rincón de la isla se habían marchado dejando que el tiempo hiciera estragos en sus viviendas. En una ocasión alguien le había contado que *chapman* era un término arcaico que significaba comerciante o mercachifle, pero ella no alcanzaba a imaginar con qué mercancía se podía comerciar en aquel remoto lugar. Quizás era más sencillo y la bahía debía su nombre a que un vendedor ambulante se había ahogado en ella. Cada vez que tomaba aquel sendero pensaba que tenía que averiguarlo, pero en cuanto volvía a casa se olvidaba de ello.

Los jardines que en su día habían florecido allí habían dejado un persistente legado de rosas, malvarrosas y hortensias entre los matorrales, y pensó en lo agradable que sería tener una casa en medio de aquella jungla, encarada al sur, hacia el canal, y vivir con la única compañía de su perro y sus caballos. Debido a la amenaza de desprendimientos en los acantilados, el acceso de vehículos a Chapman's Pool estaba prohibido, y en Hill Bottom y Kingston había verjas que cerraban el camino; y aquella tranquilidad ejercía una potente atracción. Pero el aislamiento y la soledad se estaban convirtiendo casi en una obsesión para ella, y de vez en cuando eso la preocupaba.

Mientras cavilaba, oyó un vehículo que se acercaba avanzando lentamente entre baches y agujeros, así que silbó para que *Bertie* se colocara detrás de *Sir Jasper*. Se volvió sobre la silla de montar, suponiendo que sería un tractor, y frunció el entrecejo al ver el Range Rover de la policía. El automóvil aminoró la marcha al llegar a su altura, y Maggie reconoció a Nick Ingram, que iba al volante. El policía le sonrió y siguió adelante, dejando una nube de polvo en el camino.

Los servicios de emergencia se pusieron en marcha tras una llamada al 999 efectuada desde un teléfono móvil a las 10:43. La persona que llamó dijo llamarse Steven Harding, y explicó que había encontrado a dos niños que aseguraban haber visto un cadáver en la playa de Egmont Bight. Los detalles no estaban claros, porque los niños no mencionaron que la mujer estaba desnuda, y su nerviosismo y su atropellada forma de hablar hicieron pensar a Harding que «la mujer de la playa» era la madre de los niños, que se había caído por el precipicio mientras miraba con unos prismáticos. De ahí que la policía y los guardacostas actuaran suponiendo que la mujer todavía estaba viva.

Debido a la dificultad de evacuar a una persona gravemente herida de la playa, los guardacostas enviaron un helicóptero de rescate desde Portland. Entretanto, el agente Nick Ingram, que en ese momento investigaba un robo, se acercaba por el sendero que bordeaba la mal llamada West Hill, en la ladera oriental de Chapman's Pool. Había tenido que cortar la cadena de la verja de Hill Bottom con unas tenazas, y, mientras abandonaba su Range Rover junto a los cobertizos de los pescadores, confió en que los turistas no le siguieran. No estaba de humor para tratar con mirones.

La única forma de llegar desde los cobertizos hasta la playa donde yacía la mujer era por el mismo camino que habían tomado los niños: bordeando la bahía a pie y luego subiendo por las rocas de Egmont Point. Era un duro paseo para cualquiera que llevara uniforme, y Nick Ingram, que medía casi dos metros y pesaba más de cien kilos, estaba empapado de sudor cuando llegó junto a la mujer. Se inclinó, apoyando las manos en las rodillas, para recobrar el aliento, mientras oía el ruido ensordecedor del helicóptero y la corriente de aire que éste provocaba le agitaba la húmeda camisa. Aquello le parecía una grosera intromisión en el escenario de una muerte. Pese al calor que hacía, la mujer tenía la piel fría, y los ojos habían empezado a empañarse. Al policía le impresionó lo diminuta que parecía, allí tendida,

sola, al pie del acantilado, y lo insignificante que parecía su mano, que se mecía en la espuma.

Le sorprendió su desnudez, más aun cuando no había allí toallas, ropa, calzado ni ningún otro objeto personal. Ingram reparó en que la mujer tenía cardenales en los brazos, el cuello y el pecho, pero le pareció más probable que se los hubiera hecho al revolcarse sobre las rocas, impulsada por la marea, que al caer desde un acantilado. Volvió a inclinarse sobre el cadáver, en busca de alguna señal que indicara cómo había llegado hasta allí, pero tuvo que apartarse rápidamente, pues en ese momento la camilla bajaba sobre su cabeza.

El ruido del helicóptero y la voz amplificada que le daba instrucciones al policía atrajo a los curiosos. Un grupo de excursionistas se detuvo en lo alto del acantilado para contemplar la escena, mientras las personas que había a bordo de los barcos fondeados en Chapman's Pool se acercaban a la playa en sus botes para contemplar de cerca la operación. Reinaba cierto optimismo, porque todo el mundo daba por sentado que no estarían realizando el rescate a menos que la mujer siguiera con vida, y cuando la camilla empezó a elevarse hubo aplausos y vítores. La mayoría de la gente pensó que la mujer se había caído del precipicio; unos cuantos pensaron que quizá se había internado en el Chapman's Pool y había tenido dificultades para volver. Nadie sospechó que la habían asesinado.

Salvo Nick Ingram, quizá, que fue quien colocó el menudo y ya rígido cadáver en la camilla, indignado al ver cómo la muerte le había robado la dignidad a una mujer hermosa. Como siempre, la victoria le correspondía al ladrón, y no a la víctima.

Siguiendo las instrucciones de la operadora que atendió su llamada de emergencia, Steven Harding acompañó a los niños hasta el coche de policía que estaba aparcado junto a los cobertizos de los pescadores, donde los tres se quedaron esperando hasta que regresó su ocupante. Los hermanos, silenciosos y exhaustos tras su carrera por Chapman's Pool, querían marcharse de allí, pero su acompañante, un actor de veinticuatro años que se tomaba muy en serio su papel de cuidador, los intimidaba demasiado.

El joven vigilaba atentamente a los reservados niños (pensando que estaban demasiado impresionados para hablar) mientras intentaba animarlos contándoles lo que alcanzaba a ver de la operación de rescate. Salpicaba su discurso de expresiones como «Sois unos héroes», «Vuestra madre estará

orgullosa de vosotros», «Es una suerte tener unos hijos tan responsables». Pero hasta que el helicóptero no inició el regreso a Poole y el joven se volvió hacia ellos con una sonrisa de ánimo y les dijo: «Ahora ya no tenéis que preocuparos por nada. Mamá está en buenas manos», los niños no se dieron cuenta de su error. No se les había ocurrido que lo que parecían comentarios generales sobre su madre se referían concretamente a «la mujer de la playa».

–Pero si no es nuestra madre -dijo Paul.

–Nuestra madre se va a enfadar mucho -dijo Danny con su voz de soprano, envalentonado por la disposición de su hermano a interrumpir aquel prolongado silencio-. Nos ha dicho que si llegamos tarde a comer nos pondrá una semana a pan y agua. – Era un niño muy imaginativo-. Y todavía se enfadará más cuando le diga que ha sido porque Paul quería mirar a una nudista.

–Cállate -le espetó su hermano.

–Además, me ha hecho escalar el acantilado porque desde allí la veía mejor. Papá lo va a matar por estropear los prismáticos.

–Que te calles.

–Todo ha sido culpa tuya. No debiste soltarlos. ¡Maníaco! – añadió Danny con malicia, con la seguridad de que su acompañante lo protegería.

Harding vio cómo lágrimas de humillación se agolpaban en los ojos del hermano mayor. No hacía falta darle muchas vueltas a los comentarios de Danny («nudista», «ver mejor», «prismáticos» y «maníaco») para hacerse una idea de lo ocurrido.

–Espero que valiera la pena -dijo Harding con naturalidad-. La primera mujer a la que vi desnuda era tan fea y tan vieja, que tardé tres años en volver a tener ganas de ver a otra. Vivía en la casa de al lado, y era gorda como un elefante.

–¿Cómo era la siguiente? – preguntó Danny.

Harding miró al hermano mayor.

–Tenía unas buenas tetas -dijo guiñándole un ojo a Paul.

–Ésta también -comentó Danny.

–Pero estaba muerta -añadió su hermano.

–Mira, seguramente no estaba muerta. A veces resulta difícil distinguirlo.

–Estaba muerta -insistió Paul con desánimo-. Danny y yo hemos bajado a recoger los prismáticos. – Desenredó la camiseta para enseñarle el estuche, lleno de arañazos, de unos prismáticos Zeiss-. Lo he comprobado, por si acaso. Creo que se ahogó y que la marea la trajo hasta aquí. – Volvió a sumirse en un triste silencio.

–Quería hacerle el boca a boca -dijo Danny-, pero tenía los ojos muy raros, por eso no lo hizo.

Harding volvió a mirar al hermano mayor, esta vez con gesto comprensivo.

–La policía tendrá que identificarla -dijo-, y seguramente os pedirán que la describáis. – Le pasó la mano por el cabello a Danny y añadió-: Será mejor que cuando lo hagáis no mencionéis lo de los ojos raros ni lo de las tetas bonitas.

Danny se separó de él y dijo:

–Yo no diré nada.

El joven asintió con la cabeza.

–Buen chico. – Le cogió los prismáticos a Paul y examinó las lentes; luego los enfocó y miró el Beneteau de Chapman's Pool-. ¿La habéis reconocido? – preguntó.

–No -dijo Paul, nervioso.

–¿Era una señora mayor?

–No.

–¿Era guapa?

Paul sacudió los hombros y contestó:

–Supongo.

–¿Gorda?

–No. Era muy delgada, y rubia.

Harding enfocó el yate.

–Esos cacharros son como tanques -murmuró mientras contemplaba la bahía con los prismáticos-. Bueno, por fuera están un poco arañados, pero las lentes están intactas. Vuestro padre no se enfadará demasiado.

Maggie Jenner no se habría implicado en aquel asunto si *Bertie* hubiera respondido a su silbido, pero como todos los perros, estaba sordo cuando le convenía. Maggie había desmontado cuando el ruido del helicóptero asustó a su caballo, y la curiosidad le había hecho bajar andando mientras se realizaba el rescate. Rodeó los cobertizos de la playa con el caballo y el

perro, y *Bertie*, nervioso con toda aquella confusión, fue directamente hacia la entrepierna de Paul Spender, frotando el morro contra los pantalones cortos del chico y olfateándolo con entusiasmo.

Maggie silbó, pero el perro no le hizo caso.

-¡*Bertie*! -gritó-. ¡Ven aquí!

Era una bestia enorme, resultado de una noche de juerga de una perra loba irlandesa, y le colgaban hilos de saliva de las mandíbulas. Sacudió la peluda cabeza y le salpicó de baba los pantalones a Paul; el niño, asustado, se quedó inmóvil.

-¡*Bertie*!

-No pasa nada -dijo Harding sujetando al perro por el collar y apartándolo del niño-. Sólo intenta ser simpático. - Le acarició la cabeza al perro-. ¿Verdad, bonito?

Los hermanos, poco convencidos, se dirigieron rápidamente al otro lado del coche de policía.

-Ha sido una mañana muy dura para ellos -explicó Harding chascando la lengua y acompañando a *Bertie* junto a su dueña-. ¿Se estará quieto si lo suelto?

-Está nervioso -contestó Maggie; sacó una correa y se la ató al collar. Luego sujetó el extremo al estribo del caballo-. Los dos hijos de mi hermano lo adoran, y él no entiende por qué los otros niños no lo adoran también. - Sonrió y añadió-. Tú debes de tener perros. O eso, o eres muy valiente. La mayoría de la gente le tiene miedo a *Bertie*.

-Me crié en una granja -explicó Harding mientras le acariciaba el morro a *Sir Jasper* y contemplaba a Maggie con admiración.

Maggie, que como mínimo tenía diez años más que él, era una mujer alta y delgada, con media melena castaña y unos ojos oscuros que se entrecerraron, desconfiados, ante la calculadora mirada del actor. Supo exactamente qué clase de hombre era Harding cuando le miró la mano izquierda y vio que no llevaba anillo de casado.

-Gracias por tu ayuda -dijo Maggie con cierta brusquedad-. Ahora ya puedo arreglármelas sola.

Harding se enderezó y dijo:

-Buena suerte. Ha sido un placer conocerte.

Maggie era consciente de que la desconfianza que le inspiraban los hombres alcanzaba ya proporciones patológicas, y con cierto sentimiento de

culpa se preguntó si habría juzgado mal a aquel joven.

–Espero que mi perro no haya asustado a tus chicos -dijo, más sosegada.

Harding rió y repuso:

–No son hijos míos. Sólo los acompaño hasta que vuelva la policía. Han encontrado a una mujer muerta en la playa, y los pobrecitos están muy impresionados. Les harías un favor si los convencieras de que *Bertie* no tenía malas intenciones. Los pobres podrían desarrollar canofobia además de necrofobia.

Maggie, indecisa, miró hacia el coche de policía. Los niños parecían asustados, y ella no quería sentirse culpable.

–¿Y si les decimos que vengan -propuso Harding al advertir la vacilación de Maggie- y les dejamos acariciarlo ahora que está atado?

–Está bien -accedió ella con poco entusiasmo-. Si crees que eso los ayudará... -Pero no estaba convencida. Tenía la sensación de que, una vez más, se estaba dejando arrastrar hacia algo que no sabría controlar.

Pasado el mediodía, el agente Ingram volvió y encontró a Maggie Jenner, Steven Harding y los hermanos Spender esperándolo. *Sir Jasper* y *Bertie* estaban un poco más allá, protegidos por la sombra de un árbol, y Nick no pudo evitar admirar a Maggie. A veces pensaba que ella no tenía ni idea de lo atractiva que era; otras veces, en cambio, sospechaba que sus poses eran deliberadas. Se secó la frente con un pañuelo blanco, preguntándose quién sería aquel guaperas, y cómo se las ingeniaban él y Maggie para mantenerse tan frescos bajo el intenso sol de aquella mañana de domingo. Ambos lo miraban y reían, e Ingram dedujo, como habría hecho cualquiera, que se reían de él.

–Buenos días, señorita Jenner -dijo con exagerada formalidad.

Ella lo saludó con un gesto.

–Hola, Nick.

Ingram se volvió hacia Harding con mirada inquisidora.

–¿Puedo ayudarle en algo?

–Me parece que no -respondió el joven con una atractiva sonrisa-. Creo que somos nosotros los que tenemos que ayudarle a usted.

Ingram había nacido y se había criado en Dorsetshire, y no tenía tiempo para gilipollas con pantaloncitos cortos y bronceado artificial.

–¿Cómo es eso? – Su voz tenía un deje de sarcasmo que hizo que Maggie Jenner frunciera el entrecejo.

—Cuando llamé al 999, me pidieron que acompañara a estos niños hasta el coche patrulla. Son los que encontraron el cadáver. — Les dio unas palmadas en los hombros y añadió:— Son unos héroes. Maggie y yo les hemos dicho que merecen una medalla.

A Ingram no le hizo ninguna gracia que Harding se refiriera a Maggie por su nombre de pila, pero puso en duda el entusiasmo de ella por ser tratada con tanta familiaridad por semejante fantasma. Maggie tenía mejor gusto. Ingram dirigió su atención a Paul y Danny Spender. El mensaje que había recibido era muy claro. Dos niños habían visto caer a su madre por un precipicio con unos prismáticos. En cuanto vio el cadáver, Ingram comprendió que no podía haber caído por el acantilado, y ahora, al ver a los niños, puso en duda el resto de la información, porque estaban demasiado tranquilos.

—¿Conocíais a esa mujer? — les preguntó.

Los niños negaron con la cabeza.

Ingram abrió la puerta del coche y sacó un bloc y un lápiz.

—¿Le importaría decirme cómo ha llegado a la conclusión de que esa mujer estaba muerta? — le preguntó a Harding.

—Me lo han dicho los niños.

—¿Es eso cierto? — Ingram examinó al joven y luego, deliberadamente, lamió la punta del lápiz porque sabía que eso molestaría a Maggie—. ¿Puede decirme su nombre y su dirección, por favor, y el nombre de la persona para la que trabaja, si es que trabaja?

—Me llamo Steven Harding y soy actor. — Le dio una dirección de Londres—. Ahí es donde podrá encontrarme entre semana, pero si tiene algún problema para localizarme siempre puede llamar a mi agente, Graham Barlow, de la agencia Barlow. — Le dio otra dirección de Londres—. Graham lleva mi agenda -añadió.

Bravo por Graham, pensó Ingram agriamente, esforzándose para contener sus prejuicios contra los jóvenes apuestos como aquél. Guaperas, londinense, actor... La dirección que Harding le había dado era de Highbury, e Ingram habría apostado a que aquel fantasma era seguidor del Arsenal, no porque hubiera ido alguna vez a algún partido, sino porque había leído *Fever Pitch*, o había visto la película.

—Y ¿qué ha traído a un actor por estos pagos, señor Harding? — preguntó Ingram.

Harding explicó que estaba pasando el fin de semana en Poole y que aquel día pensaba ir caminando hasta Lulworth Cove. Dio unos golpecitos en el teléfono móvil que llevaba enganchado a la cinturilla, y dijo que era una suerte, porque de otro modo los niños habrían tenido que ir hasta Worth Matravers para pedir ayuda.

—Veo que viaja usted ligero -observó Ingram echando un vistazo al teléfono-. ¿No le da miedo deshidratarse? Hay un buen trecho hasta Lulworth.

El joven se encogió de hombros.

—He cambiado de opinión. No me había dado cuenta de lo lejos que está.

Ingram preguntó a los chicos su nombre y su dirección, además de pedirles una breve descripción de lo ocurrido. Los niños le dijeron que habían visto a la mujer en la playa cuando bordeaban Egmont Point, a las diez en punto.

—¿Y después? — preguntó el policía-. ¿Habéis bajado a ver si estaba muerta y habéis ido a pedir ayuda?

Los niños asintieron.

—No os habéis dado mucha prisa, ¿verdad?

—Iban como una bala -terció Harding saliendo en su defensa-. Yo los he visto.

—Si no recuerdo mal, usted llamó al teléfono de emergencia a las 10:43. Y dos chavales sanos no tardan casi tres cuartos de hora en recorrer Chapman's Pool. — Miró a Harding-. Y ya que hablamos de informaciones confusas, quizá quiera explicarme por qué el mensaje que recibí decía que dos niños habían visto caer a su madre por un precipicio mientras utilizaban unos prismáticos.

Maggie iba a decir algo en defensa de los niños, pero la mirada intimidadora de Ingram le hizo cambiar de opinión.

—Tiene razón, fue un malentendido -dijo Harding apartándose un oscuro mechón de los ojos con una sacudida de la cabeza-. Estos dos chicos -dijo rodeándole los hombros a Paul- subían a toda velocidad por la colina gritando y chillando algo sobre una mujer que había en la playa, detrás del cabo, y de unos prismáticos que se habían caído, y yo me precipité con mis deducciones. La verdad es que estábamos un poco alterados. Ellos estaban preocupados por los prismáticos, y yo creí que hablaban de su madre. — Le

cogió los Zeiss a Paul y se los dio a Ingram -. Estos prismáticos son de su padre. Se les cayeron cuando vieron a la mujer. Están muy preocupados por cómo va a reaccionar su padre cuando vea cómo han quedado, pero Maggie y yo les hemos convencido de que cuando sepa lo bien que se han portado, no se enfadará.

—¿Conoce al padre de esos niños? — preguntó Ingram mientras examinaba los prismáticos.

—No, claro que no. Acabo de conocer a los chicos.

—Entonces no tiene la seguridad de que estos prismáticos sean suyos.

—No, claro. — Harding, vacilante, miró a Paul y vio la mirada de pánico del chico-. Venga, hombre -dijo bruscamente-. ¿De dónde quiere que los hayan sacado?

—De la playa. Habéis dicho que visteis a la mujer cuando pasasteis Egmont Point -les recordó a Paul y Danny.

Los niños, asustados, asintieron.

—Entonces, ¿cómo es que estos prismáticos están como si se hubieran caído por un acantilado? ¿No será que los encontrasteis junto a la mujer y decidisteis quedároslos?

Los niños, ruborizados de ansiedad ante la posibilidad de que se descubriera su voyeurismo, lo miraron con aire culpable. Ninguno de los dos contestó.

—Mire, no hay para tanto -dijo Harding-. Sólo querían distraerse un poco. La mujer estaba desnuda, así que subieron para verla mejor. No se dieron cuenta de que estaba muerta hasta que se les cayeron los prismáticos y tuvieron que bajar a recogerlos.

—Y usted lo ha visto todo, ¿no es así?

—No -admitió Harding-. Ya le he dicho que yo venía desde el cabo St Alban.

Ingram se volvió para contemplar el lejano promontorio, con su diminuta capilla normanda en lo alto, dedicada a san Alban.

—Desde allí arriba hay una buena vista de Egmont Bight -dijo-, sobre todo en un día despejado como hoy.

—Sólo con unos prismáticos -dijo Harding.

Ingram sonrió mientras miraba al joven de arriba abajo.

—Cierto -coincidió-. Dígame, ¿dónde se encontraron usted y los chicos? Harding señaló el camino que bordeaba la costa.

—Empezaron a gritarme cuando estaban subiendo Emmetts Hill, y yo bajé a reunirme con ellos.

—Veo que conoce bien esta zona.

—Así es.

—¿Cómo es eso, si dice que vive en Londres?

—Vengo mucho por aquí. Londres se pone insoportable en verano.

Ingram echó un vistazo a la empinada ladera.

—Esta colina se llama West Hill -comentó-. Emmetts Hill es la siguiente.

Harding se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. No conozco la zona tan bien como usted, pero casi siempre vengo en barco, y en las cartas marinas no se menciona West Hill. Toda esta escarpadura recibe el nombre de Emmetts Hill. Los niños y yo nos hemos encontrado más o menos allí. — Señaló un punto de la verde ladera de la colina.

Ingram reparó en el ceño de desaprobación de Paul Spender, pero no hizo ningún comentario.

—¿Dónde está su barco ahora, señor Harding? — preguntó.

—En Poole. Anoche lo saqué, pero como apenas hay viento y me apetecía hacer un poco de ejercicio -dijo Harding mirando a Ingram con una sonrisa infantil- me decidí a usar los pies.

—¿Cómo se llama su barco?

—*Crazy Daze*.

—¿Dónde lo amarra normalmente?

—En Lymington.

—¿Vino usted de Lymington ayer?

—Sí.

—¿Solo?

Harding vaciló un instante y dijo:

—Sí.

Ingram le sostuvo la mirada.

—¿Piensa salir a navegar esta noche?

—Sí, eso tenía planeado, aunque si el viento no mejora tendré que utilizar el motor.

El agente asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho.

—Bueno, muchas gracias, señor Harding. Me parece que no necesito entretenerlo más. Voy a llevar a estos chicos a su casa y a comprobar lo de

los prismáticos.

Harding se dio cuenta de que Paul y Danny se le acercaban sigilosamente para sentirse protegidos.

—Le explicará a sus padres el buen trabajo que han hecho, ¿verdad, agente? Tenga en cuenta que, de no ser por ellos, esa pobre mujer podría haber seguido ahí flotando hasta que volviera a bajar la marea. Se merecen una medalla, y no una bronca de su padre.

—Está muy bien informado.

—Confíe en mí. Conozco bien esta costa. Hay una corriente continua sureste que va hacia el cabo St Alban, y si esa corriente la hubiera arrastrado, esa mujer no habría aparecido. Hay una resaca del demonio. Supongo que habría ido a parar al fondo.

Ingram sonrió y dijo:

—Me refería a que está bien informado acerca de la mujer, señor Harding. Cualquiera diría que la ha visto usted con sus propios ojos.



Capítulo 3

—¿Por qué has sido tan antipático con él? —preguntó Maggie mientras el policía llevaba a los niños a la parte trasera de su Range Rover y se quedaba mirando a Harding, que subía por la colina. Ingram era tan alto y tan corpulento que le hacía sombra a Maggie, literal y figuradamente; ella pensaba a menudo que aquel hombre no la irritaría tanto si de vez en cuando él reconociera aquel hecho. Maggie sólo se sentía cómoda en su presencia cuando lo miraba desde la silla de un caballo, pero esas ocasiones no eran tan frecuentes como para que su amor propio pudiera fortalecerse. Como el policía no le contestaba, Maggie, impaciente, miró a los hermanos, ahora sentados en el asiento trasero-. Con los niños tampoco te has lucido mucho. Seguro que la próxima vez se lo pensarán mejor antes de ayudar a un policía.

Harding desapareció por una curva del camino; Ingram miró a Maggie con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué dice que he sido antipático, señorita Jenner?

—¡Vamos, por favor! Pero si prácticamente le has llamado mentiroso.

—Porque estaba mintiendo.

—¿Sobre qué?

–Todavía no estoy seguro. Lo sabré cuando haya hecho algunas averiguaciones.

–¿Qué pasa? ¿Es un asunto de hombres? – preguntó ella con una voz suavizada por viejos rencores reprimidos. Ingram era el policía de aquella comunidad desde hacía cinco años, y ella tenía muchos motivos para estar resentida. A veces, cuando estaba profundamente deprimida, lo culpaba a él de todo. Otras veces era más honesta y reconocía que él se había limitado a realizar su trabajo.

–Es probable. – Ingram percibía el olor a cuadra de la ropa de Maggie: una mezcla de heno y estiércol que le gustaba y le repugnaba al mismo tiempo.

–En ese caso, ¿no habría sido más sencillo sacar la polla y retarle a medirla con la suya? – preguntó ella con sarcasmo.

–Habría perdido yo.

–Eso sin duda.

–Ah, veo que se fijó usted en ese detalle -dijo él, ensanchando la sonrisa.

–Lo difícil habría sido no fijarse. Con esos pantaloncillos que lleva... A lo mejor era la cartera. Desde luego, no había mucho sitio donde guardarla.

–No -dijo él-. ¿No lo encontró interesante?

Maggie lo miró con desconfianza, preguntándose si se estaría burlando de ella.

–¿En qué sentido? – preguntó.

–Hay que ser idiota para hacer una excursión de Poole a Lulworth sin dinero y sin agua.

–A lo mejor pensaba pedir agua por el camino, o telefonear a algún amigo para que fuera a rescatarlo. ¿Qué importa eso? Lo único que hizo fue interpretar el papel de buen samaritano con esos niños.

–Creo que mentía respecto a lo que estaba haciendo aquí. ¿Dio alguna otra explicación antes de que apareciera yo?

Ella reflexionó un momento.

–Hablamos de perros y caballos. Les explicó a los chicos que había crecido en una granja de Cornualles.

Ingram abrió la puerta del coche.

–A lo mejor es que la gente que usa teléfonos móviles no me inspira confianza -comentó.

–Hoy en día todo el mundo tiene teléfono móvil. Hasta yo tengo uno.

Ingram recorrió con la mirada la esbelta figura de la mujer, enfundada en una ceñida camisa de algodón y unos vaqueros.

–Pero usted no se lo lleva cuando va de paseo por el campo, y ese tipo sí. Por lo visto, lo único que se lleva es el teléfono.

–Deberías agradecerérselo -replicó ella-. De no ser por él, no habrías encontrado a esa mujer tan deprisa.

–De acuerdo. El señor Harding estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado, con el material adecuado para informar de la presencia de un cadáver en la playa, y sería una grosería preguntarse por qué. – Se sentó al volante del Range Rover-. Buenos días, señorita Jenner. Déle recuerdos a su madre de mi parte. – Cerró la puerta y encendió el motor.

Los hermanos Spender no sabían a quién agradecer su tranquilo regreso a casa. ¿Al actor, por haberle pedido al policía que fuera tolerante? ¿O al policía, porque, después de todo, era un tipo decente? Ingram no habló mucho durante el trayecto al chalet alquilado, y se limitó a advertirles que los acantilados eran peligrosos y que era una temeridad escalarlos, por tentadores que fueran los motivos para hacerlo. A sus padres les hizo un breve y expurgado relato de lo ocurrido, el cual concluyó sugiriendo que, ya que los niños no habían podido ir a pescar, él podía llevarlos a pescar en su barca alguna noche.

–No es ninguna lancha -les dijo-, sino un pequeño bote de pesca, pero en esta época del año hay lubinas, y con un poco de suerte pescaremos una o dos. – No los rodeó con el brazo ni los llamó héroes, pero en cambio les propuso algo interesante.

A continuación, Ingram fue a una granja un tanto aislada cuyos propietarios, una pareja de ancianos, habían denunciado el robo de tres valiosos cuadros durante la noche. Ingram se dirigía hacia allí cuando tuvo que desviarse a Chapman's Pool.

–Ay, Nick, lo siento de veras -dijo, atribulada, la nuera de la pareja, que ya sobrepasaba los setenta años-. Créeme, mis suegros sabían que íbamos a subastar esos cuadros. Peter lleva un año hablándoles de ese asunto, pero ellos son tan olvidadizos que cada vez que lo hace tiene que empezar desde el principio. Peter figura como apoderado, así que todo es perfectamente legal, pero cuando Winnie me dijo que te había llamado, quise morirme. Y para colmo, un domingo. Yo paso cada mañana para ver si están bien, pero

a veces... -Puso los ojos en blanco, expresando sin necesidad de palabras lo que pensaba de sus nonagenarios suegros.

-Para eso estamos, Jane -la tranquilizó el policía, dándole una palmadita en el hombro.

-Nada de eso. Tú deberías estar persiguiendo criminales -repuso ella haciéndose eco de la opinión de gran parte de la población, que veía a la policía sólo como perseguidores de ladrones. Exhaló un hondo suspiro y agregó:- El problema es que sus gastos superan con mucho sus ingresos, pero no hay manera de que lo entiendan. Sólo en ayuda doméstica gastan más de diez mil libras al año. Peter va a tener que vender la plata de la familia para llegar a fin de mes. Por lo visto los pobres se creen que viven en los años veinte, cuando una criada cobraba cinco chelines por semana. Yo me pongo enferma, de verdad. Deberían estar en una residencia, pero Peter es incapaz de obligarlos; es demasiado blando con ellos. Aunque mis suegros tampoco podrían pagarla. ¡Hombre, ni siquiera nosotros podríamos pagarla! Todo sería diferente si Celia Jenner no nos hubiera convencido de que nos jugáramos todo lo que teníamos con el maldito marido de Maggie, pero... -Hizo un gesto de desesperación y se encogió de hombros-. A veces me enfurezco tanto que me pondría a gritar, y lo único que me impide hacerlo es el temor de que si lo hago, el grito va a durar eternamente.

-Nada dura eternamente -dijo Ingram.

-Ya lo sé, pero a veces tengo la tentación de echarle una mano a la eternidad. Es una lástima que ya no se pueda comprar arsénico. Antes era más fácil.

-¿En serio?

-Ya sabes a qué me refiero -dijo ella sonriendo.

-A ver si voy a tener que ordenar que les hagan la autopsia a los padres de Peter cuando por fin estiren la pata.

-No estaría de más. Pero al paso qué vamos, yo me moriré antes que ellos.

El policía sonrió y se despidió. No quería oír hablar de muertes. Todavía tenía el tacto de la piel de aquella mujer en las manos. Mientras iba hacia el coche pensó que lo que ahora necesitaba era una ducha.

La niña, rubia, caminaba decidida por una acera de Lilliput, en Poole, plantando una regordeta pierna ante otra. Eran las 10:30 de la mañana del domingo, así que había poca gente, y nadie se molestó en averiguar por qué

la niña iba sola. Después, cuando varios testigos se presentaron para explicar a la policía que la habían visto, las excusas fueron diversas: «Me pareció que sabía adónde iba», «Una mujer iba unos veinte metros detrás de ella, y pensé que era la madre de la niña», «Supuse que alguien se pararía», «Tenía prisa», «Soy un hombre. Podrían lincharme por recoger a una niñita por la calle».

Finalmente fue una pareja de ancianos, los Green, quienes tuvieron el sentido común, el tiempo y el valor para actuar. Acababan de salir de la iglesia y, como hacían cada semana, dieron un paseo nostálgico por Lilliput para admirar los edificios *art déco* que milagrosamente habían sobrevivido a la fiebre de la posguerra, durante la cual se demolió todo lo que se salía de lo normal para construir edificios de hormigón y de ladrillo rojo. Lilliput se extendía a lo largo de la curva oriental de la bahía de Poole y, entre los restos arquitectónicos, había elegantes chalets con jardines impecables y casas *art déco* con ventanas como ojos de buey. A los Green les encantaba. Les recordaba a su juventud.

Cuando pasaban por delante de la bocacalle que conducía al puerto deportivo de Salterns, la señora Green se fijó en la niña.

—Mira -dijo con tono de desaprobación-. ¿Cómo se les ocurre dejar sola a una niña tan pequeña? Sólo con que tropezara, podría atropellada un coche.

El señor Green aminoró la marcha.

—¿Dónde está su madre? — preguntó.

Su mujer se volvió.

—Pues no lo sé -dijo-. Creía que era esa mujer que va detrás de ella, pero se ha parado a mirar un escaparate.

El señor Green era militar retirado.

—Tendríamos que hacer algo -dijo con firmeza; paró el coche y puso la marcha atrás. Sacó un puño por la ventanilla al ver que un conductor le pitaba tras esquivar por los pelos el parachoques trasero de su coche-. Malditos domingueros -dijo-. Habría que prohibirles circular.

—Tienes toda la razón, cariño -dijo la señora Green mientras abría la puerta.

Cogió a la niñita en brazos y la sentó sobre las rodillas mientras su marido conducía hacia la comisaría de Poole. Fue un trayecto muy pesado, porque la velocidad habitual del señor Green era de treinta kilómetros por

hora, y eso hizo estragos en la carretera de dirección única que rodeaba el centro urbano.

La niña parecía sentirse muy cómoda en el coche, y sonreía mirando por la ventanilla; pero una vez en la comisaría, resultó imposible separarla de su rescatadora. Se abrazó con fuerza al cuello de la anciana, pegando la cara contra su hombro y aferrándose a ella como una lapa.

Cuando les dijeron que nadie había denunciado la desaparición de una niña, los Green se sentaron, con una paciencia encomiable, y se prepararon para una larga espera.

—No me explico que su madre no se haya dado cuenta de su desaparición -comentó la señora Green-. Yo no perdía a mis hijos de vista ni un minuto.

—Quizás esté trabajando -dijo la agente de policía que se encargaba de hacer las averiguaciones.

—Pues no debería ser así -reprobó el señor Green-. Una chiquilla de esta edad necesita a su madre. — Le lanzó una mirada de complicidad a la agente Griffiths, y añadió-: Debería pedir que la examinara un médico. Usted ya me entiende. Hoy en día hay mucha gente rara. Mucho indecente suelto. Pedófilos. Delincuentes sexuales. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, señor, lo sé perfectamente, y no se preocupe -dijo la agente dando unos golpecitos con el bolígrafo en el papel que tenía delante-, el médico es el primero de mi lista. Pero si no le importa, iremos paso a paso. Hemos tenido varios casos como éste, y hemos comprobado que el mejor método consiste en no precipitarse. — Se volvió hacia la mujer-. ¿Le ha dicho cómo se llama?

La señora Green negó con la cabeza.

—No ha pronunciado ni una sola palabra. Si quiere que le diga la verdad, dudo que sepa hablar.

—¿Qué edad diría usted que tiene?

—Dieciocho meses, dos años como máximo. — Le levantó el borde del vestido de algodón, dejando al descubierto unas braguitas desechables-. La pobrecita todavía lleva pañales.

A la agente le pareció que dos años eran pocos, y añadió uno más para el papeleo. Las mujeres como la señora Green habían criado a sus hijos con pañales de tela, y como eso implicaba lavar mucho, les habían enseñado

muy pronto a controlar los esfínteres. Ellas no entendían que un niño de tres años todavía pudiera llevar pañales.

De todos modos, en el caso de aquella niña la edad no tenía demasiada importancia. Tanto si tenía dieciocho meses como si tenía dos años o tres, de lo que no cabía duda era de que no hablaba.

Como no tenía nada más que hacer aquel domingo por la tarde, la francesita del Beneteau, que había observado con interés las conversaciones de Harding con los hermanos Spender, Maggie Jenner y el agente Ingram a través del zoom de su cámara de vídeo, remó hasta la orilla y subió por la empinada ladera de West Hill para ver si resolvía aquel misterio. No había que ser muy listo para deducir que los dos niños eran los que habían encontrado a la mujer que habían sacado de la playa en helicóptero, y que el atractivo inglés se había encargado de avisar a la policía, pero ella sentía curiosidad por saber por qué había aparecido de nuevo el joven en la ladera, media hora después de que el coche de policía se marchara, para recoger la mochila que había dejado allí. Le había visto sacar unos prismáticos y examinar la bahía y los acantilados antes de bajar a la playa, donde se quedó contemplando el mar. Ella lo filmó varios minutos, pero no averiguó nada, y al final decidió abandonar aquel rompecabezas.

Pasarían cinco días hasta que el padre de la niña descubriese aquella cinta y la humillase ante la policía inglesa...

Aquella tarde, a las seis, el *Fairline Squadron* levó anclas y salió lentamente de Chapman's Pool hacia el cabo St Alban. Había dos jovencitas lánguidas sentadas a ambos lados de su padre en el puente de mando; la más reciente compañera del padre iba sentada en el asiento de detrás, sola y excluida. En cuanto abandonó las aguas poco profundas de la entrada de la bahía, los motores del barco rugieron a toda potencia, alcanzando los veinticinco nudos en el viaje de regreso a Poole, y labrando una estela en la superficie del mar.

El calor y el alcohol los habían sumido a todos en un estado soporífero, sobre todo al padre, que se había cansado en su intento por complacer a sus hijas; después de conectar el piloto automático, nombró vigía a la mayor de las niñas y cerró los ojos. Notaba las dagas de la furia de su novia clavadas en la espalda; exhaló un suspiro y lamentó no haberla dejado en tierra. Era la última de una larga serie de lo que sus hijas llamaban «Barbies» y, como

de costumbre, las niñas se habían propuesto pisotear los frágiles brotes de aquella nueva relación. Qué dura es la vida, pensó el padre, resentido.

—¡Cuidado, papá! — gritó de pronto su hija-. Vamos directos hacia una roca.

El hombre viró el timón hacia estribor, y lo que su hija había tomado por una roca se alejó por babor para quedarse danzando en la estela del barco.

—Soy demasiado viejo para estos sustos -dijo el padre con voz trémula mientras devolvía el barco de trescientas mil libras a su rumbo e intentaba recordar si tenía el seguro al día-. ¿Qué demonios era eso? No puede ser una roca. En esta zona no hay rocas.

Las dos hijas, con los ojos entrecerrados, intentaron distinguir aquella cosa negra y oscilante que habían dejado atrás.

—Parece un bidón de gasoil -dijo la mayor.

—Joder -exclamó el padre-. El que ha lanzado eso por la borda merece que lo maten. Si llegamos a chocar con él, podría habernos abierto una brecha.

Su novia, que seguía contemplando aquella cosa que se alejaba, pensó que más bien parecía un bote volcado, pero no quiso expresar su opinión por temor a convertirse de nuevo en blanco de las burlas de las niñas. Aquel día ya había soportado bastante escarnio, y lamentaba haber accedido a acompañar a la familia en aquella excursión.

—Esta mañana me he encontrado a Nick Ingram -comentó Maggie mientras preparaba el té en la cocina de su madre, en Broxton House.

En su tiempo había sido una cocina muy bonita, con las paredes cubiertas de aparadores de roble viejo, llenos de cazos de cobre y hermosas piezas de loza, y con una mesa de refectorio del siglo XVIII de dos metros y medio de largo en el centro. Ahora era una cocina normal y corriente. Todo lo que tenía algún valor se había vendido. Los aparadores de madera habían sido sustituidos por unos vulgares armarios blancos, y donde antes resplandecía la mesa monacal había una mesa de plástico de jardín. Maggie solía pensar que tendría mejor aspecto si la limpiaran de vez en cuando, pero la artritis de la madre y el agotamiento crónico de la hija, fruto de sus esfuerzos por ganar algo de dinero con los caballos, habían hecho descender la limpieza en su escala de valores. Si Dios existía, no se ocupaba demasiado de Broxton House. Maggie habría cortado por lo sano y se

habría mudado hacía mucho tiempo si su madre hubiera accedido a mudarse también. Pero los sentimientos de culpabilidad la tenían esclavizada.

Ahora vivía en un apartamento encima de las cuadras, al otro lado del jardín, y sólo visitaba la casa de vez en cuando. Aquella espantosa desnudez era un cruel recordatorio de que la pobreza de su madre era culpa suya.

—He bajado con *Jasper* a Chapman's Pool. Una mujer se ha ahogado en Egmont Bight, y Nick ha tenido que guiar el helicóptero para que recogiera el cadáver.

—Imagino que sería una turista.

—Seguramente -dijo Maggie al tiempo que le daba una taza a su madre-. Si hubiera sido alguien de por aquí, Nick me lo habría dicho.

—¡Típico! — exclamó Celia con enojo-. Y Dorset tendrá que pagar la factura del helicóptero porque una inepta de otro condado no aprendió a nadar cuando debía. Y nosotros, a pagar impuestos.

—Pero si nunca los pagas -replicó Maggie, pensando en los avisos que se acumulaban en el escritorio del salón.

Su madre ignoró el comentario.

—¿Cómo estaba Nick? — preguntó.

—Acalorado -contestó la hija, recordando lo colorado que estaba al regresar al coche-, y no de muy buen humor. — Se quedó mirando la taza de té, reuniendo el valor para plantear el espinoso tema del dinero, o mejor dicho, del poco dinero que entraba del negocio de mantenimiento y alquiler de caballos que dirigía-. Tenemos que hablar de las cuadras -dijo bruscamente.

Celia se resistía a tocar ese punto.

—Tú tampoco habrías estado de buen humor si acabaras de ver el cadáver de un ahogado. — Su voz adoptó un tono coloquial, preludio inequívoco de una serie de anécdotas-. Recuerdo que vi uno flotando en el Ganges cuando vivía con mis padres en la India. Fue durante las vacaciones de verano. Yo tenía unos quince años. Fue algo espantoso, tuve pesadillas durante semanas. Mi madre me dijo...

Maggie dejó de escucharla y se concentró en un largo pelo negro que a Celia le había salido en la barbilla, pensando que tenía que arrancárselo. El pelo se erizaba agresivamente mientras la mujer hablaba, como uno de los bigotes de *Bertie*, pero ellas nunca habían tenido suficiente confianza como para que Maggie pudiera comentárselo. Celia, que tenía sesenta y tres años,

todavía era una mujer atractiva con el mismo cabello castaño oscuro que su hija, al que de vez en cuando daba reflejos de color, pero las preocupaciones resultantes de su apurada situación le estaban pasando factura, y le habían salido unas profundas arrugas alrededor de la boca y los ojos.

Cuando finalmente Celia respiró, Maggie volvió al tema de las cuadras.

—He estado sumando los ingresos del mes pasado -dijo-, y nos faltan doscientas libras. ¿Has vuelto a perdonarle el recibo a Mary Spencer-Graham?

—Eso es asunto mío -dijo Celia.

—No, no lo es, mamá -repuso Maggie exhalando un suspiro-. No podemos permitirnos el lujo de hacer caridad. Si Mary no paga, no podemos cuidar su caballo. Es así de sencillo. No le daría tanta importancia de no ser porque ya le cobramos lo mínimo, pero con eso apenas cubrimos el forraje de *Moondust*. Deberías ser un poco más dura con ella, en serio.

—¿Cómo quieres que lo sea? Mary está casi tan arruinada como nosotras, y es por culpa nuestra.

Maggie sacudió la cabeza.

—Eso no es cierto. Ella perdió diez mil libras, una miseria comparado con lo que perdimos nosotras. Lo que pasa es que sabe que basta con que lloriquee para que tú le perdones el recibo. — Hizo un gesto impaciente hacia el salón y añadió: Si no reunimos dinero, no podemos pagar las facturas, y eso quiere decir que o nos decidimos a dárselo todo a Matthew y nos vamos a vivir a un piso de protección oficial, o tendrás que ir a verlo con la gorra en la mano y pedirle que te dé algún tipo de asignación. — Tras mencionar a su hermano, se encogió de hombros y agregó: Si creyera que valía la pena intentarlo, iría yo misma, pero sabes tan bien como yo que Matthew me cerraría la puerta en las narices.

Celia sonrió amargamente y dijo:

—¿Qué te hace pensar que si lo intentara yo obtendría otro resultado? Su esposa no me soporta. Ella jamás accedería a mantener a su suegra y a su cuñada en lo que ella considera un lujo asiático, cuando lo que más le gustaría sería vernos en la miseria.

—Ya lo sé -reconoció Maggie-, y nos lo merecemos. No debimos hacer aquellos comentarios sobre su traje de novia.

—Era difícil callarse -dijo Celia con aspereza-. Cuando la vio, al vicario estuvo a punto de darle un infarto.

A Maggie se le iluminó la cara.

–Fue culpa de los pulgones. Si el año que se casaron no hubiera habido una plaga de esos malditos bichos, y si aquel espantoso velo no hubiera recogido todos los que había en un radio de treinta kilómetros mientras iba de la iglesia al banquete... ¿Cómo la llamaste? Tenía algo que ver con el camuflaje.

–No la llamé nada -dijo Celia protegiendo su dignidad-. Sólo la felicité por adaptarse tan bien al entorno.

–Eso es, ahora me acuerdo -dijo Maggie riendo-. Cómo te pasaste.

–Pues tú lo encontraste muy gracioso -señaló su madre apoyando su cadera mala en la silla-. Hablaré con Mary -prometió-. Supongo que soportaré mejor la humillación de exigir el pago de las deudas a mis amigos que la humillación de mendigarles a Matthew y Ava.



Capítulo 4

Exámenes físico y psicológico de la niña «Baby Smith»

Examen físico: La niña goza de una salud excelente. Está bien alimentada y atendida, y no padece ninguna enfermedad. El análisis de sangre revela la presencia de pequeños restos de benzodiacepina (probablemente Mogadón) y de paracetamol. No hay señales de malos tratos sexuales o físicos, ni antiguos ni recientes, aunque hay indicios de que ha sufrido o sufre algún tipo de trauma psicológico. De su condición física -iba limpia y no se había hecho sus necesidades encima- se deduce que se separó de sus padres o cuidadores entre tres y cuatro horas antes de que la encontraran. Tampoco presenta señales de deshidratación, hipotermia, hambre o cansancio, lo cual indica que no llevaba mucho tiempo abandonada.

Examen psicológico: El comportamiento y las habilidades sociales de la niña corresponden a los de un niño de dos años; sin embargo, la talla y el peso corresponden a uno de mayor edad. Presenta indicios de autismo leve, aunque para confirmar el diagnóstico habría que conocer su historial. No le interesan otros niños ni otros adultos, y reacciona agresivamente cuando se le acercan. Se muestra demasiado pasiva, y prefiere quedarse observando en lugar de explorar su entorno. Es exageradamente retraída y no intenta

comunicarse verbalmente, aunque emplea el lenguaje de signos para obtener lo que quiere. Oye perfectamente bien, pero selecciona las instrucciones que quiere obedecer. Por ejemplo, señala un cubo azul cuando le piden que lo haga, pero se niega a cogerlo.

Pese a que no puede o no quiere utilizar las palabras para comunicarse, recurre rápidamente a los gritos y las rabietas cuando se siente frustrada o estresada. Eso sucede, sobre todo, cuando algún desconocido entra en la habitación o cuando alguien eleva el tono de voz. Rechaza cualquier tipo de contacto físico en un primer encuentro, pero en el segundo extiende los brazos para que la levanten. Eso podría indicar capacidad para reconocer a las personas; sin embargo, muestra un intenso miedo a los hombres y grita aterrada cuando alguien de sexo masculino invade su espacio. No habiendo señales de malos tratos físicos ni sexuales, este miedo podría deberse a escasa familiaridad con los hombres, resultado de haberse criado en un ambiente excesivamente protector y dominado por mujeres; haber presenciado una agresión masculina contra alguien de su mismo sexo, por ejemplo la madre o una hermana.

Conclusiones: A la vista del retraso evolutivo de la niña y de sus alteraciones, aparentemente debidas al estrés, no debería regresar junto a su familia o sus cuidadores hasta que se haya realizado una exhaustiva investigación sobre las características de su entorno. También es imprescindible que en el futuro se la someta a un seguimiento minucioso. Me preocupan los restos de benzodiacepina y paracetamol hallados en su sangre. La benzodiacepina (un potente hipnótico) no está recomendada para niños, y menos aún combinada con paracetamol. Sospecho que la niña fue sedada, pero no se me ocurre ninguna razón por la que hubiera sido necesario hacerlo.

N.B.: Sin conocer el historial de la niña, es difícil decir si su comportamiento se debe a: 1) autismo; 2) trauma psiquiátrico; 3) dependencia adquirida, que además de hacerle ignorar sus capacidades, la ha animado a ser sumamente manipuladora.

Dra. Janet Murray.

Habían sido veinticuatro horas muy largas, y la agente Sandra Griffiths estaba bostezando cuando el lunes a mediodía su teléfono empezó a sonar de nuevo. La habían entrevistado en la radio y la televisión locales para difundir el hallazgo de Lily (así era como llamaban a la niña, porque la habían encontrado en Lilliput), pero pese a que la respuesta a los programas había sido buena, nadie había sabido decirles quién era aquella niña. La agente Griffiths atribuyó aquel fracaso al tiempo: la gente estaba tomando el sol y pocos habían visto la televisión. Reprimió el bostezo y descolgó el auricular.

El hombre que había al otro lado de la línea parecía preocupado.

—Perdone que la moleste -dijo-, pero acabo de hablar con mi madre. Está muy alterada porque se ha enterado de que han encontrado a una niña perdida por la calle y dice que se parece a mi hija. Yo le he dicho que no puede ser Hannah, pero... -Hizo una pausa-. Bueno, el caso es que ambos hemos telefonado a mi esposa pero no conseguimos hablar con ella.

La agente sujetó el auricular con la barbilla y cogió un bolígrafo. Era el padre número veinticinco que llamaba desde que difundieran la fotografía de la niña, y ella no tenía muchas esperanzas de tener más suerte que con los veinticuatro anteriores, pero aun así repitió el proceso con paciencia.

—Si es tan amable de contestar un par de preguntas, podremos aclarar si se trata de Hannah -dijo-. ¿Puede decirme su nombre y su dirección?

—Me llamo William Sumner y vivo en Langton Cottage, Rope Walk, Lymington, Hampshire.

—¿Vive con su esposa y su hija, señor Sumner?

—Sí.

El interés de la agente aumentó, pues los veinticuatro padres anteriores ya no vivían con sus esposas.

—¿Cuándo las vio por última vez?

—Hace cuatro días. Estoy en una convención de farmacia que se celebra en Liverpool. Hablé con Kate, mi esposa, el viernes por la noche y no había ningún problema, pero mi madre está empeñada en que esa niña es Hannah. Yo le he dicho que no puede ser. Si a la niña la encontraron ayer en Poole, ¿cómo es posible que Hannah estuviera paseando sola por Poole, cuando nosotros vivimos en Lymington?

La agente Griffiths detectó alarma en su voz, y preguntó:

—¿Llama usted desde Liverpool?

–Sí. Me alojo en el Regal, habitación número 2235. ¿Qué puedo hacer? Mi madre está preocupadísima. Necesito asegurarle que no pasa nada.

–¿Podría darme una descripción de Hannah?

–Se parece a su madre -dijo Sumner-. Rubia, ojos azules. No es muy habladora. Eso nos tiene un poco preocupados, pero el pediatra dice que sólo es timidez.

–¿Cuántos años tiene?

–El mes que viene cumplirá tres.

La agente hizo una mueca de dolor al formular la siguiente pregunta, temiéndose la respuesta:

–¿Tiene Hannah un vestido rosa de algodón con nido de abeja y unas sandalias rojas, señor Sumner?

Él tardó un instante en responder.

–Las sandalias, no lo sé -dijo con voz quebrada-, pero mi madre le compró un vestido con nido de abeja hace tres meses. Creo que era rosa... Sí, seguro. ¡Dios mío! – exclamó-. ¿Dónde

está Kate?

La agente Griffiths caviló un momento, y luego preguntó:

–¿Cómo fue a Liverpool, señor Sumner? ¿En coche?

–Sí.

–¿Sabe cuánto podría tardar en llegar a su casa?

–Unas cinco horas.

–Y ¿dónde vive su madre?

–En Chichester.

–En ese caso, creo que lo mejor será que me dé el nombre y la dirección de su madre, señor Sumner. Si esa niña es Hannah, su abuela podría identificarla. Entretanto, la policía de Lymington irá a ver si hay alguien en su casa, mientras yo hago indagaciones sobre su esposa aquí, en Poole.

–Mi madre se llama Angela Sumner y su dirección es The Old Convent, Osborne Crescent, piso número dos. – Sumner respiraba con dificultad, y la agente deseó estar en otro sitio, a kilómetros de allí. No soportaba tener que comunicar malas noticias-. Pero ella no podrá ir a Poole. Hace tres años que va en silla de ruedas, y no conduce; Si pudiera, habría ido ella misma a Lymington a ver si Hannah y Kate estaban en casa. ¿No puedo hacer yo la identificación?

—Por supuesto, si así lo prefiere. Ahora la niña está al cuidado de una familia de acogida, y no le pasará nada por estar con ellos unas horas más.

—Mi madre está convencida de que Hannah ha sufrido alguna clase de agresión sexual. ¿Puede confirmármelo? Prefiero saberlo ahora que más tarde.

—Suponiendo que la niña sea Hannah, no, no hay ningún indicio de que haya sufrido ninguna agresión. La han sometido a un minucioso examen, y el médico dice que no ha sido objeto de malos tratos. — Recordó el informe psicológico de la doctora Murray; si Lily resultaba ser Hannah Sumner, de aquel tema ya se encargarían más adelante.

—¿Qué clase de indagaciones va a hacer en Poole? — preguntó Sumner, aturdido, volviendo a lo que la agente había dicho anteriormente-. Ya le he dicho que vivimos en Lymington.

—Indagaciones rutinarias, señor Sumner -contestó ella, sin mencionar los hospitales-. Necesitaré el nombre completo y una descripción de su esposa, además de la marca, el color y la matrícula de su coche, y los nombres de los amigos que tenga en la zona.

—Kate Elizabeth Sumner. Tiene treinta y un años, es rubia y mide un metro cincuenta y dos. El coche es un Metro azul, matrícula F52 VXY, pero no creo que tenga amigos en Poole. Quizás haya tenido algún problema relacionado con su embarazo.

—Esa será una de las cosas que comprobaré, señor Sumner. — Mientras hablaba, la agente Griffiths repasaba los informes de la policía de tráfico, pero no había ningún Metro con aquella matrícula implicado en ningún accidente-. ¿Viven los padres de su esposa? ¿Cree que ellos pueden saber dónde está?

—No. Su madre murió hace cinco años, y a su padre no llegó a conocerlo.

—¿Tiene hermanos o hermanas?

—No, sólo nos tiene a Hannah y a mí. — Volvió a quebrársele la voz-. ¿Qué va a ser de mí? Si a Kate le ha pasado algo, no podré salir adelante.

—No hay ningún motivo para pensar que haya pasado nada malo -dijo la agente Griffiths, aunque opinaba lo contrario-. ¿Lleva teléfono en el coche? Así, yo podría mantenerle informado mientras usted viene.

—No.

—Entonces le sugiero que pare a mitad de camino y me llame desde un teléfono público. Es posible que entonces ya tenga noticias de la policía de Lymington, y con un poco de suerte podré tranquilizarlo respecto a Kate. Y procure no preocuparse -concluyó-. Va a tener que hacer un largo viaje en coche, y lo más importante es que llegue a su destino sano y salvo.

A continuación, Griffiths llamó a la policía de Lymington, explicando los detalles del caso y pidiendo que comprobaran si había alguien en casa de los Sumner. Después realizó una llamada rutinaria al hotel Regal de Liverpool para preguntar si William Sumner se había alojado en la habitación 2235 desde el jueves.

—Efectivamente -contestó el recepcionista-, pero me temo que no puedo ponerle con él, porque se ha marchado hace cinco minutos.

La agente Griffiths cogió la lista de los hospitales y empezó a hacer llamadas.

Nick Ingram no tenía ninguna intención de abandonar su comisaría de policía rural, donde su trabajo se limitaba a hacer la ronda y el horario no deparaba sorpresas. De los casos importantes se encargaba la comisaría de Winfrith, a cincuenta kilómetros de la suya, y eso le dejaba libre para ocuparse del aspecto menos espectacular de la profesión, que para el noventa y cinco por ciento de la población era lo único que importaba. Los vecinos dormían mejor sabiendo que el agente Ingram era implacable con los borrachos, los vándalos y los ladrones de poca monta.

Los problemas más graves solían llegar de fuera, y la mujer no identificada de la playa parecía uno de esos casos. El lunes 11 de agosto a las 12:45, Ingram recibió una llamada de Winfrith. El juez de Poole había ordenado el inicio de una instrucción de asesinato tras la autopsia, y le dijeron que pronto llegarían un inspector y un sargento de la comisaría central. Ya habían enviado un equipo de la policía científica para registrar la playa de Egmont Bight, pero le pidieron a Ingram que se quedara donde estaba.

—No creo que encuentren nada -comentó él-. Ayer tuve ocasión de echar un vistazo, pero parecía evidente que las olas la habían arrastrado hasta la playa.

—De eso ya nos encargamos nosotros -dijo su interlocutor.

Ingram se encogió de hombros y preguntó:

—¿De qué murió?

–Ahogada. La arrojaron al mar después de intentar estrangularla. El forense ha calculado que nadó media milla para ponerse a salvo, pero que la venció el cansancio. Estaba embarazada de catorce semanas, y el asesino la violó antes de echarla por la borda.

–¿Cómo será el hombre capaz de hacer algo así? – dijo Ingram, conmovido.

–Desagradable. Bien, hasta dentro de una hora.

La agente Griffiths llamó a todos los hospitales de Dorset y Hampshire, pero no localizó a ninguna Kate Sumner. Sin embargo, cuando telefoneó a Winfrith para preguntar si tenían noticia de una mujer rubia, bajita y delgada, de treinta y un años, que había desaparecido de Lymington en las cuarenta y ocho horas anteriores, las piezas del rompecabezas empezaron a encajar.

Los dos detectives llegaron puntualmente a su cita con el agente Ingram. Al sargento, un tipo arrogante e insistente, con claras ambiciones de ascender, y que estaba convencido de que cualquier conversación podía ser una oportunidad para causar una buena impresión, le gustó su colega rural, y después Ingram no pudo ni recordar su nombre. Se puso a hablar de una «importante instrucción» en la que «la celeridad era crucial» para impedir que el asesino tuviera ocasión de deshacerse de pruebas y/o volver a actuar. Estaban «peinando» los puertos deportivos, los clubes náuticos y los puertos en busca de información sobre la víctima y/o el asesino. La identificación de la víctima era el «objetivo prioritario». Tenían una candidata, una mujer desaparecida, pero no podían cantar victoria hasta que el marido hubiera identificado una fotografía y/o el cadáver. El segundo objetivo era localizar la embarcación de la que la víctima había caído, para que los forenses la registraran en busca de pruebas. Lo único que necesitaban era

un sospechoso; los análisis del ADN se encargarían del resto.

Cuando el sargento concluyó su monólogo, Ingram arqueó una ceja, pero no dijo nada.

–¿Lo ha cogido? – preguntó el sargento con impaciencia.

–Creo que sí, señor -contestó Ingram-. Si encontramos pelos de la mujer en el barco de un hombre, significa que él es el violador.

–Ya.

–Es asombroso -murmuró Ingram con sorna.

—No parece usted muy convencido -terció el inspector Galbraith.

Ingram se encogió de hombros y repuso:

—Lo único que demostrarían las pruebas encontradas en la embarcación es que la mujer estuvo en ella al menos una vez; pero eso no basta para demostrar que se produjo una violación. Los únicos análisis de ADN válidos serían los que se le realizaran a ella.

—De acuerdo, pero no se haga muchas ilusiones -replicó el inspector-. El agua borra las huellas. El forense le ha practicado un frotis a la víctima, pero no es nada optimista respecto al resultado. O la víctima estuvo demasiado tiempo en el agua, o el violador utilizó un condón. — El inspector era un hombre agraciado, de cabello corto y rojizo, pecoso y sonriente, que no aparentaba los cuarenta y dos años que tenía. En general, su aspecto disimulaba una aguda inteligencia que sorprendía a quienes lo juzgaban por su apariencia externa.

—¿Qué es «demasiado tiempo»? — preguntó Ingram-. En realidad, ¿cómo sabe el forense que la mujer nadó media milla? ¿Cómo puede calcularlo?

—Se ha basado en el estado del cadáver, en los vientos y las corrientes que había en la zona, y en el hecho de que debía de estar viva cuando llegó a Egmont Point -contestó John Galbraith al tiempo que abría su maletín y extraía un papel-. La víctima murió ahogada durante la marea alta, es decir, hacia la 1:52 del domingo 10 de agosto -dijo leyendo el documento-. Hay una serie de indicios, como las señales de hipotermia, el hecho de que un barco con quilla no habría podido navegar demasiado cerca de los acantilados, y las corrientes que hay alrededor del cabo St Alban, que sugieren que la mujer cayó al agua al menos a media milla oeste-suroeste del lugar donde hallaron el cadáver.

—De acuerdo, pero eso no significa que la mujer recorriera media milla a nado. En esa parte de la costa hay fuertes corrientes, y el mar debió de arrastrarla hacia el este. Es posible que en realidad sólo recorriera unos doscientos metros.

—Imagino que eso ya lo tendrían en cuenta.

Ingram frunció el entrecejo y dijo:

—¿Por qué mostraba señales de hipotermia? Hace una semana que los vientos son flojos y el mar está en calma. En esas condiciones, un nadador medio tardaría entre quince y veinte minutos en recorrer doscientos metros. Además, la temperatura del agua debía de ser superior a la del aire, de

modo que es más probable que sufriera hipotermia en la playa que en el agua, sobre todo si estaba desnuda.

—En cuyo caso no habría muerto ahogada.

—No.

—Entonces, ¿dónde quiere llegar? — preguntó Galbraith.

Nick sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero me cuesta hacer coincidir el cadáver que yo vi con lo que dice el forense. El año pasado, los guardacostas pescaron un cadáver del mar; estaba cubierto de cardenales de arriba abajo e hinchado hasta el doble de su tamaño.

El inspector volvió a consultar el documento.

—Bueno, está el factor tiempo. Según el forense, el momento de la muerte debió de coincidir con la marea alta, y por eso apareció en la playa al retirarse la marea. También basa su argumento en que si esa mujer no hubiera llegado al refugio que ofrecía Egmont Point antes de ahogarse, los torbellinos la habrían arrastrado más allá del cabo St Alban. Si combina esos dos factores, ya tiene su respuesta, ¿no? Es decir, que debió de morir a pocos metros de la costa y su cuerpo llegó a la orilla poco después.

—Es una pena -dijo Ingram recordando la pequeña mano meciéndose en la espuma.

—Sí -coincidió Galbraith, que había visto el cadáver en el depósito y a quien aquella muerte innecesaria había conmovido tanto como a Ingram. Aquel agente le caía simpático. En realidad prefería, en general, a los policías que expresaban sus emociones, pues lo consideraba una señal de honradez.

—¿Qué pruebas hay de que la violaran, si todas las huellas han desaparecido?

—Laceraciones en la parte interna de los muslos y en la espalda. Marcas de cuerdas en las muñecas. Benzodiacepina en la sangre, probablemente Rohipnol. ¿Sabe qué es?

—Mmm. La droga de los violadores... He leído algo sobre ese medicamento.

Galbraith le pasó el informe y dijo:

—Será mejor que lo lea usted mismo. Sólo son notas preliminares, pero Warner nunca pone nada por escrito sin estar convencido de que es correcto.

El documento no era largo, e Ingram lo leyó rápidamente.

—Así que lo que tenemos que buscar es un barco con manchas de sangre -dijo, y dejó la hoja en la mesa.

—Sí, y restos de piel, pues se supone que la violaron en una cubierta de madera.

El agente Ingram sacudió la cabeza, dubitativo.

—Yo no sería demasiado optimista. El asesino debió de lavar la cubierta del barco en cuanto llegó a puerto, y lo que todavía no se hubiera llevado el mar, se lo habría llevado el agua de la manguera.

—Ya lo sabemos -dijo Galbraith-, y por eso hemos de darnos prisa. La única pista que tenemos es una identificación que, si se demuestra correcta, indicará que el barco en el que iba la víctima debió de salir de Lymington. — Sacó su bloc de notas y añadió-: Ayer encontraron a una niña de tres años abandonada cerca de un puerto deportivo de Poole, y la descripción de la madre, que también ha desaparecido, coincide con la de la víctima. Se llama Kate Sumner y vive en Lymington. Su marido lleva cuatro días en Liverpool, pero ahora viene hacia aquí para identificar el cadáver.

Ingram cogió el informe que había mecanografiado aquella mañana.

—Seguro que no es más que una simple coincidencia -dijo con gesto pensativo-, pero el tipo que llamó al 999 tiene un barco en Lymington. Fue con él a Poole el sábado por la noche.

—¿Cómo se llama?

—Steven Harding. Dice que es actor y que vive en Londres.

—¿Cree usted que miente?

Ingram se encogió de hombros.

—Respecto a su nombre y profesión, no, pero creo que mentía respecto a lo que estaba haciendo allí. Dijo que había dejado su barco en Poole porque le apetecía hacer un poco de ejercicio, pero he realizado algunos cálculos y, a mi entender, es imposible que llegara a pie a tiempo para hacer esa llamada a las 10:43. Si había amarrado en algún puerto deportivo, tendría que haber cogido el ferry a Studland, pero como el primer barco no sale hasta las siete, eso significa que tuvo que recorrer veinticinco kilómetros por el sendero de la costa en sólo tres horas. Teniendo en cuenta que parte del camino discurre por playas de arena, y el resto por las colinas, lo considero imposible. Estamos hablando de un promedio de más de ocho kilómetros por hora, y creo que sólo un corredor de maratones profesional

sería capaz de mantener esa velocidad en ese tipo de terreno. – Le tendió el informe al inspector, y añadió-: Está todo ahí. El nombre, la dirección, la descripción, el nombre del barco... Otra cosa que me pareció interesante es que va con regularidad a Chapman's Pool con su barco, y conoce a la perfección los remolinos. Está muy bien informado.

–¿Fue él quien encontró el cadáver?

–No; lo encontraron dos chicos. Están aquí de vacaciones con sus padres. Dudo que ellos puedan decirle algo más, pero he incluido sus nombres y dirección. Maggie Jenner de Broxton House estuvo hablando con Harding durante una hora después de que él hiciera la llamada de emergencia, pero no parece que Harding le contara gran cosa sobre su vida; lo único que le dijo fue que se había criado en una granja de Cornualles. – Señaló el informe y agregó-: Al parecer tenía una erección, por si le interesa saberlo. La señorita Jenner y yo nos fijamos en ese detalle.

–¡Joder!

Ingram sonrió.

–No se emocione, inspector. La señorita Jenner es bastante guapa, así que quizá fue ella quien la provocó. Ejerce ese efecto sobre los hombres. – Levantó la mano-. También he incluido los nombres de los barcos que había anclados en la bahía cuando encontraron el cadáver. Uno está registrado en Poole, el otro en Southampton, y el tercero es francés, aunque no creo que nos costara mucho dar con él. Lo vi marcharse ayer por la noche y se dirigía hacia Weymouth, o sea que supongo que estarán de vacaciones y que irán costeanado.

–Buen trabajo -dijo Galbraith-. Seguiremos en contacto. – Dio unos golpecitos en el informe del forense y dijo-: Le dejo esto. A lo mejor le llama la atención algún detalle que nos ha pasado desapercibido.

Steven Harding despertó al oír un motor fueraborda y golpes en la proa del *Crazy Daze*. Estaba en su amarre permanente, una boya del río Lymington, y cualquiera que quisiera ir a verlo tenía que acercarse en bote. A veces el movimiento del agua resultaba desagradable, sobre todo cuando pasaba el ferry que cubría el trayecto de Lymington a Yarmouth, en ruta hacia la isla de Wight, pero el amarre no era caro, y en cambio muy discreto.

–¡Steve! ¡Despierta, capullo!

Harding reconoció la voz, se dio la vuelta en la litera y se tapó la cabeza con la almohada. Tenía una resaca tremenda, y si había alguien a quien no quería ver tan temprano un lunes, ése era Tony Bridges.

—¡Te prohíbo que subas a bordo, gilipollas -gritó-, así que lárgate y déjame en paz!

El *Crazy Daze* osciló cuando Tony subió a bordo tras atar su bote junto al de Harding, en la cornamusa de popa.

—¡Abre! — gritó Bridges golpeando en la escotilla-. ¿Tienes idea de la hora que es, imbécil? Llevo tres horas llamándote al móvil.

Harding consultó su reloj: eran las tres y diez. Se incorporó bruscamente y se golpeó la cabeza contra el techo.

—¡Maldita sea! — masculló; se levantó de la litera y, tambaleante, fue al salón y abrió la escotilla-. Tenía que estar en Londres a mediodía -le dijo a Tony.

—Eso dice tu agente. No ha parado de llamarme desde las 11:30. — Tony bajó al salón, y al respirar la enrarecida atmósfera hizo una mueca de asco-. ¿Sabes lo que es el aire puro? — preguntó al tiempo que abría la escotilla de proa de la cabina y creaba una fuerte corriente de aire. Miró las sábanas desordenadas y se preguntó qué demonios habría estado haciendo Steve-. Eres un inútil -dijo.

—Lárgate. Me encuentro mal. — Harding se tumbó en el sofá de babor del salón y apoyó la frente en las manos.

—No me extraña. Esto parece un horno. — Tony le pasó una botella de agua mineral, y añadió:- Bebe un poco si no quieres morir deshidratado. — Se quedó de pie mientras Harding se bebía media botella, y después se sentó en el sofá de enfrente-. ¿Qué pasa, Steve? He hablado con

Bob y me dijo que anoche tenías que ir a dormir a su casa para coger el primer tren esta mañana.

—He cambiado de idea.

—Ya lo veo. — Tony vio la botella de whisky vacía que había encima de la mesa, y las fotografías esparcidas por su superficie-. ¿Qué demonios te pasa?

—Nada. — Harding se apartó el cabello de los ojos, con gesto irritado-. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Tony señaló la popa con la cabeza.

–He visto tu bote. Además, te he buscado en todas partes. Por si te interesa saberlo, Graham está deseando pillarte. Está muy cabreado porque no te has presentado al *casting*. Según él, era pan comido.

–Miente.

–Dice que era tu gran oportunidad.

–¡Y un cuerno! Era un papel insignificante en una serie de televisión para niños. Tres días filmando con unos mocosos malcriados para nada. Hay que ser idiota para trabajar con niños.

Tony disimuló su enojo tras una sonrisa inocente, y preguntó:

–¿Es una indirecta?

Harding se encogió de hombros.

–Nadie te obligó a ser maestro. Lo decidiste tú.

Tony le sostuvo la mirada; luego cogió una de las fotografías que había encima de la mesa.

–Entonces ¿cómo es que no tienes ningún inconveniente en hacer estas porquerías? – preguntó señalando la fotografía con el dedo-. Esto también es trabajar con niños, ¿no?

Harding no contestó.

–Te estás dejando explotar, y no te das ni cuenta. Mira que dejar que unos perversos babeen contemplando tus fotografías... Eso es más cutre que vender el culo en Piccadilly Circus.

–Cierra el pico -gruñó Harding apretándose los párpados con los dedos para calmar el dolor-. Estoy harto de tus sermones.

Tony ignoró aquella advertencia y prosiguió:

–¿Qué quieres que haga, si sigues comportándote como un idiota?

Harding lo miró con ceño.

–Al menos yo soy franco con lo que hago. – Esbozó una sonrisa y añadió-: En todos los aspectos. No como tú. ¿Cómo está Bibi? ¿Todavía se queda dormida en el trabajo?

–No me provoques, Steve.

–¿Qué vas a hacerme?

–Venderte. – Tony se quedó mirando la fotografía, con una mezcla de celos y asco-. Eres un degenerado. Este chico no tiene ni quince años.

–Casi dieciséis, lo sabes perfectamente. – Harding vio cómo su amigo hacía pedazos la fotografía-. ¿Por qué te molesta tanto? No es más que

ficción. Si lo haces en una película lo llaman arte. En cambio, si lo haces en una revista lo llaman pornografía.

–Es basura barata.

–Te equivocas. Es basura barata excitante. Sé sincero. ¿Verdad que te gustaría estar en mi lugar? Gano el triple de lo que ganas tú trabajando de maestro. – Se llevó la botella de agua mineral a la boca, echó la cabeza hacia atrás y sonrió con cinismo-. Hablaré con Graham -dijo, secándose los labios con el dorso de la mano-. Nunca se sabe. Un tipo bajito como tú podría ser un exitazo en Internet. A los pedófilos les gustan bajitos.

–Estás enfermo, tío.

–No -replicó Harding, y se tapó la cara con las manos-. Estoy arruinado. Los que están enfermos son los capullos que se hacen pajas contemplando mis fotos.



Capítulo 6

Informe forense

UF/DP/5136/INTERIM: Ref: GFS/Dr. J. C. Warner

Descripción general: Rubia natural. 30 años (aproximadamente).

Estatura: 1,52 m. Peso: 45 kg. Ojos azules. Grupo sanguíneo: 0. Salud excelente. Dentadura excelente (2 empastes; muelas del juicio extraídas). Ninguna cicatriz quirúrgica. Madre de al menos un hijo. Embarazada de 14 semanas (feto de sexo masculino). No fumadora. Pequeños restos de alcohol en sangre. Consumió alimentos por última vez aproximadamente 3 horas antes de ahogarse. Contenido del estómago (aparte de agua de mar): queso, manzana. Pronunciada hendidura en el dedo anular de la mano izquierda que indica presencia reciente de un anillo (alianza u otro).

Causa de la muerte: Ahogo. Todo apunta a que la mujer intentó salvarse, y aunque hay algunas magulladuras *post mortem*, nada indica que permaneciera mucho tiempo en el agua después de muerta. Lo más probable es que cayera desde un barco en mar abierto, viva, y que recorriera a nado una distancia considerable hasta que el agotamiento pudo con ella, y se ahogó cerca de la costa.

Factores que han contribuido a la muerte de la víctima: 0,5 litros de agua de mar en el estómago. Señales de dedos a ambos lados de la laringe, que indican un intento de estrangulamiento. Restos de benzodiacepina en

sangre y tejidos (¿Rohipnol?). Cardenales y rasguños en la espalda (pronunciados en los omóplatos y las nalgas) y en la parte interna de los muslos, que indican relaciones sexuales forzadas sobre una superficie dura, como la cubierta de un barco o un suelo sin moqueta. Pequeña pérdida de sangre debido a escoriaciones vaginales (frotis vaginal negativo, debido a la prolongada inmersión en el mar o a la utilización de un condón por parte del agresor). Marcada señal de dedos en los brazos, que indica inmovilización manual y/o sujeción (seguramente producida al lanzar a la víctima al agua). Hipotermia incipiente.

Estado del cadáver: La muerte se produjo durante las catorce horas anteriores al examen forense. Hora probable de la muerte: durante la marea alta, a la 1:52 del domingo 10 de agosto. Estado general bueno, pese a las señales de hipotermia, el estado de la piel y la vasoconstricción de los vasos sanguíneos (que indican un estrés prolongado) sugieren que la víctima pasó un tiempo considerable en el agua antes de ahogarse. Marcadas escoriaciones en ambas muñecas, lo que indica que la víctima estuvo atada con cuerdas e intentó soltarse (es imposible saber si lo consiguió, o si su asesino la soltó antes de ahogarla). Dos dedos de la mano izquierda rotos; todos los dedos de la mano derecha rotos (difícil averiguar la causa de esta circunstancia. Pudo ser resultado de una acción deliberada, pero también suceder accidentalmente si la mujer intentó salvarse sujetándose a una barandilla)¹. Uñas de ambas manos rotas. Rasguños y magulladuras post mortem en la espalda, los pechos, las nalgas y las rodillas, que indican que el cadáver fue arrastrado entre rocas o guijarros antes de aparecer en la orilla.

Condiciones ambientales: Egmont Bight es una bahía poco profunda, inaccesible para los

¹ Estos cálculos se basan en la distancia que un nadador medio podría cubrir a nado. Estas conclusiones implican que la violación se produjo a bordo de un barco, probablemente en la cubierta. Todavía es difícil saber hasta qué punto la benzodiacepina pudo afectar a su capacidad de reacción. Son necesarios más análisis.

barcos, salvo botes sin quilla (profundidad mínima registrada: 0,5 m; variación entre marea alta y baja: 1-2 m). El arrecife de Kimmeridge, al oeste de Egmont Bight, hace que sea peligroso navegar cerca de los

acantilados, y los marinos se apartan de la costa (sobre todo por la noche, pues esa parte de la costa no está iluminada). Debido a la resaca, hay una corriente continua SSE desde Chapman's Pool hacia el cabo St Alban, de lo que se deduce que la víctima encontró cobijo en Egmont Point antes de morir, y apareció en la orilla cuando se retiró la marea. Si se hubiera ahogado más lejos, su cadáver habría sido arrastrado hasta más allá del cabo. Los vientos del suroeste y las corrientes hacen suponer que entró en el agua al oeste-suroeste de Egmont Bight y que fue arrastrada paralelamente a la costa en dirección este mientras nadaba hacia la orilla. A la vista de los factores arriba mencionados calculamos que la víctima entró en el agua como mínimo a media milla oeste-suroeste de donde fue hallado el cadáver.

Conclusiones: La mujer fue violada y sometida a estrangulamiento manual antes de que la arrojaran al mar para que se ahogara. También es posible que le rompieran los dedos antes de lanzarla al agua, quizá con el objetivo de impedir que nadara hacia la costa. La mujer estaba viva cuando entró en el agua, y por lo tanto, el hecho de que no se informara de que había caído por la borda indica que el propósito de la persona que estaba con ella era matarla. El hecho de que la mujer no llevara objetos que pudieran identificarla (alianza, ropa) indica un intento premeditado de dificultar la investigación en caso de que el cadáver saliera a la superficie o llegara a la orilla.

PS: A la vista del hecho de que la mujer estuvo a punto de salvarse, es posible que tomara la decisión de saltar mientras el barco todavía podía verse desde tierra. Sin embargo, el hecho de que nadie informara de su desaparición, y las pruebas de premeditación demuestran que su muerte fue intencionada.

PS: Rohipnol (fabricado por Roche): Esta droga está suscitando una fuerte polémica. Se trata de un compuesto hipnótico de actuación intermedia -conocido en la calle como la «droga de los violadores»-. Ya se ha citado en varios casos de violación, dos de ellos dentro de un grupo de amigos. Muy eficaz en el tratamiento del insomnio grave, puede inducir el sueño a horas inusuales. Mal empleado -se disuelve fácilmente en alcohol- puede dejar a una mujer inconsciente sin que ella se dé cuenta, dejándola en una posición vulnerable frente a una agresión sexual. Las mujeres que lo han ingerido involuntariamente han explicado que tuvieron momentos de lucidez, junto con una total incapacidad de defenderse. Sus efectos en

víctimas de violación están bien documentados en EE.UU., donde actualmente este medicamento está prohibido: pérdida de memoria temporal o permanente; incapacidad para darse cuenta de que se ha producido una violación; sentimientos de estar «colocado» y distanciado de lo ocurrido; profundo trauma psicológico posterior debido a la facilidad con que la víctima fue violada (a menudo por más de un violador). Es muy difícil interponer una acción judicial contra los violadores porque resulta imposible detectar el Rohipnol en la sangre pasadas setenta y dos horas, y pocas víctimas recuperan la memoria lo bastante deprisa como para presentarse en una comisaría a tiempo para que se encuentren restos de semen en vagina o restos de benzodiacepina en la sangre.

PS: La policía británica aún está a la zaga de sus colegas norteamericanos en la detección y la resolución de este tipo de casos.

J. C. Warner.

↑ Capítulo 7

El puerto deportivo de Salterns estaba situado al final de un pequeño callejón que salía del paseo marítimo que une Bournemouth y Poole, a unos doscientos metros de donde los Green habían encontrado a la niña. Por mar se podía llegar en yate a través del canal de Swash y después por el canal del Norte, que trazaba un corredor entre la orilla y los numerosos botes amarrados a las boyas en el centro de la bahía. Era una típica parada para los turistas que querían navegar por la costa sur de Inglaterra, y durante los meses de verano estaba muy concurrido.

La policía hizo indagaciones en la oficina del puerto deportivo sobre el tráfico de entrada y de salida de los dos días anteriores, 9 y 10 de agosto, y supo que el *Crazy Daze* había amarrado allí el domingo, durante unas dieciocho horas. El barco había entrado por la noche y había ocupado un atracadero libre del pontón A, y el vigilante nocturno había anotado la llegada a las 2:15. A las ocho, cuando abrieron la oficina, un tal Steven Harding pagó por una estancia de veinticuatro horas, diciendo que iba a hacer una excursión pero que regresaría a última hora de la tarde. El capitán de puerto se acordaba de él.

–Un joven apuesto -dijo-. De cabello castaño.

–Ese es. ¿Cómo lo vio? ¿Tranquilo? ¿Nervioso?

—Normal. Le advertí que íbamos a necesitar el atracadero esa noche, y él dijo que no había ningún inconveniente, porque pensaba regresar a Lymington a última hora de la tarde. Si no recuerdo mal, dijo que tenía una cita en Londres el lunes, es decir, esta mañana, y que quería coger el último tren.

—¿Iba con una niña?

—No.

—¿Cómo pagó?

—Con tarjeta de crédito.

—¿Llevaba cartera?

—No. Llevaba la tarjeta metida en un bolsillo. Comentó que hoy en día es lo único que necesitas para viajar.

—¿Llevaba alguna bolsa?

—No, al menos cuando entró en la oficina.

Nadie había anotado la hora de partida del *Crazy Daze*, pero el atracadero volvió a quedar vacío hacia las siete de la tarde del domingo, y lo ocupó un yate procedente de Portsmouth. En esta primera investigación nadie dijo haber visto a una niña saliendo sola del puerto deportivo, ni a un hombre llevándose a una niña. Con todo, varias personas comentaron que los puertos deportivos son lugares muy ajetreados -incluso a las ocho de la mañana- y que cualquiera podría sacar cualquier cosa de un barco envolviéndola en algo que no llamara la atención, como un saco de dormir, y colocándola en un carrito del puerto para sacarla de los pontones.

La policía de Lymington recibió un aviso y unos agentes tuvieron que ir a hacer unas comprobaciones al chalet de William Sumner, en Rope Walk; dos horas más tarde les pidieron que localizaran un barco llamado *Crazy Daze*, que atracaba en algún rincón del pequeño complejo de puertos deportivos, amarraderos de río y barrios de pescadores de Hampshire. Bastó con una llamada telefónica al capitán de puerto de Lymington para establecer su ubicación exacta.

—Claro que conozco a Steve. Amarra en una boya del codo, a unos quinientos metros del club náutico. Tiene un balandro de treinta pies, con cubierta de madera y velas de color granate. Un barco muy bonito. Steve es un buen chico.

—¿Sabe si está en el barco?

—No lo sé. Ni siquiera sé si el barco está en el amarradero. ¿Es importante?

—Sí, podría serlo.

—Llamen al club náutico. Desde allí pueden verlo con los prismáticos. Y si no, llámeme otra vez y enviaré a uno de mis ayudantes a ver si lo encuentra.

William Sumner se reunió con su hija en la comisaría de Poole a las seis y media de la tarde, después de conducir desde Liverpool, pero si alguien se imaginaba que la niña correría hacia él loca de alegría, debió de llevarse una decepción. La niña se quedó donde estaba, sentada en el suelo con unos juguetes, mientras lanzaba desconfiadas miradas a su agotado padre, que se había dejado caer en una silla.

—Siempre se porta así -le dijo a la agente Griffiths-. Sólo reacciona con Kate. — Se frotó los enrojecidos ojos y agregó:- ¿Ya la han encontrado?

Griffiths se colocó delante de la niña, como si quisiera protegerla, pues no sabía hasta qué punto ella entendería lo que iban a decir. Miró a su colega John Galbraith.

—El inspector Galbraith, de la policía de Dorset, está mejor informado que yo, señor Sumner, así que lo mejor será que hable usted con él mientras yo me llevo a Hannah a la cafetería. — Le tendió una mano a la niña y le dijo:- ¿Te apetece un helado, corazón? — La reacción de la niña la sorprendió. Con una confiada sonrisa, Hannah se puso en pie y le tendió los brazos-. Vaya, has mejorado mucho desde ayer -observó la agente, risueña, levantándola en brazos-. Ayer ni siquiera querías mirarme. — Apretó el tibio cuerpecito de la niña contra su costado e ignoró las señales de peligro que se dispararon, como flechas de Cupido, por su torrente sanguíneo, cortesía de sus frustradas hormonas de treinta y cinco años.

Cuando la agente y la niña se hubieron marchado, Galbraith se sentó delante de Sumner. El hombre era mayor de lo que el detective había imaginado; tenía el cabello castaño y escaso, y un inquieto cuerpo anguloso y ágil. Cuando no se estaba mordiendo los labios, Sumner golpeaba el suelo con el talón; Galbraith sacó unas fotografías y las sostuvo un momento. Cuando habló lo hizo con genuina lástima.

—Me resulta muy difícil decirle esto, señor Sumner, pero una mujer que responde a la descripción de su esposa fue hallada muerta ayer por la

mañana. No podemos estar seguros de que sea Kate hasta que usted la identifique, pero creo que debería prepararse para esa posibilidad.

El terror distorsionó el rostro de Sumner.

—Seguro que es ella -dijo con absoluta certeza-. Durante todo el trayecto he pensado que tenía que haber ocurrido una desgracia. Kate jamás habría dejado sola a Hannah. La adoraba.

Galbraith le dio la vuelta a la primera fotografía y se la enseñó a Sumner.

Sumner asintió.

—Sí -dijo con un nudo en la garganta-. Es Kate.

—Lo siento mucho.

Sumner cogió la fotografía con mano temblorosa y la examinó atentamente. Luego preguntó:

—¿Qué pasó?

Galbraith le explicó lo más brevemente que pudo dónde y cómo habían encontrado a Kate, pero decidió que en aquella primera entrevista no era necesario mencionar la violación ni el asesinato.

—¿Se ahogó?

—Sí.

Sumner sacudió la cabeza, perplejo.

—¿Qué hacía allí?

—No lo sabemos, pero creemos que debió de caerse de un barco.

—Entonces, ¿qué hacía Hannah en Poole?

—No lo sabemos -admitió Galbraith.

Sumner le dio la vuelta a la fotografía y se la entregó a Galbraith, como si apartándola de su vista pudiera anular su contenido.

—No tiene ningún sentido -dijo con aspereza-. Kate no habría ido a ninguna parte sin Hannah, y no le gustaba nada navegar. Yo tenía un Contessa 32 cuando vivíamos en Chichester, pero nunca pude convencerla de que viniera a navegar conmigo porque le daba mucho miedo zozobrar en mar abierto y ahogarse. — Volvió a sujetarse la cabeza con las manos.

Galbraith le dio un momento para que recobrara la compostura.

—¿Qué hizo usted con el barco?

—Lo vendí hace un par de años e invertí el dinero en la compra de Langton Cottage. — Volvió a quedarse callado, y el policía no quiso interrumpir el silencio-. No entiendo nada -dijo Sumner, desesperado-. El

viernes por la noche hablé con ella y estaba perfectamente. ¿Cómo es posible que cuarenta y ocho horas más tarde esté muerta?

–Una muerte inesperada siempre es muy difícil de encajar -dijo el detective-. No tenemos tiempo para prepararnos.

–Es que no puedo creerlo. ¿Cómo es que nadie intentó salvarla? Cuando alguien se cae por la borda, no lo dejas allí para que se ahogue. – De pronto se le ocurrió otra posibilidad, y dijo-: Dios mío, ¿se ha ahogado alguien más? No me irá a decir que iba en un barco que volcó, ¿verdad? Ésa era su peor pesadilla.

–No, no creemos que haya pasado nada parecido -dijo Galbraith inclinándose para reducir la distancia que los separaba. Estaban sentados en unas sencillas sillas, en un despacho vacío del primer piso, y al detective le habría gustado encontrarse en un ambiente más acogedor para mantener aquella conversación-. Creemos que Kate fue asesinada, señor Sumner. El forense cree que la violaron antes de arrojarla al agua. Comprendo que esto debe ser terrible para usted, pero le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para encontrar al asesino, y si podemos contribuir en algo para que esta situación le resulte más llevadera, sólo tiene que decírnoslo.

Aquello fue demasiado para Sumner. Se quedó mirando fijamente al detective con expresión de perplejidad.

–No puede ser -dijo-. Tiene que haber un error. No puede ser Kate. Ella no habría ido a ninguna parte con un desconocido. – Tendió la mano hacia la fotografía, y cuando Galbraith volvió a enseñársela, Sumner rompió a llorar.

Tardó unos minutos en contener el llanto, pero Galbraith permaneció en silencio, porque sabía por experiencia que la compasión aumentaba el dolor en lugar de aligerarlo. Esperó mirando por la ventana que daba al parque y, más allá, a la bahía de Poole, y no se movió hasta que Sumner volvió a hablar.

–Lo siento -dijo secándose las lágrimas de las mejillas-. No puedo dejar de pensar en el miedo que debió de pasar. Kate no nadaba muy bien, por eso no le gustaba salir a navegar.

Galbraith retuvo aquel comentario.

–Por si le sirve de consuelo, le diré que su esposa hizo cuanto pudo para salvarse. Lo que la mató fue el agotamiento, no el mar.

—¿Sabe que estaba embarazada? — Las lágrimas volvieron a agolparse en sus ojos.

—Sí. Lo siento mucho.

—¿Era un varón?

—Sí.

—Queríamos tener un hijo. — Sumner sacó un pañuelo y se tapó los ojos antes de levantarse bruscamente y caminar hasta la ventana, donde se quedó un momento dándole la espalda a Galbraith-. ¿Cómo puedo ayudarles? — preguntó cuando se hubo serenado un poco.

—Hablándonos de su mujer. Necesitamos toda la información que pueda proporcionarnos: nombres de amigos, qué hacía durante el día, dónde compraba. Cuantas más cosas sepamos, mejor. — El detective esperó, pero no hubo respuesta-. Quizá prefiera dejarlo para mañana.

Comprendo que debe de estar muy cansado.

—La verdad es que no me encuentro muy bien. — Se volvió hacia él, y Galbraith vio que estaba pálido. Sumner exhaló un suspiro y cayó al suelo, desmayado.

Los chicos Spender eran fáciles de contentar. No le dieron demasiado trabajo a su anfitrión; sólo le pidieron coca-cola, un poco de conversación y ayuda para ensartar el cebo en el anzuelo. La impecable barca de 4,5 metros de Ingram, *Miss Creant*, se mecía suavemente en la superficie de un tranquilo mar turquesa frente a Swanage, con el casco blanco teñido de un rosa claro por la luz del sol poniente, y un buen despliegue de cañas de pescar sobresaliendo por su barandilla como púas de puercoespín. Los chicos estaban encantados.

—Prefiero mil veces la *Miss Creant* que cualquier lancha -dijo Paul después de ayudar al robusto policía a echar la barca al agua en la rampa de Swanage.

Ingram había dejado que el chico manejara el cabrestante que llevaba en su viejo jeep mientras él se metía en el agua para sacar la barca del remolque y la ataba a una argolla en la rampa. Paul estaba emocionado porque de pronto ir en barca era algo mucho más accesible de lo que había imaginado.

—¿Cree que mi padre me compraría una barca como ésta? Las vacaciones serían maravillosas si tuviéramos una.

—Con pedírselo no pierdes nada -respondió Ingram.

A Danny la idea de clavar una larga y escurridiza lombriz en un anzuelo le parecía repugnante, y le pidió a Ingram que lo hiciera por él.

–Está viva -dijo-. ¿No le duele que le claven el anzuelo?

–No tanto como te dolería a ti.

–Es un invertebrado -explicó su hermano, que estaba inclinado sobre el costado de la barca observando cómo los flotadores oscilaban en el agua-, no tiene sistema nervioso como nosotros. De todos modos, está casi al final de la cadena alimenticia, así que sólo existe para que se lo coman.

–Al final de la cadena alimenticia están las cosas muertas -dijo Danny-. Como la señora de la playa. Si nosotros no la hubiéramos encontrado, se habría convertido en comida.

Ingram le pasó a Danny su caña con la lombriz ensartada en el anzuelo.

–No hace falta que lo lances -dijo-. Déjalo caer por el costado, a ver qué pasa. – Se retiró y se protegió los ojos con la gorra de béisbol, encantado de que los niños se encargaran de pescar -. ¿Qué tal era el tipo que llamó por teléfono? – les preguntó-. ¿Os cayó bien?

–No estaba mal -dijo Paul.

–Dijo que había visto a una mujer desnuda y que parecía un elefante -dijo Danny inclinándose sobre el costado junto a su hermano.

–Era una broma -explicó Paul-. Sólo intentaba tranquilizarnos.

–¿Qué más os contó?

–Estuvo intentando ligar con la señora del caballo -dijo Danny-, pero a ella no le hacía ninguna gracia.

Ingram sonrió para sí.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque ella fruncía mucho el entrecejo.

Vaya, pensó el policía.

–¿Por qué le interesa saber si nos cayó bien? – preguntó Paul recuperando con picardía la pregunta original de Ingram-. ¿A usted no le cayó bien?

–No estaba mal -contestó Ingram, repitiendo las palabras de Paul-. Debe de ser un poco gilipollas, porque de lo contrario, no saldría de excursión en un día tan caluroso sin crema de protección solar y sin agua, pero por lo demás no estaba mal.

–Supongo que eso debía de llevarlo en la mochila -dijo Paul en un alarde de lealtad, pues él no había olvidado la amabilidad de Harding como

había hecho su hermano-. Se la quitó para llamar por teléfono, y después la dejó allí porque dijo que pesaba demasiado para cargar con ella hasta el coche de policía. Pensaba recogerla en el camino de regreso. Seguramente era el agua lo que hacía que le pesara tanto. – Miró con seriedad al policía-. ¿No le parece?

–Sí -concedió Ingram mientras se preguntaba qué llevaba Harding en la mochila que no había querido que viera un policía. ¿Unos prismáticos? ¿Habría visto a la mujer?-. ¿Le describisteis a la mujer de la playa? – le preguntó a Paul.

–Sí -contestó el chico-. Él nos preguntó si era guapa.

La decisión de enviar a la agente Griffiths con William y Hannah Sumner tenía dos motivos. El primero era el informe psiquiátrico de la niña, muy desfavorable, y pretendía garantizar su bienestar; el segundo se basaba en años de evidencias estadísticas que demostraban que en la mayoría de los casos a las mujeres las mataban sus maridos, no los desconocidos. Sin embargo, debido a la distancia y a los problemas de jurisdicción -Poole pertenecía a la policía de Dorsetshire y Lymington a la de Hampshire-, advirtieron a Griffiths que el asunto podía alargarse.

–Sí, pero ¿es un sospechoso o no? – preguntó Griffiths a Galbraith.

–Los maridos siempre lo son.

–Venga, jefe, él estaba en Liverpool. Llamé al hotel para confirmarlo, y de allí a Dorset hay un buen trecho. Si ha hecho ese trayecto en su coche dos veces en cinco días, ha hecho más de mil seiscientos kilómetros. Son muchos kilómetros.

–Lo que podría explicar por qué se desmayó -respondió Galbraith.

–¡Fantástico! – dijo ella con sarcasmo-. Siempre he deseado pasar un rato con un violador.

–No tienes obligación de hacerlo, Sandy, así que si no quieres no vayas, pero la única alternativa que tenemos es colocar a Hannah con una familia de acogida hasta que tengamos garantías de que no corre ningún peligro si se la devolvemos a su padre. ¿Qué te parece si te quedas con ellos esta noche, a ver cómo va? He enviado a un equipo a registrar la casa; puedo pedirle a uno de los chicos que se quede y te vigile. ¿Cómo lo ves?

–No se hable más -dijo ella, risueña-. Con un poco de suerte, se me pasarán las ganas de tener hijos.

Hicieron creer a Sumner que Griffiths era la «amiga oficial» que la policía siempre ponía a disposición de una familia con problemas.

–Solo no sabría qué hacer -le dijo varias veces a Galbraith, como si la policía tuviera la culpa de que se hubiera convertido en viudo.

–Es comprensible.

El hombre había recuperado el color después de que le dieran algo de comer, pues había admitido que aquella mañana sólo había tomado una taza de té para desayunar. Al recobrar la energía, Sumner empezó a buscar explicaciones de lo ocurrido.

–¿Las secuestraron? – preguntó de pronto,

–Creemos que no. La policía de Lymington ha registrado la casa y no hay señales de ningún tipo de alboroto. El vecino les abrió la puerta con una copia de la llave, así que el registro ha sido meticuloso. Eso no quiere decir que hayamos descartado la posibilidad de un secuestro, sino sólo que estamos abiertos a todas las posibilidades. Ahora estamos realizando un segundo registro, pero por lo que sabemos, parece que Kate y Hannah se marcharon voluntariamente el sábado por la mañana, después de recibir el correo. Las cartas estaban abiertas y apiladas en la mesa de la cocina.

–¿Y el coche? ¿No podrían haberla secuestrado cuando se metía en el coche?

Galbraith sacudió la cabeza y dijo:

–Está aparcado en el garaje.

–Entonces no lo entiendo. – Sumner parecía desconcertado-. ¿Qué pasó?

–Verá, una posibilidad es que Kate se encontrara a alguien fuera de la casa, quizás a un amigo de la familia, que las invitó a salir a navegar en su barco. – El detective tuvo cuidado de no insinuar la posibilidad de una cita-. Pero no sabemos si Kate sabía que la iban a llevar hasta Poole y la isla Purbeck.

Sumner sacudió la cabeza.

–Kate jamás habría hecho eso -dijo con convicción-. Ya le he dicho que no le gustaba navegar. De todos modos, las únicas personas que conocemos que tienen barco son parejas. – Se quedó mirando el suelo y añadió-: No estará insinuando que una pareja sería capaz de hacer una cosa así, ¿verdad?

–De momento no insinúo nada -dijo Galbraith con paciencia-. Antes necesitamos reunir más información. – Hizo una pausa y añadió-: No

hemos encontrado el anillo de casada de su esposa. Suponemos que se lo quitaron porque podría ayudar a identificarla. ¿Tenía algo de especial?

Sumner tendió una mano temblorosa y señaló su anillo.

—Era igual a éste. Dentro están nuestras iniciales grabadas. Una K entrelazada con una W.

Interesante, pensó Galbraith.

—Cuando se vea con ánimo, me gustaría que hiciera una lista de sus amigos, sobre todo de los que tienen barco. Pero de momento no hay prisa.

— Vio cómo Sumner hacía crujir las articulaciones de los dedos, una por una, y se preguntó qué habría visto la menuda y atractiva mujer del depósito de cadáveres en aquel hombre torpe e hiperactivo.

Sumner no le había escuchado.

—¿Cuándo abandonaron a Hannah? — preguntó.

—No lo sabemos.

—Mi madre me dijo que la habían encontrado en Poole, ayer a la hora de comer, pero usted dice que Kate murió a primera hora de la mañana. ¿No significa eso que Hannah debió de estar en el barco cuando violaron a Kate y que la dejaron en tierra en Poole después de que hubiera muerto? Es imposible que estuviera paseándose por ahí durante veinticuatro horas hasta que alguien la viera, ¿no?

No tiene ni un pelo de tonto, pensó Galbraith.

—Tiene razón -reconoció el detective.

—Entonces ¿mataron a su madre delante de ella? — Sumner elevó el tono de voz-. ¡Dios mío! ¡Es espantoso! Pero si es una criatura, por amor de Dios.

Galbraith intentó tranquilizarlo:

—Lo más probable es que estuviera dormida.

—Eso no puede saberlo.

No, pensó Galbraith, no puedo saberlo. Sólo lo imagino, como suele pasar en todas las investigaciones.

—El médico que la examinó cree que estaba sedada -explicó el detective-. Pero tiene usted razón. Todavía no estamos seguros de nada. — Apoyó la mano en el huesudo hombro de Sumner -. Pero créame, es mejor que deje de atormentarse pensando en lo que pudo pasar. Nada es tan terrible como nos lo pinta la imaginación.

—¿No? — Sumner se enderezó bruscamente, apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y se quedó mirando el techo. Exhaló un largo suspiro y dijo: Mi intuición me dice que usted está barajando la teoría de que Kate tenía una aventura, y de que el hombre con el que se fue era su amante.

Galbraith no creyó que tuviera sentido fingir. La idea de una aventura que había terminado mal era la primera que se le había ocurrido, sobre todo teniendo en cuenta que, al parecer, Hannah había acompañado a su madre en su viaje.

—No podemos descartar esa posibilidad -dijo con sinceridad-. Eso explicaría por qué accedió a subir a bordo de un barco con Hannah. — Observó el perfil de Sumner-. ¿Le dice algo el nombre de Steven Harding?

Sumner frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Seguramente nada, pero es una de las personas que aparecieron cuando encontraron el cadáver de Kate, y estamos interrogando a todo el que tiene alguna relación con su muerte, por remota que sea. — Esperó unos instantes antes de agregar: ¿Lo conoce?

—¿Se refiere al actor?

—Sí.

—Lo he visto un par de veces. — Juntó las manos delante de la boca-. Un día que Kate iba cargada de bolsas de la compra él le ayudó a pasar la sillita de paseo de Hannah por la zona adoquinada de High Street, y una semana más tarde nos lo encontramos y ella me dijo que le diera las gracias. Después él empezó a aparecer por todas partes. Ya sabe, conoces a alguien y de pronto te lo encuentras hasta en la sopa. Tiene un balandro en el río Lymington, y de vez en cuando hablábamos de barcos. Un día lo invité a casa, y él se pasó horas dándome la lata sobre unas pruebas que estaba haciendo para no sé qué obra. No le dieron el papel, por supuesto. No tiene ni pizca de talento. — Entrecerró los ojos y preguntó: ¿Cree que pudo ser él?

Galbraith meneó la cabeza y dijo:

—De momento sólo estamos intentando descartarlo. ¿Kate y él eran amigos?

—¿Me está preguntando si tenían una aventura? — dijo Sumner torciendo el gesto.

—Más o menos.

—No -contestó Sumner rotundamente-. Es un marica de tomo y lomo. Posa para revistas pornográficas gays. Y de todos modos, ella no lo soportaría. Se puso furiosa la vez que lo invité a entrar en casa. Dijo que primero debería habérselo preguntado a ella.

Galbraith se quedó mirando a Sumner. Le pareció que lo había negado con demasiado énfasis.

—¿Cómo sabe lo de las revistas gays? ¿Se lo dijo Harding?

—Sí, y hasta me enseñó una. Estaba orgulloso de aquellas fotografías. Le encanta todo eso. Le encanta ser el centro de atención.

—Muy bien. Hábleme de Kate. ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

Sumner tuvo que pensárselo un momento.

—Cuatro años. Nos conocimos en el trabajo y nos casamos seis meses después.

—¿En qué empresa?

—Pharmatec UK, en Portsmouth. Yo soy director científico, y Kate era una secretaria.

Galbraith bajó la vista para disimular el interés que había despertado en él aquella respuesta.

—Es un laboratorio farmacéutico, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué tipo de medicamentos investiga?

—¿Se refiere a mí personalmente? — Hizo un gesto de indiferencia y contestó:- Todo tipo de medicamentos relacionados con el estómago.

Galbraith lo anotó.

—¿Siguió trabajando Kate después de la boda?

—Sólo unos meses, hasta que se quedó en estado.

—¿Se alegró del embarazo?

—Sí, ya lo creo. Su única ambición era tener su propia familia.

—¿No le importó dejar de trabajar?

Sumner sacudió la cabeza.

—No, en absoluto. No quería que sus hijos crecieran como había crecido ella. Kate no tuvo padre y su madre se pasaba el día fuera de casa; ella tuvo que arreglárselas sola.

—¿Todavía trabaja usted para Pharmatec?

—Sí. Soy el primer director científico.

—Así que vive en Lymington y trabaja en Portsmouth.

—Así es.

—¿Va en coche al trabajo?

—Sí.

—Es un viaje largo -comentó Galbraith mientras hacía cálculos mentales-. Eso debe de suponer... ¿una hora y media diaria de coche? ¿Nunca ha pensado en mudarse?

—No, ni siquiera nos lo planteábamos -dijo Sumner con un deje de ironía-. Lo pensamos hace un año, cuando nos mudamos a Lymington. Y sí, tiene razón, es un viaje espantoso, sobre todo en verano, cuando New Forest está lleno de turistas.

—¿Dónde vivían antes?

—En Chichester.

Galbraith recordó las notas que Griffiths le había enseñado después de la llamada telefónica de Sumner.

—Allí vive su madre, ¿verdad?

—Sí. Siempre ha vivido allí.

—¿Usted también? ¿Nació y se crió en Chichester?

Sumner asintió con la cabeza.

—El cambio de residencia debió de ser un poco doloroso, sobre todo si suponía añadir una hora de viaje cada día.

Sumner ignoró la pregunta y se quedó mirando por la ventana.

—¿Sabe lo que estoy pensando? —dijo de pronto-. Si me hubiera mantenido firme y me hubiera negado a mudarme, Kate no estaría muerta. En Chichester nunca tuvimos problemas. —Entonces se dio cuenta de que su comentario podía interpretarse de varias maneras, y añadió a modo de explicación:- Lo que quiero decir es que Lymington está lleno de extraños. La mitad de las personas que conoces ni siquiera viven allí.

Galbraith habló un momento con Griffiths antes de que la agente acompañara a Hannah y su padre a su casa. Griffiths había tenido tiempo, mientras los de la policía científica llevaban a cabo el registro de Langton Cottage, para ir a su casa a cambiarse y recoger algo de ropa, y ahora llevaba un jersey amarillo holgado y unas mallas negras. La agente ofrecía un aspecto menos severo que el que ofrecía con el uniforme, y Galbraith se preguntó, irónicamente, si el padre y la hija se sentirían cómodos con aquella joven de atuendo desenfadado. Seguramente no demasiado. Los uniformes de policía inspiraban confianza.

–Vendré mañana por la mañana -le dijo Galbraith-. Antes de que llegue yo, necesito que lo pinches un poco. Quiero una lista de sus amigos de Lymington, otra de sus amigos de Chichester y otra de sus amigos del trabajo. – Se acarició la mandíbula mientras intentaba organizar su memoria-. Sería útil que separara a los que tienen barco, o son aficionados a los barcos, de los que no lo tienen; y más aún que separara a los amigos de Kate de los amigos comunes.

–De acuerdo -dijo ella.

Galbraith sonrió.

–Intenta que te hable de Kate -añadió-. Necesitamos conocer su rutina, qué hacía durante

el día, dónde compraba y esas cosas. – Muy bien. – Ah, y su madre - prosiguió Galbraith-. Tengo la impresión de que Kate obligó a Sumner

a separarse de ella, y es posible que eso creara malestar dentro de la familia. – Yo no culparía a Kate -dijo ella con sorna-. Sumner es diez años mayor que ella, y

cuando se casaron él llevaba treinta y siete años viviendo con su mamá. – ¿Cómo lo sabes? – Estuve hablando con él cuando le pregunté por su dirección anterior. Su madre le dio la

casa familiar como regalo de bodas, a cambio de que él se hiciera cargo de una pequeña hipoteca

para ayudarla a comprarse un piso en unas viviendas vigiladas para ancianos en la misma calle. – Demasiado cerca para estar cómodo, ¿no? – Agobiante, diría yo. – ¿Y su padre? – Murió hace diez años. Hasta entonces había sido un *ménage a trois*. Después se convirtió en

un *ménage a deux*. William era el hijo único. Galbraith sacudió la cabeza. – ¿Cómo es posible que estés tan bien informada? No habéis tenido mucho rato para hablar. Griffiths se dio unos golpecitos en el tabique nasal. – Preguntas lógicas y olfato femenino -respondió-. Sumner está acostumbrado a que se lo

hagan todo; por eso no se siente capaz de salir adelante él solo. – Pues que tengas suerte -dijo-. Te aseguro que no te envidio. – Alguien tiene que cuidar de Hannah. – Griffiths suspiró-. Pobrecita. ¿Te has preguntado

alguna vez qué habría sido de ti si te hubieran abandonado de pequeño, como les ocurre a la mayoría de los chicos a los que detenemos?

—A veces -admitió él-. Otras veces le agradezco a Dios que mis padres me sacaran del nido y me animaran a arreglármelas solo. Tan malo es que te quieran poco como que te quieran demasiado; la verdad es que no sabría decir qué es más peligroso.

↑ Capítulo 8

La decisión de interrogar a Steven Harding se tomó el lunes a las ocho de la noche, cuando la policía de Dorset recibió la confirmación de que Harding se encontraba en su barco en el río Lymington; sin embargo el interrogatorio no tuvo lugar hasta pasadas las nueve, porque el oficial encargado del caso, el comisario Carpenter, tuvo que desplazarse desde Winfrith para realizarlo. El inspector Galbraith, que todavía estaba en Poole, recibió órdenes de dirigirse a Lymington y reunirse con su jefe delante de la oficina del capitán de puerto.

Habían intentado localizar a Harding por radio y llamándolo a su teléfono móvil, pero como ambos estaban apagados, los agentes encargados de la investigación no pudieron averiguar si todavía estaría allí el martes por la mañana. De la llamada al agente del actor, Graham Barlow, sólo habían obtenido una furiosa perorata contra los arrogantes jóvenes actores que «no se dignaban presentarse a las pruebas» y que «ya podían esperar sentados si pretendían que siguiera representándolos».

—Pues claro que no sé dónde va a estar mañana -acabó diciendo-. No sé nada de él desde el viernes por la mañana, así que he despedido a ese gilipollas. Si me hiciera ganar algún dinero, no me importaría, pero lleva meses sin trabajar. Oyéndolo hablar, cualquiera diría que es Tom Cruise. ¡Bah! ¡Pero si es un actorcillo de mala muerte!

Galbraith y Carpenter se encontraron a las nueve en punto. El comisario era un hombre alto y delgado con una mata de pelo castaño y un ceño fiero que le hacía parecer permanentemente enojado. A sus colegas ya no les impresionaba, pero a los sospechosos solía intimidarlos. Galbraith ya le había resumido por teléfono su conversación con Sumner, pero ahora volvió a explicársela al comisario, sobre todo el comentario de que Harding era un «marica de tomo y lomo».

—Eso no cuadra con lo que dijo su agente -observó Carpenter-. Él lo describió como un maníaco sexual, dice que las chicas se pelean para

acostarse con él. Fuma marihuana, le gusta el heavy metal, colecciona películas pornográficas y, cuando no tiene nada mejor que hacer, se pasa horas en los garitos de *striptease*. Al parecer le va el nudismo, y cuando está solo, ya sea en el barco

o en su piso, se pasea en pelotas. Lo más probable es que cuando entremos en el barco lo

encontremos con el pito colgando.

–Menudo panorama -dijo Galbraith.

Carpenter chascó la lengua.

–Es un arrogante, y le gusta salir con dos chicas a la vez. Actualmente tiene una de veinticinco años en Londres, que se llama Marie, y otra aquí que se llama Bibi o Didi, o algo parecido. Barlow nos dio el nombre de un amigo que Harding tiene en Lymington, un tal Tony Bridges, que le recoge los mensajes cuando Harding está navegando, y he enviado a Campbell a charlar un rato con él. Si se entera de algo interesante nos llamará. – Se tiró del lóbulo de la oreja y prosiguió:- A su favor tiene que sus amigos navegantes hablan bien de él. Siempre ha vivido en Lymington, creció encima de una tienda de pescado frito de High Street y navega desde que tenía diez años. Hace tres años consiguió colocarse en el primer puesto de una lista de espera para conseguir un amarre en el río, y entonces invirtió hasta el último centavo en ese barco, el *Crazy Daze*. Sale a navegar siempre que tiene el fin de semana libre, y ha invertido muchísimas horas para ponerlo a punto. Eso me han dicho en el club náutico. La opinión general es que le gustan las faldas, pero que es un buen chico.

–Un auténtico camaleón, vaya -dijo Galbraith-. Tenemos tres versiones diferentes del mismo tipo: maricón, semental y niño modelo. Se admiten apuestas. – No olvide que es actor; no creo que ninguna de esas tres versiones sea acertada. Seguramente actúa para la galería siempre que tiene ocasión.

–Más que actor, mentiroso. Según Ingram, dijo que se había criado en una granja de Cornualles. – Galbraith se subió el cuello, pues soplaba brisa y aquella mañana se había puesto ropa ligera-. ¿Cree que puede haber sido él?

Carpenter sacudió la cabeza y contestó:

–No, no lo creo. Es demasiado fácil. Yo diría que nuestro hombre debe de ser material de libro de texto. Solitario, con un curriculum pobre,

relaciones frustradas, seguramente vive con su madre, y acusa su intromisión en su vida privada... -Levantó la barbilla para olfatear el aire-. De momento, yo diría que el marido tiene más números.

Tony Bridges vivía en una casita adosada detrás de High Street; hizo un gesto de consentimiento cuando el sargento que había llamado a su puerta le preguntó si podía hablar unos minutos con él sobre Steven Harding. Bridges no llevaba camisa ni zapatos, sino sólo unos vaqueros, y se fue por el pasillo haciendo eses hasta una desordenada salita. Era un joven delgado y de facciones angulosas, con el pelo cortado al rape y teñido de un rubio que no le sentaba bien a su cetrino cutis, pero sonrió al sargento Campbell cuando lo invitó a entrar en su casa. A Campbell le pareció percibir cierto olor a marihuana, y tuvo la impresión de que no era la primera vez que Bridges recibía una visita de la policía. Los vecinos debían de aguantar mucho.

La casa parecía habitada por varios inquilinos. Al fondo del pasillo había un par de bicicletas apoyadas contra la pared, y encima de los muebles y por el suelo varios montones de ropa. En un rincón había una caja de cervezas llena de latas vacías -los restos, supuso Campbell, de una fiesta -, y por toda la casa ceniceros rebosantes de colillas. Campbell se preguntó cómo estaría la cocina. Si estaba tan sucia como la sala, seguramente tendría hasta ratas.

-Si se ha vuelto a disparar la alarma de su coche -dijo Bridges-, tendrá que ir a hablar con el taller. Son ellos los que le pusieron ese maldito artilugio, y estoy harto de que la gente llame quejándose a la policía cuando él no está. Ni siquiera sé por qué se molestó en instalar esa alarma. El coche es un cacharro, y no creo que a nadie le interese robarlo. - Cogió una lata de cerveza que había en el suelo y señaló una silla-. Siéntese. ¿Le apetece una?

-No, gracias. - Campbell se sentó-. No he venido por la alarma, señor Bridges. Estamos haciendo algunas preguntas rutinarias a todas las personas que conocen al señor Harding para descartarlo de una investigación, y su agente nos dio su nombre.

-¿Qué investigación?

-Una mujer se ahogó el sábado por la noche, y el señor Harding fue quien dio el aviso a la policía.

-¿En serio? ¡Mierda! ¿Quién era la mujer?

—Kate Sumner. Vivía en Rope Walk con su marido y su hija.

—¡Nomejoda!

—¿La conocía usted?

Tony bebió un sorbo de la lata.

—He oído hablar de ella, pero no la conocía. Estaba loca por Steve. Él la ayudó una vez con la sillita de su hija, y desde aquel día ella no lo dejaba en paz. Steve estaba desesperado.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues porque Steve me lo contó, cómo si no. — Sacudió la cabeza y añadió:- No me extraña que anoche Steve se emborrachara, si fue él quien encontró el cadáver.

—No, no fue él. Lo encontraron unos niños. El fue quien llamó a la policía.

Bridges se quedó callado un momento, pensando, y era evidente que le costaba hacerlo. Fuera cual fuera el anestésico que había tomado - marihuana, alcohol o ambos-, tenía las neuronas afectadas.

—No puede ser -dijo de pronto, con tono agresivo, escrutando el rostro de Campbell-. Me consta que Steven no estaba en Lymington el sábado por la noche. Nos vimos el viernes por la noche, y él me dijo que iba a pasar el fin de semana a Poole. El barco estuvo fuera todo el sábado y todo el domingo, lo que significa que Steven no pudo informar de un accidente ocurrido en Lymington.

—La mujer no se ahogó aquí, sino a unos treinta y dos kilómetros de Poole.

—¡Ah! — Bridges se terminó la lata de cerveza de un trago, la estrujó con la mano y la tiró a la caja-. Mire, es inútil que me haga más preguntas. Yo no sé nada sobre ningún ahogado. ¿Vale? Soy amigo de Steven, no su niñera.

Campbell asintió y dijo:

—Entiendo. De todos modos, si es amigo suyo debe de saber si tiene una novia aquí que se llama Bibi o Didi.

Tony lo señaló con el dedo índice, con aire amenazador.

—¿Qué demonios significa esto? Que me aspen si éstas son preguntas rutinarias. ¿Qué está pasando?

—Steven no contesta el teléfono -explicó el sargento-, y su agente es la única persona con quien hemos podido hablar. Nos ha dicho que tenía una

novia en Lymington que se llamaba Bibi o Didi, y sugirió que habláramos con usted para pedirle la dirección de la chica. ¿Tiene algún inconveniente?

—¡Tony! — dijo una voz femenina desde el piso superior-. ¡Te estoy esperando!

—Pues claro que tengo algún inconveniente -dijo Bridges, enojado-. Esa que acaba de oír es Bibi, y resulta que esa chica es mi novia, no la de Steven. Si me entero de que me ha puesto los cuernos voy a matar a ese capullo.

—¡Me voy a acostar, Tony! — dijo la voz.

Carpenter y Galbraith fueron hasta el *Crazy Daze* en la lancha del capitán de puerto -un bote neumático trucado con quilla de fibra de vidrio y columna de dirección-, capitaneado por uno de sus jóvenes ayudantes. Al hacerse de noche había refrescado considerablemente, y los policías lamentaron no haberse puesto jersey debajo de la chaqueta. La brisa agitaba las jarcias, que chocaban ruidosamente contra el bosque de mástiles de los puertos deportivos de Berthon y Yacht Haven. Enfrente de ellos, la isla de Wight se destacaba contra el cielo como un animal agazapado, y las luces del ferry que cubría el trayecto de Yarmouth a Lymington se reflejaban en la superficie del mar.

El capitán de puerto encontró ridículas las sospechas que había despertado en la policía el hecho de no haber podido ponerse en contacto con Harding por radio ni por teléfono.

—Es comprensible -dijo-. ¿Por qué iba a gastar las baterías si no espera ninguna llamada? Los barcos que amarran en las boyas no disponen de electricidad. Harding utiliza una lámpara de butano para iluminar la cabina (dice que es romántico; por eso prefiere la boya en el río que un pontón en un puerto deportivo). Por eso y porque una vez que están en el barco, las chicas dependen de él y de su bote para desembarcar.

—¿Lleva a muchas chicas a su barco? — preguntó Galbraith.

—No lo sé. Tengo demasiado trabajo como para llevar la cuenta de las conquistas de Steven. Lo que sé es que le gustan las rubias. Últimamente lo he visto con una que es una monada.

—¿Bajita, con el cabello rizado y ojos azules?

—Si no recuerdo mal, tenía el cabello liso, pero no me haga mucho caso. No me fijo demasiado en las caras.

—¿Tiene idea de a qué hora salió Steven el sábado por la mañana? — preguntó Carpenter.

El capitán sacudió la cabeza y dijo:

—Desde aquí ni siquiera lo veo. Tendrá que preguntarlo en el club náutico.

—Ya lo hemos hecho, pero no ha habido suerte.

—Entonces espere al sábado, que es cuando bajan los que vienen a pasar el fin de semana. Seguro que alguien lo sabrá.

La lancha aminoró la marcha al acercarse al balandro de Harding. Se veía una luz amarillenta en los ojos de buey, y un bote neumático cabeceaba en la popa, sacudido por la estela del ferry. Dentro del balandro sonaba música.

—¡Steven! — gritó el ayudante del capitán de puerto al tiempo que daba unos golpes en los tablones de babor-. Soy Gary. Tienes visita, amigo.

—¡Vete a paseo, Gary! No me encuentro bien -dijo la voz de Harding.

—Es la policía. Quieren hablar contigo. Vamos, abre y échanos una mano.

La música cesó de pronto y Harding subió al puente.

—¿Qué pasa? — preguntó mirando a los dos detectives con una sonrisa inocente en los labios -. Seguro que han venido por lo de esa mujer que se ahogó ayer. ¿Mentían los chicos respecto a los prismáticos?

—Tenemos unas preguntas más que hacerle -dijo el comisario Carpenter esbozando a su vez una sonrisa-. ¿Podemos subir a bordo?

—Claro. — Harding saltó a cubierta y le tendió una mano para ayudarlo a subir; después ayudó a Galbraith.

—Mi turno acaba a las diez -dijo el ayudante del capitán de puerto-. Volveré dentro de cuarenta minutos para llevarlos a tierra. Si quieren marcharse antes, llamen con el móvil. Steven sabe el número. Si no, que los acompañe él.

Vieron cómo se marchaba describiendo un amplio círculo, labrando una reluciente estela en el agua al dirigirse río arriba, hacia el pueblo.

—Será mejor que bajemos -propuso Harding-. Aquí tendremos frío. — Iba vestido (para alivio de Galbraith) con la misma camiseta sin mangas y los mismos pantalones cortos que llevaba el día anterior, y se estremeció cuando una ráfaga de viento sopló atravesando las salinas de la entrada del río. Iba descalzo, y mirando con desaprobación los zapatos de los policías,

dijo:- Tendrán que descalzarse. He tardado dos años en darle este aspecto a los tablones, y no me gustaría que se estropearan.

Los dos policías se desabrocharon las botas y se dirigieron hacia la escalera de cámara para protegerse del frío. La cabina todavía conservaba el olor a whisky de la noche anterior, y aunque no había ninguna botella vacía encima de la mesa, los agentes comprendieron en qué consistía el malestar de Harding. La débil luz de la única lámpara de gas sólo servía para acentuar sus hundidas mejillas y la barba incipiente que le cubría la barbilla, y la breve visión que tuvieron de las sábanas revueltas de la cabina de proa antes de que Harding cerrara la puerta les hizo pensar que se había pasado gran parte del día recuperándose de una tremenda resaca.

—¿Qué clase de preguntas? — dijo Harding sentándose en uno de los bancos de la mesa e indicándoles que ocuparan el otro.

—Preguntas rutinarias, señor Harding -contestó el comisario.

—¿Sobre qué?

—Sobre el incidente de ayer.

Se frotó los párpados, como si quisiera expulsar de ellos a los demonios.

—Lo único que sé es lo que le dije a aquel otro agente -dijo, y se quitó las manos de los enrojecidos ojos-. Que es lo que los chicos me dijeron a mí. Ellos suponían que la mujer se había ahogado y que las olas la habían llevado hasta la orilla. ¿Tenían razón o no?

—Sí, eso parece.

Harding se inclinó y dijo:

—No sé si presentar una queja contra ese poli. Fue muy grosero conmigo. Insinuó que los chicos y yo teníamos algo que ver con el cadáver. A mí no me importa demasiado, pero me cayó mal por los niños, la verdad. Los asustó, pobrecillos. Francamente, encontrar un cadáver no debe de ser muy divertido, y si luego llega un imbécil con botas con tachuelas para empeorar las cosas... -Sacudió la cabeza-. La verdad, creo que estaba celoso. Cuando él llegó yo estaba charlando con aquella tía, y me parece que eso lo molestó. Creo que esa mujer le gusta, pero es tan borde que no sabe qué hacer al respecto.

Ni Galbraith ni Carpenter salieron en defensa de Ingram, y se hizo un silencio que los dos policías aprovecharon para echar un vistazo a la cabina. En otras circunstancias, aquella luz quizá resultara romántica, pero para una pareja de agentes de la ley que pretendían descubrir algo que pudiera

relacionar a su propietario con una violación y un asesinato brutales resultaba inútil. Gran parte del interior del barco quedaba a oscuras, y si allí había alguna prueba de que Kate y Hannah Sumner habían estado a bordo el sábado anterior, habría sido prácticamente imposible verla.

—¿Qué quieren saber? — preguntó Harding a Galbraith, y el policía detectó algo en su mirada (¿triunfo? ¿diversión?) que le hizo pensar que aquel silencio había sido deliberado. Harding les había proporcionado una oportunidad para mirar, y si los agentes estaban decepcionados, no era culpa suya.

—Tenemos entendido que el sábado por la noche amarró usted en el puerto deportivo de Salterns y que estuvo allí casi todo el domingo -dijo Carpenter.

—Sí.

—¿Á qué hora llegó usted al puerto, señor Harding?

—No tengo ni idea. — Frunció el entrecejo—. Bastante tarde. ¿Qué importancia tiene eso?

—¿Lleva usted un cuaderno de bitácora?

Harding miró hacia la mesa donde tenía las cartas de navegación y respondió:

—Cuando me acuerdo.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Cómo no. — Se inclinó y sacó una vieja libreta de entre el montón de papeles que había sobre la tapa de la mesa—. No es muy interesante. — Se lo dio al policía.

Carpenter leyó las seis últimas entradas.

—Veo que es usted bastante parco -murmuró Carpenter hojeando la libreta y revisando otras entradas-. ¿Nunca anota la velocidad del viento ni el rumbo?

—No, no suelo hacerlo.

—¿Por algún motivo concreto?

El joven se encogió de hombros.

—Conozco el rumbo para ir a cualquier sitio de la costa sur, así que no necesito recordarlo continuamente, y la velocidad del viento no me interesa. Es una de las cosas que me gusta de navegar. Cada travesía dura lo que dura. Si eres una de esas personas impacientes a las que sólo les interesa la

hora de llegada, la navegación te puede volver majara. A veces puedes tardar varias horas en recorrer unas millas.

OceanofPDF.com

–Según el cuaderno, amarró en el puerto deportivo de Salterns el domingo a las 2:17 de la madrugada -observó Carpenter.

–Si ahí lo dice, debe de ser cierto.

–También dice que salió de Lymington el sábado por la mañana a las 10:09. – El policía hizo unos cálculos mentales-. Eso quiere decir que tardó catorce horas en recorrer unas treinta millas. Debe de ser un récord, ¿no? Aproximadamente dos nudos por hora. ¿Es eso todo lo que da de sí este barco?

–Depende del viento y la marea. En días buenos alcanza los seis nudos, pero el promedio es de cuatro. En realidad el sábado debí de recorrer unas sesenta millas, porque estuve dando bordadas continuamente. – Bostezó para luego proseguir:- Como les he dicho, a veces puedes tardar varias horas en recorrer unas millas, y el sábado fue un mal día.

–¿Por qué no utilizó el motor?

–No quise hacerlo. No tenía prisa. – Adoptó una expresión de desconfianza-. ¿Qué tiene esto que ver con esa mujer que apareció en la playa?

–Nada, seguramente -contestó Carpenter con naturalidad-. Sólo estamos atando algunos cabos sueltos antes de redactar el informe. – Hizo una pausa y, tras mirar al joven concienzudamente, añadió:- Mire, antes yo también navegaba, y si quiere que le diga la verdad, no me creo que tardara catorce horas en llegar a Poole. De entrada, a última hora de la tarde, los vientos de tierra le habrían hecho aumentar la velocidad por encima de los dos nudos. Creo que debió de llegar hasta más allá de la isla Purbeck, quizá con la intención de ir a Weymouth, y que al darse cuenta de lo tarde que se estaba haciendo, cambió de rumbo y se dirigió a Poole. ¿Estoy en lo cierto?

–No. Estuve unas horas al paio frente a Christchurch, para pescar y echar un sueñecito. Por eso tardé tanto.

Carpenter no le creyó.

–Hace un momento la explicación estaba en las bordadas. Ahora resulta que paró a pescar. ¿En qué quedamos?

–Las dos cosas son ciertas.

–Y ¿cómo es que no las menciona en el cuaderno de bitácora?

–No me pareció importante.

Carpenter asintió y dijo:

–Tiene usted un concepto del tiempo un poco... -buscó una palabra adecuada- individualista, señor Harding. Por ejemplo, ayer le dijo al agente de policía que quería ir caminando hasta Lulworth Cove, pero Lulworth está a más de cuarenta kilómetros del puerto deportivo de Salterns, ochenta kilómetros en total si pensaba regresar a pie. Es una distancia muy ambiciosa para una excursión de doce horas, ¿no le parece? Sobre todo teniendo en cuenta que le dijo al capitán de puerto de Salterns que regresaría a última hora de la tarde.

A Harding se le iluminó la cara, como si aquello le hiciera mucha gracia, y dijo:

–Desde el mar la distancia parece mucho menor.

–¿Llegó a Lulworth?

–¡Qué va! – exclamó Harding, jovial-. Cuando llegué a Chapman's Pool estaba completamente reventado.

–Eso podría deberse a que viaja usted ligero de equipaje.

–¿A qué se refiere?

–Llevaba un teléfono móvil, señor Harding, pero nada más. Es decir, que salió dispuesto a recorrer ochenta kilómetros a pie uno de los días más calurosos del año sin agua, sin dinero, sin crema de protección solar, sin ropa de recambio y sin sombrero. ¿Siempre es así de descuidado con su salud?

Harding torció el gesto y dijo:

–De acuerdo, fue una estupidez. Lo reconozco. Por eso di media vuelta cuando su colega se llevó a los chicos. Por si le interesa, sepa que el viaje de regreso me llevó el doble de horas que el de ida, porque estaba agotado.

–Unas cuatro horas, ¿no? – calculó Galbraith.

–Seis, creo. Me puse en marcha cuando ellos se fueron, sobre las 12:30, y llegué al puerto hacia las 18:15. Me bebí cinco litros de agua, comí un poco y salí hacia Lymington media hora más tarde.

–¿Quiere decir que tardó tres horas en llegar a Chapman's Pool? – preguntó Galbraith.

–Más o menos.

–Entonces debió de salir del puerto poco después de las 7:30, porque si no, no habría podido llamar a la policía a las 10:43.

–Si usted lo dice...

—No, yo no digo nada. Según la información que tenemos, usted pagó su atracadero a las ocho en punto, lo cual quiere decir que no pudo salir del puerto hasta pasados unos minutos.

Harding se cogió las manos detrás de la cabeza y miró al detective.

—De acuerdo, me marché a las ocho -dijo-. ¿Qué problema hay?

—El problema es que es imposible que usted recorriera a pie veinticinco kilómetros por un escarpado sendero en dos horas y media. — Hizo una pausa mientras le sostenía la mirada a Harding-. Y eso incluye el tiempo que debió de perder esperando el ferry.

Harding respondió sin vacilar:

—No tomé el sendero de la costa, al menos al principio. Una pareja a la que conocí en el ferry y que se dirigía al parque que hay cerca de Durlston Head me llevó en su coche. Me dejaron junto a las verjas que hay en el camino del faro, y allí fue donde tomé el sendero.

—¿A qué hora fue eso?

Harding miró el techo y contestó:

—A las 10:43 menos el tiempo que se tarde en ir desde Durlston Head hasta Chapman's Pool, supongo. Mire, ayer consulté mi reloj por primera vez justo antes de hacer esa llamada al 999. Hasta entonces no me había importado un carajo la hora que era. — Volvió a mirar a Galbraith, y había irritación en su mirada-. No soporto vivir pendiente del reloj. Obligar a la gente a ajustarse a evaluaciones arbitrarias de lo que debería durar algo es una forma de terrorismo social. Por eso me gusta navegar. El tiempo es irrelevante, y tú no puedes hacer nada para remediarlo.

—¿Qué coche llevaba esa pareja? — preguntó Carpenter, sin dejarse impresionar por las divagaciones filosóficas del joven.

—No lo sé. Un turismo. No me fijo mucho en los coches.

—¿De qué color era?

—Creo que azul.

—¿Cómo era la pareja?

—No hablamos mucho. Tenían puesta una cinta de Manic Street Preachers. La estuvimos escuchando.

—¿Podría describirlos, señor Harding?

—Pues no, la verdad. Eran normales. Me pasé casi todo el trayecto mirándoles el cogote. Ella era rubia, y él moreno. — Cogió la botella de whisky; empezaba a agotársele la paciencia-. Pero veamos, ¿a qué vienen

tantas preguntas? ¿Qué coño importa lo que tardé entre ir de A a B, ni a quién me encontré por el camino? ¿Aplican el tercer grado a todos los ciudadanos que llaman al 999?

—Sólo estamos atando cabos, señor Harding.

—Eso ya lo ha dicho antes.

—¿Está seguro de que no se dirigía a Chapman's Pool, en lugar de a Lulworth Cove?

—Sí.

Hubo un silencio. Carpenter miró a Harding mientras éste seguía jugueteando con la botella de whisky.

—¿Había algún pasajero en su barco el sábado? — preguntó el policía.

—No.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. ¿No le parece que lo habría visto? Mi barco no es el *Queen Elizabeth*.

Carpenter hojeó el cuaderno de bitácora y preguntó:

—¿Lleva alguna vez pasajeros?

—Eso no es asunto suyo.

—Puede que no, pero nos han dicho que le gustan a usted las faldas. — Levantó una ceja y añadió—: Dicen que suele llevar mujeres a su barco. Lo que no sé es si alguna vez las lleva a navegar, o si toda la acción tiene lugar en la cabina mientras el barco está amarrado a la boya.

Harding se tomó su tiempo para responder.

—A algunas las llevo a navegar -admitió.

—¿Ocurre eso muy a menudo?

—Una vez al mes, más o menos -contestó el actor después de otra pausa.

Carpenter dejó el cuaderno de bitácora en la mesa y tamborileó con los dedos encima de él.

—Entonces ¿por qué no las menciona aquí? Es su obligación registrar los nombres de todas las personas que suben a bordo, por si ocurre un accidente, ¿no? ¿O es que no le importa que alguien pudiera ahogarse porque los guardacostas sólo lo buscarían a usted?

—Eso es ridículo -dijo Harding con desdén-. Para que ocurriera algo así el barco tendría que zozobrar, y en ese caso el cuaderno de bitácora se perdería.

—¿Alguna vez se ha caído por la borda alguna de sus pasajeras?

Harding sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Miró con desconfianza a los policías, analizando su humor como una serpiente que saca la lengua para analizar un olor detectado en el aire. Todos sus movimientos estaban perfectamente calculados, y Galbraith lo observó con sangre fría, sin olvidar que se hallaba ante un actor. Tenía la impresión de que Harding se estaba divirtiendo con aquella conversación, pero no se le ocurría por qué, a menos que Harding no supiera que la investigación estaba relacionada con un caso de violación y asesinato y estuviera aprovechando aquella experiencia de un interrogatorio para practicar técnicas de interpretación.

—¿Conoce a una mujer llamada Kate Sumner? —preguntó Carpenter.

Harding apartó la botella y se inclinó hacia delante con agresividad.

—¿Y a usted qué le importa?

—Eso no es una respuesta. Permítame que le repita la pregunta. ¿Conoce usted a una mujer llamada Kate Sumner?

—Sí.

—¿La conoce bien?

—Bastante bien.

—¿Qué quiere decir «bastante»?

—Eso no es asunto suyo.

—Se equivoca. Le aseguro que sí es asunto mío. El cadáver que sacaron de la playa en helicóptero era el suyo.

La reacción de Harding lo sorprendió.

—Me lo imaginaba -dijo.



Capítulo 9

Al otro lado de la extensión de agua, las luces de Swanage destellaban como brillantes joyas en la oscuridad. Detrás, el sol poniente desaparecía en el horizonte. Danny Spender bostezaba continuamente, agotado tras la dura jornada y las tres horas de exposición al fresco aire del mar. Iba apoyado sobre Ingram, mientras su hermano mayor dirigía, orgulloso, el timón de la *Miss Creant*.

—Era un marrano -dijo de pronto.

—¿Quién?

—Ese hombre de ayer.

—¿Por qué? —preguntó Ingram, disimulando su curiosidad.

—Mientras rescataban a la mujer, no paraba de frotarse el pito con el teléfono -contestó Danny.

Ingram miró a Paul para ver si les estaba escuchando, pero el mayor de los chicos estaba embelesado con el timón y no les prestaba atención.

—¿Le vio hacerlo la señora Jenner? — preguntó el policía.

Danny cerró los ojos y dijo:

—No. Dejó de hacerlo en cuanto apareció ella. Paul dice que estaba limpiando el teléfono, ya sabe, como hacen los jugadores de bolos con la bola para que corra más. Pero no es verdad. Estaba haciendo marranadas.

—¿Por qué crees que a Paul le cae tan simpático?

El chico volvió a bostezar.

—Porque no se enfadó con él por haber estado espionando a una nudista. Papá se habría enfadado mucho. Se puso furioso una vez, cuando Paul se agenció unas revistas pornográficas. Yo las encontré muy aburridas, pero a Paul le parecían interesantes.

—Disculpen -dijo el comisario Carpenter al oír su teléfono. Lo sacó y abrió el micrófono-. Sí, Campbell. De acuerdo... Adelante.

Mientras hablaba mantenía la vista clavada en un punto situado por encima de la cabeza de Harding, y su pronunciado ceño parecía aún más profundo por efecto de las sombras proyectadas por la lámpara de gas. El sargento Campbell le estaba explicando su entrevista con Tony Bridges. Pegó el auricular a su oreja cuando el sargento mencionó el nombre «Bibi», y bajó un poco la vista para mirar a Harding.

Mientras tanto, Galbraith observaba a Steven Harding. El hombre se esforzaba por enterarse de lo que estaba diciendo el interlocutor del comisario, consciente de que seguramente el tema de conversación era él. Mantuvo la vista clavada en la mesa durante la mayor parte del tiempo, pero en una o dos ocasiones levantó los ojos y miró a Galbraith, y éste se sintió extrañamente identificado con él, como si él y Harding, por el hecho de no participar en aquella conversación, se hubieran alineado contra Carpenter. Galbraith no percibía a Harding como culpable, no intuía que estaba sentado con un violador; sin embargo, sabía por experiencia que aquello no significaba nada. Los sociópatas podían ser tan encantadores e inofensivos como el resto de los mortales, y el que no lo viera así siempre era una víctima en potencia.

Galbraith reanudó su inspección del interior del barco, identificando las formas en la oscuridad. Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, y ahora distinguía más cosas que unos minutos atrás. Con excepción de la mesa de navegación, donde se amontonaban los papeles, todo lo demás estaba guardado en armarios o estantes, y no había nada que indicara la presencia de una mujer. Era un espacio masculino de tableros de madera, asientos de piel negra y accesorios dorados, sin colores que adornaran aquella austera sencillez. Monacal, pensó con aprobación. Su casa, una casa ruidosa y llena de juguetes decorada por su esposa, que trabajaba en el National Childbirth Trust, estaba demasiado abarrotada y pensada para los niños.

La cocina, situada a un lado de la escalera, fue lo que más le interesó. Estaba construida en un hueco junto a los escalones, y contenía un pequeño fregadero y un hornillo de gas empotrado en una encimera de teca, con armarios debajo y estantes encima. Le habían llamado la atención unos cuantos artículos escondidos en un rincón, y que había logrado identificar como un trozo de queso envuelto en un envase de plástico con la etiqueta de Tesco's, y una bolsa de manzanas. Notó cómo Harding lo miraba, y se preguntó si el joven sabría que un forense podía decir lo que había comido una víctima antes de morir.

Carpenter apagó el teléfono y lo dejó sobre el cuaderno de bitácora.

—Ha dicho que se imaginaba que el cadáver era el de Kate Sumner -le recordó a Harding.

—Así es.

—¿Podría explicarse mejor? ¿Cuándo y por qué lo imaginó?

—No he querido decir que me imaginara que fuera ella, sino que tenía que ser alguien a quien yo conociera, porque de lo contrario, no habrían venido a verme a mi barco. — Se encogió de hombros y agregó:— Si someten a este seguimiento a todas las personas que llaman a la policía, no me extraña que el país esté atestado de delincuentes en libertad.

Carpenter chascó la lengua, aunque el ceño no desapareció de su rostro. Sin dejar de mirar fijamente al joven, dijo:

—No se crea nunca lo que lea en los periódicos, Steven. Se lo aseguro: siempre acabamos atrapando a los malos. — Observó al actor y agregó:— Hábleme de Kate Sumner. ¿Se conocían mucho?

—Qué va. Muy poco -contestó Harding con displicencia-. Desde que se instaló en Lymington con su marido la habré visto cuatro o cinco veces. La vi un día en la calle; no podía hacer pasar la sillita de su hija por el tramo de adoquines que hay cerca de la antigua aduana. Le eché una mano, charlamos un poco y luego ella subió por High Street. Después de eso, cada vez que me veía se paraba para preguntarme cómo estaba.

—¿Le caía simpática?

Harding desvió la mirada hacia el teléfono mientras reflexionaba sobre aquella pregunta.

—No estaba mal. Nada del otro mundo.

—¿Qué me dice de William Sumner? — preguntó Gal-braith-. ¿Le cae simpático?

—Apenas lo conozco. Parece buena gente.

—Según él, se ven ustedes con cierta frecuencia. Dice que hasta lo ha invitado a su casa.

El joven se encogió de hombros.

—¿Y qué? Hay mucha gente que me invita a su casa. Eso no significa que seamos amigos íntimos. La gente de Lymington es muy sociable.

—El señor Sumner me dijo que le había enseñado usted unas fotografías suyas aparecidas en una revista gay. Yo diría que para hacer eso hay que tener un grado considerable de amistad.

—No veo por qué -repuso Harding con una sonrisa-. Esas fotos no están nada mal. Hay que reconocer que a él no le entusiasmaron, pero ése es su problema. Ese Will Sumner es un tipo muy formal. Él no enseñaría la polla por nada del mundo, aunque se estuviera muriendo de hambre, y mucho menos en una revista gay.

—Tenía entendido que apenas se conocían.

—No necesito conocerlo mucho; basta con verlo. Seguro que cuando tenía dieciocho años ya aparentaba la edad que tiene ahora.

Galbraith estaba de acuerdo con él, y eso hacía que le costara aún más entender por qué Kate había elegido a Sumner como marido.

—De todos modos, no es muy corriente eso de ir enseñando fotografías pornográficas a los conocidos. ¿Acostumbra usted hacerlo? ¿Las ha enseñado en el club náutico, por ejemplo?

—No.

—¿Por qué no?

Harding no contestó.

—A lo mejor sólo se las enseña a los maridos de sus amigas -apuntó Galbraith arqueando una ceja-. Es un buen sistema para convencer a un hombre de que no va detrás de su esposa. Si el marido se piensa que eres homosexual, creerá que está a salvo, ¿no? ¿Fue por eso que se las enseñó?

—Ahora no me acuerdo. Supongo que yo estaba hartó y que él me estaba poniendo nervioso.

—¿Se acostaba usted con su esposa, Steven?

—No diga estupideces -repuso Harding con enojo-. Ya le he dicho que apenas la conocía.

—Entonces, lo que nos han dicho de que ella no lo dejaba en paz y que usted estaba hartó no es cierto, ¿no? —dijo Carpenter.

Harding no contestó.

—¿Subió Kate alguna vez a este barco?

—No.

—¿Está seguro?

Por primera vez, los agentes detectaron nerviosismo en Harding. El actor volvió a encorvarse sobre la mesa y se pasó la lengua por los reseos labios.

—Mire, no sé de qué va todo esto. Vale, una tía se ahoga y resulta que yo la conocía, no demasiado bien, pero sí, la conocía. Reconozco que es una extraña coincidencia que yo estuviera allí cuando la encontraron, pero mire, yo siempre me encuentro a gente que conozco. Suele pasarnos a los que navegamos: siempre te encuentras a gente con la que tomaste una copa quizá dos años atrás.

—Sí, pero ahí reside precisamente el problema -dijo Galbraith con tono razonable-. Según tenemos entendido, Kate Sumner no navegaba. Usted mismo ha dicho que Kate nunca había estado a bordo del *Crazy Daze*.

—Eso no quiere decir que no aceptara una invitación. Ayer había un Beneteau francés, el *Mirage* anclado en Chapman's Pool. Lo vi con los prismáticos de los chicos. La semana pasada estaba amarrado en Berthon; lo sé porque una chica que viaja en ese barco me preguntó el código de los lavabos. Esos franceses también podían conocer a Kate. Berthon está en Lymington, ¿no? Kate vive en Lymington. A lo mejor la llevaron a dar un paseo.

–Es una posibilidad -concedió Carpenter. Vio cómo Galbraith anotaba algo-. ¿Recuerda cómo se llamaba la chica, por casualidad?

Harding negó con la cabeza.

–¿Conoce usted a alguien más que pudiera llevar a Kate a navegar el sábado?

–No. Como ya le he dicho, nos conocíamos poco. Pero seguro que ella tenía amigos que podían invitarla a ir en barco. Por aquí todo el mundo conoce a alguien que tiene un barco.

Galbraith señaló la cocina y preguntó:

–¿Fue usted de compras el sábado por la mañana antes de salir hacia Poole?

–¿Y eso qué importa? – repuso Harding con agresividad.

–Simple curiosidad. ¿Compró el queso y las manzanas que tiene en la cocina el sábado por la mañana?

–Sí.

–¿Se encontró a Kate Sumner en el pueblo?

Harding vaciló antes de responder:

–Sí. Estaba delante de Tesco's con su hija.

–¿Qué hora era?

–Las nueve y media, más o menos. – Volvió a coger la botella de whisky y la tumbó; colocó el dedo índice sobre el cuello de la botella y la hizo rodar lentamente-. No me entretuve mucho porque quería marcharme pronto, y ella estaba buscando unas sandalias para su hija. Nos saludamos y cada uno se fue por su lado.

–¿La invitó a dar un paseo en su barco? – preguntó Carpenter.

–No. – Harding dejó de interesarse por la botella y la dejó con el cuello apuntando hacia el pecho del comisario, como si fuera el cañón de un rifle-. Miren, no sé qué creen que he hecho – dijo, cada vez más enojado-, pero estoy seguro de que no tienen derecho a interrogarme de esta forma. ¿No deberían grabar esta conversación?

–No grabamos las conversaciones con las personas que sólo nos ayudan con nuestras investigaciones, señor Harding -explicó Carpenter gentilmente-. Por norma, sólo grabamos las conversaciones tras informar a una persona de que es sospechosa de algún delito. Esas entrevistas sólo pueden llevarse a cabo en una comisaría, donde los agentes cuentan con material adecuado para introducir una cinta virgen en una grabadora delante

del sospechoso. – Sonrió sin hostilidad y añadió: De todos modos, si usted así lo prefiere, puede venir con nosotros a Winfrith, donde lo interrogaremos como testigo voluntario y podremos grabar la conversación.

–De eso nada. Yo no me muevo del barco. – Harding extendió los brazos a lo largo del respaldo del sofá y se sujetó al borde de teca como si con eso quisiera enfatizar sus palabras. Al hacerlo, rozó con la mano derecha un trozo de tela que estaba atrapado entre el borde del sofá y el estante que había detrás, y Harding lo miró un momento antes de cogerlo y ocultarlo en el puño.

Hubo un breve silencio.

–¿Tiene usted una novia en Lymington? – preguntó Carpenter.

–Es posible.

–¿Puedo preguntarle cómo se llama?

–No.

–Su agente nos dio un nombre. Dijo que se llamaba Bibi, o Didi.

–Eso es asunto suyo.

A Galbraith le interesaba más lo que Harding tenía escondido en el puño, porque había visto qué era.

–¿Tiene usted hijos? – le preguntó.

–No.

–¿Y su novia?

Harding no contestó.

–Eso que tiene en la mano es un babero -señaló el comisario-, lo cual me hace suponer que alguien que ha estado en este barco tiene hijos.

Harding abrió el puño y dejó caer el babero en el sofá.

–Lleva años aquí. No soy muy ordenado.

Carpenter dio una palmada en la mesa, y el teléfono y la botella de whisky se tambalearon.

–Me está poniendo nervioso, señor Harding -dijo con severidad-. Esto no es ninguna obra de teatro, sino una investigación sobre la muerte de una mujer. Ha admitido que conocía a Kate Sumner y que la vio la mañana del día en que ella se ahogó, pero si no sabe cómo pudo aparecer en una playa de Dorset cuando se suponía que ella y su hija estaban en Lymington, le aconsejo que conteste nuestras preguntas con la mayor franqueza y sinceridad. Déjeme plantearle de nuevo la pregunta. – Entrecerró los ojos y

dijo-: ¿Ha estado últimamente en este barco con una amiga suya que tiene hijos?

–Quizá -dijo Harding.

–Eso no es ninguna respuesta. O sí o no.

Harding volvió a inclinarse sobre la mesa.

–Tengo varias amigas con hijos -dijo de mala gana-, y muchas han estado en mi barco.

Estoy intentando recordar quién ha sido la última.

–Me gustaría que me diera los nombres de todas ellas -dijo Carpenter con gravedad.

–Pues no pienso dárselos -repuso Harding con repentina decisión-, y tampoco pienso contestar más preguntas, al menos sin la presencia de un abogado y sin que se esté grabando la conversación. No sé qué demonios se supone que he hecho, pero se equivoca si cree que conseguirá incriminarme por ello.

–Estamos intentando averiguar cómo se ahogó Kate Sumner en Egmont Bight.

Carpenter enderezó la botella de whisky y colocó un dedo sobre la boca.

–¿Por qué se emborrachó anoche, señor Harding?

El joven miró al comisario, pero no dijo nada.

–Miente usted descaradamente, amigo. Ayer dijo que se había criado en una granja de Cornualles, cuando lo cierto es que creció encima de una tienda de pescado frito de Lymington. A su agente le dijo que su novia se llamaba Bibi, cuando lo cierto es que Bibi es la chica con la que su amigo sale desde hace cuatro meses. Le dijo a William Sumner que era homosexual, cuando por aquí todos los que lo conocen lo tienen por un Casanova. ¿Qué le pasa? ¿Tan aburrida es su vida que tiene que animarla con mentiras?

Un débil rubor tiñó las mejillas de Harding.

–¡Desgraciado! – susurró con furia.

Carpenter juntó las yemas de los dedos y lo miró fijamente.

–¿Tiene algún inconveniente en que echemos un vistazo por el barco, señor Harding?

–Si tienen una orden de registro, no.

–No la tenemos.

Harding los miró con expresión triunfante.

—Entonces ni lo sueñen.

El comisario lo miró un momento y dijo:

—Kate Sumner fue brutalmente violada antes de ser arrojada al mar, y todos los indicios apuntan a que la violación tuvo lugar a bordo de un barco. Ahora, déjeme que le explique las normas sobre registros, señor Harding. Cuando no cuenta con el consentimiento del propietario del local, la policía tiene varias opciones, una de las cuales (suponiendo que tenga suficientes motivos para sospechar que el propietario es culpable de un delito) consiste en detenerlo y a continuación registrar sus locales para impedir que se deshaga de posibles pruebas. ¿Es usted consciente de lo que eso significa, teniendo en cuenta que la violación y el asesinato son delitos graves?

Harding se había quedado lívido.

—Contésteme, por favor -exigió Carpenter-. ¿Es usted consciente de lo que eso significa?

—Si me niego me detendrán.

Carpenter asintió con la cabeza.

—No puedo creer que se estén comportando así. No pueden ir por ahí acusando a la gente de violación para registrar su barco impunemente. Eso es abuso de poder.

—Se olvida usted de los indicios. — El agente enumeró los puntos con los dedos de las manos -: Uno: ha admitido usted que el sábado a las 9:30 se encontró a Kate Sumner poco antes de zarpar; dos: no ha podido ofrecer una explicación razonable de por qué tardó catorce horas en ir de Lymington a Poole; tres: ha dado explicaciones contradictorias de por qué estaba en el sendero de la costa, cerca de donde fue hallado el cadáver de Kate Sumner; cuatro: su barco estaba amarrado a la hora y en las proximidades de donde encontraron a la hija de Kate Sumner deambulando sola y traumatizada; cinco: parece usted poco dispuesto o incapaz de responder satisfactoriamente a sencillas preguntas... -Se interrumpió y preguntó -: ¿Quiere que continúe?

Harding había acabado por perder la compostura, y ahora parecía muy asustado.

—Todo eso no son más que coincidencias -protestó.

—¿Incluido el hecho de que encontraran a Hannah cerca del puerto deportivo de Salterns?

—Supongo... -Harding se detuvo bruscamente, con expresión de alarma-. No sé de qué están hablando -dijo elevando la voz-. ¡Mierda! Necesito pensar.

—¿Necesita pensar? Pues piense que si cuando registremos este barco descubrimos una sola huella dactilar que corresponda a Kate Sumner...

—Está bien, está bien -le interrumpió Harding respirando ruidosamente por la nariz y haciendo ademanes tranquilizadores, como si fueran los detectives, y no él, los que necesitaran calmarse-. Kate y su hija estuvieron en este barco, pero no fue el sábado.

—¿Cuándo fue?

—No me acuerdo.

—Eso no me sirve, Steven. ¿Hace poco? ¿Hace mucho? ¿En qué circunstancias? ¿Las trajo usted hasta aquí en su bote? ¿Era Kate una de sus conquistas? ¿Se acostó con ella?

—¡No, maldita sea! — contestó Harding, furioso-. Esa mujer era insoportable. No me dejaba vivir, estaba empeñada en que me la follara, y quería que fuera simpático con su hija. Se pasaba el día rondando por el pontón del combustible, por si yo iba a repostar. Me ponía histérico, se lo aseguro.

—A ver si lo he entendido bien -murmuró Carpenter con sarcasmo-. Para que ella dejara de perseguirlo, la invitó a su barco, ¿no?

—Pensé que si era amable con ella... ¡Bah! Adelante, pueden registrar el maldito barco. No van a encontrar nada.

Carpenter le hizo una señal a Galbraith con la cabeza.

—Puedes empezar por la cabina. ¿Tiene otra lámpara, Steven?

Harding negó con la cabeza.

Galbraith descolgó una linterna del mamparo de popa y la encendió.

—Esto servirá -dijo.

Abrió la puerta de la cabina e iluminó con la linterna; casi inmediatamente se fijó en un montoncito de ropa que había en el estante de babor. Con la punta del bolígrafo apartó una blusa fina, unos sujetadores y unas bragas, y debajo de esas prendas encontró unos zapatitos de niño. Los iluminó y se apartó para que Carpenter y Harding pudieran verlos.

—¿De quién son estos zapatos, señor Harding?

Harding no contestó.

—¿De quién es esta ropa de mujer?

Harding seguía callado; el agente dijo:

–Si puede explicar qué hacen estas prendas en su barco, Steven, le aconsejo que lo haga ahora.

–Son de mi novia -respondió el joven con un nudo en la garganta-. Tiene un hijo. Los zapatos son del niño.

–¿Quién es ella, Steven?

–No puedo decírselo. Está casada, y no tiene nada que ver con todo esto.

Galbraith salió de la cabina con uno de los zapatos colgado de la punta del bolígrafo.

–Hay un nombre escrito en la tira, jefe. H. Sumner. Y aquí hay unas manchas en el suelo.

–Iluminó unas manchas oscuras junto a la litera-. Parecen recientes.

–¿Quiere decirme de qué son esas manchas, Steven?

Con un ágil movimiento, el joven cogió la botella de whisky con ambas manos, blandiéndola violentamente y obligando a Galbraith a refugiarse en la cabina.

–¡Basta! – gritó al tiempo que se desplazaba hacia la mesa de trabajo-. No se van a salir con la suya. Y ahora, apártense antes de que haga algo de lo que tenga que arrepentirme. ¡Déjenme en paz! ¡Necesito pensar!

A Harding le sorprendió la facilidad con que Galbraith le arrebató la botella y lo hizo girar, colocándolo de cara al tabique recubierto de teca mientras le esposaba las muñecas a la espalda.

–Tendrá todo el tiempo que quiera para pensar en la celda -dijo el comisario fríamente, y tumbó al joven boca abajo en el sofá-. Queda detenido como sospechoso de asesinato. No tiene que decir nada ahora, pero si explica algo ante el tribunal que no mencionó en el interrogatorio, podría perjudicar su defensa. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra.

De no ser porque William Sumner tenía la llave de la puerta, Sandy Griffiths habría dudado de que viviera en Langton Cottage, porque daba la impresión de que apenas conocía la casa. De hecho, el agente que la acompañaba estaba mejor informado que el propio Sumner, pues había visto cómo los policías encargados de registrar la casa examinaban minuciosamente las habitaciones. Sumner miraba a Griffiths con expresión de perplejidad cada vez que ella le formulaba una pregunta. ¿En qué

armario estaba el té? Sumner no lo sabía. ¿Dónde guardaba Kate los pañales de Hannah? No lo sabía. ¿Qué toalla era la de la niña? No lo sabía. ¿Podía al menos acompañarla a la habitación de Hannah para que la acostara? Steven miró hacia la escalera.

—Está arriba -dijo-. No tiene pérdida.

Sumner parecía fascinado por la invasión de su casa por parte del equipo de investigadores.

—¿Qué buscaban?-preguntó.

—Cualquier cosa relacionada con la desaparición de Kate -contestó Griffiths.

—¿Significa eso que creen que lo hice yo?

Griffiths se colocó a Hannah sobre la cadera y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Es lo que se hace normalmente, William, pero no creo que debamos hablar de eso ahora. Le sugiero que se lo pregunte mañana al inspector Galbraith.

Pero Sumner no hizo caso a la agente. Se quedó mirando una fotografía de su esposa que había en la repisa de la chimenea y dijo:

—Yo no podría haberlo hecho. Estaba en Liverpool.

A requerimiento de la policía de Dorsetshire, la policía de Liverpool ya había iniciado las investigaciones preliminares en el hotel Regal. Era demasiado pronto para sacar conclusiones, por supuesto, pero la cuenta que Sumner había pagado aquella mañana tenía una lectura interesante. Pese a haber utilizado mucho el teléfono, la cafetería, el restaurante y el bar los dos primeros días, había un período de veinticuatro horas, entre la hora del almuerzo del sábado y una consumición en el bar el domingo a mediodía, durante el cual Sumner no había utilizado ningún servicio del hotel.



Capítulo 10

A la mañana siguiente, durante los veinte minutos que estuvo esperando en el salón de Langton Cottage para hablar con William Sumner, John Galbraith se enteró de dos cosas sobre la difunta Kate. La primera, que era una mujer vanidosa. Todas las fotografías que había a la vista eran suyas, o de ella y Hannah, y el policía buscó sin éxito alguna imagen de William, o de una anciana que pudiera ser la madre de William. Como no las encontró,

se puso a contar las fotografías que había -trece-; en todas ellas aparecía el mismo rostro sonriente enmarcado por la melena de rizos dorados. ¿Se trataba de un caso de narcisismo extremo, o de un profundo complejo de inferioridad que necesitaba un constante recordatorio de que ser fotogénico era una virtud como cualquier otra?

La segunda cosa que averiguó fue que él no habría podido vivir con aquella mujer. Al parecer, a Kate Sumner le encantaba ponerle volantes a todo: a las cortinas de encaje, al bastidor de la barra, a las butacas... Hasta las pantallas de las lámparas tenían borlas. No había nada en la casa, ni siquiera las paredes, que hubiera escapado a su afición por los adornos. Langton Cottage era una casa construida en el siglo XIX, con techos con vigas y chimeneas de ladrillo, y en lugar de las paredes blancas que habrían hecho destacar esos elementos, Kate había cubierto las paredes del salón - seguramente con un gasto considerable- de papel pintado imitando el estilo Regency, adornado con franjas doradas, lazos blancos y cestas de fruta de llamativos colores. Galbraith se estremeció ante aquella profanación de lo que podría haber sido un hermoso salón, e inconscientemente lo comparó con la sencilla decoración del balandro de Steven Harding, que ahora el equipo de la policía científica estaba revisando con microscopio mientras Harding, ejerciendo su derecho a guardar silencio, esperaba en una celda de la comisaría.

Rope Walk era una tranquila avenida bordeada de árboles situada al oeste del club náutico Royal Lympington y del Municipal, y saltaba a la vista que Langton Cottage no era una casa barata. El martes a las ocho de la mañana, cuando llamó a la puerta tras haber dormido sólo dos horas, Galbraith se preguntó a cuánto habría ascendido la hipoteca y cuánto ganaría William con su empleo de director científico de un laboratorio farmacéutico. No entendía por qué se habían marchado de Chichester, sobre todo teniendo en cuenta que ni Kate ni William tenían ningún lazo con Lympington.

La agente Griffiths le abrió la puerta e hizo una mueca cuando Galbraith le dijo que quería hablar con Sumner.

-No creo que esté en condiciones de mantener una conversación - susurró la agente-, Hannah ha pasado la noche llorando, y su padre no ha dormido mucho más que yo.

-Vaya, así que no soy el único.

–Tú tampoco has dormido mucho, ¿eh?

Galbraith sonrió y preguntó:

–¿Cómo está Sumner?

–No muy bien. No para de llorar y de decir que no hay derecho. – Bajó un poco la voz y añadió–: Estoy preocupada por Hannah. Es evidente que le tiene miedo a su padre. Se pone a berrear en cuanto él entra en la habitación, y se calma al verlo salir. Al final, anoche le dije que fuera a acostarse, para ver si así yo conseguía hacer dormir a la niña.

Galbraith parecía interesado.

–¿Cómo reacciona Sumner?

–Eso es lo más extraño: no reacciona. Lo ignora, como si estuviera acostumbrado a las pataletas de su hija.

–¿Te ha explicado por qué se comporta así?

–Lo único que dijo es que como pasa muy pocas horas en casa nunca ha tenido ocasión de establecer un vínculo afectivo firme con la niña.

Seguramente es verdad. Me da la impresión de que Kate la tenía envuelta en algodones. En esta casa hay tantos artilugios de seguridad que no entiendo cómo Hannah habría podido aprender algo. Todas las puertas tienen pestillos de seguridad, hasta el armario de su propio dormitorio; eso quiere decir que la niña no puede explorar, no puede elegir la ropa que va a ponerse ni hacer un desastre de vez en cuando. Tiene casi tres años, pero todavía duerme en una cuna. Es muy raro. Su cuarto parece una celda. Todo este despliegue no es normal, y la verdad, no me sorprende que Hannah sea una niña retraída.

–Supongo que habrás pensado que a lo mejor la niña le tiene miedo porque vio cómo él mataba a su madre -murmuró Galbraith.

Sandy Griffiths hizo un ademán de duda y repuso:

–Yo no lo tengo tan claro. Sumner ha hecho una lista de colegas que pueden atestiguar que estaba en Liverpool el sábado por la noche, y si esa coartada se confirma, es imposible que a la una de la madrugada estuviera en Dorset arrojando a su esposa por la borda.

–No. Pero aun así... -Apretó los labios, pensativo-. ¿Sabes que la policía científica no ha encontrado ni un solo medicamento en esta casa? Ni siquiera paracetamol. Es un poco extraño, teniendo en cuenta que William es investigador farmacéutico.

—A lo mejor es por eso que no tiene medicamentos. Porque sabe lo que llevan.

—Mmmm. O porque se deshizo de ellos antes de que llegáramos nosotros. — Miró hacia la escalera y preguntó:- ¿Te cae bien?

—No demasiado -admitió ella-, pero no me hagas mucho caso. Siempre he sido muy mala juzgando a los hombres. En mi opinión no le habrían venido mal un par de bofetadas hace treinta años, para enseñarle modales, pero por lo visto tiene a las mujeres por criadas.

Galbraith rió y dijo:

—¿Crees que podrás aguantarlo?

Ella se frotó los ojos y contestó:

—¡Quién sabe! Tu colega se ha marchado hace cerca de media hora, y supongo que tendré un poco de descanso cuando se lleven a William a identificar el cadáver y hablar con el médico que examinó a Hannah. El problema es que no creo que la niña quiera separarse de mí. Se me pega como una lapa. Utilizo la habitación de invitados para echarme una cabezada cuando puedo, y he pensado que tendría que buscarme un sustituto mientras ella duerme para así poder quedarme aquí. Pero tendré que hablar con mi jefe para que busque a alguien. — Suspiró y dijo:- Supongo que quieres que vaya a despertar a William.

Él le dio unas palmadas en el hombro y dijo:

—No, ya lo haré yo. Enséñame dónde está su habitación.

—Vas a despertar a Hannah -protestó la agente-. Si se pone a llorar antes de que me haya fumado un cigarrillo y tomado un café, te mato. Estoy agotada. No soportaría más llantos sin una buena dosis de cafeína y nicotina.

—¿Se te quitarán las ganas de tener hijos?

—Se me quitarán las ganas de tener marido. Habría sido más fácil si no hubiera tenido a Sumner detrás de mí todo el tiempo como un alma en pena. — Abrió la puerta del salón y agregó -: Puedes esperar aquí. Te encantará. Es como un santuario.

Galbraith oyó pasos en la escalera; se volvió hacia la puerta y vio entrar a Sumner. Tenía cuarenta y tantos años, pero hoy parecía mucho mayor, y Galbraith sospechó que Harding habría sido más cruel al describirlo si lo hubiera visto en aquella situación. Iba sin afeitarse y sin peinar, y su rostro denotaba cansancio, aunque era imposible saber si era debido al dolor o a la

falta de sueño. Sin embargo tenía la mirada bastante despierta, lo cual no le pasó desapercibido a Galbraith. La falta de sueño no implicaba necesariamente aturdimiento mental.

—Buenos días, señor Sumner -dijo el detective-. Lamento molestarlo a estas horas, pero tengo que hacerle unas preguntas más, y me temo que no pueden esperar.

—No se preocupe. Siéntese. Creo que anoche no fui de gran ayuda, pero estaba tan cansado que no podía ni pensar. — Se sentó en una butaca y le cedió el sofá a Galbraith-, He redactado las listas que me pidió. Están en la mesa de la cocina.

—Gracias. — Galbraith lo miró inquisitivamente-. ¿Ha podido dormir?

—No mucho. No podía dejar de pensar en lo ocurrido. Es todo tan absurdo. Si se hubieran ahogado las dos lo entendería, pero no tiene sentido que Kate esté muerta y Hannah esté viva.

Galbraith le dio la razón. Carpenter y él habían estado cavilando sobre aquello casi toda la noche. ¿Por qué Kate tuvo que nadar para salvarse mientras que a la niña le perdonaron la vida? La mejor explicación -que el barco era el *Crazy Daze*, que Hannah había estado a bordo pero que había conseguido escaparse mientras Harding iba a pie a Chapman's Pool- no respondía a las preguntas de por qué no habían lanzado a la niña por la borda junto con la madre, por qué a Harding no le preocupaba que la gente de otros barcos que había en el puerto deportivo donde había dejado sola a la niña la oyeran llorar, y quién había alimentado y cambiado a Hannah en las horas anteriores a que la encontraran.

—¿Ha tenido tiempo de revisar el armario de su esposa, señor Sumner? ¿Sabe si falta alguna prenda?

—Que yo sepa, no. Pero eso no significa nada -añadió-. La verdad es que no suelo fijarme mucho en la ropa.

—¿Alguna maleta?

—Creo que no.

—Muy bien. — Abrió su maletín en el sofá-. Voy a enseñarle algunas prendas, señor Sumner. Dígame si reconoce alguna. — Sacó una bolsa de plástico que contenía la blusa que habían encontrado en el *Crazy Daze*, y se la enseñó a Sumner.

Éste sacudió la cabeza.

—No es de Kate -dijo.

—¿Cómo puede estar tan seguro -preguntó Galbraith, sorprendido-, si no se fijaba en la ropa de su esposa?

—Porque es amarilla. Kate odiaba el color amarillo. Decía que a los rubios no les favorecía. — Hizo un ademán hacia la puerta-. Si se fija, verá que en la casa no hay nada de color amarillo.

—Entiendo. — Galbraith sacó las bolsas que contenían el sujetador y las bragas-. ¿Sabe si estas prendas son de su esposa?

Sumner cogió las bolsas, examinando el contenido a través del plástico transparente.

—Me sorprendería mucho que lo fueran -dijo devolviéndoselas al policía-. A ella le gustaban los encajes y los volantes, y esas prendas son muy sencillas. Si quiere puede compararlas con la ropa interior que hay en sus cajones. Ya verá lo que quiero decir.

Galbraith asintió y dijo:

—Lo haré, gracias. — Sacó la bolsa con los zapatitos de niño y los colocó sobre la palma de su mano-. ¿Y estos zapatos?

Sumner volvió a sacudir la cabeza.

—Lo siento. Para mí, todos los zapatos de niño son iguales.

—Llevan el nombre de su hija en la parte interior de la tira.

—Entonces han de ser de Hannah -dijo encogiéndose de hombros.

—No necesariamente. Son demasiado pequeños para una niña de tres años, y cualquiera puede escribir un nombre en unos zapatos.

—¿Por qué iba alguien a hacer eso?

—Para fingir algo, quizá.

Sumner frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Dónde los encontró?

—Lo siento, pero de momento no puedo decírselo. — Volvió a enseñarle los zapatos-. ¿Cree que Hannah los reconocería? Quizá sean viejos.

—Puede ser -dijo Sumner-. Que la agente Griffiths se los enseñe. No tiene sentido que lo intente yo. Cada vez que me ve se pone a gritar. — Pasó la mano por el brazo de la butaca y añadió -: El problema es que como trabajo tanto, la niña no ha tenido ocasión de conocerme bien.

Galbraith le sonrió con comprensión, pero se preguntó si aquella afirmación sería sincera. Después de todo, ¿quién podía contradecirle? Kate estaba muerta, Hannah no pronunciaba ni una sola palabra, y los vecinos decían que no sabían gran cosa sobre William. Ni sobre Kate.

«La verdad es que sólo he hablado con él un par de veces, y no me impresionó demasiado. Él trabaja mucho, desde luego, pero no son una pareja muy sociable. Ella era muy agradable, pero no puede decirse que fuéramos amigos. Ya sabe lo que pasa. Los vecinos no se pueden elegir...»

«William no es una persona muy sociable. En una ocasión Kate me dijo que su marido se pasaba las noches y los fines de semana analizando fórmulas en el ordenador mientras ella miraba culebrones en la televisión. Es espantoso que Kate haya muerto así. Ojalá hubiera tenido más tiempo para hablar con ella. Debía de sentirse muy sola. Todas las demás trabajamos, así que ella, que se quedaba en casa, era un caso raro...»

«William Sumner es un bravucón. Un día le llamó la atención a mi esposa sobre una de las vallas que separan nuestros jardines. Dijo que había que cambiarla, y cuando ella le dijo que era su hiedra la que la estaba tumbando, él la amenazó con denunciarla. Ése es el único contacto que hemos tenido con él, y con eso tuvimos bastante. No me cae nada bien...»

«Yo veía más a Kate que a William. Formaban una pareja extraña. Nunca hacían nada juntos. A veces me preguntaba si se querían. Kate era muy agradable, pero casi nunca hablaba de William. La verdad, creo que no tenían muchas cosas en común...»

—Tengo entendido que Hannah se ha pasado la noche llorando. ¿Lo hace a menudo?

—No -contestó Sumner sin vacilar-, pero supongo que porque Kate siempre la cogía en brazos cuando estaba inquieta. La pobrecita debe de echar de menos a su madre.

—Así pues, ¿no ha notado ningún cambio en su comportamiento?

—Pues no.

—El médico que la examinó cuando la llevaron a la comisaría de Poole estaba preocupado por ella. La describió como una niña exageradamente retraída, con retraso en el desarrollo, y dijo que seguramente sufría algún tipo de trauma psicológico. Sin embargo, usted dice que el comportamiento de Hannah es normal.

Sumner se ruborizó ligeramente, como si le hubieran pillado en falta.

—Siempre ha sido un poco... rara, por decirlo así. Yo temía que fuera autista, o sorda, así que le hicimos unas pruebas, pero el pediatra nos dijo que no le pasaba nada y nos recomendó que nos armáramos de paciencia. Dijo que los niños son manipuladores, y que si Kate hiciera menos cosas

por ella la niña se vería obligada a pedir lo que quería, y así desaparecería el problema.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos seis meses.

—¿Cómo se llama su pediatra?

—Doctor Attwater.

—¿Siguió Kate sus consejos?

Sumner negó con la cabeza.

—No estaba convencida. Ella siempre sabía lo que Hannah quería, y no creía que hubiera necesidad de obligarla a hablar antes de que estuviera preparada para hacerlo.

Galbraith anotó el nombre del pediatra.

—Usted es un hombre inteligente, señor Sumner -dijo a continuación-, y estoy seguro de que sabe por qué le estoy haciendo estas preguntas.

La sombra de una sonrisa pasó por el cansado rostro de Sumner.

—Prefiero que me llame William -dijo-. Sí, claro que me doy cuenta. Mi hija llora cada vez que me ve; mi esposa tenía todas las oportunidades que quería para engañarme, porque yo casi nunca estaba en casa; estoy molesto porque yo no quería venir a vivir a Lymington; la hipoteca de esta casa es demasiado elevada y me gustaría librarme de ella; Kate se sentía sola porque no había hecho muchos amigos; y es más habitual que a una mujer la asesine su pareja por despecho que un desconocido por lujuria. Lo único que tengo a mi favor es una coartada a toda prueba, y créame, me he pasado la noche dándole gracias a Dios por ello.

Según las leyes, los sospechosos contra los que todavía no hay cargos sólo pueden permanecer retenidos un tiempo limitado, y la urgencia para encontrar pruebas contra Steven Harding aumentaba a medida que pasaban las horas. De hecho, las pruebas brillaban por su ausencia. Las manchas que había en el suelo de la cabina del barco, que en principio parecieron tan prometedoras, resultaron ser de vómito provocado por el whisky -se detectó sangre del grupo A, el de Harding-, y un examen microscópico del barco no arrojó ninguna prueba de que allí hubiera tenido lugar ningún acto violento.

Si las conclusiones del forense eran acertadas -«magulladuras y rasguños en la espalda (sobre todo en los omóplatos y en las nalgas) y la parte interior de los muslos, que indican relaciones sexuales forzadas sobre una superficie dura como una cubierta o un suelo sin moqueta; pequeñas

pérdidas de sangre debido a escoriaciones en la vagina»-, en los tablones de madera de la cubierta, el salón o la cabina se habrían encontrado restos de sangre, piel o incluso semen. Pero no fue así. En los tablones de cubierta había mucha sal, pero aunque eso podía indicar que Harding había fregado el suelo con agua de mar para borrar las pruebas, era lógico que hubiera sal seca en un barco de vela.

Como cabía la posibilidad de que Harding hubiera colocado una manta o una alfombra sobre la superficie dura antes de obligar a Kate Sumner a tumbarse, examinaron todos los objetos de tela que había a bordo, pero con resultados negativos, pese a que lo más lógico era que de haber utilizado algo así, Harding lo hubiera tirado por la borda junto con la ropa de Kate y todo lo que pudiera relacionarla con el barco. Volvieron a examinar minuciosamente el cadáver de Kate, con la esperanza de que se le hubieran quedado astillas de madera debajo de la piel que pudieran relacionarla con el *Crazy Daze*, pero o el agua de mar las había eliminado por completo de las heridas abiertas, o no había llegado a haberlas. Lo mismo ocurría con las uñas, que tenía rotas: si habían tenido algo debajo, ya había desaparecido.

Sólo las sábanas de la cabina conservaban restos de semen, pero dado que la ropa de cama llevaba mucho tiempo sin lavarse, resultaba imposible determinar si aquellas manchas correspondían a una relación reciente. De hecho, como sólo se encontraron dos pelos en las almohadas y las sábanas - ambos rubios, pero ninguno de los dos pertenecía a Kate-, la conclusión fue que, lejos de ser el promiscuo semental que había retratado el capitán de puerto, Steven Harding era en realidad un masturbador solitario.

En la mesita que había junto a la cama encontraron una pequeña cantidad de marihuana y una caja de condones sin abrir, junto con tres envoltorios vacíos de Mates. No encontraron condones usados. Examinaron todos los recipientes buscando benzodiacepina, Rohipnol o algún otro hipnótico, en vano. Tampoco encontraron fotografías ni revistas pornográficas. En el posterior registro del coche y el piso de Londres de Harding tampoco se encontraron indicios de ningún tipo, aunque en el piso había treinta películas para adultos. La policía obtuvo una orden de registro para registrar la casa de Tony Bridges en Lymington, pero no encontraron nada que incriminara a Steven Harding o que lo relacionara con Kate Sumner. Pese a las concienzudas investigaciones, la policía no encontró ningún otro local perteneciente o utilizado por Harding, y con excepción de

un testigo que dijo haberlo visto hablando con Kate delante de Tesco's el sábado por la mañana, nadie los había visto juntos.

Había huellas dactilares que demostraban que Kate y Hannah Sumner habían estado a bordo del *Crazy Daze*, pero la mayoría tenía otras encima, pocas de ellas de Steven Harding, lo que hizo dudar a los investigadores que la visita de Kate hubiera sido reciente. Despertó interés el hallazgo de veinticinco muestras diferentes de huellas dactilares, sin contar las de Carpenter, Galbraith, Kate, Hannah y Steven -por su tamaño, al menos cinco de esas muestras podían corresponder a niños de corta edad-, en el salón del *Crazy Daze*; algunas de esas huellas correspondían con las encontradas en casa de Bridges, pero muy pocas aparecían en la cabina del barco. Por lo tanto, se podía afirmar que Harding había recibido a varias personas a bordo, aunque la naturaleza de la relación con esas personas seguía siendo un misterio. Harding lo explicó diciendo que siempre invitaba a otros navegantes cuando amarraba en un puerto deportivo, y, como no había nada que demostrara lo contrario, la policía aceptó esa explicación. Con todo, esa gran cantidad de huellas siguió despertando su curiosidad.

En vista del queso y las manzanas que había en la cocina, la policía tenía grandes esperanzas en el análisis de los últimos alimentos ingeridos por Kate Sumner, pero el forense señaló que era imposible relacionar los alimentos semidigeridos con una determinada compra. Una *golden delicious* de Tesco's sometida al efecto de los ácidos gástricos mostraba el mismo esquema químico que una *golden delicious* de Sainsbury's. Ni siquiera el babero resultó concluyente, pues las huellas dactilares demostraron que aunque Steven Harding y otras dos personas no identificadas lo habían tocado, Kate Sumner no lo había hecho.

A instancias de Nick Ingram, la policía se fijó en la única mochila encontrada en el barco: una mochila negra triangular con un montón de envoltorios de caramelos dentro. Ni Paul ni Danny Spender habían sabido ofrecer una descripción precisa de la mochila -Danny: «era grande y negra»; Paul: «era muy grande, creo que verde»-, pero la policía no tenía ningún indicio de lo que había contenido el domingo por la mañana, o la certeza de que fuera la que habían visto los niños. Steven Harding, sorprendido por el interés de la policía por su mochila, afirmó que era la que había utilizado aquel día y explicó que la había dejado en la ladera de la colina porque dentro llevaba una botella de agua, y no había querido bajarla

hasta la orilla para tener que volver a subir cargando con ella. Más adelante dijo que el agente Ingram no le había preguntado nada sobre una mochila, y que por eso él no la había mencionado.

Lo que acabó con las sospechas de la policía fueron las palabras de una cajera de la tienda Tesco's de Lymington. «Claro que conozco a Steve -dijo tras identificarlo por la fotografía-. Viene todos los sábados a buscar provisiones. ¿Si lo vi hablando con una mujer rubia y una niña la semana pasada? Sí. Él las vio cuando estaba a punto de marcharse y dijo: “¡Mierda!”. Yo le pregunté: “¿Qué pasa?”, y él me contestó: “Esa mujer. Ya verás como se para a hablar conmigo. Siempre lo hace”, y yo le dije: “Es muy guapa”. Él contestó: “Ya, pero está casada, y yo tengo prisa”. Y Steve tenía razón. La mujer se paró a hablar con él, pero él no se entretuvo; señaló su reloj y se largó. ¿Quiere saber mi opinión? Steve tenía un plan interesante y no quería retrasarse. Cuando él se marchó, la mujer se quedó como ofendida, pero no me extraña. Steve está como un tren. Yo también le iría detrás si no fuera porque ya tengo tres nietos.»

William Sumner dijo saber poco sobre el funcionamiento de Langton Cottage y de los desplazamientos habituales de su esposa.

—Paso doce horas fuera de casa, desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche -le dijo a Galbraith como si estuviera orgulloso de ello-. Estaba más al tanto de la rutina de Kate cuando vivíamos en Chichester, seguramente porque yo conocía a la gente y las tiendas de las que ella me hablaba. Las cosas se te quedan más cuando reconoces los nombres. Aquí todo es muy diferente.

—¿Mencionó alguna vez a Steven Harding? — preguntó Galbraith.

—¿Es el desgraciado que tenía los zapatos de Hannah? — preguntó Sumner.

Galbraith sacudió la cabeza.

—Iremos más deprisa si no se adelanta usted a los hechos, William.

Déjeme recordarle que todavía no sabemos si esos zapatos son de Hannah.

— Le sostuvo la mirada y añadió-: Y por cierto, permítame que le recuerde que si empieza usted a especular con cualquier cosa relacionada con este caso, podría perjudicar la investigación. Y eso podría significar que el asesino de Kate quedara libre.

—Lo siento. — Sumner hizo un ademán de disculpa-. Siga, por favor.

—¿Mencionó Kate a Steven Harding? — volvió a preguntar Galbraith.

—No.

Refiriéndose a las listas de nombres que Sumner le había proporcionado, Galbraith preguntó:

—¿Alguno de estos hombres son antiguos novios de Kate? Los de Portsmouth, por ejemplo. ¿Sabe si su esposa había salido con alguno de ellos antes de empezar a salir con usted?

Sumner volvió a negar con la cabeza.

—Todos están casados.

A Galbraith le sorprendió la ingenuidad de aquella respuesta, pero no insistió. A continuación intentó averiguar algunos datos sobre la vida de Kate, pero no le resultó fácil. La breve historia que le relató William destacaba más por las lagunas que por los detalles. El apellido de soltera de Kate era Hill, pero William ni siquiera sabía si era el apellido de su madre o de su padre.

—Creo que no estaban casados -dijo.

—¿Y Kate nunca llegó a conocerlo?

—No. Las dejó cuando ella era muy pequeña.

Kate y su madre vivían en un piso alquilado de protección oficial en Birmingham, aunque William no sabía dónde estaba ese piso, a qué escuela había ido Kate, dónde había estudiado secretariado ni dónde había trabajado antes de entrar en Pharmatec UK. Galbraith le preguntó si Kate tenía alguna amiga de aquella época con la que hubiera seguido en contacto, pero a William le parecía que no. Sumner sacó una agenda del cajón de un pequeño escritorio y le dijo a Galbraith que podía comprobarlo él mismo.

—Pero ahí no encontrará a nadie de Birmingham.

—¿Cuándo se marchó su esposa de Birmingham?

—Cuando murió su madre. En una ocasión me dijo que quería alejarse al máximo de la ciudad donde había crecido, y que por eso se fue a Portsmouth y alquiló un piso encima de una tienda en un barrio modesto.

—¿Le dijo por qué?

—Debía de creer que si se quedaba allí le costaría más salir adelante. Era muy ambiciosa.

—¿Se refiere a una carrera? — preguntó Galbraith sorprendido, recordando la afirmación que Sumner había hecho el día anterior respecto a que la única ambición de Kate era tener su propia familia-. Tenía entendido que no le importó dejar de trabajar cuando se quedó embarazada.

Hubo un breve silencio, tras el cual Sumner preguntó:

–Supongo que querrá hablar con mi madre, ¿no?

Galbraith asintió con la cabeza.

Sumner suspiró y dijo:

–Kate no le gustaba, así que le dirá que era una caza-fortunas. Quizá no se lo diga directamente, pero se lo insinuará. Cuando quiere sabe ser muy virulenta. – Miró el suelo.

–¿Es verdad?

–Yo creo que no. Lo único que Kate quería era que sus hijos tuvieran algo mejor que lo que ella había tenido. Yo la admiraba por ello.

–Pero su madre no.

–Eso no tiene importancia. A mi madre nunca le gustó ninguna de las chicas que llevé a casa, lo cual seguramente explica por qué tardé tanto en casarme.

Galbraith miró una de las fotografías de Kate que había sobre la repisa de la chimenea.

–¿Tenía su esposa un carácter fuerte?

–Sí, ya lo creo. Era muy testaruda. – Esbozó una mueca e hizo un ademán que abarcaba toda la sala-. Éste era su sueño. Tener su propia casa. Reconocimiento social. Respetabilidad. Por eso estoy tan convencido de que jamás habría tenido una aventura amorosa. Kate no se habría arriesgado a perder esto por nada del mundo.

¿Otra muestra de ingenuidad?, pensó Galbraith.

–Quizá no se diera cuenta de que su conducta implicaba un riesgo - sugirió el inspector-. Usted mismo ha dicho que casi nunca está en casa, así que Kate habría podido tener una aventura sin que usted se enterara.

Sumner sacudió la cabeza y replicó:

–Usted no lo entiende. Lo que se lo habría impedido no era el miedo a que yo me enterara. A mí me tenía en el bolsillo desde el día que la vi. – Esbozó una sonrisa irónica y agregó-: Mi esposa era una puritana anticuada. Lo que gobernaba su vida era el miedo a que se enteraran otros. Le importaba mucho la respetabilidad.

El detective estuvo a punto de preguntarle si alguna vez había querido a su esposa, pero se abstuvo. Cualquiera que fuese la respuesta de William Sumner, no le habría creído. Sentía la misma aversión instintiva hacia William que Sandy Griffiths, pero no estaba seguro de si se trataba de una

antipatía química o una repulsión natural inspirada por el inquebrantable presentimiento de que William había matado a su esposa.

La siguiente escala de Galbraith fue The Old Convent, en el número 2 de Osborne Crescent, Chichester, donde vivía, en unas viviendas vigiladas para ancianos, la madre de William Sumner. El edificio era una escuela convertida en una docena de pequeños apartamentos con un vigilante interno. Antes de entrar, el policía se fijó en las casas pareadas de los años treinta, rectangulares y sólidas, que había en la acera de enfrente, y se preguntó cuál habrían ocupado los Sumner antes de venderla para comprar Langton Cottage. Eran todas tan parecidas que resultaba imposible adivinarlo, y Galbraith comprendió que Kate hubiera estado deseando marcharse de allí. Ser respetable no tenía por qué ser sinónimo de ser aburrido.

Angela Sumner lo sorprendió, pues no era como él la había imaginado. Esperaba encontrar a una anciana esnob y autocrática con opiniones reaccionarias, pero lo que encontró fue a una mujer agresiva y con agallas, confinada a una silla de ruedas por culpa de la artritis reumatoide, pero con unos ojos rebosantes de buen humor. La señora Sumner le dijo que metiera su placa por la ranura del buzón antes de dejarlo entrar en su casa, y después lo guió por el pasillo con su silla de ruedas eléctrica hasta el salón.

—Supongo que ya habrá sometido a William al tercer grado -dijo-, y ahora espera que yo confirme o contradiga lo que él le ha contado.

—¿Ha hablado con su hijo? — preguntó Galbraith, sonriente.

La mujer asintió con la cabeza y señaló una butaca.

—Me telefoneó ayer por la noche para decirme que Kate había muerto.

El policía se sentó en la butaca que la señora Sumner le señalaba.

—¿Le dijo cómo?

—Sí -respondió ella-. Y me sorprendió, aunque la verdad es que ya imaginé que debía de haber ocurrido alguna desgracia en cuanto vi la fotografía de Hannah por la televisión. Kate jamás habría abandonado a su hija, porque la adoraba.

—¿Por qué no llamó usted misma a la policía cuando reconoció la fotografía de Hannah? — preguntó Galbraith-. ¿Por qué le dijo a William que llamara?

La señora Sumner suspiró y dijo:

—Porque no podía creer que fuera Hannah. Verá, no me entraba en la cabeza que Hannah estuviera deambulando sola por un pueblo que no conoce, y no quería causar más problemas. Telefoneé a Langton Cottage un montón de veces, y ayer por la mañana, cuando comprendí que no me iban a contestar, llamé a la secretaria de William y ella me dijo dónde estaba mi hijo.

—¿Por qué temía causar problemas?

La señora Sumner tardó un momento en contestar.

—Digamos que, de haberme equivocado, Kate no se habría creído que yo no tenía malas intenciones. Verá, no he visto a Hannah desde hace un año, cuando se marcharon de aquí, y ésa es otra razón por la que no estaba convencida de que fuera mi nieta. A esa edad los niños cambian muy deprisa.

No era una gran respuesta, pero de momento Galbraith no quiso insistir.

—Entonces, ¿usted no sabía que William se había ido a Liverpool?

—No, pero eso no debería extrañarle. No pretendo que mi hijo me diga constantemente dónde está. William me llama por teléfono una vez por semana, y pasa por aquí de vez en cuando de camino hacia Lymington, pero no estamos el uno encima del otro.

—De todos modos, esto debe de ser una novedad para usted -apuntó Galbraith-. ¿No vivían William y usted en la misma casa antes de que él se casara?

—¿Y cree usted que eso significa que yo estaba al corriente de lo que hacía mi hijo? —replicó la señora Sumner tras soltar una risita—. Permítame que le diga que es evidente que no tiene hijos mayores, inspector. Da lo mismo que vivan con uno o por su cuenta; no hay forma de vigilarlos.

—Tengo uno de siete y otro de cinco que ya llevan una vida social mucho más emocionante que la que yo he tenido jamás. Y cada vez es peor, ¿verdad?

—Eso depende de si usted les deja emprender el vuelo o no. Yo creo que cuanta más libertad les dé, más fácil será que lo valoren cuando se hagan mayores. Mi marido convirtió la casa en dos pisos hace unos quince años. Nosotros vivíamos abajo y William ocupaba el piso de arriba, y podían pasar días enteros sin que nos cruzáramos. Llevábamos vidas separadas, y eso no cambió mucho tras la muerte de mi marido. Yo fui perdiendo

independencia, por supuesto, pero espero no haber sido nunca una carga para William.

Galbraith sonrió y dijo:

—Seguro que no lo ha sido, pero él debía de estar un poco preocupado, sabiendo que algún día se casaría y ustedes dos tendrían que organizarse de otro modo.

La señora Sumner negó con la cabeza.

—Al contrario. Yo estaba deseando que mi hijo se casara, pero él nunca se mostró muy inclinado a hacerlo. Le encantaba navegar, y pasaba gran parte de su tiempo libre en su Contessa. Tenía sus amigas, pero no salía en serio con ninguna.

—¿Se alegró usted cuando William se casó con Kate?

Hubo un breve silencio, hasta que la señora Sumner respondió:

—¿Por qué no iba a alegrarme?

Galbraith se encogió de hombros y dijo:

—Por nada. Es simple curiosidad.

—Seguro que mi hijo le ha dicho que yo creía que Kate era una cazafortunas -dijo de pronto la mujer.

—Exacto.

—Bueno, no me gusta decir mentiras. — Se apartó un mechón de la mejilla y añadió:- De todos modos, no tiene sentido que finja que me alegré, cuando por aquí todo el mundo le dirá que no fue así. Kate era una cazafortunas, en efecto, pero no por eso pensé que mi hijo cometía una locura casándose con ella, sino porque tenían muy pocas cosas en común. Ella era diez años más joven, no tenía educación y estaba obsesionada con las cosas materiales. Una vez me dijo que para ella lo más emocionante de la vida era ir de compras. — Sacudió la cabeza, sin entender que una cosa tan mundana pudiera causar tanta satisfacción-. Francamente, no veía nada que pudiera mantenerlos unidos. A ella no le interesaba navegar, y se negaba a participar en esa faceta de la vida de William.

—¿Siguió él navegando después de casarse?

—Sí, claro. A ella no le importaba que William saliera a navegar, siempre que no tuviera que acompañarlo.

—¿Conocía ella a algún amigo de William que también navegara?

—No en el sentido a que usted se refiere.

—¿Qué sentido, señora Sumner?

—William me dijo que usted creía que Kate tenía una aventura.

—No podemos descartar esa posibilidad.

—Yo creo que sí. Kate sabía valorar las cosas, y sin duda había calculado el precio del adulterio valorando lo que perdería si William se enteraba. En cualquier caso, no habría podido tener una aventura con ninguno de los amigos de William en Chichester. A ellos les sorprendió más que a mí la esposa que había elegido. Kate no se esforzaba por adaptarse, y además había una gran diferencia de edad entre ella y los amigos de mi hijo. La verdad es que todos estaban desconcertados por la estupidez que ella demostraba en su conversación. Kate no tenía opiniones propias sobre nada, excepto los culebrones, la música pop y las estrellas de cine.

—Entonces, ¿qué era lo que a William le atraía de ella? Él es inteligente, y desde luego no parece una persona a la que le gusten las conversaciones estúpidas.

—El sexo, por supuesto -contestó la señora Sumner con una sonrisa de resignación-. Mi hijo estaba harto de mujeres inteligentes. Recuerdo que me dijo que la novia que había tenido antes de Kate... -suspiró-. Se llamaba Wendy Plater y era una chica estupenda, muy... apropiada. En fin, para ella el mejor preludio erótico consistía en hablar de los efectos de la actividad sexual en el metabolismo. Yo le dije que la encontraba interesante, y William rió y dijo que, si podía elegir, él prefería la estimulación física.

Sin mudar la expresión, Galbraith dijo:

—Me parece que no debe de ser el único, señora Sumner.

—No se lo discuto, inspector. En cualquier caso, es evidente que Kate tenía mucha más experiencia que él, pese a ser diez años más joven. Ella sabía que William quería tener hijos, y se quedó embarazada en un visto y no visto. — Al policía le pareció que la mujer tenía sus reservas-. Para ella, el matrimonio consistía en malcriar al marido hasta límites insospechables, y William disfrutaba con ello. Él no tenía que hacer otra cosa que ir al trabajo cada día. Era la relación más anticuada que pueda imaginar: la esposa como admiradora incondicional y sirvienta, y el marido como único sostén de la familia. Creo que es lo que llaman una relación pasiva-agresiva, donde la mujer controla al hombre haciéndole depender de ella mientras parece que es ella la que depende de él.

—¿Y a usted no le gustaba?

—No, pero porque no tenía nada que ver con mi concepto del matrimonio. El matrimonio debe ser la unión de dos mentes además de la unión de dos cuerpos; si no, se convierte en un páramo donde no crece nada. De lo único que ella sabía hablar con un poco de entusiasmo era de sus expediciones a las tiendas y de a quién se había encontrado por la calle, y evidentemente William no le prestaba ninguna atención.

Galbraith se preguntó si la señora Sumner se habría percatado de que todavía tenían que descartar a William de la lista de sospechosos.

—¿Qué insinúa? ¿Que su hijo se aburría con ella?

—No, no creo que se aburriera -contestó la mujer tras reflexionar sobre aquella pregunta-. Creo que William había llegado a la conclusión de que la tenía en el bolsillo. Por eso su jornada laboral era cada vez más larga, y por eso no puso reparos cuando ella le propuso irse a vivir a Lymington. A Kate le parecía bien todo lo que él hacía, así que William no tenía que molestarse en dedicarle tiempo a su esposa. En su relación no había ni gota de desafío. — Hizo una pausa-. Yo confiaba en que cuando tuvieran hijos tendrían algo que compartir, pero Kate se apropió de Hannah en cuanto nació, como si la niña fuera cosa exclusivamente de mujeres; creo que la pobre criatura puso aún más distancia entre sus padres. Hannah se ponía a llorar cada vez que William intentaba cogerla en brazos, y él pronto se aburrió de la niña. Yo le llamé la atención a Kate sobre ese tema; de hecho, le dije que no le hacía ningún bien a la niña sobreprotegiéndola, pero lo único que conseguí fue que se enfadara conmigo. — Suspiró y añadió-: No debí meterme donde no me llamaban. Por eso se marcharon, claro.

—¿De Chichester?

—Sí. Y cometieron un error. Hicieron demasiados cambios en su vida en muy poco tiempo. William tuvo que liquidar la hipoteca de mi piso cuando vendió la casa de enfrente, y luego tuvo que meterse en otra mucho mayor para comprar Langton Cottage. Vendió su barco y dejó de navegar. Y para colmo, ahora tiene que hacer un montón de kilómetros cada día para ir a trabajar. Y todo eso, ¿para qué? Para vivir en una casa que ni siquiera le entusiasmaba.

Galbraith intentó disimular su interés y preguntó:

—Entonces, ¿por qué se marcharon?

—Porque Kate quería irse.

—Pero si no se llevaban muy bien, ¿por qué cedió William?

—Por la posibilidad de tener relaciones sexuales regulares. Pero yo no he dicho que no se llevaran bien.

—Ha dicho que William no tenía que molestarse en dedicarle tiempo a Kate. ¿No es lo mismo?

—No, en absoluto. Desde el punto de vista de William, ella era la esposa ideal. Le cuidaba la casa, le daba hijos y no le molestaba que saliera a navegar. — Esbozó una amarga sonrisa—. Se llevaban de perlas mientras él pagara la hipoteca y le proporcionara a Kate el estatus al que ella se estaba acostumbrando rápidamente. Ya sé que no está bien hablar mal de los muertos, pero Kate era terriblemente vulgar. Las pocas amigas que tenía eran espantosas, unos auténticos loros. — Se estremeció y dijo: ¡Espantosas!

Galbraith la miró sin disimular su curiosidad, y dijo:

—A usted no le gustaba su nuera, ¿verdad?

La señora Sumner volvió a reflexionar.

—No, no me gustaba -contestó-. Pero no porque fuera antipática o desagradable, sino porque era la mujer más egocéntrica que jamás he conocido. Si en algún momento ella no era el centro de atención, se las ingeniaba para serlo. Y si no me cree, fíjese en Hannah. ¿Por qué se empeñó en que la niña dependiera tanto de ella? Pues porque no soportaba competir con el afecto de los demás.

Galbraith recordó las fotografías que había visto en Langton Cottage, y su deducción de que Kate era una mujer vanidosa.

—Si no fue una aventura que acabó mal, ¿qué cree usted que pasó? ¿Qué fue lo que la convenció para subir a bordo de un barco con Hannah, cuando detestaba tanto navegar?

—Vaya pregunta tan extraña -dijo la mujer, sorprendida-. Nada podría haberla convencido. Es evidente que subió a ese barco a la fuerza. ¿Qué le hace dudarle? Cualquiera que estuviera dispuesto a violarla y matarla, y a abandonar a su hija sola en la calle, no tendría reparos en emplear amenazas para coaccionarla.

—Ya, sólo que los puertos deportivos son sitios muy concurridos, y nadie vio a una mujer y una niña subir a un barco a la fuerza. — De hecho, hasta el momento la policía no había encontrado ningún testigo que las hubiera visto en ninguno de los puntos de acceso a los barcos a lo largo de todo el río

Lymington. Esperaban tener más suerte el sábado, cuando llegaran los visitantes de fin de semana, pero mientras tanto investigaban a tientas.

—No me extraña -replicó Angela Sumner-, si ese hombre tenía a Hannah y había amenazado con hacerle daño si Kate no le obedecía. Kate adoraba a la pequeña. Habría hecho cualquier cosa con tal de protegerla.

Galbraith estuvo a punto de objetar que eso habría sido posible si Hannah se hubiera dejado llevar por un hombre, lo cual parecía poco probable en vista del informe psiquiátrico y de la propia afirmación de Angela Sumner de que la niña se ponía hecha un basilisco cada vez que su propio padre intentaba cogerla en brazos, pero se lo pensó mejor. El razonamiento era lógico, aunque variara el método. Era evidente que a Hannah la habían sedado.



Capítulo 11

Memorándum

Para: Comisario Carpenter De: Inspector Galbraith Fecha: 12/8/97
-21:15 Re: Kate y William Sumner

Pensé que le interesarían el informe y las declaraciones que le adjunto. Los datos más reveladores parecen los siguientes:

1. Kate tenía pocos amigos, y los que tenía eran de su propio entorno.
2. Al parecer le interesaban muy poco los amigos y los pasatiempos de su marido.
3. Hay varias descripciones poco halagüeñas de Kate: manipuladora, astuta, falsa, maliciosa.
4. William tiene problemas de dinero.
5. La «casa de ensueño» fue sin duda idea de Kate, pero la opinión generalizada es que William cometió un error al comprarla.
6. Por último, ¿dónde demonios estaba la atracción? ¿Se casó William con ella porque estaba embarazada?

Da que pensar, ¿no le parece?

John.

Testimonio de James Purdy, director ejecutivo de Pharmatec UK

Conozco a William Sumner desde que entró a trabajar en la empresa, hace quince años, cuando él tenía veinticinco años. Lo recluté yo mismo de

la Universidad de Southampton, donde Sumner trabajaba de ayudante del profesor Hugh Buglass. Dirigió la investigación de dos de nuestros productos: Antiac y Counterac, que representan el 12 por ciento del mercado de los antiácidos. Es un valorado y valioso miembro del equipo, y se lo respeta mucho en su profesión. Hasta que se casó con Kate Hill en 1994, yo habría descrito a William como el eterno soltero. Tenía una vida social bastante activa, pero lo que más le interesaba eran su trabajo y su barco. Recuerdo que en una ocasión me dijo que ninguna mujer le permitiría gozar de la clase de libertad que le permitía su madre. Varias jóvenes pusieron los ojos en él desde que yo lo conozco, pero él siempre se negaba a comprometerse. Por eso me llevé una sorpresa cuando me enteré de que Kate Hill y él pensaban casarse. Ella trabajó en Pharmatec un año, entre 1993 y 1994. Lamenté muchísimo su muerte, y le he concedido a William un permiso indefinido, hasta que se recupere del golpe y encuentre a alguien que cuide de su hija. Si no estoy mal informado, William estaba en Liverpool el fin de semana del 9-10 de agosto, aunque no tuve ningún contacto con él después de que se marchara, el jueves 7 de agosto por la mañana. Apenas conocí a Kate Sumner cuando trabajaba aquí, y no he vuelto a verla ni a hablar con ella desde que dejó la empresa.

James Purdy.

**Testimonio de Michael Sprate,
director de servicios, Pharmatec UK**

Kate Hill formó parte de mi equipo entre mayo de 1993 y marzo de 1994, cuando se marchó de la empresa. No sabía taquigrafía, pero en cambio su mecanografía estaba por encima de la media. Tuve un par de problemas con ella, sobre todo por su comportamiento. A veces era muy indisciplinada. Tenía una lengua muy afilada, y no le importaba utilizarla contra las otras secretarias. Yo la describiría como una bravucona que no tenía reparos en hacer correr rumores maliciosos para perjudicar a alguien que le caía mal. Su actitud empeoró notablemente después de su boda con William Sumner, pues al parecer consideraba que el matrimonio le confería un estatus superior, y, de no ser porque ella decidió marcharse voluntariamente, yo habría pedido que la trasladaran a otro departamento. No conozco bien a William, así que no puedo opinar sobre su relación con ella. No sé nada sobre la muerte de Kate Sumner.

Michael Sprate.

**Testimonio de Simón Trew, director,
ID, Pharmatec UK**

William Sumner es uno de nuestros principales investigadores. Sus mayores logros han sido las fórmulas de Antiac y Counterac. Somos muy optimistas respecto al proyecto en que trabaja actualmente, aunque William lleva un tiempo insinuando que podría dejarnos para irse a trabajar para una empresa de la competencia. Creo que ha sido su mujer la que lo ha presionado para que cambie de trabajo. William contrató una elevada hipoteca hace un año y tiene problemas para pagarla, y el aumento de sueldo que nosotros podemos ofrecerle no se puede comparar con lo que le ofrecen en otros sitios. Todos los contratos de nuestros empleados contienen cláusulas de indemnización por el uso no autorizado de proyectos financiados por Pharmatec UK, de modo que si William decide marcharse, sus investigaciones seguirán perteneciendo a la empresa. Tengo entendido que no quiere abandonar el proyecto en lo que él considera un punto crucial; sin embargo, sus compromisos financieros podrían

obligarle a firmar antes de lo que él desearía. No conozco a Kate Sumner. Yo entré a trabajar en la empresa dos años después de que ella se marchara, y mi relación con William siempre ha sido estrictamente profesional. Admiro su experiencia y su pericia, pero no me resulta fácil tratar con él. Siempre está resentido porque se siente infravalorado, y eso ha sido causa de roces en el departamento. Puedo confirmar que William se marchó a Liverpool el jueves 7 de agosto por la mañana, y que hablé con él por teléfono antes de que él leyera su ponencia, el viernes 8 de agosto por la tarde. Me pareció que estaba de buen humor, y me confirmó una reunión que teníamos programada para el martes 12 de agosto a las diez. Al final no celebramos la reunión. No sé nada de la muerte de la señora Sumner.

Simón Trew.

**Testimonio de Wendy Plater,
investigadora científica, Pharmatec
UK**

Conozco a William Sumner desde hace cinco años. Cuando entré a trabajar en la empresa nos hicimos muy amigos, y de vez en cuando yo los visitaba a él y a su madre en Chichester, y también salí a navegar con él un

par de veces en su barco. William era un hombre tranquilo, con un sentido del humor mordaz, y pasamos buenos ratos juntos. Siempre me decía que no le atraía el matrimonio, así que me llevé una gran sorpresa al enterarme de que Kate Hill lo había pescado. La verdad es que yo creía que William tenía mejor gusto, aunque no creo que pudiera elegir después de que ella se propusiera cazarlo. No se me ocurre nada bueno que decir de ella. Era maleducada, vulgar, manipuladora y falsa, y era capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quería. Yo la conocía bastante bien antes de que se casara con William, y me caía muy mal. Era una enredadora y una cotilla, y nada la hacía más feliz que rebajar a los demás hasta su propio nivel, o por debajo de él. Era embustera por naturaleza, y contaba unas mentiras increíbles sobre mí, por lo que nunca la he perdonado. Lo más triste es que William cambió mucho después de la boda, y para mal. Desde que se fue a vivir a Lymington se ha vuelto un pesado, y no para de quejarse de sus compañeros de trabajo; altera constantemente el espíritu de equipo y se pasa el día protestando de que la empresa le ha engañado. Cometió un error vendiéndose el barco y contratando una hipoteca tan elevada, y se lo hace pagar a sus compañeros de trabajo. Creo que Kate ha ejercido una influencia nefasta en él; sin embargo no me cabe en la cabeza que William haya podido tener nada que ver con su muerte. Siempre he tenido la impresión de que estaba sinceramente enamorado de su esposa. El sábado 9 de agosto por la noche yo estaba en una discoteca con mi compañero Michael Sprate. No he visto ni he hablado con Kate Sumner desde que se marchó de Pharmatec UK, y no sé nada de su muerte.

Wendy Plater.

**Testimonio de Polly Garrard,
secretaria, servicios, Pharmatec UK**

Conocía muy bien a Kate Hill. Compartimos un despacho durante diez meses, el tiempo que ella trabajó en el departamento de servicios. Me daba lástima. Había tenido una vida muy difícil antes de mudarse a Portsmouth. Vivía en un destartado edificio de viviendas protegidas en Birmingham, y su madre y ella tenían que atrincherarse en el piso porque les asustaban los otros inquilinos. Creo que su madre trabajaba en una tienda, y que Kate aprendió mecanografía en el colegio, pero no estoy segura de ninguna de las dos cosas. Recuerdo que en una ocasión Kate me dijo que, antes de morir su

madre, había trabajado en un banco, y que la despidieron porque pedía demasiados permisos para ocuparse de ella. En otra ocasión me dijo que había dimitido para cuidar a su madre. No sé cuál de las dos versiones es la cierta. No hablaba mucho de su vida en Birmingham; lo único que decía era que lo había pasado muy mal. Amí me caía bien. Los demás la encontraban egoísta y ambiciosa, pero yo la veía como una persona increíblemente vulnerable que buscaba seguridad. Es verdad que le gustaba contar cotilleos sobre los compañeros de trabajo, pero yo no creo que lo hiciera con mala intención. Creo que ver que los demás tampoco eran perfectos le hacía sentirse mejor. Fui a verla un par de veces después de que se casara con William, y las dos veces su suegra estaba allí. La señora Sumner fue muy grosera con ella. Kate se había casado con su hijo, no con ella, así que no era asunto suyo si Kate hablaba con acento de Brummie o cogía el cuchillo como si fuera un lápiz. Siempre le estaba dando lecciones a Kate sobre cómo tenía que educar a la pequeña Hannah, y sobre cómo ser una buena esposa, pero que yo sepa Kate lo estaba haciendo muy bien sin que nadie la ayudara. Lo mejor que hizo fue mudarse a Lymington, y lamento mucho que haya muerto. Hacía más de un año que no la veía, y no sé nada de su asesinato.

Polly Garrard.

Apéndice del informe sobre Hannah Sumner («Baby Smith»), tras la conversación con William Sumner (Padre) y la conversación telefónica con el Dr. Attwater (Pediatra)

Valoración psicológica: El padre y el pediatra están de acuerdo en que la madre de Hannah era sobreprotectora y no permitía que la niña se desarrollara normalmente jugando con otros niños o dejándola explorar su entorno y cometer errores. La madre tenía contacto con un grupo de madres de su edad, pero como Hannah tiene una conducta un tanto agresiva cuando juega, su madre tendía a evitar el contacto con otros niños en lugar de hacerla jugar más con ellos para que aprendiera a relacionarse. La timidez de Hannah obedece a una tendencia manipuladora más que a una actitud temerosa, y su «miedo» a los hombres está más relacionado con la reacción protectora que inspira en las mujeres que en un terror real. Tanto el padre como el pediatra afirman que Hannah tiene un desarrollo intelectual que se sitúa por debajo del promedio, y a eso atribuyen, junto con la actitud sobreprotectora de la madre, su escasa habilidad verbal. El doctor Attwater

no ha visto a Hannah desde la muerte de su madre; sin embargo, está seguro de que mi valoración del estado de la niña no difiere de la valoración que hizo él hace seis meses.

Conclusiones: Aunque admito que el retraso evolutivo de Hannah (que considero grave) podría no deberse a ningún acontecimiento reciente, reitero mi opinión de que habría que vigilar a la niña. Sin supervisión, considero probable que Hannah padezca falta de atención psicológica, emocional y física, dado que William Sumner es una persona inmadura, poco apta para atender a una niña pequeña, y además no parece sentir un gran afecto por su hija.

Dra. Janet Murray.

↑ Capítulo 12

Steven Harding fue puesto en libertad sin cargos poco antes de las nueve del miércoles 13 de

agosto de 1997, cuando el juez se negó a autorizar la prolongación de su detención debido a la falta

de pruebas. No obstante le dijeron que iban a confiscarle el coche y el barco «todo el tiempo que

fuera necesario», sin más explicaciones. Quedó en libertad bajo fianza en el número 23 de Old

Street, Lymington, domicilio de Anthony Bridges, y le ordenaron presentarse en la comisaría de

Lymington a diario, para que la policía pudiera controlar sus movimientos. Siguiendo los consejos de un abogado, Harding hizo una declaración detallada sobre su

relación con Kate Sumner y sobre lo que había hecho el fin de semana del 9-10 de agosto, aunque

su testimonio no añadió nada nuevo a lo que ya había contado a la policía. Explicó así las huellas

dactilares y los zapatos de Hannah encontrados en el *Crazy Daze*:

Estuvieron a bordo de mi barco en marzo, cuando lo saqué del agua para limpiar y pintar el casco. El *Crazy Daze* estaba en el astillero de Berthon's, en un calzo de madera, y cuando Kate se dio cuenta de que yo no podía huir de ella porque tenía que acabar de pintar el barco, se aficionó a ir

por el astillero, dándome la lata y poniéndome nervioso. Al final, para librarme de ella, la dejé subir a echar un vistazo, con Hannah, mientras yo esperaba abajo. Le dije que se quitara los zapatos y los dejara en el puente de mando. Cuando volvió a bajar, a Kate le pareció que Hannah no podría bajar sola por la escalerilla, así que me pidió que la cogiera en brazos. Yo puse a Hannah en su sillita, pero no me fijé en si llevaba zapatos o no. La verdad es que nunca le prestaba demasiada atención. Esa niña me pone los pelos de punta. Nunca dice nada, y me mira fijamente, como si yo no la viera a ella. Después encontré unos zapatos en la cabina de mando, con el nombre H. SUMNER escrito en la tira. Ya sé que son demasiado pequeños para ser los que Hannah llevaba aquel día, pero no tengo otra forma de explicar que estuvieran allí.

Aunque sabía dónde vivían los Sumner, no les devolví los zapatos de Hannah porque creía que Kate los había dejado en el barco a propósito. Kate Sumner no me caía bien, y no quería estar solo con ella en su casa porque sabía que estaba loca por mí, sentimiento que yo no correspondía. Kate era muy rara, y a mí me preocupaba que siempre me andará detrás. Lo que hacía Kate conmigo tiene un nombre: acoso. Iba al club náutico y esperaba a que yo llegara. Generalmente se quedaba allí observándome, pero a veces tropezaba conmigo deliberadamente y me rozaba el brazo con los pechos. Mi error fue ir a Langton Cottage con su marido poco después de que ella me lo presentara un día en la calle, a finales del año pasado. Creo que entonces fue cuando ella empezó a encapricharse conmigo. Amí nunca me ha interesado responder a sus tanteos.

Poco después, a finales de abril, creo, estaba en el pontón de combustible de Berthon, esperando a que el empleado viniera a poner en marcha la bomba, cuando Kate y Hannah aparecieron en el pontón C, caminando hacia mí. Kate dijo que no me había visto, pero que había visto el *Crazy Daze* y había venido a charlar un rato. Subió a bordo con Hannah sin que yo la invitara a hacerlo, lo cual me molestó. Le dije a Kate que fuera a la cabina de popa a recoger los zapatos de Hannah. Yo sabía que en la cabina había algunas prendas de mujer, y pensé que no estaría mal que Kate las viera. Esperaba que eso le hiciera comprender que ella no me interesaba. Se marchó al poco rato, y cuando entré en la cabina vi que le había quitado el pañal sucio a Hannah y lo había pasado por las sábanas. Además había vuelto a dejar allí los zapatos, supongo que deliberadamente para

demostrarme su enfado por las prendas íntimas de mujer que había en la cabina.

Empecé a preocuparme de verdad cuando Kate se enteró de dónde aparcaba yo mi coche y se aficionó a hacer sonar la alarma para enemistarme con Tony Bridges y sus vecinos. No tengo ninguna prueba de que fuera Kate quien lo hacía, aunque estoy seguro de que debía de ser ella, porque siempre encontraba excrementos en la manilla de la puerta del conductor. No le comuniqué mis sospechas a la policía porque temía implicarme aún más con la familia Sumner. Un día, en junio, busqué a William Sumner y le enseñé unas fotografías mías aparecidas en una revista gay, porque quería que él le dijera a su esposa que yo era homosexual. Ya sé que parece extraño, después de haberle enseñado a Kate pruebas de que invitaba a chicas a mi barco, pero es que estaba desesperado. Algunas de aquellas fotografías eran bastante escandalosas, y a William le impresionaron. No sé qué le diría a su esposa, pero el caso es que Kate dejó de perseguirme casi inmediatamente.

Desde el mes de junio me la habré encontrado en la calle unas cinco veces, pero no hablé con ella hasta la mañana del sábado 9 de agosto, cuando me di cuenta de que no podía esquivarla. Ella estaba delante de Tesco's, y nos saludamos. Medijo que estaba buscando unas sandalias para Hannah, y yo le dije que no podía entretenerme porque me iba a pasar el fin de semana a Poole. Eso fue todo lo que nos dijimos, y ya no volví a verla. Reconozco que me agobiaba mucho que Kate me persiguiera, y que me caía muy antipática, pero no tengo ni idea de cómo pudo ahogarse frente a la costa de Dorset.

Tony Bridges, en una larga entrevista, corroboró la declaración de Harding. Tal como el sargento Campbell había predicho, la policía de Lymington sabía que Bridges era consumidor de marihuana, pero su actitud era tolerante. «De vez en cuando los vecinos se quejan cuando celebra una fiesta en su casa, pero lo que los pone violentos es el alcohol, no la marihuana, y hasta la brigada antidrogas está empezando a entenderlo.» Lo más sorprendente era que fuera un respetado profesor de química de una de las escuelas de la ciudad. «Lo que hace Tony en su tiempo libre es asunto suyo -declaró el director de la escuela-. Por lo que a mí respecta, la vigilancia de la conducta moral de mis colegas fuera de la escuela no forma parte de mis atribuciones. Si lo fuera, seguramente perdería a algunos de

mis mejores empleados. Tony es un maestro inspirador que ha conseguido que los niños se entusiasmen con una difícil asignatura. No tengo ninguna queja de él.»

Hace dieciocho años que conozco a Steven Harding. Fuimos juntos al colegio y somos amigos desde entonces. Steve duerme en mi casa cuando su barco está fuera de servicio o en invierno, cuando hace demasiado frío y él no puede quedarse en el barco. Conozco bien a sus padres, pero en 1991 se fueron a vivir a Cornualles y desde entonces no he vuelto a verlos. Steve fue con el barco hasta Falmouth hace dos veranos, pero no creo que haya vuelto a visitar a sus padres. Cuando no está en su piso de Londres está en su barco, en Lymington.

Este año me ha comentado en más de una ocasión que tenía problemas con una tal Kate Sumner, que lo acosaba. Medijo que ella y su hija eran muy raras, y que les tenía miedo. La alarma de su coche se disparaba continuamente y Steve creía que era ella quien la activaba. Me pidió que informara a la policía. Era una historia muy extraña, y yo no sabía si creérmelo o no. Entonces él me enseñó los excrementos que había en la manilla de la puerta del coche y me dijo que Kate Sumner le había ensuciado las sábanas con el pañal de su hija. Le dije que si se lo contaba a la policía sólo conseguiría empeorar las cosas, y él decidió aparcar el coche en otro sitio. Creo que así solucionó el problema.

Nunca he hablado con Kate ni con Hannah Sumner. Steve me las enseñó un día en el centro de Lymington, y luego nos escondimos tras la esquina para no tener que hablar con ellas. Su actitud era sincera. Creo que Kate le intimidaba mucho. Conocí a William Sumner en un pub a principios de este año. Éle estaba solo, tomándose una copa, y nos invitó a Steve y a mí a tomar algo. Élya conocía a Steve porque Kate los había presentado después de que Steve la ayudara un día a llevar la compra. Yo me marché pasada una media hora, pero después Steve fue con William a su casa para seguir hablando con él de barcos. Me dijo que William había tenido un Contessa y que la conversación que tuvieron fue interesante.

Steve es un tipo atractivo y lleva una activa vida sexual. Suele salir con dos chicas a la vez, porque no le interesan las relaciones estables. Está obsesionado con los barcos y una vez me dijo que nunca podría salir en serio con una chica que no navegara. Como yo no me fijo en los nombres, no tengo ni idea de con quién sale actualmente. Cuando no está actuando,

siempre consigue algún trabajo de modelo fotográfico. Hace sobre todo reportajes de moda, pero también ha posado para varias revistas pornográficas. Necesita dinero para pagar el piso de Londres y para mantener el *Crazy Daze*, y esos trabajos están bien pagados. No se avergüenza de esas fotografías, pero nunca le he visto enseñárselas a nadie. No tengo ni idea de dónde las guarda.

Vi a Steve la noche del viernes 8 de agosto. Pasó por mi casa para decirme que se marchaba a Poole al día siguiente y que no volveríamos a vernos hasta el fin de semana siguiente. Mencionó que tenía unas pruebas en Londres el lunes 11 de agosto, y me dijo que quería coger el último tren para regresar el domingo por la noche. Más tarde, un amigo común, Bob Winterslow, que vive cerca de la estación, me dijo que Steve le había llamado desde el barco y le había preguntado si podía dormir en el sofá de su casa el domingo para coger el primer tren el lunes por la mañana. Al final se quedó en el barco y no se presentó a las pruebas. Eso es típico de Steve. Hace lo que le apetece, y cambia de planes continuamente. Me di cuenta de que Steve la había cagado cuando su agente, Graham Barlow, me telefoneó el lunes por la mañana para decirme que Steve no estaba en Londres y que no contestaba el teléfono móvil. Llamé a varios amigos para ver si alguien sabía dónde estaba, y luego pedí prestado un bote y fui al *Crazy Daze*. Encontré a Steve con una resaca de miedo; por eso no había ido a Londres.

Pasé el fin de semana del 9-10 de agosto con mi novia, Beatrice Gould, Bibi, a la que conozco desde hace cuatro meses. El sábado por la noche fuimos a una fiesta en el Jamaica Club de Southampton, y regresamos a casa sobre las cuatro de la madrugada. No nos levantamos hasta el domingo por la tarde. No sé nada de la muerte de Kate Sumner, pero estoy convencido de que Steven Harding no tiene que ver con ella. Steve no es una persona agresiva. (*Nota de la policía* : Esa fiesta tuvo lugar, efectivamente, pero no hay forma de comprobar si A.Bridges y B.Gould asistieron a ella. El sábado por la noche había más de mil personas en el Jamaica Club.)

El testimonio de Beatrice Gould corroboraba los de Bridges y Harding en todos los detalles relevantes.

Tengo diecinueve años y trabajo de peluquera en Get Ahead, en High Street, Lymington. Conocí a Tony Bridges en una discoteca hace unos

cuatro meses, y una semana más tarde él me presentó a Steve Harding. Ellos son amigos desde hace tiempo, y Steve utiliza la casa de Tony como base en Lymington cuando por alguna razón no puede quedarse a dormir en su barco. Conozco bastante bien a Steve. A varias de mis amigas les gustaría salir con él, pero a él no le interesan las relaciones formales. Es un tipo atractivo, y como además es actor, las chicas se lo rifan. Una vez me dijo que cree que las mujeres lo ven como un semental, y que él no lo soporta. Sé que Steve ha tenido muchos problemas por eso con Kate Sumner. Él fue amable con ella una vez, y desde entonces ella no lo dejaba vivir. Steve decía que entendía que Kate se encontrara sola, pero que eso no la autorizaba a amargarle la vida. Llegó un momento en que Steve tenía que esconderse en las esquinas mientras Tony o yo comprobábamos que ella no estuviera esperándolo. Creo que esa mujer estaba desequilibrada. Lo peor que hizo fue mancharle el coche a Steve con los pañales sucios de su hija. A mí me pareció asqueroso, y le dije a Steve que debería denunciarla.

No vi a Steve el fin de semana del 9-10 de agosto. Llegué a casa de Tony el sábado 9 de agosto a las cinco de la tarde, y hacia las siete y media fuimos juntos al Jamaica Club de Southampton. Vamos allí a menudo porque Daniel Agee es un excelente pinchadiscos y nos gusta mucho su estilo. Me quedé en casa de Tony hasta las diez de la noche del domingo, y después me fui a mi casa. Midirección es Shorn Street, 67, Lymington; vivo con mis padres, pero suelo pasar los fines de semana, y algunos días entre semana, en casa de Tony Bridges. Steve Harding me cae muy bien y no creo que él tuviera nada que ver con la muerte de Kate Sumner. Steve y yo nos llevamos muy bien.

El comisario Carpenter guardó silencio mientras John Galbraith leía las declaraciones. – ¿Qué opina? – le preguntó luego-. ¿Cree que Harding dice la verdad? ¿Le parece creíble

la versión que da de Kate Sumner? – No lo sé -contestó Galbraith-. Esa mujer era un poco camaleónica, igual que Harding;

interpretaba diferentes papeles para adaptarse a diferentes personas. – Caviló unos instantes y

prosiguió:- Supongo que cuando a alguien le caía mal, le caía mal de verdad. Que te crispaba los nervios, vamos. ¿Ha leído los testimonios que le envié? Su suegra no podía verla ni en pintura, igual que Wendy Plater, la antigua novia de William, a la que Kate borró del mapa. Se podría argüir

que en ambos casos eran celos descarados, pero tengo la impresión de que hay algo más. Ambas utilizaron la misma palabra para describir a Kate: manipuladora. Angela Sumner dijo que era la persona más egocéntrica y calculadora que jamás había conocido, y la novia dijo que era embustera por naturaleza. William dijo que era capaz de cualquier cosa para conseguir lo que se proponía, y que hacía con él lo que quería desde el día que se conocieron. – Se encogió de hombros y añadió-: Ignoro si eso significa que estaba acosando a un hombre del que se había encaprichado. Me cuesta creer que actuara con tanta desfachatez, pero lo cierto es que actuó así cuando se propuso alcanzar cierto nivel de vida.

–Odio estos casos, John -dijo Carpenter-. Esa pobre mujer ha sido asesinada, y sin embargo todo el mundo habla mal de ella. – Cogió la declaración de Harding y, con gesto irritado, tamborileó con los dedos sobre el papel-. ¿Quiere que le diga a qué me huele esto? A la clásica postura defensiva ante una violación. «Ella lo estaba deseando. No me quitaba las manos de encima. Lo único que hice fue hacerla feliz, y yo no tengo la culpa de que después se haya arrepentido. Era una mujer agresiva y le gustaba el sexo agresivo.» -Su ceño se acentuó-. Lo que Harding está haciendo es preparar el terreno por si logramos presentar cargos contra él. Luego nos dirá que la muerte de Kate fue un accidente, que se cayó por la borda y que él no pudo hacer nada para salvarla.

–¿Qué le ha parecido Anthony Bridges?

–No me ha gustado. Es un fantasma, y sabe demasiado sobre interrogatorios policiales. Pero su historia y la de su novia concuerdan tan bien con la de Harding que, a menos que estén compinchados, creo que tendremos que aceptar que dicen la verdad. – De pronto, una sonrisa borró el ceño de su rostro-. Al menos de momento. Ya veremos si cambia algo cuando Harding y yo charlemos un rato. Ya sabe que está en libertad bajo fianza en casa de Bridges.

–Harding tiene razón en una cosa -comentó Galbraith con expresión pensativa-: a mí también me da escalofríos esa niña. – Se inclinó, con los codos apoyados en las rodillas y con gesto de preocupación-. No entiendo por qué se pone a gritar cada vez que ve a un hombre. Estaba esperando a que su padre me trajera unas listas que le había pedido, y la niña entró en la habitación, se sentó en la alfombra, delante de mí, y empezó a tocarse los genitales. No llevaba bragas; se levantó el vestido y empezó a toquetearse

como si nada. Mientras lo hacía, me miraba fijamente, y le juro por Dios que sabía perfectamente lo que estaba haciendo. – Suspiró y dijo-: Fue una situación muy violenta, y apuesto a que esa niña tiene algún tipo de experiencia sexual, diga lo que diga la doctora que la examinó.

–¿Quiere decir que sospecha de Sumner?

Galbraith reflexionó antes de contestar:

–Digamos que lo tiene negro si le falla la coartada o si averiguo cómo consiguió que un barco lo esperara delante de la isla Purbeck. – Esbozó una sonrisa y agregó-: Intuyo que esconde algo, seguramente porque se cree muy listo. Ya sé que no es muy científico, pero sí, sospecho más de él que de Steven Harding.

La prensa local y nacional llevaba setenta y dos horas publicando informaciones sobre la instrucción de un asesinato iniciada tras la aparición de un cadáver en una playa de la isla Purbeck. Dado que la policía creía que la mujer y su hija habían hecho una travesía en barco, estaban preguntando a todos los marineros entre Southampton y Weymouth si habían visto a una mujer menuda y rubia y/o a una niña de tres años el fin de semana del 9-10 de agosto.

El miércoles, aprovechando la pausa del almuerzo, una dependienta de unos grandes almacenes de Bournemouth se presentó en la comisaría y dijo que el domingo por la noche había visto algo que podría estar relacionado con el asesinato de la mujer. La dependienta se llamaba Jennifer Hale y dijo que ese día estaba en un Fairline Squadron, el *Gregory's Girl*, propiedad de un hombre de negocios de Poole llamado Gregory Freemantle.

–Es mi novio -explicó.

Al sargento instructor que la atendió le pareció graciosa su descripción. La mujer tenía más de treinta años, y el sargento se preguntó qué edad tendría el novio. Cerca de cincuenta, calculó, si podía permitirse el lujo de tener un Fairline Squadron.

–Me habría gustado que Gregory viniera a contárselo personalmente -explicó la mujer-, porque él habría podido explicar mejor dónde estaba, pero dijo que no valía la pena porque yo no tenía suficiente experiencia para saber qué era aquello que vi. Él se cree lo que dijeron sus hijas: que era un bidón de gasoil, y pobre del que se atreva a contradecirlas. Él jamás discute con sus hijas, por si las niñas se quejan a su madre, cuando lo que debería hacer... -Exhaló el típico suspiro de las futuras madrastras-. Son un par de

engreídas, la verdad. Yo pensé que debíamos pararnos para investigarlo, pero... -sacudió la cabeza- no valía la pena discutir. Francamente, yo ya las había aguantado bastante.

El sargento, que también tenía hijastros, esbozó una sonrisa comprensiva.

—¿Cuántos años tienen?

—Quince y trece.

—Son edades difíciles.

—Sí, sobre todo cuando los padres... -Se interrumpió en mitad de la frase, pensando que estaba hablando demasiado.

—Ya verá como todo irá mejor dentro de cinco años, cuando maduren un poco.

—Eso será si yo aguanto hasta entonces -repuso la mujer con humor-, lo cual de momento no parece probable. La pequeña no está mal, pero para soportar a Marie otros cinco años tendría que tener piel de rinoceronte. Se piensa que es Elle McPherson y Claudia Schiffer juntas, y monta un escándalo en cuanto no se siente mimada y consentida. En fin... -Cambió de tema y se centró en el motivo de su presencia en la comisaría-. Estoy segura de que no era una lata de aceite. Yo iba sentada en la parte de atrás del puente y desde allí tenía mejor perspectiva que los demás. Fuera lo que fuera, no era de metal, aunque era negro, eso sí. A mí me pareció un bote volcado. Un bote neumático. Debía de estar un poco desinflado, porque estaba bastante hundido.

El sargento, que iba tomando notas, preguntó:

—¿Qué le hace pensar que pueda estar relacionado con el asesinato?

La mujer sonrió, abochornada, temiendo ponerse en ridículo.

—Que era un bote -respondió la mujer-, y que no estaba lejos de donde encontraron el cadáver. Nosotros estábamos en Chapman's Pool cuando se llevaron a la mujer en helicóptero, y encontramos el bote sólo diez minutos después de rodear el cabo St Alban de camino a casa. He calculado que debían de ser las 18:15, y sé que viajábamos a veinticinco nudos porque mi novio lo comentó cuando rodeábamos el cabo. Él dice que lo que ustedes buscan es un velero o una lancha, pero imagino que cayéndote de un bote neumático también puedes ahogarte, ¿no? Y ese bote había zozobrado, sin duda.

Carpenter recibió el informe de Bournemouth a las tres en punto, lo analizó con ayuda de un mapa y se lo envió a Galbraith con una nota:

¿Cree que vale la pena comprobarlo? Si no ha aparecido en algún punto entre el cabo St Alban y Anvil Point, se habrá hundido frente a Swanage, y no podremos recuperarlo. Sin embargo, los horarios son muy precisos, así que, suponiendo que apareciera frente a Anvil Point, seguramente su amigo Ingram podrá averiguar dónde anda. Según usted, Ingram es un talento mal aprovechado. Si él no averigua nada, podemos dejárselo a los guardacostas. De hecho, quizá valdría la pena acudir primero a ellos. Ya sabe cómo les fastidia que los marineros de agua dulce invadan su territorio. Es una posibilidad muy remota -no veo dónde encaja Hannah, ni cómo podría alguien violar a una mujer en un bote neumático sin zozobrar-, pero nunca se sabe. Podría tratarse de ese barco que buscaba frente a la isla Purbeck.

Al final los guardacostas le pasaron la pelota a Ingram de buen grado, alegando que ellos tenían cosas mejores que hacer en plena temporada de verano que buscar botes imaginarios. Ingram, que también se mostraba escéptico, aparcó en Durlston Head y siguió a pie por el sendero de la costa, por la ruta que Harding decía haber tomado el domingo anterior. Caminaba despacio, escudriñando la orilla al pie del acantilado con los prismáticos. Él era igual de consciente que los guardacostas de lo difícil que era encontrar un bote negro entre las relucientes rocas que bordeaban la base del cabo, y repasaba una y otra vez tramos que ya había dado por examinados. Tampoco tenía demasiada fe en sus cálculos, según los cuales un objeto flotante avistado aproximadamente a las 18:15 del domingo por la noche, a unos trescientos metros de Seacombe Cliff -que era donde calculaba que debía de estar un Fairline Squadron tras diez minutos navegando a veinticinco nudos desde el cabo St Alban- podría haber llegado a la playa unas seis horas más tarde entre Blackers Hole y Anvil Point. Ingram sabía lo impredecible que era el mar, y lo improbable que resultaba que un bote medio deshinchado hubiera llegado a la orilla. Lo más probable era, suponiendo que hubiera existido, que las corrientes lo hubieran arrastrado hacia Francia o que se encontrara a veinte brazas de profundidad.

Lo encontró un poco más hacia el este de lo que había calculado, más cerca de Anvil Point, y sonrió con justificada satisfacción cuando lo vio con sus potentes prismáticos. Estaba volcado en un tramo inaccesible de la orilla, y conservaba la forma gracias al suelo y los asientos de madera.

Ingram telefoneó al inspector Galbraith con su teléfono móvil. «¿Es usted buen navegante? – le preguntó-. Porque la única forma de llegar hasta ese bote es por barco. Si se reúne conmigo en Swanage, puedo llevarlo hasta él esta noche. Necesitará un impermeable y botas de agua -le previno-. Nos vamos a mojar.»

Ingram invitó a un par de amigos suyos del equipo de salvamento marítimo de Swanage a que lo acompañaran, para que vigilaran su barca, la *Miss Creant*, mientras él llevaba a Galbraith a la costa en su bote hinchable. Apagó el motor fueraborda y lo sacó del agua cuando se encontraban a unos treinta metros de tierra, utilizando los remos para desplazarse por entre las puntiagudas rocas que esperaban a los marineros desprevenidos. Detuvo la pequeña embarcación pegándola a una roca grande y le hizo señas a Galbraith de que desembarcara y caminara hacia la orilla. Después se metió también él en el agua y, tirando de la amarra, llevó el bote hasta la pequeña y desolada playa.

–Allí está -dijo señalando hacia la izquierda mientras sacaba su bote del agua-, pero no sé qué demonios hace aquí. Nadie abandona un bote en perfecto estado sin algún motivo.

Galbraith sacudió la cabeza, perplejo.

–¿Cómo lo ha encontrado? – preguntó oteando los acantilados que tenían detrás y pensando que debía de haber sido como buscar una aguja en un pajar.

–No ha sido fácil -reconoció Ingram mientras guiaba al inspector hacia el otro bote-. No me explico cómo las rocas no lo han destrozado. – Se detuvo junto al casco volcado y añadió-. Debe de haber entrado así, porque si no el fondo estaría desgarrado, y eso significa que no debe de quedar nada dentro. – Levantó una ceja y preguntó-. ¿Le damos la vuelta?

Galbraith asintió y cogió el bote por la popa, mientras Ingram hacía otro tanto por la proa. Le dieron la vuelta con dificultad, porque al estar desinflado había perdido su estructura. Un cangrejo diminuto salió de debajo y se refugió en un charco, en una roca cercana. Tal como había predicho Ingram, no quedaba nada dentro del bote, salvo los tablones del suelo y los restos de un asiento de madera partido por la mitad. No obstante, era un buen bote, de unos tres metros de largo y un metro de ancho, y con la tabla de popa intacta.

Ingram señaló las hendiduras de la madera producidas por los tornillos de un motor fueraborda; luego se puso de cuclillas para examinar dos aros de metal que había en los tablones de la popa, y otro en los de la proa.

—En algún momento ha estado colgado del pescante de un barco. Estos aros sirven para enganchar los cables antes de subirlo hasta los brazos del pescante. Así no se balancea mientras el barco se mueve. — Examinó la parte exterior del casco por si había algún nombre, pero no lo encontró. Miró a Galbraith, entrecerrando los ojos para protegerse del sol-. Es imposible que se haya caído de la popa de un yate sin que nadie se haya dado cuenta. Tendrían que romperse los dos cables del cabrestante al mismo tiempo, y las posibilidades de que eso ocurra son mínimas. Si sólo se rompiera uno de los cables (el de popa, por ejemplo), el bote quedaría colgando como un péndulo, y eso afectaría a la dirección del barco. Automáticamente reducirías la marcha para averiguar qué pasaba. — Hizo una pausa y concluyó-: De todos modos, si los cables se hubieran roto seguirían enganchados a los aros.

—Siga, por favor.

—Me parece más probable que lo hayan echado al agua desde un remolque, lo que significa que tenemos que preguntar en Swanage, Kimmeridge Bay o Lulworth. — Se levantó y miró hacia el oeste-. A menos que hubiera salido de Chapman's Pool, por supuesto, y entonces lo primero que tenemos que averiguar es cómo llegó hasta allí. La playa no tiene acceso público, de modo que no puedes llevar un remolque hasta la orilla y echar un bote al agua así como así. — Se frotó la mandíbula y dijo-: Qué raro, ¿no?

—¿No podrían haberlo bajado e inflado allí?

—Depende de lo fuerte que estés. Estos trastos pesan una tonelada. — Extendió los brazos como un pescador mostrando el tamaño de un pez-. Van en unas enormes bolsas de lona, pero créame, hacen falta dos personas para moverlos, y de Hill Bottom a la rampa de Chapman's Pool hay casi dos kilómetros.

—¿Y los cobertizos? Los de la policía científica tomaron fotografías de toda la bahía, y hay muchos botes junto a los cobertizos. ¿No podría ser uno de éstos?

—Sólo si lo han robado. Los pescadores que utilizan los cobertizos no abandonarían un bote en perfectas condiciones. No tengo noticia de que

hayan robado ninguno, pero es posible que no lo hayan echado en falta todavía. Puedo comprobarlo mañana.

—Quizá hayan sido unos gamberros -sugirió Galbraith.

—Lo dudo. — Ingram tocó el casco con el pie-. A menos que quisieran matarse a remar para llevarlo hasta mar abierto. Por sus propios medios no habría salido. El canal de entrada es demasiado estrecho, y las olas lo habrían devuelto a las rocas de la bahía. — Miró a Galbraith, que no entendía nada, con una sonrisa-. Haría falta el motor -explicó-, y no creo que los gamberros llevaran su propio medio de locomoción. Nadie deja un motor fueraborda por ahí. Son muy caros y todo el mundo los guarda como oro en paño. Eso también descarta la posibilidad de que inflaran el bote en la playa. No me imagino a nadie bajando un bote y un motor fueraborda hasta Chapman's Pool.

—¿Entonces? — preguntó Galbraith.

—Esto no son más que elucubraciones, señor.

—No importa. Suena bien. Siga hablando.

—Si lo robaron de Chapman's Pool, tuvo que ser un robo premeditado. Estamos hablando de alguien dispuesto a cargar con un pesado motor fueraborda a lo largo de casi dos kilómetros para robar un bote. — Arqueó las cejas y prosiguió:- ¿Por qué iba alguien a hacer eso? Y, después de hacerlo, ¿por qué iba a abandonar el bote? Es un poco raro, ¿no cree? ¿Cómo volvió a tierra?

—¿A nado?

—Quizá. — Ingram entrecerró los ojos para protegerse del sol, y estuvo varios segundos callado-. Quizá no necesitó volver a tierra -dijo por fin-. Quizá no iba en el bote. — Guardó de nuevo silencio, y luego añadió:- La tabla de popa está intacta, de modo que el motor lo habría arrastrado hacia el fondo en cuanto los lados hubieran empezado a desinflarse.

—¿Qué significa eso?

—Que el motor no estaba puesto cuando el bote zozobró.

Galbraith esperó a que Ingram continuara, pero como el policía seguía callado, hizo un ademán impaciente y dijo:

—Vamos, Nick. ¿Adónde quiere llegar? No entiendo nada de barcos.

Ingram rió y dijo:

—Lo siento. Me estaba preguntando qué hacía un bote como éste en mar abierto sin motor.

–Pero ¿no acaba de decir que debía de llevar motor?

–He cambiado de opinión.

–¿Quiere dejar de ponerme acertijos? – protestó Galbraith-. Estoy empapado, muerto de frío y necesito beber algo.

Ingram volvió a reír.

–Se me acaba de ocurrir que la forma más fácil de sacar un bote robado de Chapman's Pool sería remolcarlo, suponiendo que hubieras llegado hasta aquí en barco.

–En ese caso, ¿para qué querrías robar un bote?

Ingram se quedó mirando el casco del bote hinchable y dijo:

–Porque habías violado a una mujer y la habías dejado en él medio muerta -propuso-. Y querías deshacerte de las pruebas. Creo que debería hacer venir a los de la policía científica para que averigüen por qué se desinfló. Si encuentran un pinchazo, yo diría que la intención del ladrón era que el bote y su contenido se hundieran en mar abierto cuando soltara la cuerda de remolque.

–Así que volvemos a Harding.

El agente se encogió de hombros.

–Es el único sospechoso que podía estar en un barco en el lugar adecuado y en el momento adecuado -observó.

Tony Bridges escuchaba la interminable invectiva de Steven Harding contra la policía con creciente irritación. Su amigo se paseaba furioso por la sala, dando patadas a todo lo que encontraba a su paso y chillándole a Tony cada vez que éste intentaba ofrecerle sus consejos. Entretanto, Bibi, silenciosa y asustada, presenciaba aquella violenta escena, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, a los pies de Tony, ocultando sus sentimientos tras una cortina de grueso cabello rubio y preguntándose si anunciando su intención de marcharse a su casa mejoraría o empeoraría las cosas.

Finalmente a Tony se le acabó la paciencia.

–Estoy hasta las narices -bramó-. Te estás comportando como un niño de dos años. Vale, la policía te ha detenido. ¿Y qué? Da las gracias de que no hayan encontrado nada.

Steve se dejó caer en una butaca.

–¿Quién ha dicho que no han encontrado nada? Me han confiscado el barco y el coche. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

–Llamar al abogado. Para eso está, ¿no? Pero no nos des la lata. Nosotros no tenemos la culpa de que te fueras a Poole a pasar el fin de semana. Haber venido con nosotros a Southampton.

Bibi estuvo a punto de decir algo, pero se impuso la prudencia. La atmósfera cada vez estaba más caldeada.

Harding golpeó el suelo con el pie.

–El abogado no puede hacer nada. Me ha dicho que esos capullos están autorizados a retener las pruebas todo el tiempo que consideren necesario, o qué sé yo. – Al acabar la frase, su voz se transformó en un sollozo.

Hubo un largo silencio.

Esta vez, el cariño que Bibi sentía por el amigo de Tony pudo con la prudencia, y la chica, nerviosa, levantó la cabeza. Se apartó el cabello de la cara para mirar a Harding y dijo:

–Pero si no fuiste tú, no sé por qué te preocupas tanto.

–Exacto -coincidió Tony-. No pueden procesarte sin pruebas, y si te han soltado es porque no tienen ninguna.

–Necesito mi teléfono -dijo Harding levantándose con renovada energía-. ¿Qué has hecho con él?

–Se lo di a Bob -contestó Tony-. Tal como me dijiste.

–¿Lo ha cargado?

–No lo sé. No hablo con él desde el lunes. Cuando se lo di, Bob estaba muy colocado, así que lo más probable es que no se haya acordado.

–¡Lo que faltaba! – Harding pegó una patada a una pared.

Bridges bebió un sorbo de cerveza, sin quitarle los ojos de encima a su amigo.

–¿Qué carajo pasa con el teléfono?

–Nada.

–¡Pues deja mis paredes en paz! – gritó levantándose también él de la butaca y acercándose con gesto agresivo a Harding-. ¡A ver si te controlas, capullo! Estás en mi casa, no en tu maldito barco.

–¡Basta! – terció Bibi, refugiándose detrás de la butaca-. ¿Se puede saber qué os pasa? ¡Os vais a hacer daño!

Harding la miró con expresión ceñuda y levantó los brazos.

–Vale, vale -dijo-. Espero una llamada. Por eso estoy nervioso.

–Puedes utilizar el teléfono del pasillo -dijo Bridges secamente al tiempo que volvía a sentarse en la butaca.

—No. ¿Qué te ha preguntado la policía?

—Lo típico. Si conocías mucho a Kate, si creo que es cierto que te acosaba, si te vi el sábado, dónde estaba yo, a qué tipo de pornografía te dedicas... -Sacudió la cabeza y añadió-: Ya sabía yo que acabarías pagando caro lo de esas fotos.

—Déjame en paz. Ya te he dicho otras veces que estoy harto de tus sermones de los lunes. ¿Qué les dijiste?

Tony miró con ceño a Bibi, que tenía la cabeza agachada, y luego le puso la mano en la nuca.

—¿Por qué no me haces un favor, Beebs? Ve a la tienda y trae unas cervezas. En el mueble de la entrada hay dinero.

Bibi se levantó sin disimular su alivio.

—Vale. Te las dejaré en la entrada y luego me iré a casa. Estoy muy cansada, Tony, y necesito dormir una noche como Dios manda. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. — Le cogió la mano y le apretó los dedos con fuerza-. Lo único que me importa es que me quieras, Beebs.

Ella se soltó y se dirigió a la puerta.

—Ya sabes que te quiero -dijo.

Tony no habló hasta que oyó cerrarse la puerta de la casa.

—Ten cuidado con lo que dices delante de Bibi -le advirtió a Harding-. Ella también ha tenido que declarar, y no es justo que la involucres más en este asunto.

—Vale, vale... A ver, ¿qué les contaste?

—¿No te interesa más saber qué no les conté?

—Como quieras.

—Bueno, no les conté que te follabas a Kate a todas horas.

Harding respiraba ruidosamente por la nariz.

—¿Por qué no?

—Estuve pensando -admitió Bridges; cogió un paquete de papel de fumar Rizla y se puso a hacer un porro-. Pero te conozco demasiado bien, colega. Eres un capullo arrogante con una elevada imagen de sí mismo - miró a su amigo con los ojos entrecerrados; había recuperado el buen humor-, pero no te imagino matando a nadie, y menos a una mujer, aunque ella te estuviera volviendo majara. Así que he sido discreto. — Se encogió de

hombros-. Pero si tengo que arrepentirme de ello, te juro que me las pagarás.

—¿Te dijeron que la habían violado antes de matarla?

Bridges silbó por lo bajo, como si de pronto encajaran todas las piezas de un rompecabezas.

—No me extraña que se interesaran tanto por tus fotografías pornográficas. El prototipo de violador es un desgraciado que se hace pajas con esas revistas. — Sacó una bolsa de plástico y empezó a poner marihuana en los papeles-. Se lo deben de haber pasado en grande mirando esas fotografías.

Harding sacudió la cabeza y replicó:

—Las tiré todas por la borda antes de que vinieran. No quería que se hicieran ideas... — buscó la palabra adecuada- equivocadas.

—¡Pero qué gilipollas eres! ¿Por qué no dices la verdad, por una vez? Estabas cagado de miedo porque si tenían pruebas de que realizabas actos sexuales con un menor, no tendrían ningún problema para acusarte de violación.

—No lo hacíamos de verdad.

—Pero tiraste esas fotografías. Eres un idiota, tío.

—¿Por qué?

—Porque puedes apostar a que William les habrá mencionado esas fotografías. Hasta yo las mencioné. Ahora les va a extrañar no encontrarlas.

—¿Y qué?

—Sabrán que imaginabas que irían a verte.

—¿Y qué? — repitió Harding.

Bridges lo miró con aire pensativo mientras humedecía con la lengua el papel.

—Ponte en su lugar. ¿Por qué ibas a estar esperando que fueran a verte si no sabías que la muerta era Kate?



Capítulo 13

—Podemos ir al pub -propuso Ingram mientras aseguraba a *Miss Creant* en el remolque del jeep-, y podemos cenar algo en mi casa. — Consultó el reloj y añadió-: Son las nueve y media, o sea que el pub ya estará muy lleno, y será difícil que nos den algo de comer. — Empezó a quitarse la ropa

impermeable, que todavía estaba mojada, pues se había metido en el agua, al final de la rampa, para llevar a *Miss Creant* hasta el remolque mientras Galbraith manejaba el cabrestante-. En mi casa podremos secarnos -dijo con una sonrisa-. Además, hay silencio y una vista espectacular.

—Me da la impresión de que usted prefiere que vayamos a su casa, no sé por qué -dijo Galbraith mientras se quitaba las botas de agua y las vaciaba. Estaba empapado de cintura para abajo.

—En la nevera hay cerveza, y si quiere puedo hacerle una lubina fresca.

—¿Fresca de verdad?

—El lunes por la noche todavía estaba viva -dijo Ingram. Cogió unos pantalones de la parte trasera del jeep y se los lanzó a Galbraith-. Puede cambiarse en el puesto de los guardacostas.

—Gracias -dijo Galbraith, y, descalzo, fue hacia el edificio de piedra gris donde se guardaba la lancha salvavidas de Swanage.

Ingram vivía en un pequeño chalet de dos plantas que daba a las colinas que había sobre Seacombe Cliff; las dos habitaciones de la planta baja habían sido convertidas en una sola con una escalera abierta en el centro y una cocina americana. Era evidentemente la vivienda de un soltero, y Galbraith la examinó. Últimamente necesitaba que, de vez en cuando, le recordaran las ventajas de la paternidad.

—Le envidio -dijo al tiempo que se inclinaba para contemplar una réplica detallada del *Cutty Sark* dentro de una botella que había en la repisa de la chimenea-. ¿La ha hecho usted?

Ingram asintió.

—En mi casa no duraría ni media hora. Todos los objetos de valor que tenía desaparecieron poco después de que a mi hijo le regalaran su primera pelota de fútbol. — Chascó la lengua y añadió-. Dice que se va a hacer millonario jugando en el Manchester United.

—¿Cuántos años tiene? — preguntó Ingram mientras se dirigía a la cocina.

—Siete. Su hermana tiene cinco.

Ingram sacó la lubina de la nevera, y a continuación le pasó a Galbraith una cerveza y abrió otra para él.

—A mí me habría gustado tener hijos -comentó. Abrió el pescado, le quitó la espina dorsal y lo puso sobre la bandeja del grill. Sus movimientos,

pese a su envergadura, eran rápidos y precisos-. Pero nunca encontré una mujer dispuesta a quedarse conmigo lo suficiente para tenerlos.

Galbraith recordó que el lunes por la noche Steven Harding había dicho que a Ingram le gustaba la mujer del caballo, y se preguntó si aún no había encontrado a la mujer adecuada.

—A una persona como usted podría irle bien en cualquier sitio -observó el inspector mientras Ingram cogía unos cebollinos y unas hojas de albahaca y los picaba para luego echárselos por encima a la lubina-. ¿Qué lo retiene aquí?

—¿Aparte de las vistas y el aire puro?

—Sí.

Ingram lavó unas patatas, y las echó en un cazo.

—Pues eso -dijo el agente-. Las vistas, el aire puro, un barco, la pesca, la satisfacción.

—¿Y la ambición? ¿No le resulta frustrante esta vida? ¿No tiene la impresión de que pierde el tiempo?

—A veces sí. Pero entonces me acuerdo de cómo detestaba la competitividad de la vida moderna, y se me pasan todas las frustraciones. — Miró a Galbraith-. Antes de hacerme policía trabajé cinco años en una compañía de seguros, y aquello fue un verdadero infierno. No creía en el producto, pero la única forma de salir adelante era vender más y más, y eso me volvía loco. Un fin de semana me puse a pensar en lo que esperaba de la vida, y el lunes presenté la dimisión. — Llenó el cazo de agua y lo puso en el fuego.

El inspector se acordó de los diversos seguros que tenía contratados.

—¿Qué tienen de malo los seguros?

—Nada. — Ingram bebió un sorbo de cerveza y añadió-. Siempre que los necesites, siempre que comprendas las condiciones de la póliza, siempre que puedas permitirte pagar las primas, siempre que te hayas leído la letra pequeña... Los seguros son como cualquier otro producto. Hay que desconfiar de ellos.

—No me diga eso.

Ingram sonrió.

—Por si le sirve de consuelo, le diré que me habría sentido igual si me hubiera dedicado a vender lotería.

La agente Griffiths se había quedado dormida, con la ropa puesta, en la habitación de invitados, pero despertó sobresaltada cuando Hannah empezó a gritar en la habitación de al lado. Bajó de la cama con el corazón latiéndole violentamente, y tropezó con William Sumner, que salía sigilosamente de la habitación de la niña.

—¿Qué demonios hace? — preguntó la agente-. Le han prohibido entrar en la habitación de Hannah.

—Creía que estaba dormida. Sólo quería mirarla.

—Acordamos que no lo haría.

—Puede que lo acordara usted, pero yo no. No tiene ningún derecho a impedírmelo. Ésta es mi casa y Hannah es mi hija.

—Yo de usted no confiaría demasiado en eso -dijo la agente secamente. Iba a añadir: «Actualmente los derechos de Hannah tienen prioridad respecto a los suyos», pero Sumner no le dio ocasión.

La sujetó por los brazos y la miró con desprecio.

—¿Con quién ha hablado? — preguntó Sumner.

Ella no contestó; se limitó a zafarse levantando las manos. Sumner se alejó por el pasillo tambaleándose. Pero la agente tardó un rato en comprender lo que implicaba aquella pregunta.

Si Hannah no fuera hija de Sumner, lo entendería todo mejor, pensó.

Galbraith dejó el tenedor y el cuchillo a un lado del plato y suspiró de satisfacción. Estaban sentados en el patio del chalet, en mangas de camisa, junto a un retorcido ciruelo que despedía un fuerte olor a fruta madura. El farol que había encima de la mesa proyectaba un círculo de luz amarilla sobre la fachada de la casa y sobre el césped. En el horizonte, unas nubes plateadas flotaban por encima del mar como velos impulsados por el viento.

—Voy a tener problemas -dijo Galbraith-. Esto es demasiado perfecto.

Ingram apartó su plato y apoyó los codos en la mesa.

—Tienes que acostumbrarte a estar solo. De lo contrario, éste es el lugar más triste de la tierra.

—¿Usted lo ha conseguido?

Ingram, el más joven de los dos, esbozó una sonrisa y contestó:

—Me las arreglo bastante bien, siempre que la gente como usted no pase por aquí demasiado a menudo. Para mí la soledad es un estado mental, no una ambición.

Galbraith asintió y dijo:

—Sí, ya le entiendo. — Lo miró un momento y agregó-: Hábleme de la señorita Jenner. Harding nos dio a entender que había estado charlando animadamente con ella antes de que usted regresara. ¿La conoce mucho?

Pero no era fácil hacer hablar a Ingram de su vida privada.

—Más o menos como al resto de la gente de por aquí -respondió-. ¿Qué le ha parecido Harding, por cierto?

—No sé qué decirle. Asegura que no tiene nada que ver con Kate Sumner, y su interpretación resulta convincente, pero, como señaló mi jefe, la antipatía es un motivo como cualquier otro para violar y asesinar a una mujer. Dice que Kate Sumner lo acosaba manchándole el coche con excrementos, porque él la había rechazado. Podría ser cierto, pero ninguno de nosotros se lo cree del todo.

—¿Por qué no? Hace tres años hubo aquí un caso curioso: una mujer empotró el coche de su marido contra la puerta de la casa de su amante. Las mujeres se ponen furiosas cuando las dejan de lado.

—Sólo que él dice que nunca se había acostado con ella.

—Quizás ése fuera el problema.

—¿Cómo es que de pronto lo defiende?

—No lo defiende. Lo que intento es estar abierto a todas las posibilidades.

Galbraith chascó la lengua.

—Harding quiere hacernos creer que es un semental, supongo que basándose en que un hombre al que nunca le faltan mujeres no necesita violar a nadie, pero no puede o no quiere proporcionar los nombres de las mujeres con que se ha acostado. Ni él, ni nadie. — Se encogió de hombros-. Sin embargo, nadie pone en duda su fama de mujeriego. Todo el mundo está convencido de que recibe visitas femeninas en su barco, pese a que la policía científica no ha encontrado ninguna prueba que lo demuestre. Las sábanas de su cama están llenas de semen seco, pero sólo había dos pelos que no eran de Harding, y ninguno era de Kate Sumner. Conclusión: ese chico es un masturbador compulsivo. — Hizo una pausa para reflexionar-. El problema es que, por lo demás, ese maldito barco es de lo más monástico.

—No le sigo.

—No hay nada ni remotamente pornográfico -dijo Galbraith-. Los masturbadores compulsivos, sobre todo los que cometen violaciones, se hacen pajas mirando vídeos de porno duro porque lo único que les interesa

es su polla, y necesitan imágenes cada vez más escandalosas para correrse. Así que, ¿cómo hace nuestro amigo Harding para excitarse?

—¿Recuerdos? — sugirió Ingram irónicamente.

—Harding ha posado para revistas pornográficas, pero afirma que el único ejemplar que alguna vez ha guardado es el que le enseñó a William Sumner. — Hizo un breve resumen de las versiones de la historia de Harding y Sumner-. Dice que después tiró esa revista a la basura, y que las fotografías no le interesan una vez le han pagado.

—Yo apostaría a que lo tiró todo por la borda cuando pensó que quizá lo incluiríamos en la lista de personas que íbamos a interrogar. — Ingram caviló unos instantes y añadió:- ¿Le preguntó algo sobre lo que me contó Danny Spender? ¿Por qué se estaba frotando con el teléfono?

—Dijo que no era cierto, que se lo había inventado el chico.

—No me lo creo. Apuesto a que Danny lo decía en serio.

—Entonces, ¿por qué lo hacía?

—Quizá estuviera reviviendo la violación. O le excitó que hubieran encontrado a la víctima. Quizá fuera la señorita Jenner la que lo excitó.

—¿Usted qué cree?

—Que revivía la violación -contestó Ingram.

—Eso es una mera especulación, basada en la palabra de un niño de diez años y un policía. Ningún jurado le creería, Nick.

—En ese caso, hable mañana con la señorita Jenner. Pregúntele si vio algo antes de que llegara yo. — Empezó a recoger los platos sucios-. Pero le aconsejo que la trate con guantes de seda. No siente demasiada simpatía por los policías.

—¿Por los policías en general, o sólo por usted?

—Sólo por mí, supongo -admitió Ingram-. Me chivé a su padre de que el hombre con el que se había casado había emitido un par de cheques sin fondos, y cuando el viejo se lo comentó al marido, el muy desgraciado se largó con la pequeña fortuna que les había robado a la señorita Jenner y a su madre. Cuando introdujeron sus huellas dactilares en el ordenador, resultó que estaba buscado por toda la policía de Inglaterra, además de por las diversas esposas que había ido acumulando. Maggie Jenner era la cuarta, aunque como su marido no se había divorciado de la primera, el matrimonio no era válido.

—¿Cómo se llamaba?

—Robert Healey. Lo detuvieron hace un par de años en Manchester. Maggie lo conocía como Martin Grant, pero ante el tribunal él admitió haber utilizado otros veintidós alias.

—¿Y ella le culpa a usted de haberse casado con un estafador? — preguntó Galbraith, incrédulo.

—No, de eso no. Su padre llevaba años enfermo del corazón, y cuando se enteró de que estaban al borde de la ruina murió de un infarto. Supongo que ella piensa que si yo hubiera hablado con ella en lugar de con su padre, ella habría convencido a Healey de que le devolviera el dinero y su padre seguiría con vida.

—¿Y lo habría convencido?

—No lo creo. Healey era un experto en chanchullos, y dejarse persuadir no formaba parte de su técnica.

—¿Cómo lo hacía?

Ingram torció el gesto.

—Empleando su encanto personal. Maggie estaba loca por él.

—¿Qué pasa? ¿Es tonta?

—No, tonta no; demasiado ingenua. — Ingram ordenó sus pensamientos y prosiguió:— El era un profesional. Creó una empresa ficticia con cuentas ficticias y convenció a las dos mujeres para que invirtieran en ella; para ser exactos, convenció a Maggie Jenner para que convenciera a su madre. Era una operación muy sofisticada. Después yo vi los documentos, y no me sorprende que Maggie picara el anzuelo. La casa estaba abarrotada de folletos, cuentas auditadas, cheques de salario, listas de empleados, declaraciones de renta... Había que ser muy desconfiado para sospechar que alguien se estaba tomando tantas molestias para estafarte cien mil libras. El caso es que, dado que las acciones de la empresa estaban subiendo a un ritmo de un veinte por ciento anual, la señora Jenner cobró todos sus bonos y le extendió un cheque a su yerno.

—¿Y él lo cobró en efectivo?

—Así es. Pasó al menos por tres cuentas bancarias, y después desapareció. En total, Healey tardó un año en llevar a cabo la estafa (nueve meses camelándose a Maggie Jenner, y tres meses casado con ella). Pero las Jenner no fueron las únicas personas a las que Healey desplumó. Las utilizó a ellas para engatusar a otra gente, y muchos amigos suyos también se

pillaron los dedos. Es muy triste, pero desde entonces se han convertido en un par de ermitañas.

—¿De qué viven ahora?

—De lo poco que ganan con las caballerizas de Broxton House. Pero las cuadras cada vez están más abandonadas.

—¿Por qué no las venden?

Ingram apartó la silla, dispuesto a levantarse, y contestó:

—Porque no son suyas. El viejo Jenner cambió su testamento antes de morir, y le dejó la casa a su hijo, con la condición de que las dos mujeres pudieran seguir usándola mientras viviera la señora Jenner.

—Y después, ¿qué? El hermano no va a dejar a Maggie Jenner en la calle.

—Pues no me sorprendería -contestó Ingram-. Es abogado, y seguro que no piensa tener una inquilina permanente en la casa cuando venda la propiedad a una inmobiliaria.

El jueves por la mañana, antes de entrevistarse con Maggie Jenner, Galbraith habló un momento con Carpenter sobre el bote aparecido en la playa.

—He enviado a un par de agentes de la científica a examinarlo -le dijo-. No creo que encuentren nada. Ingram y yo lo estuvimos examinando para intentar averiguar por qué se había desinflado, pero la verdad es que está hecho trizas. De todos modos, vale la pena probarlo. Intentarán inflarlo de nuevo y llevarlo al agua, pero le recomiendo que no se haga muchas ilusiones, porque no creo que nos ayude a averiguar gran cosa.

Carpenter le entregó una carpeta y dijo:

—Esto le interesará.

—¿Qué es?

—Son las declaraciones de las personas que, según Sumner, podrían confirmar su coartada.

Galbraith detectó una nota de emoción en la voz de su superior.

—Y ¿la confirman?

—Más bien al contrario -respondió Carpenter-. Hay veinticuatro horas de las que no sabemos nada, entre el almuerzo del sábado y el almuerzo del domingo. Ahora estamos interrogando a todo el mundo (los empleados del hotel, otros delegados de la conferencia), pero ahí -dijo señalando los documentos- están los nombres que nos proporcionó el propio Sumner. —

Con un destello en los ojos, añadió:- Y si éstos no confirman su teoría, no creo que pueda hacerlo nadie más. Quizá tenga razón, John.

Galbraith asintió y dijo:

–Pero ¿cómo lo hizo?

–Antes navegaba; debe de conocer Chapman's Pool tan bien como Harding, y debe de saber que en la playa hay botes hinchables que cualquiera podría utilizar.

–Y ¿cómo llevó a Kate hasta allí?

–La llamó por teléfono el viernes por la noche, dijo que estaba muerto de aburrimiento y que pensaba regresar a casa antes de lo previsto; le propuso hacer algo diferente para variar, por ejemplo pasar la tarde en la playa de Studland, y quedó en recogerlas a ella y Hannah en la estación de Bournemouth o Poole.

Galbraith se tiró del lóbulo de la oreja y concedió:

–Podría ser.

Los niños de tres años viajan gratis en tren, y en la estación de Lymington había comprobado que el sábado se habían vendido muchos billetes individuales para Bournemouth y Poole. Con todo, si Kate Sumner compró uno de esos billetes, utilizó dinero en metálico, no una tarjeta de crédito. Ningún empleado del ferrocarril recordaba haber visto a una mujer rubia y menuda con una niña, pero, como ellos mismos observaron, el tráfico por la estación de Lymington un sábado en plena temporada de verano era tan continuo y tan denso, debido a la conexión con el ferry de la isla de Wight, que lo normal era que no se fijaran en nadie.

–La única pega es Hannah -prosiguió Carpenter-. Si la abandonó en Lilliput antes de volver en coche a Liverpool, ¿por qué pasó tanto tiempo hasta que alguien se fijó en ella? Debió de dejarla hacia las seis de la mañana, pero los Green no la encontraron hasta las diez y media.

Galbraith se acordó de los restos de benzodiacepina y paracetamol detectados en la sangre de la niña, y comentó:

–A lo mejor le dio de comer y beber y la cambió a las seis, y la dejó dormida en una caja de cartón en el portal de una tienda -dijo con aire meditabundo-. No olvidemos que Sumner es investigador farmacéutico, o sea que ha de saber cómo dejar fuera de combate durante unas horas a una niña de tres años. Yo diría que lleva años haciéndolo. Por cómo se comporta

la niña en su presencia, imagino que debe de haber sido un problema en la vida sexual de Sumner desde el día que nació.

Entretanto, Nick Ingram seguía buscando botes robados. Los pescadores que guardaban las barcas en Chapman's Pool no pudieron ayudarle.

—De hecho fue lo primero que comprobamos cuando nos enteramos de que esa mujer se había ahogado -dijo uno de ellos-. De haber habido algún problema, te lo habríamos dicho enseguida, pero no, no falta nada.

Lo mismo ocurrió en Swanage y en Kimmeridge Bay.

La última escala que hizo, en Lulworth Cove, parecía más prometedora.

—Qué curioso que me lo pregunte -dijo la voz al otro extremo de la línea-, porque precisamente nos falta un bote negro de tres metros.

—Podría ser ése. ¿Cuándo desapareció?

—Hace más de tres meses.

—¿De dónde?

—No se lo creará: de la playa. Un español, un gilipollas que tenía el barco anclado en la bahía, lleva a su familia a la playa para ir a comer a un pub, deja el motor fueraborda montado con la cuerda del arranque colgando, y luego me pone verde porque se lo han robado delante de sus narices. Según él, en España a nadie se le ocurriría robar un bote, por muy fácil que se lo pusieran; y luego me suelta un sermón sobre la agresión de los pescadores de Cornualles y me dice que seguramente ellos están detrás del robo del bote. Yo le dije que Cornualles está a más de cien millas de aquí, y que los pescadores españoles son más agresivos que los de Cornualles y además nunca obedecen las normas impuestas por la Comunidad Europea, pero aun así él dijo que me iba a denunciar ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos por no proteger a unos turistas españoles.

Ingram rió y preguntó:

—¿Cómo acabó la historia?

—No pasó nada. Llevé a aquel inútil y su familia a su superlancha de quince metros y no volvimos a saber de él. Seguro que cobró el doble del valor de su bote y acusó a los malvados ingleses de su desaparición. Nosotros hicimos averiguaciones, por supuesto, pero nadie había visto nada. Normal, ¿no le parece? Aquí viene mucha gente los días festivos, y pudo llevárselo cualquiera. Hay que ser imbécil para dejar un bote con el

motor puesto. Supusimos que lo habrían cogido unos gamberros para dar una vuelta, y que lo hundieron cuando se cansaron.

—¿Qué fiesta era?

—Las vacaciones escolares de finales de mayo. Esto estaba abarrotado.

—¿Dio el español una descripción del bote?

—¿Una descripción? Lo que hizo fue un auténtico manifiesto. Lo tenía todo preparado para la compañía de seguros. Yo sospeché que se lo había dejado robar para poder comprarse otro bote mejor.

—¿Podría enviarme los detalles por fax?

—Sí, claro.

—Lo que más me interesa es el motor.

—¿Por qué?

—Porque no creo que estuviera en el bote cuando se hundió. Con suerte, todavía lo tendrá el ladrón.

—¿Cree que el que robó ese bote es el asesino que buscan?

—Es probable.

—Entonces está usted de suerte. Tengo todo tipo de números de serie, gracias a nuestro amigo español, y uno de ellos es el del motor.



Capítulo 14

Informe de la policía de Falmouth, tras la entrevista con el Sr. y la Sra. Harding Asunto: Steven Harding

Los Harding viven en el número 18 de Hall Road, una modesta casa unifamiliar situada en la zona oeste de Falmouth. Vinieron a vivir a Cornualles en 1991, después de haber regentado una tienda de pescado frito en Lymington durante más de veinte años. Emplearon una parte considerable de su capital en matricular a su único hijo, Steven, en una escuela privada de teatro, pues el chico no había aprobado el bachillerato superior, y ahora se sienten heridos porque debido a ese gasto en este momento tienen dificultades económicas. Esto podría explicar, en parte, por qué su actitud hacia su hijo es crítica y hostil.

Describen a Steve como un «desengaño» y manifiestan una considerable hostilidad hacia él debido a su estilo de vida, que consideran inmoral. Achacan su comportamiento caprichoso («sólo le interesan el sexo,

las drogas y el rock and roll») y su escaso éxito («no sabe lo que es trabajar en serio») a la pereza y a la convicción de que «los demás están en deuda con él». El señor Harding, que está orgulloso de sus humildes orígenes, dice que Steven mira a sus padres por encima del hombro, y eso explica por qué Steven sólo ha ido a visitarlos una vez en seis años. La visita, en verano de 1995, no fue lo que se dice un éxito, y el señor Harding no dudó en manifestar sus opiniones sobre la arrogancia e ingratitud de su hijo. Utiliza palabras como «fantasma, drogadicto, parásito, obseso sexual, mentiroso, irresponsable» para describirlo, aunque es evidente que su hostilidad se debe en gran parte a su incapacidad para aceptar que Steven rechace los valores de la clase trabajadora, y no a un verdadero conocimiento del estilo de vida de su hijo, pues no ha tenido ningún contacto con él desde julio de 1995.

La señora Harding menciona a un compañero de clase de Steven, Anthony Bridges, y asegura que ha ejercido una pésima influencia sobre su hijo. Según ella, Anthony enseñó a robar a Steven y lo introdujo en el mundo de la droga y la pornografía cuando tenían doce años, y el fracaso de Steve proviene de un par de amonestaciones policiales que Anthony y él recibieron cuando eran adolescentes por embriaguez y alteración del orden público, vandalismo y robo de material pornográfico de un quiosco. Después de esos episodios, Steven se volvió rebelde, y resultaba imposible controlarlo. La madre describe a Steven como «un chico demasiado guapo», y dice que las chicas lo han perseguido desde que era muy pequeño. Dice que Anthony, en cambio, siempre estuvo eclipsado por su amigo, y que ella cree que por eso Anthony se divertía «metiendo a Steve en problemas». La señora Harding está muy resentida porque Anthony, pese a sus antecedentes, fue lo bastante inteligente para entrar en la universidad y encontrar un trabajo de maestro, mientras que Steve tuvo que depender económicamente de sus padres, y además nunca se lo agradeció.

Cuando el señor Harding le preguntó a Steven cómo había podido comprarse el barco *Crazy Daze*, Steven admitió que había conseguido el dinero posando para unas sesiones de pornografía. Eso ofendió tanto a sus padres que lo echaron de casa durante su visita de julio de 1995, y desde entonces no han vuelto a saber de él. No saben nada de sus actividades ni de sus amigos, y no pueden aportar ningún dato a los sucesos del 9-10 de

agosto de 1997. Sin embargo insisten en que, pese a todos sus defectos, no creen que Steven sea un joven violento ni agresivo.



Capítulo 15

El jueves por la mañana Maggie Jenner estaba rastrillando la paja de una de las cuadras cuando Nick Ingram y John Galbraith llegaron a Broxton House. Como hacía siempre que llegaban visitas, se escondió para que no la vieran, pues no quería que invadieran su intimidad; tenía que hacer un esfuerzo para participar en cualquier cosa que implicara relación con otras personas. Desde el patio de las cuadras veía Broxton House, un edificio cuadrado con tejado inclinado, paredes de ladrillo rojo y ventanas con postigos. Vio cómo los dos hombres admiraban la casa al bajar del coche antes de echar a andar hacia ella.

Con una sonrisa de resignación, Maggie sacó un montón de paja sucia con el rastrillo por la puerta de la cuadra para que los policías la vieran. Hacía un bochorno insoportable, pues llevaba tres semanas sin llover, y cuando salió a la luz del sol, a Maggie le corría el sudor por la cara. Se sintió incómoda, y lamentó no haberse puesto otra cosa aquella mañana. Tenía la camisa de cuadros de estopilla pegada al cuerpo como una media, y los vaqueros le irritaban la parte interna de los muslos. Ingram la vio casi inmediatamente, y comprobó, satisfecho, que por una vez se habían vuelto las tornas y era ella la que estaba acalorada e incómoda, y no él; aun así, la expresión de Ingram era, como siempre, indescifrable.

Maggie dejó el rastrillo y se secó las manos en los vaqueros, que ya estaban sucios, antes de apartarse el cabello de la sudada cara.

–Buenos días, Nick -dijo-. ¿En qué puedo ayudarte?

–Buenos días, señorita Jenner -dijo él con su clásica inclinación de la cabeza-. Le presento al inspector Galbraith, de la policía de Dorset. Si no le molesta, le gustaría hacerle unas preguntas sobre los sucesos del pasado domingo.

Maggie se miró las palmas de las manos y luego las metió en los bolsillos de los vaqueros.

–Perdone que no le dé la mano, pero las llevo muy sucias, inspector.

Galbraith sonrió, admitiendo la excusa, que en realidad era una muestra de aversión al contacto físico, y echó un vistazo al patio adoquinado. Había

una hilera de cuerdas en cada uno de los tres lados; estaban construidas con ladrillo rojo y tenían sólidas puertas de roble, y sólo media docena de ellas parecían ocupadas. El resto estaban vacías, con las puertas abiertas, el suelo sin paja, los cestos de heno vacíos; el inspector se dio cuenta de que aquél no era un negocio boyante. Al entrar habían visto un viejo letrero que rezaba BROXTON HOUSE. CABALLERIZAS, pero por todas partes había indicios de deterioro: en las paredes erosionadas por los elementos durante doscientos años, que empezaban a desmoronarse; en la resquebrajada pintura de las ventanas del cobertizo de los arreos y de la oficina, que nadie se había molestado en arreglar.

Maggie reparó en la curiosidad con que el policía observaba las instalaciones.

—Tiene razón -dijo leyéndole el pensamiento-. Esto se podría convertir en chalets para veraneantes.

—Pero sería una lástima.

—Sí.

Galbraith miró hacia un cercado donde un par de caballos pastaban en la hierba reseca.

—¿Son suyos también?

—No. Nosotras sólo alquilamos el cercado. Los propietarios tienen que vigilar a sus caballos, pero son unos irresponsables, la verdad, y muchas veces tengo que cuidar a esos animales, sin que eso esté incluido en el contrato. — Esbozó una sonrisa compungida—. No hay forma de hacerle entender a esa gente que el agua se evapora, y que hay que llenar el abrevadero cada día. A veces me pongo histérica.

—Un trabajo pesado, ¿no?

—Sí. — Maggie señaló la puerta que había al final de la hilera de cuerdas y dijo—: Subamos a mi piso. Les prepararé un café.

—Gracias.

Galbraith pensó que Maggie era una mujer atractiva, pese a lo desaliñada que iba y sus bruscos modales, y le intrigó la formalidad con que Ingram la trataba, que no podía deberse únicamente a la historia del marido bigamo. Era ella la que debería demostrar formalidad. Mientras los seguía por la escalera, dedujo que el agente debía de haber intentado abordarla en algún momento, y que debía de haber sufrido una derrota aplastante.

Maggie Jenner era una mujer de clase alta, aunque la casa donde vivía pareciera una pocilga.

El piso era la antítesis de la pulcra vivienda de Nick. Había desorden por todas partes, varios sacos de alubias amontonados frente al televisor, periódicos con crucigramas a medio hacer sobre butacas y mesas, una alfombra sucia encima del sofá, que olía a perro, y un montón de ropa sucia en el fregadero de la cocina.

—Disculpen el desorden -dijo Maggie-. Me he levantado a las cinco de la mañana, pero todavía no he tenido tiempo de hacer la limpieza. — Galbraith supuso que aquélla debía de ser la excusa que le soltaba a todo el que se atreviera a criticar su estilo de vida.

Ella abrió el grifo y, apartando la ropa sucia, llenó el cazo de agua.

—¿Cómo les gusta el café? — preguntó.

—Para mí, con leche y dos azucarillos -contestó Galbraith.

—Yo lo prefiero negro, por favor. Y sin azúcar -dijo Ingram.

—¿Le va bien un poco de leche en polvo? — preguntó Maggie al inspector señalando un envase de cartón-. La leche se ha terminado. — Lavó un par de tazas sucias y añadió:- ¿Por qué no se sientan? Si dejan la manta de *Bertie* en el suelo, uno de ustedes puede sentarse en el sofá.

—Creo que lo dice por usted -murmuró Ingram mientras salían al salón-. Los inspectores tienen sus privilegios. Es el mejor asiento que hay.

—¿Quién es *Bertie*? — preguntó Galbraith en voz baja.

—El sabueso de los Baskerville. Su ocupación favorita es meterle el morro en la entrepierna a la gente y dejársela llena de babas. He comprobado que las manchas tardan al menos tres lavados en marcharse, así que le recomiendo que cuando se siente mantenga las piernas cruzadas.

—Supongo que bromea -dijo Galbraith. Ya había estropeado unos pantalones la noche anterior, mojándoselos en el mar-. ¿Dónde está?

—Debe de estar de parranda. Su segunda ocupación favorita es mantener satisfechas a las perras de la zona.

El inspector se sentó con cautela en la única butaca que había en el salón, y preguntó:

—¿Tiene pulgas?

Ingram sonrió y murmuró:

—¿Se cagan los ratones en el azúcar?

—¡Mierda!

Ingram fue hacia una ventana y se sentó en el borde del alféizar.

—Pues ya puede alegrarse de que no fuera su madre la que salió a cabalgar el domingo pasado -dijo en voz baja-. Esta cocina es estéril comparada con la suya. — Había descubierto la hospitalidad de la señora Jenner cuatro años atrás, el día después de la desaparición de Healey, y había jurado no repetir la experiencia. La señora Jenner le había servido el café en una taza resquebrajada y con unas espantosas manchas de té, y mientras se lo bebía, Ingram no paraba de sentir náuseas. Nunca había entendido las peculiares costumbres de la aristocracia terrateniente venida a menos, que por lo visto creía que la porcelana fina era más valiosa que la higiene.

Esperaron en silencio mientras Maggie estaba ocupada en la cocina. La atmósfera estaba impregnada de olor a estiércol, procedente de un montón de paja que había en el patio, y dentro del piso el calor era insoportable, pues el tejado no tenía ningún tipo de aislamiento. Pasados unos minutos, los policías empezaron a secarse el sudor de la frente con sus pañuelos, y la escasa ventaja que Ingram creía haberle tomado a Maggie se desvaneció rápidamente. Poco después ella apareció con las tazas de café en una bandeja; cuando los policías se hubieron servido, ella se sentó en la manta de *Bertie*, que seguía en el sofá.

—Veamos, ¿qué puedo contarle que no le haya contado ya a Nick? — le preguntó a Galbraith -. Ya sé que se trata de una instrucción de asesinato, porque he leído los periódicos, pero no sé en qué puedo ayudarles, dado que no vi el cadáver.

Galbraith sacó unas notas.

—De hecho es algo más que una investigación de asesinato, señorita Jenner. Kate Sumner fue violada antes de ser arrojada al mar, así que el hombre que la mató es sumamente peligroso, y tenemos que atraparlo antes de que cometa otro crimen. — Hizo una pausa para que ella asimilara aquella información-. Créame, le agradeceremos mucho cualquier información que pueda proporcionarnos.

—Pero yo no sé nada.

—Usted habló con un hombre llamado Steven Harding -le recordó el inspector.

—¡Vaya por Dios! No estará insinuando que ha sido él, ¿verdad? — Miró a Ingram con expresión ceñuda y dijo:- Veo que la has tomado con ese

chico, ¿eh, Nick? Él sólo intentaba ayudar. Podrías acusar a cualquiera de los otros hombres que había aquel día en Chapman's Pool.

Ingram no se inmutó ni por el ceño ni por la recriminación.

—Sí, tiene razón.

—Entonces, ¿por qué sólo te metes con Steve?

—No se trata de eso, señorita Jenner -replicó Ingram-. Estamos intentando descartarlo de la investigación. Ni el inspector ni yo queremos perder el tiempo investigando a personas inocentes.

—El domingo pasado perdiste mucho tiempo haciendo precisamente eso -replicó ella, mordaz, dolida por la deprimente insistencia de él en tratarla con aquel exceso de formalidad.

Ingram sonrió, pero no dijo nada.

Maggie se volvió hacia Galbraith y dijo:

—Haré todo lo que pueda, aunque dudo que pueda contarle gran cosa.

¿Qué quiere saber?

—Me interesaría que empezara describiendo su encuentro con ese joven. Tengo entendido que usted bajaba a caballo por el sendero, hacia los cobertizos de las barcas, y que se cruzó con él y los niños junto al coche del agente Ingram. ¿Era la primera vez que lo veía?

—Sí, pero en ese momento yo no iba montada en *Jasper*. Lo llevaba cogido de las riendas, porque el helicóptero lo había asustado.

—De acuerdo. ¿Qué hacían Steven Harding y los niños cuando usted los vio?

Maggie se encogió de hombros.

—Estaban mirando con los prismáticos a una chica que iba en un barco. Al menos, Steve y el mayor de los hermanos. Creo que el pequeño se aburría. Entonces *Bertie* se puso nervioso...

Galbraith la interrumpió:

—Ha dicho que estaban mirando con los prismáticos. ¿Cómo lo hacían exactamente? ¿Se los turnaban?

—Perdone. Era Paul el que miraba. Steve sólo se los sujetaba. — Maggie vio cómo el policía arqueaba las cejas, y explicó-: Así. — Formó un círculo con los brazos-. Steve estaba de pie detrás de Paul, con los brazos a su alrededor, y sujetaba los prismáticos para que Paul mirase. El niño lo encontraba divertido y se reía. Creo que Steve quería ayudar al chico a

olvidar aquel cadáver. – Hizo una pausa y añadió -: De hecho, creí que era su padre, pero después me di cuenta de que era demasiado joven.

–Uno de los niños dijo que Harding se estaba frotando la entrepierna con el teléfono móvil antes de que llegara usted. ¿Le vio hacerlo?

Ella negó con la cabeza y dijo:

–Lo llevaba atado al cinturón.

–¿Qué pasó después?

–*Bertie* se puso nervioso, así que Steve lo cogió por el collar y luego me propuso que animáramos a los niños a acariciar a *Bertie* ya *Jasper* para que se tranquilizaran. Dijo que él estaba acostumbrado a los animales porque se había criado en una granja de Cornualles. – Frunció el entrecejo-. ¿Qué importancia tiene todo esto? Lo único que intentaba era ser simpático.

–¿De qué modo, señorita Jenner?

Maggie miró al inspector, preguntándose adónde quería llegar con aquellas preguntas.

–No estaba molestándome, si a eso se refiere.

–¿Por qué iba a pensar yo que estaba molestando?

Con gesto irritado, ella respondió:

–Porque si hubiera estado molestándome, usted lo tendría más fácil.

–¿En qué sentido?

–Usted quiere demostrar que él es el violador, ¿no? Igual que Nick.

Galbraith la miró impertérito.

–Violar a una mujer es más grave que hacerse pesado. A Kate Sumner la drogaron, tenía golpes en la espalda, señales de estrangulamiento en el cuello, quemaduras en las muñecas, los dedos rotos y heridas en la vagina. Todo eso le hicieron antes de arrojarla al mar, cuando todavía estaba con vida, y el que lo hizo sabía que Kate no nadaba muy bien y que, por lo tanto, no lograría salvarse, eso suponiendo que se sobrepusiera a los efectos de los sedantes. Además, cuando murió estaba embarazada, lo cual significa que también mataron a su hijo. – Esbozó una sonrisa y agregó -: Comprendo que usted está muy ocupada y que la muerte de una desconocida no es un asunto prioritario en su vida, pero el agente Ingram y yo nos lo tomamos más en serio, seguramente porque ambos vimos el cadáver de Kate y nos impresionó mucho.

Maggie se miró las manos.

–Lo siento -dijo.

—No vamos por ahí formulando preguntas porque sí -añadió Galbraith con serenidad-. Es más, a nosotros los casos como éste nos causan una gran tensión, aunque la gente raramente se da cuenta de ello.

Maggie levantó la cabeza y dijo:

—Entiendo. Pero tengo la impresión de que se están centrando en Steven Harding sólo porque él se encontraba allí, y eso no me parece razonable.

Galbraith intercambió una mirada con Ingram y dijo:

—Tenemos otras razones para estar interesados en él, pero la única que puedo explicarle, de momento, es que Steven Harding conocía a la víctima desde hacía tiempo. Eso habría sido motivo suficiente para interrogarlo, aunque no hubiera estado en Chapman's Pool el domingo.

Maggie pareció sorprendida.

—No dijo que la conocía.

—¿Por qué iba a decirlo? A nosotros nos dijo que no había visto el cadáver.

Dirigiéndose a Ingram, Maggie dijo:

—No podía verlo, ¿no, Nick? Dijo que había llegado paseando desde el cabo St Alban.

—Desde el sendero costero hay una buena panorámica de Egmont Bight -le recordó Ingram -. Si llevaba prismáticos pudo haberla visto desde allí.

—Pero no los llevaba -protestó ella-. Lo único que llevaba era un teléfono. Tú mismo te fijaste en ese detalle.

Galbraith vaciló sobre cómo plantear la siguiente pregunta, y finalmente decidió un enfoque directo. Aquella mujer debía de tener al menos un par de sementales en sus cuabras, de modo que no era probable que se desmayara si alguien mencionaba un pene.

—Nick dice que Harding tenía una erección cuando él llegó a la playa. ¿Puede confirmarlo?

—O eso, o está increíblemente bien dotado -admitió Maggie.

—¿Cree que usted pudo haber sido la causa de aquella erección?

Maggie no contestó.

—¿Qué le parece? — insistió el inspector.

—No tengo ni idea -respondió ella-. En aquel momento pensé que lo había excitado la chica que iba en el barco. Si se pasea usted por la playa de Studland cualquier día soleado verá a un centenar de jóvenes cachondos de

entre dieciocho y veinticuatro años escondidos en el agua porque sus penes reaccionan espontáneamente. Eso no es ningún crimen.

Galbraith sacudió la cabeza y dijo:

—Usted es una mujer atractiva, señorita Jenner, y él estaba cerca de usted. ¿Lo incitó usted de algún modo?

—No.

—Esto es importante.

—¿Por qué? Sólo sé que ese pobre chico no se controlaba del todo. — Suspiró—. Mire, lamento lo de esa mujer. Pero si Steve tuvo algo que ver con su muerte, a mí no me dio ningún indicio de ello. Por lo que a mí respecta, era un joven que había salido a dar un paseo e hizo una llamada para ayudar a un par de niños.

Galbraith puso el dedo índice sobre una hoja de su bloc de notas.

—Le voy a citar a Danny Spender. Dígame si lo que el niño dijo es cierto. «Estaba ligando con la señora del caballo, pero creo que a ella no le hacía ninguna gracia.» ¿Refleja eso la situación?

—En absoluto -contestó Maggie con enojo, como si la idea de que alguien intentara ligar con ella le repugnara-, aunque entiendo que los niños lo interpretaran así. Yo comenté que Steve era muy valiente por atreverse a sujetar a *Bertie* por el collar, y él creyó que riendo a carcajadas y dando palmadas a *Jasper* en la grupa impresionaría a los niños. Al final tuve que llevarme a los animales a la sombra para apartarlos de él. *Jasper* es un caballo inofensivo, pero no le gusta que le golpeen el trasero cada dos minutos, y yo no quería que de pronto le soltase una coz.

—Entonces, ¿tenía Danny razón cuando dijo que a usted Steve no le cayó simpático?

—No veo qué importancia puede tener eso -repuso ella, un tanto incómoda-. Es muy subjetivo. Yo no soy una persona muy sociable, y hay mucha gente que me resulta antipática.

—¿Qué fue lo que no le gustó de él? — insistió el inspector, imperturbable.

—¡Por el amor de Dios, esto es ridículo! Nada. Él estuvo correctísimo desde el principio hasta el final. — Miró de soslayo a Ingram y añadió:- Casi ridículamente correcto, me atrevería a decir.

—Entonces, ¿por qué no le cayó simpático?

Maggie aspiró con fuerza por la nariz, sin saber si debía contestar o no.

—Era un sobón, ¿vale? —reconoció-. ¿Es eso lo que quería saber? No soporto a los hombres que no saben tener las manos quietas, inspector, pero eso no los convierte en violadores ni en asesinos. Son sobones, simplemente. —Volvió a respirar hondo-. Y ya que hablamos del tema, y para que vea usted lo poco que puede confiar en mi juicio sobre los hombres, le diré que no me fío de los hombres en general. Si quiere saber por qué, pregúnteselo a Nick. —Sonrió mientras Galbraith bajaba la mirada-. Veo que ya se lo ha contado. De todos modos... si quiere conocer los detalles más escabrosos de mi relación con el bigamo de mi marido, puede solicitármelos por escrito, y veré lo que puedo hacer por usted.

El inspector se acordó de la similar advertencia que le había hecho Sandy Griffiths respecto a su juicio sobre Sumner, e ignoró el berrinche.

—¿Está insinuando que Harding la tocó, señorita Jenner?

Maggie le lanzó una mirada fulminante y dijo:

—Por supuesto que no. No le di ocasión.

—Pero tocó a sus animales. ¿Fue eso lo que la molestó?

—No -respondió ella con enojo-. Era a los niños a los que no sacaba las manos de encima. Era todo muy masculino y campechano, ya sabe, puñetazos en el hombro y palmadas... Fue eso lo que me hizo pensar que Steven era su padre. Al pequeño no le hacía ninguna gracia, y constantemente esquivaba a Harding, pero al mayor le encantaba. —Esbozó una sonrisa un tanto cínica-. Era la clásica emoción superficial que sólo se ve en las películas de Hollywood, así que cuando Harding le dijo a Nick que era actor, no me sorprendí.

Galbraith miró inquisidoramente a Ingram.

—Sí, creo que es una descripción acertada -admitió el agente-. Harding se mostraba cariñoso con Paul.

—¿Cómo de cariñoso?

—Muy cariñoso -dijo Ingram-. Y la señorita Jenner tiene razón. Danny lo esquivaba todo el rato.

«¿Corruptor de menores?», escribió Galbraith en su bloc de notas.

—¿Vio a Steve dejar una mochila en la colina antes de bajar con los niños hasta el coche de Nick? —preguntó luego.

Ella lo miró con gesto de extrañeza.

—Cuando lo vi ya estaba junto a los cobertizos de las barcas -replicó.

—¿Le vio recuperarla cuando Nick se llevó a los niños?

—No le vi hacer nada porque no le estaba mirando. — Frunció el entrecejo y añadió: Oiga, ¿no cree que se está precipitando otra vez? Cuando dije que estaba tocando a los niños no quería decir... bien, no hacía nada inadecuado, sino sólo... no sé, exagerado, diría yo.

—De acuerdo.

—Lo que intento decirle es que no creo que sea un pedófilo.

—¿Conoce usted a algún pedófilo, señorita Jenner?

—No.

—Pues no tienen dos cabezas ni nada de eso. Sin embargo, entiendo lo que quiere decir. — Cogió la taza de café que todavía no había tocado y bebió un sorbo; después sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó a Maggie-. Aquí tiene mi número de teléfono -dijo al tiempo que se levantaba de la butaca-. Por favor, llámeme si se le ocurre algo que considere importante. Gracias por su ayuda.

Ella asintió y miró a Ingram, que en ese momento se apartaba de la ventana.

—No te has bebido el café -le dijo con una mirada maliciosa-. Quizá lo habrías preferido con azúcar. Las cacas de ratón siempre se van al fondo.

Ingram sonrió y dijo:

—Pero los pelos de perro no, señorita Jenner. — Se puso la gorra y enderezó la visera-. Salude a su madre de mi parte.

Los documentos y los objetos personales de Kate Sumner ocupaban varias cajas que los investigadores llevaban tres días examinando minuciosamente, intentando hacerse una idea de cómo era la vida de aquella mujer. No encontraron nada que la relacionara con Steven Harding, ni con ningún otro hombre.

Hablaron con todas las personas que aparecían en su agenda de teléfonos, sin éxito. Todas ellas resultaron personas a las que Kate había conocido después de trasladarse a la costa sur, y coincidían con una lista de felicitaciones de Navidad que había en el último cajón del escritorio del salón. Encontraron un cuaderno en uno de los armarios de la cocina, con la inscripción «Diario», pero que resultó ser, lamentablemente, un minucioso registro de lo que Kate gastaba en comida y otros gastos domésticos, y que coincidía, con un escaso margen, con la asignación que William le pasaba a su esposa.

El correo de Kate consistía casi únicamente en cartas de negocios, generalmente referentes a trabajos hechos en la casa, aunque había algunas cartas de amigos suyos de Lymington, de su suegra y una, fechada en julio, de Polly Garrard de Pharmatec UK.

Querida Kate:

Hace siglos que no hablamos, y cada vez que te llamo, o comunicas o no estás en casa. Llámame cuando puedas. Estoy impaciente por saber cómo os va a Hannah y a ti en Lymington. Preguntárselo a William es perder el tiempo; él dice «Bien», y no hay forma de sacarle una palabra más.

Me encantaría ver la casa y las reformas que has hecho en ella. ¿Qué te parece si me tomo un día libre para ir a verte mientras William esté trabajando? Así tu marido no podrá quejarse de que cotilleamos. ¿Te acuerdas de Wendy Plater? Hace un par de semanas se emborrachó durante el almuerzo y le dijo a Purdy que era un gilipollas reprimido porque cuando ella llegó, tarde y tambaleándose, él le dijo que le iba a descontar el dinero de la paga. ¡Qué risa, por Dios! Purdy la habría despedido allí mismo, de no ser porque el bueno de Trew intercedió por ella. Wendy tuvo que disculparse, pero no se arrepiente de nada. Dice que era la primera vez que veía a Purdy ponerse lívido de ira.

Pensé en ti inmediatamente, claro, y por eso te estuve llamando por teléfono. Llámame, por favor. Hace siglos que no hablamos, y me acuerdo mucho de ti.

Besos,

Polly Garrard.

Había un borrador de respuesta de Kate enganchado a la carta con un clip.

Querida Polly:

Hannah y yo estamos bien, y claro que tienes que venir a vernos. Ahora estoy un poco ocupada, pero te llamaré en cuanto pueda. La casa ha quedado estupenda. Seguro que te encantará.

Me juraste... ¡La historia sobre Wendy Plater me ha encantado!

Espero que todo te vaya bien.

Hasta pronto.

Besos,

Kate

Los padres de los hermanos Spender se mostraron preocupados cuando Ingram les preguntó

si el inspector Galbraith podía hablar con Paul a solas. – ¿Qué ha hecho mi hijo? – preguntó el padre. Ingram se quitó la gorra y se mesó el oscuro cabello. – Que yo sepa, nada -contestó-. Son sólo preguntas de rutina.

–Entonces, ¿por qué quieren hablar con él a solas?

Ingram le sostuvo la mirada y contestó:

–Porque la víctima apareció desnuda, señor Spender, y a Paul le da vergüenza hablar de ello delante de sus padres.

El padre soltó una risita y dijo:

–Debe de considerarnos unos mojigatos irrecuperables.

Ingram sonrió y dijo:

–Como todos los hijos. – Señaló el camino que había delante del chalet alquilado-. Seguramente se sentirá más cómodo si habla con nosotros fuera.

A la hora de la verdad, Paul se expresó con sorprendente franqueza sobre la «simpatía» de Steven Harding.

–Creo que Maggie le gustaba y que intentaba impresionarla demostrándole lo bien que se llevaba con los niños -dijo a los policías-. Mi tío hace lo mismo. Cuando viene a casa solo ni siquiera nos dirige la palabra, pero si trae a alguna de sus novias nos abraza y nos cuenta chistes. Lo hace para que ellas piensen que será un buen padre. Galbraith chascó la lengua y dijo:

–¿Era eso lo que hacía Steve?

–Supongo. Se puso mucho más simpático cuando apareció ella.

–¿Le viste jugar con su teléfono móvil?

–¿Jugar como dice Danny?

Galbraith asintió.

–Yo evité mirarle, pero Danny está seguro de que sí, y no creo que se equivoque, porque mi hermano no le sacaba los ojos de encima.

–Y ¿por qué crees que lo hacía?

–Porque se olvidó de que nosotros estábamos allí -contestó el niño.

–¿Cómo lo hacía exactamente?

Paul empezó a mostrarse abochornado.

–Bueno, no sé -dijo-, creo que lo hacía sin darse cuenta... A veces mi padre también hace cosas sin darse cuenta, como lamer el cuchillo en el restaurante. Mi madre se pone furiosa.

—Eres un chico muy listo. Es lo mismo que habría pensado yo. — Se acarició la mejilla, reflexionando sobre el problema, y prosiguió: Sin embargo, frotarse la entrepierna con un teléfono no es lo mismo que lamer el cuchillo. ¿No te dio la impresión de que lo hacía para exhibirse?

—Estaba mirando a una chica con los prismáticos -dijo Paul-. A lo mejor quería exhibirse ante ella.

—Es posible. — Galbraith fingió reflexionar sobre aquella posibilidad-. ¿No crees que es más probable que se estuviera exhibiendo ante Danny y ante ti?

—Bueno... Hablaba todo el rato de mujeres a las que había visto desnudas, pero a mí me pareció que la mitad era mentira... Creo que lo que pretendía era que nos sintiéramos mejor.

—¿Opina Danny lo mismo que tú?

El niño sacudió la cabeza y respondió:

—No, pero eso no significa nada. Steve no le cae bien, porque cree que le robó la camiseta.

—¿Es eso cierto?

—No lo creo. Sólo es una excusa porque la perdió, y mamá le regañó. Lleva la inscripción DERBY F.C., y vale una fortuna.

—¿Llevaba Danny esa camiseta el domingo?

—Dice que fue con lo que envolvió los prismáticos, pero yo no me acuerdo.

—Está bien. Dime, ¿qué piensa Danny de Steve?

—Cree que es un pedófilo -contestó Paul con naturalidad.

Sandra Griffiths silbaba una melodía mientras se preparaba una taza de café en la cocina de Langton Cottage. Hannah estaba sentada, hipnotizada, delante del televisor del salón, y Sandy bendijo al genio que había inventado aquella niñera electrónica. Se volvió hacia la nevera para coger leche y vio a William Sumner.

—¿La he asustado? — preguntó él al ver que ella daba un respingo.

Ya sabe que sí, imbécil, pensó, pero compuso una sonrisa para disimular el hecho de que William empezaba a ponerle los pelos de punta.

—Sí -admitió-. No le oí entrar.

—Eso mismo solía decir Kate. Y a veces se ponía furiosa.

No me extraña, pensó Sandy. Empezaba a considerar a Sumner un voyeur, un hombre que se ponía caliente espiando a las mujeres. Ya había

dejado de contar las veces que lo había visto atisbando desde el marco de una puerta, como si fuera un intruso en su propia casa. Marcó la distancia entre los dos llevando la tetera a la mesa de la cocina y apartando una silla. Hubo un largo silencio durante el cual William Sumner no dejó de golpear la pata de la mesa con la punta del zapato.

–Usted me tiene miedo, ¿verdad? – preguntó él de pronto.

–¿Por qué lo dice? – preguntó ella mientras sujetaba la mesa para impedir que se moviera con las pataditas que Sumner le estaba dando.

–Anoche estaba asustada. – Parecía satisfecho, como si aquella idea lo excitara, y a ella le pareció que él necesitaba sentirse superior.

–No se haga ilusiones -le espetó mientras encendía un cigarrillo y le exhalaba el humo a la cara deliberadamente-. Créame, si hubiera estado asustada, le hubiera capado. Primero capar, y después preguntar. Ése es mi lema.

–No me gusta que fume ni que diga palabrotas en esta casa -dijo él dando otra patada a la pata de la mesa.

–Pues presente una queja. Me asignarán otro caso, y se acabó. – Le sostuvo la mirada y agregó:- Y eso a usted no le gustaría, ¿verdad? Está acostumbrado a tener una esclava en la casa.

A Sumner se le humedecieron los ojos.

–Usted no entiende cómo me siento. Antes todo marchaba bien. Y ahora... bueno, ni siquiera sé qué tengo que hacer.

La actuación de Sumner resultó de aficionado, por no decir diabólica, y Griffiths estaba indignada. ¿Qué se creía? ¿Que le atraían los hombres indefensos?

–Pues debería sentir vergüenza -le soltó-. Según la enfermera de la Seguridad Social, ni siquiera sabía usted dónde estaba el aspirador, y mucho menos cómo funciona. Vino a enseñarle las nociones básicas de la paternidad y del cuidado del hogar porque nadie va a permitir que una niña de tres años se quede al cuidado de un hombre que muestra tanta indiferencia por el bienestar de su hija.

Sumner se puso a dar vueltas por la cocina, abriendo y cerrando armarios como si quisiera demostrar que estaba familiarizado con su contenido.

–Yo no tengo la culpa -dijo-. Eso era lo que le gustaba a Kate, y no me dejaba meterme en el funcionamiento de la casa.

—¿Está seguro de que no era lo contrario? — Tiró la ceniza del cigarrillo en el platillo-. Cuando se casó con Kate, usted no quería una esposa. Quería un ama de casa que tuviera la casa impoluta y que llevara las cuentas de lo que se gastaba.

—Se equivoca.

—¿De veras?

—Era como si yo viviera en una casa de huéspedes barata -repuso él con amargura-. Yo no me casé con una esposa ni con un ama de casa, sino con una casera que me permitía vivir aquí siempre que pagara el alquiler puntualmente.

El jueves por la tarde el yate francés *Mirage* ascendió por el río Dart y amarró en el puerto deportivo Dart Haven, en el estuario de Kingswear, frente a la encantadora población de Dartmouth y junto a la línea del ferrocarril de vapor de Paington. Poco después de amarrar, sonó un silbato y el tren de las tres en punto salió de la estación envuelto en una nube de vapor, despertando en el propietario del Beneteau una romántica nostalgia de tiempos pasados.

Su hija, en cambio, estaba desmoralizada; no entendía por qué habían amarrado en la orilla del río donde no había nada más que la estación, cuando todas las atracciones -tiendas, restaurantes, pubs, gente, vida, ¡hombres!— estaba en la otra orilla, en Dartmouth. Miró con desdén a su padre, que en ese momento sacaba la cámara de vídeo y buscaba en la bolsa una cinta virgen para grabar las locomotoras de vapor. Su padre, pensó, era como un niño pequeño que se entusiasmaba con los tesoros de la Inglaterra rural, cuando lo verdaderamente interesante era Londres. Ella no tenía ningún amigo que no hubiera estado allí, y eso la mortificaba. ¡Pero qué deprimentes eran sus padres, por Dios!

Su padre le preguntó dónde estaban las cintas vírgenes, y ella tuvo que admitir que no quedaba ninguna. La chica las había gastado todas grabando tonterías para distraerse, y él, que era de esos padres tolerantes a los que no les gusta pelearse, pasó las cintas para seleccionar la menos interesante para volverla a utilizar.

Cuando le llegó el turno a la cinta en que aparecía un joven bajando por el precipicio de Chapman's Pool hacia dos niños, y después el mismo joven sentado en la orilla más allá de los cobertizos de la playa, el padre miró a su hija con expresión ceñuda. La chica tenía catorce años, y él se dio cuenta de

que no sabía si su hija todavía era inocente al respecto o si sabía exactamente lo que había estado grabando. Le describió al joven y le preguntó por qué había empleado tanta cinta para grabarlo. Ella se ruborizó y respondió que por ningún motivo concreto. El joven estaba allí y era guapo, dijo con tono desafiante. Además, ella lo conocía, porque se habían visto en Lymington y habían estado charlando. Y a él le gustaba. Ella entendía de esas cosas.

Su padre se quedó anonadado.

Ella se encogió de hombros. ¿Qué problema había? ¿Que era inglés? Sólo era un joven guapo al que le gustaban las francesas, dijo.

Bibi Gould salió tranquilamente de la peluquería de Lymington donde trabajaba, pero se le demudó la cara al ver a Tony Bridges en la acera contemplando a una joven madre que cogía en brazos a su hijito. Últimamente su relación con Tony había pasado de ser un placer a ser un tormento, y por un instante Bibi estuvo a punto de volver a entrar en la peluquería, pero se dio cuenta de que Tony ya la había visto. Compuso una sonrisa forzada.

—Hola -dijo la chica con fingida alegría.

Él le lanzó una de sus inquietantes miradas, fijándose en los minúsculos pantalones cortos y en el minúsculo top que apenas le cubrían los bronceados brazos, piernas y vientre.

—¿Con quién has quedado? — le preguntó, incapaz de disimular su enojo.

—Con nadie -contestó ella.

—Pues, ¿qué te pasa? ¿Por qué te fastidia tanto verme?

—No me fastidia. — Bibi bajó la cabeza para taparse los ojos con el cabello, lo cual él no soportaba-. Estoy cansada, nada más. Me iba a casa a ver la televisión.

Él la sujetó por la muñaca.

—Steve se ha largado. ¿Es con él con quien has quedado?

—No seas estúpido.

—¿Dónde está?

—¿Cómo quieres que lo sepa? — dijo ella forcejeando para soltarse-. Es tu amigo, ¿no?

—¿Ha ido a la caravana? ¿Habéis quedado allí?

Bibi consiguió soltarse.

–Mira, tú tienes algún problema con él. Deberías hablar con alguien sobre eso, en lugar de echarme toda la culpa. Y para que lo sepas, no todo el mundo corre a esconderse en la asquerosa caravana de papá y mamá cada vez que algo sale mal. Es una pocilga, igual que tu casa. ¿Quién va a querer follar en una pocilga? – Se frotó la dolorida muñeca y miró a Tony con el entrecejo fruncido-. Steve no tiene la culpa de que a ti no se te levante de lo ciego que te pones por las noches, así que déjalo en paz.

Tony la miró con desprecio y dijo:

–¿Y el sábado? No fui yo el que se desmayó el sábado. Estoy harto de que me tomen el pelo, Beebs.

Bibi estuvo a punto de decirle que acostarse con él se había vuelto aburridísimo, pero se lo pensó mejor.

–Mira, yo no tengo la culpa -murmuró, lacónica-. Eso te pasa por comprarles *éxtasis* chungos a tus amigos. Cualquier día vas a tener un disgusto.



Capítulo 16

FAX

De: agente Nicholas Ingram Para: inspector John Galbraith Fecha: 14 de agosto -19:05 h. Ref.: investigación sobre el asesinato de Kate Sumner

He estado pensando en el tema de referencia, sobre todo en el informe del forense y en el bote aparecido en la playa, y como mañana es mi día libre, le envió mis comentarios. Hay que reconocer que se basan únicamente en la presunción de que el bote aparecido en la playa tiene alguna relación con el asesinato de Kate, pero apuntan a un nuevo enfoque que creo debería ser tomado en consideración. Esta mañana ya comenté que: 1) cabe la posibilidad de que robaran ese bote de Lulworth Cove a finales de mayo, en cuyo caso el ladrón y el asesino de Kate podrían ser la misma persona; 2) que si mi teoría sobre el «remolcamiento» es correcta, es muy posible que el ladrón desmontara el motor fueraborda (marca: Fastrigger, número de serie 240B 5006678) y lo guardara en algún sitio; 3) debería usted consultar de nuevo el cuaderno de bitácora de Steven Harding para averiguar si estuvo en Lulworth Cove el jueves 29 de mayo; 4) comprobar si llevaba un segundo bote a bordo del *Crazy Daze* que pudiera inflarse con una pequeña mancha, lo cual resolvería algunas dudas; 5) seguramente tiene algún local en algún sitio que usted todavía no ha descubierto y donde podría estar escondido el motor fueraborda robado.

He analizado los problemas logísticos de cómo pudo sacarse el bote de Lulworth Cove a la luz del día y he comprobado que a Harding, o a cualquier otra persona, no le habría resultado fácil.

Es importante tener en cuenta que el *Crazy Daze* debió de anclar en medio de la bahía de Lulworth y que Harding sólo pudo haber desembarcado en su propio bote. Si el bote lo hubieran robado unos gamberros para dar una vuelta, nadie se habría fijado en ellos (cualquiera habría dado por hecho que el bote era suyo), pero un hombre solo manejando dos botes habría llamado la atención, sobre todo porque la única forma en que pudo sacarlos de Lulworth Cove es remolcándolos en tándem o en paralelo detrás del *Crazy Daze* (a menos que pudiera perder el tiempo desinflándolos). No es habitual que un yate lleve dos botes, y como el robo ya había sido denunciado, los guardacostas se habrían fijado en ese hecho desde el puesto de observación de Lulworth.

Ahora creo que lo más probable es que el ladrón se llevara el bote a pie. Pongamos que un ladrón oportunista se fijó en que el motor fueraborda no estaba atado con candado, lo desmontó y se lo llevó hasta su coche/casa/garaje/caravana. Supongamos que una hora más tarde regresó para ver si los propietarios del bote habían vuelto y, al ver que no, cogió el bote y se lo llevó. No estoy insinuando, todavía, que el asesinato de Kate Sumner fuera premeditado, pero sí que el robo oportunista del bote del español en mayo ofreció en agosto un método ideal para deshacerse del cadáver (los robos de barcos o desde barcos representan una de las estadísticas de delincuencia más altas en la costa sur). Por lo tanto, le recomiendo que averigüe si había alguien relacionado con Kate en Lulworth o cerca de Lulworth entre el 24 y el 31 de mayo. Sospecho que, irónicamente, comprobará que Kate estuvo allí con su marido y su hija (en Lulworth hay varios campings), pero creo que eso le alegrará, pues refuerza las sospechas contra el marido.

Por las razones que explicaré a continuación, ya no estoy tan seguro de que encuentre usted el motor. Si lo que el ladrón pretendía era qué se hundieran el bote y su contenido (Kate), entonces el motor debía de estar montado.

Quizá recuerde usted mis dudas acerca del tema de la hipotermia del informe del forense que me mostró el pasado lunes. El forense opina que Kate nadó bastante rato antes de ahogarse, lo cual le produjo tensión y frío. Entonces yo me pregunté por qué tardó tanto en cubrir a nado una distancia relativamente corta, y apunté que era más probable que sufriera hipotermia por estar expuesta a la temperatura del aire nocturno que a la temperatura del mar, que es superior a la del aire. Eso depende, por supuesto, de lo bien que Kate nadara, sobre todo teniendo en cuenta que el forense calculó que había caído al agua al menos a media milla de Egmont Bight, y yo supuse que Kate debió de haber nadado mucho más que lo calculado por el forense. Sin embargo, esta mañana usted le dijo a la señorita Jenner que Kate no nadaba muy bien, y me he estado preguntando cómo es posible que una persona que no nadaba muy bien permaneciera a flote en aguas difíciles el tiempo suficiente para dar señales de hipotermia antes de la muerte. También me pregunto por qué su asesino estaba seguro de que él llegaría sin dificultad a la orilla, pues en esa zona de la costa no hay faros y las corrientes son muy peligrosas.

Una explicación podría ser que a Kate la violaron en la orilla; el asesino, después del intento de estrangulamiento, la dio por muerta, e ideó la operación de «hundimiento» para hacer desaparecer el cadáver en un tramo aislado de la costa.

¿Qué le parece este razonamiento? 1) El asesino la metió, desnuda e inconsciente, en el bote robado, y luego la llevó hasta un lugar relativamente apartado (de Lulworth Cove a Chapman's Pool hay ocho millas náuticas); después la ató al motor fueraborda y dejó que el bote se hundiera lentamente (la temperatura del aire habría bastado para producirle hipotermia a una mujer desnuda); 2) Kate se recuperó del intento de estrangulamiento y del Rohipnol y se dio cuenta de que tenía que salvarse; 3) pudo romperse los dedos y las uñas intentando librarse de las ataduras y luego soltando las abrazaderas que sujetaban el motor fueraborda para librarse de su peso, y al intentarlo hizo volcar el bote; 4) utilizó el bote como flotador y no se soltó de él hasta que quedó inconsciente o se cansó demasiado para seguir sujetándose a él; 5) en cualquier caso, doy por sentado que el bote estaba mucho más cerca de la costa de lo que calculó el forense, porque si no se habría inundado, y el asesino también habría tenido problemas; 6) el asesino escaló el acantilado y regresó a Lulworth/Kimmeridge por el camino paralelo a la costa aprovechando la oscuridad de la noche.

Eso es todo lo que he conseguido deducir, pero si es cierto que ese bote tuvo algo que ver con el asesinato, debió de venir del este (Kimmeridge Bay o Lulworth Cove) porque la embarcación era demasiado frágil para remontar la corriente del cabo St Alban. Ya sé que nada de todo esto explica qué pasó con Hannah, aunque tengo la intuición de que si usted descubre dónde estuvo escondido el bote robado durante dos meses, quizá también descubrirá dónde violaron a Kate y dónde dejaron a Hannah mientras ahogaban a su madre.

Nick Ingram.

PD: Nada de todo eso descarta la participación de Harding en el asesinato -la violación pudo tener lugar a bordo de su barco, aunque las pruebas hayan desaparecido, y el bote pudo haber sido remolcado por el *Crazy Daze*-, pero tampoco lo confirma como sospechoso.



Capítulo 17

El viernes por la mañana, cuando hacía menos de una hora que había salido el sol, Maggie Jenner enfiló con *Bertie* el camino de herradura que había detrás de Broxton House. Montaba un asustadizo caballo castaño que se llamaba *Stinger*, cuya propietaria venía de Londres todos los fines de semana a su granja de Langton Matravers para cabalgar por los cabos como antídoto a su estresante trabajo de agente de bolsa en la City. A Maggie le encantaba aquel caballo, pero detestaba a su propietaria, que no tenía la menor sensibilidad y para la que *Stinger* era como una raya de cocaína: una dosis rápida de adrenalina. Si la mujer no hubiera accedido a pagar mucho más de lo que era normal por el servicio de caballerizas que ofrecía Maggie, ésta habría rechazado su solicitud.

Al llegar a la cantera del cabo St Alban, torció a la derecha, traspuso la verja y entró en el profundo y amplio valle que hendía un prado hacia el mar, entre el cabo St Alban al sur y los promontorios de Chapman's Pool al norte. Puso el caballo a medio galope por la hierba. Todavía no hacía calor, pero apenas soplaba viento, y como solía ocurrirle en mañanas como aquélla, se puso de buen humor. Por dura que fuera la vida, y a veces era muy dura, allí conseguía olvidar sus preocupaciones. Si la vida tenía algún sentido, cuando más cerca se sentía de él era sola y libre, en el renovado optimismo que el sol naciente generaba cada amanecer.

Tras recorrer media milla condujo el caballo por el sendero costero, que recorría ambas laderas del valle en una serie de pronunciadas cuestas labradas en los acantilados. El camino de bajada era agotador, pero la subida aún era peor, y Maggie, que nunca había subido ni bajado a pie, pensaba que era más sensato recorrer el barranco a caballo para disfrutar de aquellas vistas. El mar, de un azul brillante, estaba en calma. Maggie bajó ágilmente de la silla mientras *Bertie*, jadeante por el esfuerzo, se revolcaba en la tibia hierba junto a los cascos del caballo. Maggie ató las riendas a la barra superior de la valla que bordeaba el sendero, saltó la valla y se acercó al borde del acantilado para contemplar, admirada, la apenas perceptible línea del horizonte. Sólo se oía el suave rumor de las olas al romper en la orilla, la respiración de los animales y el canto de una alondra.

Así pues, no es de extrañar que ambos, Maggie Jenner y Steven Harding, se asustaran cuando éste apareció ante ella por el borde del

acantilado. Harding se quedó unos segundos a cuatro patas, con el rostro lívido y sin afeitar, respirando con dificultad y mucho menos atractivo que cinco días atrás. Ahora ya no parecía tanto un actor y sí un violador. Harding tenía una especie de halo de violencia, una expresión calculadora en los oscuros ojos en la que Maggie no había reparado, pero lo que la aterrorizó fue la brusquedad con que él se puso de nuevo en pie. Maggie le transmitió la alarma a *Stinger*, que se encabritó; las riendas se soltaron de la valla, y *Bertie* se levantó, con el lomo erizado.

—¡Imbécil! — gritó Maggie transformando su miedo en ira al oír a *Stinger* relinchar y piafar. Se apartó de Harding en un vano intento de sujetar las riendas del caballo antes de que éste echara a correr.

Por favor, que no... este caballo vale una fortuna. Si se hace daño me voy a arruinar... por favor, por favor...

Pero Harding echó a correr hacia *Stinger*, y el caballo, con los ojos en blanco, salió desbocado colina arriba.

—¡Mierda! — gritó Maggie dando pisotones en el suelo, ciega de ira-. ¡Cómo has podido ser tan imbécil! ¡Si Nick Ingram supiera que estabas aquí, te crucificaría! ¡Está convencido de que eres un perverso!

A Maggie le cogió por sorpresa el bofetón que le pegó Harding, y cayó aparatosamente al suelo. Lo único que pensó fue: ¿Qué demonios se cree que hace este idiota?

A las seis y media de la mañana, cuando sonó el teléfono, Ingram miró el despertador. Descolgó el auricular y oyó una serie de agudos e ininteligibles chillidos, y reconoció a Maggie Jenner.

—Cálmese, por favor -dijo cuando ella paró de chillar para tomar aliento-. No entiendo ni una palabra de lo que dice.

Más chillidos.

—Contrólese, Maggie -insistió Ingram con firmeza-. No es ninguna chiquilla, así que no se comporte como si lo fuera.

—Lo siento -dijo ella en un intento de serenarse-. Steven Harding me ha pegado, y *Bertie* le ha atacado. Hay sangre por todas partes. Le he hecho un torniquete en el brazo, pero no funciona. No sé qué más hacer. Me parece que si no lo llevo a un hospital se va a morir.

Ingram se incorporó y se frotó la cara con fuerza para despejarse.

—¿Dónde está? — preguntó.

—Al final del barranco de la cantera, cerca de los escalones del sendero de la costa, entre Chapman's Pool y el cabo St Alban. *Stinger* se ha desbocado, y si tropieza con las riendas se va a romper una pata. Si eso sucede, será nuestra ruina. Creo que Steve se está muriendo. — Maggie debió de separarse del auricular, porque Ingram apenas la oía-. Ha sido un accidente. *Bertie* estaba hecho una furia...

—¡No la oigo, Maggie! — gritó Ingram.

—Lo siento. — Ahora su voz volvía a oírse bien-. No reacciona. Me temo que *Bertie* le ha cortado una arteria del brazo, pero no puedo apretar lo suficiente la correa de *Bertie* para cortar la hemorragia.

—Entonces deje la correa y utilice otra cosa, algo que pueda sujetar mejor, como una camiseta. Átesela alrededor del brazo todo lo fuerte que pueda, y vaya retorciendo los extremos para ejercer presión. Si eso tampoco funciona, busque la arteria en la parte interna del brazo y presiónela contra el hueso. Pero tendrá que mantener la presión, Maggie, porque si no volverá a sangrar. Le dolerán las manos, pero no la suelte.

—De acuerdo.

—Bien. Le enviaré ayuda enseguida. — Ingram colgó y marcó el número de Broxton House -. ¿Señora Jenner? — dijo cuando Celia contestó-. Soy Nick Ingram. Maggie necesita ayuda, y usted es la que está más cerca. Está en la cantera, intentando ayudar a un hombre que se está desangrando. Están al final del camino de la costa. Si coge a *Jasper* y va hasta allí, ese hombre quizá se salve.

—Pero si no estoy vestida -replicó Celia, indignada.

—Me importa un carajo -dijo él sin miramientos-. Mueva el culo y échele una mano a su hija, por el amor de Dios.

—Pero... ¿cómo se atreve?

Ingram colgó y, por segunda vez en menos de una semana, se puso a hacer llamadas para que el helicóptero de rescate de Portland se dirigiera al cabo St Alban, pues el servicio de ambulancias no le garantizó que pudieran llegar hasta allí antes de que Harding muriera desangrado.

Cuando Nick Ingram llegó al lugar, tras conducir a toda velocidad con su jeep por los estrechos senderos y subir por el camino de herradura, el drama ya estaba resuelto. El helicóptero había aterrizado a unos cincuenta metros del lugar del accidente y Harding estaba consciente y recibía los cuidados de un enfermero. A cien metros hacia el sur, en la ladera de la

colina, Maggie intentaba atrapar a *Stinger*, pero cada vez que ella se le acercaba, el animal se encabritaba. Maggie estaba intentando apartarlo del borde del acantilado, pero a *Stinger* le asustaba el helicóptero y se resistía a ir en esa dirección, y lo único que ella estaba consiguiendo era que el caballo se acercara cada vez más a la valla que bordeaba el acantilado. Celia estaba a un lado, con gesto arrogante, sujetando con una mano las riendas de *Sir Jasper* bajo la barbilla del animal, y con la otra en el extremo por si el animal decidía también echar a correr. Le lanzó una mirada fulminante a Ingram, pero él no le hizo caso y fue a interesarse por Harding.

—¿Se encuentra bien?

El joven asintió con la cabeza. Llevaba unos vaqueros Levi's y una sudadera verde, iba manchado de sangre de pies a cabeza y tenía el antebrazo derecho fuertemente vendado.

—¿Cómo está? — le preguntó Ingram al enfermero.

—Sobrevivirá. Esas mujeres han conseguido detener la hemorragia. Tendrán que darle puntos, así que lo vamos a llevar a Poole. — El enfermero se llevó a Nick a un lado y añadió:— Esa joven necesita ayuda. Está temblando como una hoja, pero dice que lo más importante es atrapar al caballo. El problema es que no puede acercarse lo suficiente al animal. — Señaló con la cabeza a Celia y dijo:— Y la mayor tampoco está mucho mejor. Tiene artritis, y se ha hecho daño en la cadera viniendo aquí. Tendríamos que llevárnoslas con nosotros, pero se niegan a abandonar a los animales. Tenemos que ponernos en marcha, pero ese caballo va a echar a correr como un endemoniado en cuanto despeguemos. Cuando aterrizamos estuvo a punto de caerse por el acantilado.

—¿Dónde está el perro?

—Se ha largado. Creo que la joven tuvo que golpearlo para que soltara a ese chico, y se ha largado con el rabo entre las piernas.

Nick se mesó el cabello.

—Está bien. ¿Puede darnos cinco minutos más? Si ayudo a la señorita Jenner a atrapar al caballo, quizá convenzamos a su madre para que se deje ayudar. ¿Qué le parece?

El enfermero miró a Steven Harding.

—De acuerdo. El joven dice que puede caminar, pero tardaré más de cinco minutos en subirlo al helicóptero e instalarlo. No lo tiene usted fácil, pero le deseo buena suerte.

Nick se llevó los dedos a los labios y dio un fuerte silbido; después recorrió las laderas con la mirada, entrecerrando los ojos. *Bertie* salió de entre la hierba a unos cien metros de distancia. El policía dio otro silbido y el perro corrió hacia él. Ingram levantó el brazo y el perro se sentó cuando todavía estaba a cincuenta metros de distancia.

—Necesito tomar una decisión rápida -le dijo a Celia-. Tenemos cinco minutos para atrapar a *Stinger* antes de que despegue el helicóptero, y creo que será mejor que Maggie monte a *Sir Jasper*. Usted es la experta. ¿Se lo dejo a ella o a usted, teniendo en cuenta que yo no sé nada de caballos y que seguramente *Jasper* se asustará del ruido tanto como *Stinger*?

Celia, que era una mujer sensata, no perdió el tiempo con reproches. Le entregó las riendas y le enseñó dónde tenía que poner la otra mano, bajo la barbilla de *Jasper*.

—Vaya chascando la lengua -dijo-, y él lo seguirá. No corra ni lo suelte. No podemos arriesgarnos a perderlos a los dos. Recuérdele a Maggie que ambos caballos se volverán locos en cuanto despegue el helicóptero, así que dígame que cabalgue a todo galope hacia el centro del cabo.

Ingram echó a andar colina arriba; llamó a *Bertie* con otro silbido y el perro se pegó a su pierna izquierda como si fuera su sombra.

—No sabía que el perro fuera suyo -le dijo el enfermero a Celia.

—No es suyo -replicó ella.

Vio cómo su hija bajaba hacia el fornido policía, que cruzó unas palabras con ella y a continuación la subió a la silla de *Jasper* antes de enviar a *Bertie*, con un movimiento del brazo, hacia el borde del acantilado para situarse detrás del espantado caballo. Ingram siguió a *Bertie* y se colocó entre el caballo y el borde del precipicio, mientras dirigía al perro para que obstaculizara la retirada de *Stinger* colina arriba haciendo breves carreras delante de él. Mientras tanto, Maggie había llevado a *Sir Jasper* hacia la cantera y lo había puesto a medio galope. *Stinger*, cuyas difíciles alternativas eran un perro, un helicóptero y un hombre, eligió la sensata opción de seguir al otro caballo.

—Impresionante -comentó el enfermero.

—Sí -coincidió Celia.

Polly Garrard estaba a punto de irse al trabajo cuando el inspector John Galbraith llamó a la puerta de su casa y le preguntó si le importaría contestar a unas preguntas más sobre su relación con Kate Sumner.

—No puedo -respondió la mujer-. Voy a llegar tarde. Si quiere puede venir al despacho.

—Por mí no hay ningún inconveniente -dijo él-, pero quizá no sea lo mejor para usted. No creo que le guste que sus compañeros de trabajo oigan algunas de las cosas que quiero preguntarle.

—¡Mierda! — exclamó ella-. Sabía que esto iba a pasar. — Abrió la puerta y dijo:- Pase. — Lo condujo a un pequeño salón, diciendo:- Pero no me retenga mucho tiempo. Media hora como máximo, ¿de acuerdo? Este mes ya he llegado tarde dos veces, y se me están acabando las excusas.

Se sentó en un extremo del sofá con un brazo sobre el respaldo e invitó al policía a sentarse en el otro extremo. Cruzó una pierna bajo el cuerpo de modo que la falda dejó los muslos al descubierto. Galbraith se sentó, consciente de que aquella postura era deliberada. Polly era una joven atractiva a la que le gustaban las camisetas ceñidas, el maquillaje exagerado y el esmalte de uñas azul, y Galbraith se preguntó qué le habría parecido a Angela Sumner tenerla a ella como nuera en lugar de Kate. Pese a todos sus pecados reales o imaginarios, Kate parecía bastante adecuada para representar el papel de esposa de William aunque no tuviera las virtudes sociales que habrían satisfecho a su suegra.

—Quiero que me hable de una carta que le escribió a Kate en julio, referente a unos compañeros de trabajo -dijo Galbraith sacando una fotocopia de la carta del bolsillo de la camisa. Desplegó el papel sobre una rodilla y se lo entregó a Polly-. ¿Recuerda habérsela enviado?

Polly la leyó por encima y asintió con la cabeza.

—Sí. Llevaba una semana llamándola por teléfono hasta que se me ocurrió enviarle una nota para que me llamara ella. — Hizo una mueca y añadió:- Pero Kate no me llamó. Se limitó a enviarme una birria de carta diciéndome que me llamaría en cuanto pudiera.

—¿Ésta? — Galbraith le entregó una copia del borrador de Kate.

Polly le echó un vistazo.

—Supongo que sí. Eso es más o menos lo que decía. El papel era muy elegante, de eso me acuerdo, pero a mí me mosqueó que no se molestara en escribir una respuesta como Dios manda. En realidad no creo que quisiera que fuera a visitarla. Supongo que temía ponerse en evidencia delante de sus amigos de Lymington. Seguramente es lo que habría pasado -añadió.

—¿Visitó usted la casa cuando los Sumner se mudaron?

—No. No me invitaron. Ella siempre decía que podría ir en cuanto hubiera acabado la decoración, pero -hizo otra mueca- no era más que una excusa para aplazar la cita. A mí no me importaba. La verdad es que yo habría hecho lo mismo. Cuando cambias de vida lo normal es que desconectes de los amigos.

—Pero ella no había desconectado del todo -señaló-. Usted sigue trabajando con William.

—Trabajo en el mismo edificio que William -le corrigió ella-, y no soporta que yo le diga a todo el mundo que se casó con mi mejor amiga. Ya sé que no es verdad. Kate me caía muy bien y todo eso, pero no era la típica amiga íntima. Era demasiado independiente. Lo hago simplemente para fastidiar a William. Él piensa que soy demasiado vulgar y casi le da un infarto cuando le dije que había ido a Chichester a ver a Kate y que había conocido a su madre. No me sorprende. ¡Menuda arpía! Haz esto, no hagas lo otro... Si hubiera sido mi suegra la habría empujado por la escalera.

—¿Hubo alguna vez alguna posibilidad de que eso sucediera?

—¡Qué va! No me habría casado con Sumner ni loca. Ese tipo no tiene ningún atractivo.

—Entonces ¿qué vio Kate en él?

—Dinero -dijo Polly frotando el índice y el pulgar.

—¿Qué más?

—Nada. Clase, quizá, pero lo que Kate andaba buscando era precisamente eso: un tipo soltero, sin hijos y con dinero. — Ladeó la cabeza ante la expresión de incredulidad del policía-. Una vez me contó que William la tenía más floja que una salchicha cruda, incluso cuando tenía una erección. Y yo le pregunté: Entonces ¿cómo os lo montáis? Y ella me contestó: Con un litro de aceite para bebés y metiéndole el dedo en el culo. — Soltó una risita-. A él le encantaba. Si no, ¿por qué se habría casado con ella cuando su madre no la tragaba? Vale, puede que Kate fuera detrás del dinero, pero el pobre Willy sólo quería una putita que le dijera que era un macho fenomenal. Funcionaba a las mil maravillas. Ambos tenían lo que querían.

Galbraith la miró preguntándose si Polly era verdaderamente tan ingenua como parecía.

—¿En serio? No olvide que Kate está muerta.

Ella se calmó de golpe.

—Ya lo sé. ¡Qué mierda! Pero sobre eso no puedo decirle nada. No había visto a Kate desde que se mudó.

—Está bien. Hábleme sobre lo que sí sabe. ¿Por qué le recordó a Kate esa historia sobre Wendy Plater insultando a James Purdy?

—¿Qué le hace pensar que me la recordó?

—«Wendy tuvo que disculparse, pero no se arrepiente de nada. Dice que era la primera vez que veía a Purdy ponerse lívido de ira. Pensé en ti inmediatamente, claro...» -citó Galbraith de la carta-. ¿Qué significa eso último, Polly? ¿Por qué pensó en Kate al ver palidecer a Purdy?

—Porque Kate también trabajaba en Pharmatec -respondió ella con tono poco convincente -. Porque Kate decía que Purdy era un gilipollas. No es más que una forma de hablar.

Galbraith dio unos golpecitos en la copia de la carta.

—Kate tachó «me juraste» antes de escribir «la historia sobre Wendy Plater me ha encantado» -dijo-. ¿Qué fue lo que le juró?

—Muchas cosas, supongo -contestó Polly, un tanto incómoda.

—A mí sólo me interesa lo que tenía algo que ver con James Purdy o con Wendy Plater.

Polly se inclinó hacia delante.

—Eso no tiene nada que ver con su muerte. Es una tontería.

—¿Podría explicármela?

Ella no respondió.

—Si de verdad no tiene nada que ver con el asesinato, le doy mi palabra de que quedará entre nosotros dos. No me interesa desvelar los secretos de Kate; lo que me interesa es encontrar al asesino. — Galbraith sabía que aquello no era cierto. Muchas veces, desgraciadamente, las víctimas de violación tenían que soportar la humillación de que sus secretos fueran desvelados. Miró a Polly con repentina simpatía-. Pero me temo soy yo quien tiene que decidir si es importante o no.

Ella suspiró y dijo:

—Si Purdy se entera de que se lo he contado, podría perder mi empleo.

—Él no tiene por qué enterarse.

—¿Seguro?

Galbraith no dijo nada, pues la experiencia le había demostrado que a menudo el silencio ejercía más presión que las palabras.

—¡Qué más da! — dijo ella-. De todos modos, seguro que ya se lo ha imaginado. Kate tuvo un lío con él. Purdy estaba loco por ella, quería abandonar a su esposa y todo, y entonces ella lo mandó a paseo y le dijo que se iba a casar con William. El pobre Purdy no podía creerlo. Él ya no es ningún chiquillo y había estado esforzándose como un condenado para mantenerla a ella interesada. Creo que hasta le había dicho a su esposa que quería divorciarse. En fin, Kate me dijo que palideció y se desplomó sobre la mesa. Estuvo tres meses de baja, y yo pensé que debía de haber tenido un infarto, pero Kate decía que Purdy no se atrevía a volver al trabajo mientras ella siguiera en Pharmatec. — Se encogió de hombros-. A lo mejor Kate tenía razón, porque Purdy volvió al trabajo una semana después de que ella dejara la empresa.

—¿Por qué eligió a William? No estaba enamorada de ninguno de los dos, ¿no?

Polly volvió a frotar índice contra pulgar.

—Pasta -dijo-. Purdy tiene esposa y tres hijos mayores, y todos habrían reclamado su parte. Como ya le he dicho, lo que ella buscaba era un soltero sin hijos. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para satisfacer a un imbécil, pero a cambio quería tener acceso a todas sus propiedades.

Galbraith sacudió la cabeza, perplejo.

—Entonces, ¿por qué se interesó por Purdy?

Polly volvió a colocar el brazo sobre el respaldo del sofá e inclinó el pecho hacia el policía.

—Kate no tenía padre, ¿no? Yo tampoco.

—¿Y?

—Le gustaban los hombres maduros. — Pestañeó, coqueta, y añadió:- A mí también, por si le interesa.

Él chascó la lengua y preguntó:

—¿Se los come vivos?

Ella clavó la vista en la bragueta del inspector.

—Me los trago enteros.

Galbraith rió la gracia.

—Me estaba explicando qué era lo que a Kate le interesaba de Purdy.

—Él era el jefe, el que tenía la pasta. Ella pensó que podría sacarle dinero para pagar las reformas del piso mientras buscaba algo mejor. Lo malo fue que Purdy se quedó colgado de ella, y para librarse Kate no tuvo más

remedio que ser cruel. Lo que ella buscaba era seguridad, no amor, y no creía poder obtenerla de Purdy porque la familia de él también habría exigido su parte. Purdy era treinta años mayor que ella, no lo olvide. Además él no quería tener más hijos, y eso era lo único que a Kate le hacía verdadera ilusión: tener sus propios hijos. Kate estaba bastante cascada, supongo que porque había tenido una infancia difícil.

—¿Estaba William al corriente de la aventura que Kate había tenido con Purdy?

—No. Yo era la única que lo sabía. Por eso Kate me hizo jurar que no revelaría su secreto. Me dijo que si William se enteraba cancelaría la boda.

—¿La habría cancelado?

—Sí, ya lo creo. Él tenía treinta y siete años, y no le atraía nada el matrimonio. Wendy Plater estuvo a punto de pescarlo, pero Kate la fastidió diciéndole a William que Wendy era una borracha. William se la sacó de encima sin pensárselo dos veces. — Polly sonrió—. Kate se lo llevó a los juzgados a rastras. Si la señora Sumner no le hubiera tenido tanta manía, quizá habría sido diferente, pero William y su madre eran inseparables y Kate...

—¿Era verdad lo de Wendy Plater?

—Se emborracha de vez en cuando, pero no sistemáticamente. Sin embargo, como decía Kate, si Will hubiera querido casarse con ella, no se lo habría creído. Yo creo que esa excusa le venía como anillo al dedo, y que por eso se aferró a ella.

Galbraith miró la infantil caligrafía del borrador que Kate le había escrito a Polly y se preguntó hasta qué punto Kate había sido cruel.

—¿Siguió Kate viendo a Purdy después de casarse con William?

—No -respondió ella con convicción-. Cuando Kate decidía algo, nunca se echaba atrás.

—¿Cree que eso le habría impedido tener una aventura con otro hombre? Pongamos por caso que se hubiera aburrido de William y que hubiera conocido a alguien más joven; ¿le habría sido infiel a su marido en esas circunstancias?

—No lo sé. La verdad es que llegué a pensar que quizá tuviera algún lío, porque llevaba mucho tiempo sin telefonearme, pero eso no quiere decir que lo tuviera. Y en todo caso, no podía ser nada serio. Ella estaba

encantada de haberse mudado a Lymington y de su casa nueva, y no creo que se arriesgara a perderlo todo.

Galbraith asintió y preguntó:

—¿Le consta que alguna vez utilizara heces como medio de venganza?

—¿Qué demonios son heces?

—Caca. Excrementos, cagarros, boñigas.

—¿Mierda?

—Exacto. ¿Sabe si alguna vez manchó algo con excrementos?

—No. Kate era demasiado remilgada para hacer algo así. De hecho, estaba obsesionada con la higiene. Cuando Hannah era pequeña, Kate fregaba la cocina cada día con lejía para eliminar los gérmenes. Yo le decía que estaba loca, porque los gérmenes están por todas partes, ¿no?; pero ella seguía en sus trece. No me la imagino tocando una caca. Cuando cambiaba a Hannah apenas tocaba los pañales.

Galbraith cada vez lo encontraba todo más raro.

—A ver, dígame más o menos cuánto tardó Kate en casarse con William después de decirle a Purdy que tenía esa intención.

—No me acuerdo. Quizá un mes.

Galbraith hizo un rápido cálculo mental.

—Entonces, si Purdy estuvo tres meses de baja, Kate dejó el empleo dos meses después de la boda porque estaba embarazada, ¿no?

—Algo así.

—Y ¿de cuánto estaba, Polly? ¿De dos meses? ¿De tres? ¿De cuatro?

La joven puso cara de resignación.

—Dijo que mientras se pareciera a ella no habría ningún problema, porque William estaba tan enamorado que se creería cualquier cosa que ella le dijera. — Captó la expresión de desprecio de Galbraith y añadió: No lo hizo por maldad, sino movida por la desesperación. Ella sabía muy bien qué significaba criarse en la pobreza.

La firme negativa de Celia a ir con Harding en el helicóptero y su incapacidad de inclinarse significaba que iba a tener que regresar a su casa a pie, soportando un intenso dolor, o tumbada boca arriba en el suelo del jeep de Ingram, que estaba lleno de chubasqueros, botas de pescador y avíos de pesca. Ingram, con una sonrisa irónica, le hizo sitio en el coche y se inclinó para cogerla en brazos. Pero Celia se negó a que la trataran como a una inválida.

—Ya soy mayorcita -protestó.

—No se me ocurre otra forma de hacerlo, señora Jenner. Me temo que tendrá que tumbarse boca abajo donde suelo poner el pescado.

—Veo que lo encuentra muy divertido.

—Me temo que hagamos lo que hagamos, le va a doler.

Celia echó un vistazo al incómodo e irregular suelo y cedió a regañadientes.

—Pero no se regodee mucho -dijo con enojo-. No me gusta el pitorreo.

—Ya lo sé. — Ingram la levantó en brazos y subió al jeep para depositarla en el suelo-. Hay muchos baches -la previno mientras colocaba los impermeables a su alrededor para que le hicieran de cojín-. Será mejor que grite si no puede más, y entonces pararé.

Celia ya no podía más antes de empezar, pero no pensaba admitirlo.

—Estoy preocupada por Maggie -dijo-. Ya tendría que haber regresado.

—Habrá llevado a *Stinger* a las cuadras -replicó Ingram.

—¿Se equivoca usted alguna vez? — preguntó Celia mordazmente.

—En lo referente a lo que su hija sabe sobre caballos, no, nunca. Tengo fe en ella, y usted también debería tenerla. — Cerró la portezuela y se sentó al volante-. Tengo que pedirle disculpas por adelantado -dijo mientras encendía el motor.

—¿Por qué?

—Por la pésima suspensión -murmuró el policía; y empezó a avanzar muy despacio por el irregular suelo del valle.

Celia no abrió la boca en todo el trayecto, e Ingram sonrió para sí al tomar el camino de Broxton House. Celia Jenner podía tener muchos defectos, pero era una mujer con agallas, e Ingram la admiraba por ello.

Al llegar, el agente abrió la puerta de atrás y preguntó:

—¿Sigue con vida?

Ella estaba pálida de dolor y cansancio, pero hacía falta algo más que un viaje accidentado para acabar con ella.

—Es usted un joven francamente impertinente -murmuró Celia mientras colocaba el brazo alrededor del cuello del policía, gruñendo de dolor-. Pero tenía razón respecto a Martin Grant — admitió-, y siempre he lamentado no haberle escuchado. ¿Le satisface saberlo?

—No.

—¿Por qué no? Maggie le confirmará que eso es lo más parecido a una disculpa que podría obtener de mí.

El policía esbozó una sonrisa, cogió a Celia en brazos y echó a andar hacia la casa.

—¿Es la testarudez una virtud?

—Yo no soy testaruda; soy una mujer de principios.

—Bueno, pues si no tuviera usted tantos principios -repuso Ingram con ironía-, ahora estaría en el hospital de Poole recibiendo el tratamiento adecuado.

—Mire, si yo fuera tan tozuda como usted imagina, ni siquiera estaría en esta situación. Me niego a que se hable de mi trasero por teléfono.

—¿Qué espera? ¿Otra disculpa?

Celia lo miró.

—Por el amor de Dios, bájeme -ordenó-. Esto no es digno de una mujer de mi edad. ¿Qué pensaría mi hija si me viera así?

Ingram no le hizo caso y siguió andando hacia la puerta principal. No dejó a Celia en el suelo hasta que oyó ruido de pasos. Maggie, aturullada y casi sin aliento, apareció por la esquina de la casa, con un bastón en cada mano. Se los entregó a su madre.

—No puede montar -le dijo a Nick mientras se inclinaba para recobrar el aliento-. Son las órdenes del médico. Pero gracias a Dios mi madre nunca sigue los consejos de nadie. Yo sola no lo habría logrado, y sin *Sir Jasper* no habría podido recuperar a *Stinger*.

Nick ayudó a Celia sujetándola por los codos mientras ella se aguantaba con los bastones.

—¿Por qué no me ha mandado a paseo por teléfono? — preguntó el policía.

Celia empezó a caminar con los bastones, como un enorme cangrejo.

—No sea ridículo -murmuró irritada-. Ése es el error que cometí la última vez.



Capítulo 18

Declaración

Testimonio: James Purdy, director gerente, Pharmatec UK
Entrevistador: inspector Galbraith

Un día, en verano de 1993, me quedé hasta tarde en el despacho. Creía que no quedaba nadie más en el edificio. Al salir, sobre las nueve de la noche, vi que todavía había luz en uno de los despachos del fondo del pasillo. Era el despacho de Kate Hill, secretaria del director de servicios, Michael Sprate, y como me sorprendió que siguiera trabajando tan tarde, entré para hablar con ella. Kate ya me había llamado la atención cuando llegó a la empresa por su talla. Era delgada y bajita, de cabello rubio y hermosos ojos azules. Yo la encontraba muy atractiva, pero ése no fue el motivo por el que aquella noche entré en su despacho. Ella nunca me había dado a entender que estuviera interesada en mí. Por eso me llevé una sorpresa cuando se levantó y me dijo que se había quedado hasta tarde con la esperanza de que yo fuese a verla.

No me siento orgulloso de lo que pasó después. Tengo 58 años y llevo 33 casado, y nadie me había hecho lo que Kate me hizo aquella noche. Ya sé que parece absurdo, pero es el sueño de casi todos los hombres: que un día entrarán en una habitación y una mujer hermosa se les ofrecerá por las buenas. Después estuve preocupado porque supuse que ella debía de tener algún otro motivo para hacerlo. Pasé unos días muerto de miedo. Temía que Kate se tomara excesivas libertades conmigo, y en el peor de los casos que intentara algún tipo de extorsión. Sin embargo, ella fue sumamente discreta, no me pidió nada a cambio, y siempre fue muy educada conmigo. Cuando comprendí que no tenía nada que temer me obsesioné con Kate, hasta el punto de que soñaba con ella todas las noches. Un par de semanas más tarde, volví a encontrarla en su despacho, y la experiencia se repitió. Yo le pregunté por qué lo hacía, y ella contestó: «Porque quiero». A partir de ese momento ya no pude controlarme. En cierto modo ella es lo más hermoso que me ha pasado en la vida y no me arrepiento de nuestra aventura. Pero sin embargo la recuerdo como una pesadilla. Kate me partió el corazón en más de una ocasión, pero aún lo pasé peor cuando me enteré de que había muerto. Seguimos viéndonos durante varios meses, hasta enero de 1994, casi siempre en el piso de Kate, aunque en un par de ocasiones la llevé a un hotel de Londres con la excusa de un viaje de negocios. Yo estaba dispuesto a divorciarme de mi esposa para casarme con Kate, aunque siempre he querido a mi esposa y jamás le haría daño a propósito. Kate fue como una especie de enfermedad que alteró temporalmente mi equilibrio, porque una vez exorcizado, volví a la normalidad.

Un día, a finales de enero de 1994, Kate entró en mi despacho sobre las tres y media de la tarde y me dijo que se iba a casar con William Sumner. La noticia me sentó muy mal, y apenas recuerdo nada de lo que pasó a continuación. Por lo visto me desmayé, y cuando recobré el sentido estaba en el hospital. Me dijeron que había sufrido una crisis cardíaca. Después le confesé a mi esposa todo lo que había pasado.

Que yo sepa, William Sumner no sabe nada de la relación que tuve con Kate antes de su boda. Yo no se lo he contado, ni le he dado a entender nunca que fuéramos ni siquiera amigos. Claro que he pensado que su hija podría ser hija mía, pero nunca se lo he comentado a nadie porque no pretendo reclamar a la niña.

No he tenido ningún contacto con Kate Hill Sumner desde aquel día de enero de 1994 en que ella me comunicó su decisión de casarse con William Sumner.

James Purdy.

Declaración

Testigo: Vivienne Purdy, The Gables, Drew Street, Fareham
Entrevistador: inspector Galbraith

Me enteré de la aventura de mi marido con Kate Hill cuatro semanas después del infarto que tuvo en enero de 1994. No recuerdo la fecha exacta, pero fue el día en que Kate se casó con William Sumner o el día después. Me encontré a James llorando y eso me preocupó porque se estaba recuperando muy bien. Mi marido me explicó que lloraba porque había sufrido un desengaño amoroso.

Su confesión ni me sorprendió ni me dolió. James y yo llevamos muchos años casados, y yo sabía perfectamente que él tenía una relación con otra mujer. Mi marido nunca ha sabido mentir. Lo único que sentí fue alivio al ver que finalmente había decidido contármelo todo. No sentí ninguna animosidad hacia Kate.

Quizá me tomen por una insensible, pero perder al hombre con el que llevo treinta años viviendo no habría supuesto una desgracia para mí. De hecho, en cierto modo lo habría considerado una oportunidad para empezar una nueva vida, libre de deberes y responsabilidades. Antes de los sucesos de 1993-1994, James era un padre y un marido ejemplar, pero su familia siempre había ocupado un lugar inferior que sus ambiciones y deseos

personales. Cuando me di cuenta de que tenía una aventura, indagué discretamente sobre la situación económica en que quedaría yo si el divorcio resultaba inevitable, y comprobé que la división de nuestras propiedades me conferiría una libertad considerable. Hace diez años reemprendí mi profesión de maestra, y gano un buen sueldo. También me he preocupado por cobrar una buena pensión. Por consiguiente, si James me hubiera pedido el divorcio yo no habría dudado en concedérselo. Mis hijos ya son mayores y, aunque les entristecería que sus padres se separaran, yo sabía que James seguiría interesándose por ellos.

En la primavera de 1994 le expliqué todo esto a James, y le enseñé la correspondencia que había mantenido con mi abogado y mi contable. Creo que eso le hizo ver claramente las opciones que tenía, y que descartó por completo la posibilidad de seguir viendo a Kate Hill. No quiero pecar de engreída, pero creo que mi marido se dio cuenta de que mi presencia en su vida ya no estaba garantizada, y que para él eso era mucho más importante que su relación con Kate Hill. Puedo decir con toda sinceridad que no les guardo ningún rencor a James ni a Kate porque fui yo la que ganó con aquella experiencia. Ahora tengo mucha más seguridad en mí misma y en mi futuro.

Supe que William y Kate Sumner habían tenido una niña en otoño de 1994. Mediante un sencillo cálculo comprendí que la niña podía ser de mi marido. Sin embargo, no hablé de eso con James. Ni con nadie, por supuesto. No me pareció que tuviera sentido hacer sufrir más a las partes implicadas, particularmente a la niña.

No conozco personalmente a Kate Hill ni a su marido.

Vivienne Purdy.



Capítulo 19

Nick Ingram dejó a Maggie y Celia en la cocina de Broxton House para llamar a la comisaría de Winfrith. Habló con Carpenter y le explicó lo que había hecho Harding aquella mañana.

—Lo han llevado al hospital de Poole. Todavía tengo que hablar con él sobre la agresión, pero mientras tanto quizá quiera someterlo a vigilancia. No creo que vaya a ningún sitio de momento, porque tienen que darle

puntos en el brazo, pero me da la impresión de que ahora está fuera de control, de lo contrario no habría agredido a la señorita Jenner.

—¿Qué pretendía hacer? ¿Violarla?

—No lo sé. Dice que gritó a Harding cuando el caballo salió corriendo y por eso él le pegó.

—Ya. —Carpenter caviló durante unos instantes—. Tenía entendido que según Galbraith y usted a Harding le interesaban los niños.

—Estoy dispuesto a que me demuestren lo contrario.

—¿Cuál es la primera norma del buen policía?

—Tener una mentalidad abierta.

—El trabajo de campo primero, las conclusiones después. —Hubo otro breve silencio—. Desde que leyó su fax, el inspector está convencido de que William Sumner es el culpable. Si resulta que nuestro hombre es Harding, no le va a gustar nada.

—Lo siento, señor. Si me da un par de horas para que vuelva al cabo, veré si puedo averiguar qué se llevaba entre manos. Acabaré antes que si usted envía a uno de sus hombres.

Pero Maggie y Celia Jenner le retrasaron. Celia tenía tanto dolor que no podía sentarse, y se quedó plantada en medio de la cocina, apoyada en sus dos bastones, como una mantis religiosa. Entretanto, Maggie hablaba por los codos a causa de los nervios.

—Lo siento -decía una y otra vez; cogió una manta sucia y apestosa de la despensa y se la echó sobre los hombros—. Tengo mucho frío.

Ingram la sentó sin miramientos en una silla y le dijo que se quedara allí mientras él se ocupaba de su madre.

—A ver -le dijo a Celia-, ¿cómo estará más cómoda, tumbada en la cama o sentada en una silla?

—Tumbada.

—Entonces prepararé una cama en la planta baja. ¿Qué habitación prefiere?

—Ninguna -repuso ella, rebelde—. Me sentiría como una inválida.

Ingram se cruzó de brazos y la miró con ceño.

—No tengo tiempo para discusiones, señora Jenner. Usted no puede subir, de modo que la cama tendrá que bajar. —Como ella no contestó, él añadió—: Está bien, lo decidiré yo mismo.

—En el salón -dijo Celia cuando él se dirigía hacia el vestíbulo-. Y saque la cama de la habitación que hay al fondo del pasillo.

Ingram sabía que los reparos de Celia no se debían al temor a que la tomaran por una inválida, sino al poco interés que tenía en que el policía subiera al piso de arriba. Cuando lo vio, Ingram se dio cuenta de los apuros que tenían las Jenner. Las puertas de todas las habitaciones, ocho en total, estaban abiertas y no había ni un solo mueble en ninguna, excepto en la de Celia. Olía a polvo y a humedad, y a Ingram no le sorprendió que la salud de Celia hubiera empezado a deteriorarse. Recordó las quejas de Jane Fielding, que había tenido que vender la herencia de la familia para cuidar a sus suegros, pero comparada con la de las Jenner su situación era privilegiada.

La habitación del fondo del pasillo era la de Celia. Ingram tardó menos de diez minutos en desmontar la cama y volver a montarla en el salón, colocándola cerca de las ventanas con vistas al jardín. La vista no era muy inspiradora, pues el jardín estaba muy descuidado, pero al menos el salón conservaba parte de su antiguo esplendor, con todos los cuadros y los muebles intactos. Ingram pensó que muy pocos amigos de Celia debían de saber que el recibidor y el salón representaban todo lo que quedaba de su fortuna. ¿Qué clase de locura era la que hacía vivir así a la gente? ¿El orgullo? ¿El temor a que los demás se enteraran de sus fracasos? ¿La vergüenza?

Ingram volvió a la cocina.

—¿Cómo piensa hacerlo? — le preguntó a Celia-. ¿De la manera fácil o de la difícil?

Ella intentaba contener las lágrimas.

—Es usted la criatura más provocadora que conozco -dijo-. Está empeñado en acabar con mi dignidad, ¿verdad?

Ingram colocó un brazo bajo las rodillas de Celia y el otro detrás de su espalda, y la levantó con cuidado.

—¿Por qué no? — murmuró-. Quizá sea la única ocasión de desquitarme.

—No quiero hablar con usted -dijo William Sumner con enojo, plantado en la puerta principal impidiéndole el paso al inspector Galbraith. Tenía las mejillas encendidas y mientras hablaba se tiraba de los dedos haciendo crujir las articulaciones-. Estoy harto de que la policía se pasee por mi casa, y de responder preguntas. ¿Por qué no me dejan en paz?

—Porque han asesinado a su esposa, y estamos intentando averiguar quién la ha matado. Lamento que la situación le resulte difícil, pero no tengo alternativa.

—Pues hablemos aquí. ¿Qué quiere saber?

El inspector miró hacia la calle, donde se estaba reuniendo un grupo de curiosos.

—Los periodistas vendrán antes de lo que imagina, William -dijo-. ¿Quiere que hablemos de su supuesta coartada delante de ellos?

Sumner, nervioso, miró a la gente que había delante de la verja de su casa.

—Esto no es justo. ¿Por qué tiene que ser todo tan público? ¿Por qué no los echa de aquí?

—Si me deja entrar se marcharán. Pero si insiste en tenerme aquí, en la puerta, se quedarán. Así somos los humanos.

Sumner, atribulado, agarró al policía por el brazo y lo metió en la casa. Galbraith pensó que Sumner estaba empezando a ceder ante la presión, y que ya no era el mismo hombre seguro de sí mismo, aunque cansado, del lunes. De todos modos, eso no significaba nada. La conmoción inicial tardaba en desaparecer, y los nervios siempre empezaban a debilitarse cuando un caso tardaba en cerrarse. Galbraith lo siguió hasta el salón y se sentó en el sofá.

—¿Qué quiere decir con eso de supuesta coartada? —preguntó Sumner, que prefirió quedarse de pie-. Yo estaba en Liverpool, por Dios. ¿Cómo quieren que estuviera en dos sitios a la vez?

El inspector abrió su maletín y sacó unos papeles.

—Les hemos tomado declaración a sus compañeros de trabajo, a los empleados del hotel Regal y a los bibliotecarios de la universidad. Nadie ha podido confirmar que estuviera usted en Liverpool el sábado por la noche. — Le entregó los papeles y agregó-: Creo que debería leer esto.

Declaración de Harold Marshall, Campbell Ltd, Lee Industrial Estáte, Lichfield,

Staffordshire.

Recuerdo haber visto a William el sábado 9 de agosto de 1997 a la hora de comer. Hablamos de un artículo sobre úlceras de estómago aparecido en el *Lancet* de la semana pasada. William dice que está trabajando en un

nuevo medicamento que superará escandalosamente al producto puntero actual. Yo me mostré escéptico, y mantuvimos una charla muy acalorada. No, aquella noche no lo vi en la cena, pero eso no me extrañó. William y yo hace años que asistimos a estas conferencias, y sería rarísimo que William se uniera al resto de nosotros para pasarlo bien un rato. El domingo estuvo en la comida,

porque volvimos a discutir sobre las úlceras.

**Declaración de Paul Dimmock, director
científico de Wryton's, Holborne
Way,**

Colchester, Essex.

Vi a William sobre las dos de la tarde del sábado. Me dijo que iba a la biblioteca de la universidad a buscar cierta información, lo cual es habitual en él. Nunca va a las cenas de las conferencias. Sólo le interesa el aspecto intelectual de estas convenciones, y no soporta el aspecto social. Mi habitación estaba dos puertas más allá de la suya. Recuerdo que vi el letrero de no molestar en la puerta cuando subí a acostarme, hacia las doce y media, pero no tengo ni idea de a qué hora volvió él. El domingo tomé una copa con él antes de comer. No, no parecía cansado. Lo cierto es que estaba mejor de lo habitual. Muy contento, me atrevería a decir.

**Declaración de Anne Smith, directora
científica, Bristol University,
Bristol.**

Elsábado no lo vi, pero el domingo por la mañana tomé una copa con él y con Paul Dimmock. William leyó una ponencia el viernes por la tarde, y a mí me interesaban algunas de las cosas que había dicho. Está investigando con medicamentos para la úlcera de estómago, y por lo visto va por buen camino.

**Declaración de Carrie Wilson,
camarera, hotel Regal, Liverpool.**

Me acuerdo del caballero de la número 2235. Era muy ordenado, deshizo la maleta y lo guardó todo en los cajones. Casi nadie se molesta en hacerlo. El sábado yo terminé hacia mediodía, pero hice su habitación cuando él bajó a desayunar y después no lo vi. El domingo por la mañana había un letrero de no molestar en su puerta, así que le dejé dormir. Si no

recuerdo mal bajó sobre las once y media y fue entonces cuando hice su habitación. Sí, la cama estaba deshecha, había libros de ciencias esparcidos por la cama, y creo que ese caballero debía de haber estado trabajando. Recuerdo que pensé que al fin y al cabo no era tan ordenado.

**Declaración de David Forward,
conserje, hotel Regal, Liverpool.**

Las plazas de aparcamiento son limitadas, y el señor Sumner reservó una plaza en el momento de reservar la habitación. Le asignaron la número 34, que está en la parte de atrás del hotel. Creo que el coche estuvo allí desde el jueves 7 hasta el lunes 11. Siempre pedimos a los clientes que nos dejen unas llaves y el señor Sumner no retiró las suyas hasta el lunes. Sí, si tenía otro juego de llaves pudo haber retirado el coche de la plaza. En la salida no hay barreras.

**Declaración de Jane Riley,
bibliotecaria, Biblioteca
Universitaria, Liverpool.**

(Se le mostró una fotografía de William Sumner.)

El sábado vinieron muy pocos conferenciantes a la biblioteca, pero no recuerdo haber visto a este hombre. Eso no quiere decir que no viniera. Los conferenciantes tienen acceso libre a la biblioteca, siempre que lleven la tarjeta de identificación y sepan lo que buscan.

**Declaración de Les Alien,
bibliotecaria, Biblioteca
Universitaria, Liverpool.**

(Se le mostró una fotografía de William Sumner.)

Vino el viernes por la mañana. Estuve cerca de media hora con él. Buscaba artículos sobre úlceras pépticas o duodenales, y le enseñé dónde tenía que buscarlos. Dijo que volvería el sábado, pero no lo vi. Esta biblioteca es muy grande. Sólo veo a la gente que necesita ayuda.

—¿Se da cuenta de lo que pasa? — preguntó Galbraith cuando Sumner hubo leído las

declaraciones-. Hay un período de veintiuna horas, desde las dos del sábado hasta las once y

media del domingo en que nadie recuerda haberlo visto. Sin embargo, las tres primeras

declaraciones corresponden a personas que según usted confirmarían su coartada. Sumner lo miró con desconcierto.

—Pero estaba allí -insistió-. Alguien tuvo que verme. — Puso el dedo sobre la declaración de Paul Dimmock, y añadió-: Me encontré con Paul en el vestíbulo. Le dije que iba a la biblioteca y él me acompañó un trozo del camino. Debían de ser más de las dos de la tarde. A las dos en punto yo todavía estaba discutiendo con el pesado de Harold Marshall.

—Aunque fueran las cuatro en punto, sería lo mismo. El lunes usted demostró que podía ir de Liverpool a Dorset en cinco horas.

—¡Qué estupidez! Lo que tiene que hacer es hablar con más gente. Alguien debió de verme. Había un hombre en la misma mesa que yo en la biblioteca. Un tipo pelirrojo y con gafas. Él puede demostrar que estuve allí.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé.

Galbraith cogió otro montón de papeles de su maletín.

—Hemos interrogado a treinta personas, William. Éstas son las otras declaraciones. Nadie ha confirmado que lo viera durante las diez horas anteriores al asesinato de su esposa, ni durante las diez posteriores. También hemos comprobado la factura del hotel. Usted no utilizó ningún servicio del hotel, ni siquiera el teléfono, entre el almuerzo del sábado y el aperitivo del domingo. — Dejó los papeles en el sofá-. ¿Cómo lo explica? Por ejemplo, ¿dónde comió el sábado por la noche? No asistió a la cena de la convención ni pidió nada al servicio de habitaciones.

Sumner volvió a hacer crujir las articulaciones de los dedos.

—No cené nada. No soporto esas malditas cenas de conferenciantes, y no quería salir de la habitación para que no me viera nadie. Todos se emborrachan y se comportan como imbéciles. Utilicé el minibar. Me bebí la cerveza y me comí los cacahuets y el chocolate. ¿No figura eso en la factura?

Galbraith asintió con la cabeza.

—Pero no especifica la hora. Pudo tomárselo el domingo a las diez de la mañana. Quizá por eso estaba de tan buen humor cuando se reunió con sus amigos en el bar. Si no quería bajar a cenar, ¿por qué no pidió la cena al servicio de habitaciones?

—Porque no tenía hambre. — Sumner fue hacia la butaca y se sentó-. Me lo temía -dijo con amargura-. Sabía que si no encontraban a nadie más

vendrían por mí. Estuve en la biblioteca toda la tarde, después volví al hotel y estuve leyendo libros y revistas hasta que me quedé dormido. – Se quedó callado, masajeándose las sienes-. Además, ¿cómo quiere que yo la ahogara? – preguntó de pronto-. Ni siquiera tengo barco.

–Es cierto. El ahogo como causa de la muerte es lo único que lo exonera.

El rostro de Sumner denotaba una mezcla de emociones: alivio, triunfo, placer.

–Entonces ya está -dijo inocentemente.

–¿De qué tienes que desquitarte con mi madre? – preguntó Maggie cuando Ingram regresó a la cocina tras instalar a Celia y telefonar a su médico de cabecera. Maggie había recobrado algo de color y dejado de temblar.

–Es un chiste tonto -dijo el policía; llenó la tetera y la puso al fuego-. ¿Dónde guarda su madre las tazas?

–En el armario junto a la puerta.

Cogió dos tazas y las puso en el fregadero; abrió el armario de abajo y sacó lavavajillas, lejía y estropajos.

–¿Cuánto hace que tiene la cadera mal? – preguntó mientras limpiaba el fregadero con lejía antes de centrarse en las tazas. El tufo a perro sucio y a mantas de caballo húmedas que impregnaba la cocina le hizo sospechar que el fregadero no se utilizaba únicamente para lavar los platos.

–Seis meses. Está en lista de espera para que le implanten una prótesis, pero no creo que la operen hasta finales de este año. – Miró cómo Ingram limpiaba el escurridero y el fregadero-. Nos tienes por un par de guarras, ¿verdad?

–Me temo que sí. Es un milagro que ninguna de las dos se haya envenenado, sobre todo su madre, cuya salud deja bastante que desear.

–Tenemos mucho trabajo -repuso ella con desánimo-, y mi madre sufre demasiados dolores y no puede limpiar. Al menos eso dice ella. A veces pienso que no son más que excusas para no hacerlo, porque cree que no es un trabajo propio de ella. Otras veces... -Suspiró-. Yo me encargo de que los caballos estén impecables, pero la limpieza de la casa siempre la dejo para el final. Además, no me gusta venir aquí. Es demasiado deprimente.

A Ingram le sorprendió que Maggie tuviera la desfachatez de criticar el estilo de vida de su madre, pero no dijo nada; el estrés, la depresión y el mal

genio eran para él una misma cosa. Se puso a fregar las tazas, las llenó de lejía diluida y las dejó un rato en la encimera.

—¿Por eso se fue a vivir a las cuadras? — le preguntó.

—No. Mi madre y yo no podemos vivir juntas porque nos peleamos. Así de sencillo. De este modo resulta más fácil.

Maggie parecía cansada, y daba la impresión de no haberse duchado en semanas. No era de extrañar, en vista de lo que le había pasado aquella mañana, sobre todo porque estaba empezando a aparecerle un cardenal en la cara; pero Ingram la recordaba como era antes, antes de la etapa Robert Healey: una mujer espléndida con un agudo sentido del humor y ojos chispeantes. Ingram lamentó aquel cambio de carácter, pero aun así Maggie era la mujer más deseable que él conocía.

Echó un vistazo a la cocina y dijo:

—Si esto le parece deprimente, debería alojarse en un albergue para gente sin hogar.

—¿Lo dices para que me sienta mejor?

—En esta habitación podría vivir una familia entera.

—Me recuerdas a Ava, mi insoportable cuñada. Según ella, vivimos rodeadas de lujos, aunque esta casa se esté cayendo a pedazos.

—Entonces, ¿por qué no deja de quejarse y hace algo por cambiar la situación? Esta cocina mejoraría mucho con una simple mano de pintura, y así no se deprimiría tanto.

—Por el amor de Dios, Nick, después me aconsejarás que haga ganchillo. No necesito terapia de bricolaje, te lo aseguro.

—Entonces explíqueme de qué le sirve pasarse el día sentada quejándose de su entorno. Usted no es ninguna inútil. ¿No será a usted, y no a su madre, a la que se le caen los anillos haciendo según qué trabajos?

—La pintura cuesta dinero.

—Ese piso que tiene encima de las cuadras vale mucho más -señaló él-. Usted se niega a comprar un bote de pintura, y sin embargo está dispuesta a pagar dos facturas de gas, electricidad y teléfono con tal de no convivir con su madre. ¿Qué sentido tiene eso? No es una política muy ahorrativa. Y ¿qué piensa hacer cuando su madre se caiga y se rompa la cadera y tenga que ir en silla de ruedas? ¿Asomar la nariz de vez en cuando para ver si se ha muerto de hipotermia por la noche porque no ha podido meterse en la cama ella sola? ¿O ni siquiera haría eso?

–Esto no es asunto tuyo. Nos las arreglamos muy bien solas.

Ingram la miró; luego vació las tazas y las aclaró bajo el grifo. Señaló la tetera y dijo:

–Su madre quiere una taza de té, y le sugiero que ponga varias cucharadas de azúcar para animarla un poco. A usted tampoco le vendría mal una taza. El médico ha dicho que llegaría sobre las once. – Se secó las manos con un trapo y se bajó las mangas.

–¿Adónde vas? – preguntó Maggie.

–Al cabo. Me gustaría saber por qué Harding volvió allí. ¿Tiene su madre bolsas para congelados?

–No. No tenemos congelador.

–¿Y plástico de envolver?

–En el cajón junto al fregadero.

Maggie vio cómo Ingram cogía el rollo de plástico de envolver y se lo ponía bajo el brazo.

–¿Para qué lo quieres? – preguntó.

–Para recoger pruebas -respondió él, y se dirigió hacia la puerta.

Ella lo miró con desprecio.

–¿Y mi madre y yo?

–¿Qué pasa con ustedes? – preguntó Ingram volviéndose con ceño.

–No sé -dijo ella con enojo-. Estamos un poco afectadas, no sé si te has dado cuenta. Ese imbécil me ha pegado, por si no lo recuerdas. ¿No hace nada la policía cuando alguien agrede a una mujer? ¿No les proporcionan vigilancia? ¿No se les toma declaración ni nada parecido?

–Es probable -concedió él-, pero hoy es mi día libre. La he ayudado porque soy su amigo, no en calidad de policía, y estoy investigando a Harding porque participó en el caso de Kate Sumner. No se preocupe -añadió con una sonrisa tranquilizadora-, Harding no supone ningún peligro para ustedes, al menos mientras esté en Poole, pero si necesita a alguien que la consuele, llame al 999.

Ella lo fulminó con la mirada.

–Quiero denunciarlo, o sea que quiero que me tomes declaración ahora mismo.

–Mmm. Bueno, no olvide que también le tomaré declaración a él, y quizá se le pasen a usted las ganas de lanzarse a su yugular si él decide denunciarla a usted alegando que fue él quien sufrió los daños porque usted

no controlaba adecuadamente su perro. Tenga en cuenta que será su palabra contra la de él -añadió al tiempo que abría la puerta-, y ése es uno de los motivos por los que pienso volver allí ahora.

Maggie suspiró y dijo:

—¿Estás ofendido porque te dije que te metieras en tus asuntos?

—En absoluto -contestó Ingram-. Enojado o aburrido, quizá, pero no ofendido.

—¿Qué quieres? ¿Que te pida disculpas? Está bien. Me siento cansada, estoy muy estresada y no estoy de muy buen humor, pero te pido disculpas, si eso es lo que quieres.

Pero sus palabras no sirvieron de nada, porque lo único que oyó fue el ruido de la puerta trasera cerrándose detrás del policía.

El inspector llevaba tanto rato callado que William Sumner cada vez estaba más nervioso.

—Ya está -insistió-. Eso demuestra que yo no pude ahogarla ¿no? — Le temblaba un párpado, lo cual le daba un aspecto ridículo-. No entiendo por qué soltó a Steven Harding si la agente Griffiths dijo que lo habían visto hablando con Kate delante de Tesco's el sábado por la mañana.

Griffiths deberá aprender a tener la boca cerrada, pensó Galbraith con enojo, aunque no la culpaba por su indiscreción. Sumner era lo bastante listo para leer entre líneas en los artículos del periódico que hablaban de un joven actor de Lymington al que habían detenido para interrogarlo, y para sonsacarle información a la agente.

—Sólo hablaron un momento -aclaró-, y después cada uno siguió su camino. Luego Kate habló con un par de dependientes, pero Harding ya no estaba con ella.

—De todos modos, no fui yo -dijo Sumner sin dejar de parpadear-. Y eso significa que hay alguien más a quien usted todavía no ha encontrado.

—Sí, ése es otro punto de vista, desde luego. — Galbraith cogió la fotografía enmarcada de Kate que había en la mesa-. El problema es que muchas veces las apariencias engañan. Es el caso de Kate, por ejemplo. ¿Ve esto? — Le enseñó la fotografía-. La primera impresión que uno tiene de ella es que no ha roto un plato en su vida, pero cuando empiezas a conocerla comprendes que esa primera impresión era errónea. Le diré lo que sé de Kate. — Enumeró los puntos con los dedos -: Le gustaba el dinero y no le importaba lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Manipulaba a la gente

para lograr sus propósitos. A veces era cruel. Mentía cuando era necesario. Buscaba ascender socialmente y ser aceptada en un entorno que admiraba, y el sexo era su mejor arma para conseguirlo. La única persona a la que no logró manipular fue su madre, así que optó por alejarse de su influencia. – Miró a Sumner con expresión de lástima-. ¿Cuánto tardó en darse cuenta de que su esposa le había tomado el pelo, William?

–Veo que ha estado hablando con la agente Griffiths.

–Y no sólo con ella.

–Me puso furioso, y dije cosas que habría preferido no decir.

Galbraith sacudió la cabeza.

–La opinión que tenía su madre de su matrimonio no era muy diferente - señaló-. Quizás ella no empleara las expresiones «casera» o «pensión barata», pero de todos modos describió una relación muy poco satisfactoria. Otros la han descrito como una relación desdichada, basada en el sexo, fría y aburrida. ¿Son acertadas esas opiniones?

Sumner se apretó la nariz con el índice y el pulgar.

–Nadie mata a su esposa porque se aburra con ella -murmuró.

A Galbraith volvió a sorprenderle su inocencia. El aburrimiento era precisamente el motivo por el que la mayoría de los maridos mataban a sus esposas. Quizá lo enmascaraban alegando provocación o celos, pero el verdadero motivo era el deseo de algo diferente, aunque esa diferencia fuera simplemente una evasión.

–Según tengo entendido, no se trataba de aburrimiento, sino de que usted daba por hecho que Kate siempre estaría a su lado. Y eso me interesa. Verá, me pregunto qué haría un hombre como usted si su mujer decidiera de pronto que ya no quería seguir las reglas del juego.

Sumner lo miró con desdén.

–No sé de qué me está hablando.

–O si usted hubiera descubierto que aquello que daba por hecho no era cierto -añadió Galbraith sin inmutarse-. Como su paternidad, por ejemplo.

Ingram había deducido que Harding había vuelto por su mochila, porque, pese a que el joven insistía en que la que habían encontrado a bordo del *Crazy Daze* era la que llevaba, Ingram seguía creyendo que era mentira. Paul y Danny Spender estaban demasiado seguros de que la mochila que habían visto era grande para que Ingram aceptara que una triangular encajaba con la descripción. Además le hacía sospechar el hecho de que

Harding no la hubiera cogido cuando acompañó a los niños a los cobertizos de la playa. Sin embargo seguía sin entender por qué Harding había bajado a la playa aquella mañana para volver a subir con las manos vacías.

¿Alguien había encontrado la mochila y se la había llevado? ¿Harding la había arrojado al mar? Y para empezar, ¿la había dejado Harding allí?

Un poco desanimado, Ingram bajó deslizándose por un barranco del precipicio de esquisto hasta donde la pendiente ondulaba suavemente hacia el mar. El acantilado daba al oeste e Ingram se estremeció cuando el frío y la humedad le traspasaron la camiseta y el suéter. Se volvió para mirar hacia la grieta del acantilado, calculando el punto donde debían de haberse encontrado Harding y Maggie. Todavía había esquisto suelto en el barranco por donde había bajado, y el policía vio un desprendimiento reciente a su izquierda. Fue hacia allí, preguntándose si lo habría hecho Harding al subir, pero la superficie estaba empapada de rocío, y dedujo que debía de haber pasado unos días antes.

Miró hacia la orilla y dio unos pasos hacia allí para ver mejor. Había maderas flotantes y envases de plástico desmenuzados al chocar contra las rocas, pero el policía no vio nada que pareciera una mochila verde o negra. De pronto se sintió agotado y se preguntó qué hacía allí. Tenía previsto pasar el día en su barca sin hacer nada, y no le hacía gracia abandonar sus planes para perseguir un imposible. Vio unas nubes que se acercaban impulsadas por la brisa del suroeste y exhaló un suspiro de frustración.

Maggie dejó una taza de té en la mesa que había junto a la cama de su madre.

—Le he echado mucho azúcar -dijo-. Nick dice que necesitas energía. — Vio la manta, gastada y llena de manchas, y luego se fijó en las manchas de la bata de Celia. No quería ni pensar cómo debían de estar las sábanas, pues hacía años que en Broxton House no había lavadora, y lamentó haber incluido la palabra «guarra» en su conversación con Ingram.

—Prefiero un coñac -dijo Celia.

—Yo también -repuso Maggie-, pero no tenemos. — Se acercó a la ventana, mirando hacia el jardín, con la taza de té entre las manos-. ¿Por qué quiere desquitarse contigo, mamá?

—¿Se lo has preguntado?

—Sí. Contestó que era un chiste tonto.

—¿Dónde está? — preguntó Celia.

–Se ha marchado.

–Espero que le hayas dado las gracias de mi parte.

–Pues no. Empezó a darme órdenes y lo mandé a paseo.

Su madre la miró.

–Qué raro -dijo cogiendo su taza de té-. ¿Qué tipo de órdenes te daba?

–Sarcásticas.

–Entiendo.

Maggie sacudió la cabeza y dijo:

–Dudo que lo entiendas. Nick es como Matt y Ava; cree que la sociedad sacaría mejor provecho de esta casa si nos desahuciaran y se la entregaran a una familia necesitada.

Celia bebió un sorbo de té y se recostó en las almohadas.

–Ahora sé por qué estás tan enfadada. Resulta muy molesto que otro tenga razón.

–Te ha llamado guarra y ha dicho que era un milagro que no hubieras muerto envenenada.

–Me extraña que te haya dicho eso y que no te haya explicado por qué quería desquitarse conmigo. Además, es un joven muy educado y no suele emplear palabras como «guarra». Eso me recuerda más a tu estilo, ¿no, querida? – Observó la rígida espalda de su hija, pero como Maggie no decía nada, prosiguió:- Si de verdad hubiera querido desquitarse conmigo podría haberlo hecho hace mucho tiempo. Yo fui sumamente grosera con él, de lo cual siempre me he arrepentido.

–¿Qué le hiciste?

–Dos meses antes de tu boda Nick vino a verme para prevenirme de tu prometido, y yo... – hizo una pausa para recordar la expresión empleada por su hija- lo mandé a paseo. – Ni Maggie ni ella pensaban nunca en el hombre que se había metido en sus vidas y las había arruinado con su nombre real, Robert Healey, sino con el nombre por el que ellas lo conocían, Martin Grant. A Maggie le costaba más, pues durante tres meses había sido la señora de Martin Grant, hasta que tuvo que informar a varios bancos y empresas que ni el nombre ni el título eran válidos-. Hay que reconocer que las pruebas que había contra Martin eran muy frágiles - prosiguió Celia-. Nick lo acusó de intentar estafar a los suegros de Jane Fielding haciéndose pasar por coleccionista de antigüedades (todo se basaba en la convicción de la señora Fielding de que Martin era el hombre que

había ido a visitarlos), pero si yo hubiese escuchado a Nick en lugar de censurarlo... – Hizo una pausa y a continuación añadió-: Lo malo fue que me hizo enfadar. No paraba de preguntarme qué sabía del pasado de Martin, y cuando le dije que el padre de Martin era propietario de una plantación de café en Kenia, Nick se echó a reír.

–¿Le enseñaste las cartas que nos escribieron?

–Que supuestamente nos escribieron -la corrigió Celia-. Sí, claro que se las enseñé. Eran la única prueba que teníamos de que Martin procedía de una familia respetable. Pero, como Nick señaló con razón, la dirección del remitente era un apartado de correos de Nairobi que no demostraba nada. Me dijo que cualquiera podía mantener una correspondencia falsa utilizando un apartado de correos anónimo. Lo que él quería era la dirección anterior de Martin en Gran Bretaña, y lo único que yo pude darle fue la dirección del piso que Martin alquilaba en Bournemouth. – Exhaló un suspiro-. Pero como dijo Nick, no hace falta ser hijo del propietario de una plantación de café para alquilar un piso, y agregé que no estaría de más que hiciera algunas averiguaciones antes de permitir que mi hija se casara con un hombre del que no sabía nada.

Maggie se dio la vuelta y miró a su madre.

–Y ¿por qué no seguiste sus consejos?

–No lo sé. – Celia volvió a suspirar-. Quizá porque Nick era exageradamente pomposo. Quizá porque en una ocasión en que me atreví a cuestionar tu inminente boda con Martin – levantó las cejas- me llamaste bruja entrometida y pasaste semanas sin dirigirme la palabra. Creo que te pregunté si de verdad serías capaz de casarte con un hombre al que le daban miedo los caballos, ¿no?

–Sí -reconoció su hija-. Y yo debí hacerte caso. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho. – Se cruzó de brazos y preguntó-: ¿Qué le dijiste a Nick?

–Lo mismo que tú acabas de decir de él, más o menos. Le llamé gorila engreído con complejo de Hitler y le dije de todo por haber tenido la desfachatez de criticar a mi futuro yerno. Luego le pregunté qué día decía la señora Fielding que había visto a Martin, y, cuando me dijo el día, yo mentí y dije que no podía ser porque Martin había venido a pasear a caballo con nosotras.

–¡Vaya por Dios! – exclamó Maggie-. ¿Cómo pudiste hacer eso?

—Porque no se me ocurrió que Nick pudiera tener razón -respondió Celia con una sonrisa irónica-. Al fin y al cabo, él no era más que un policía de barrio, y Martin, en cambio, era todo un caballero. Había estudiado en Eton y Oxford. Era el heredero de una plantación de café. A ver, querida, ¿quién es la más estúpida de las dos, tú o yo?

—Al menos podrías habérmelo contado -dijo Maggie meneando la cabeza-. Hombre prevenido vale por dos.

—No lo creo. Siempre fuiste muy cruel con Nick después de que Martin comentara que el pobre se ponía rojo como un tomate cada vez que te veía. Recuerdo cómo te reías comparando a Nick con un hombre de neanderthal disfrazado de policía.

Maggie hizo una mueca y replicó:

—Podías habérmelo contado después.

—Claro -dijo Celia-, pero no quería proporcionarte una excusa para echarme la culpa. Tú eras tan culpable como yo. Tú vivías con ese desgraciado en Bournemouth y eras la más indicada para descubrir sus mentiras. No eras ninguna chiquilla, Maggie. Si le hubieras pedido que te enseñara su despacho, por ejemplo, toda la farsa se habría venido abajo.

Maggie suspiró, exasperada. Estaba molesta con su madre, con Nick y con ella misma.

—¿Supones que no lo sé? ¿Por qué crees que ya no me fío de nadie?

Celia le sostuvo la mirada y luego miró hacia otra parte.

—Me lo he preguntado en muchas ocasiones -murmuró-. A veces pienso que es por mal genio y otras por inmadurez. Generalmente lo atribuyo al hecho de que cuando eras pequeña te malcrié y te convertí en una engreída. — Volvió a mirar a Maggie-. Poner en tela de juicio los motivos de los demás y no cuestionar nunca los propios es el colmo de la arrogancia. Sí, Martin era un estafador, pero ¿por qué nos eligió a nosotras como víctimas? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—Porque teníamos dinero.

—Mucha gente tiene dinero, cariño, pero a poca gente la estafan como a nosotras. No -dijo con súbita firmeza-. A mí me estafaron porque era una codiciosa, y a ti porque dabas por supuesto que los hombres te encontraban atractiva. De no ser así, te habría llamado la atención la ridícula costumbre de Martin de decirle a todo el que se encontraba lo mucho que te quería. Era tan americano y tan falso. No entiendo cómo podíamos creérselo.

Maggie se volvió hacia la ventana para que su madre no le viera los ojos.

—No -dijo con pesar-. Ahora yo tampoco lo entiendo.

Una gaviota bajó en picado hacia la orilla y picoteó una cosa blanca que se mecía en el agua. Ingram la miró suponiendo que volvería a emprender el vuelo con un pez en el pico, pero al ver que el pájaro abandonaba la presa y se alejaba graznando, Ingram bajó hasta el borde del agua, preguntándose qué sería aquello blanco que aparecía intermitentemente entre las olas. ¿Una bolsa de plástico atascada entre las rocas? ¿Un trozo de tela? Subía rápidamente cada vez que lo impulsaba una ola, antes de retroceder bruscamente en medio de un revoltijo de espuma con la llegada de la siguiente.

↑ Capítulo 20

Galbraith se inclinó con la barbilla apoyada en las manos. Su aspecto era completamente inofensivo, casi bondadoso, como el de un colegial bonachón que quiere ganar amigos. Era muy buen actor, como la mayoría de los policías, y sabía cambiar de humor en la medida que lo exigían las circunstancias. Ahora su objetivo era ganarse la confianza de Sumner.

—¿Conoce Lulworth Cove, William? —murmuró con tono amistoso.

Sumner parecía desconcertado, aunque era difícil saber si porque se sentía culpable o por el brusco cambio de táctica del inspector.

—Sí -contestó.

—¿Ha estado allí últimamente?

—No.

—No es de esas cosas que se olvidan fácilmente, ¿no?

—Depende de lo que quiera usted decir por últimamente. Fui allí varias veces en mi barco, pero de eso hace años.

—¿Alquiló alguna vez una caravana o un chalet? ¿Llevó a su familia allí de vacaciones?

—Kate y yo sólo fuimos de vacaciones una vez, a un hotel del Lake District. Fue un desastre. Hannah se negaba a dormir, y nos pasábamos las noches en la habitación viendo la televisión para que Hannah no despertara al resto de los clientes con sus berridos. Decidimos esperar a que la niña fuera un poco mayor antes de intentarlo de nuevo.

Parecía convincente, y Galbraith asintió.

—Hannah es un poco majadera, ¿no?

—Kate sabía manejarla.

—¿Por qué le daba somníferos?

—No sé nada de eso. Tendrá que preguntárselo a su pediatra.

—Ya lo hemos hecho. Dice que nunca les recetó sedantes a Kate ni a la niña.

—Entonces...

—Usted se dedica a eso, William. Seguro que sabe cómo conseguir muestras de cualquier medicamento. Además, con todas esas conferencias a las que asiste debe de estar muy enterado sobre productos farmacéuticos.

—No diga tonterías -replicó él parpadeando-. Necesito receta, como todo el mundo.

Galbraith asintió como si quisiera convencer a William de que le creía.

—De todos modos, cuando usted se casó no se imaginó que tendría una hija tan exigente, ¿verdad? Como mínimo la niña debió de arruinar su vida sexual.

Sumner no contestó.

—Al principio debió de pensar que tenía un chollo. Una esposa guapa que lo adoraba. De acuerdo, usted no tenía nada en común con ella, y la paternidad dejaba mucho que desear, pero la vida que llevaba no estaba mal. Tenía una relación sexual satisfactoria, una hipoteca que podía pagar, el trabajo cerca de casa, una madre que se encargaba de supervisarle todo durante el día, cuando llegaba a casa por la noche encontraba el plato en la mesa, y podía salir a navegar siempre que quisiera. — Hizo una pausa—. Después se fue a vivir a Lymington y las cosas empezaron a ponerse feas. Supongo que a Kate cada vez le interesaba menos hacerle feliz porque ya no tenía que fingir. Ya tenía todo lo que quería: su propia casa, respetabilidad, su suegra había desaparecido del mapa; y todo eso le dio seguridad para construirse una vida propia para ella y la niña que no lo incluía a usted. — Miró a Sumner—. Y de pronto era ella la que tenía garantías de que usted nunca la abandonaría. ¿Fue entonces cuando empezó a sospechar que Hannah no era hija suya?

Sumner soltó una carcajada que sorprendió al policía.

—Supe que no podía ser hija mía desde que tenía pocas semanas. Kate y yo tenemos grupo sanguíneo O, y Hannah grupo A. Eso significa que su

padre tiene que ser forzosamente grupo A o AB. No soy idiota. Me casé con una mujer embarazada, y no me hacía ilusiones sobre ella, pese a lo que puedan pensar mi madre o usted.

—¿Le pidió aclaraciones a Kate?

—No exactamente. Le enseñé la tabla de exclusiones de paternidad del sistema ABO y le expliqué que dos progenitores de grupo sanguíneo O sólo pueden engendrar hijos de grupo O. A ella le sorprendió ser descubierta tan fácilmente, pero dado que mi único propósito era demostrarle que yo no era tan bobo como creía, nunca discutimos sobre ese asunto. Yo no tuve inconveniente en reconocer a Hannah como hija mía, que es lo único que quería Kate.

—¿Le dijo quién era el padre?

—Yo no quise saberlo. Supongo que es alguien con quien trabajo, o con quien trabajaba, pero como Kate interrumpió todo contacto con Pharmatec cuando se marchó, salvo alguna visita ocasional de Polly Garrard, yo sabía que el padre había desaparecido de la vida de mi esposa. —Acarició el brazo de la butaca y añadió—: Seguramente no me creerá, pero no veía qué sentido podía tener ofenderse por alguien que se había vuelto irrelevante.

Sumner tenía razón. Galbraith no le creyó.

—Supongo que el hecho de que Hannah no sea hija suya explica su falta de interés por ella.

Una vez más Sumner no contestó.

—Dígame qué ocurrió cuando se fue a vivir a Lymington -dijo Galbraith.

—No ocurrió nada.

—¿Insinúa que para usted el matrimonio era, desde el primer día, como vivir con una casera? Es una situación muy poco atractiva, ¿no le parece?

—Depende de lo que uno quiera. A ver, ¿cómo describiría usted a una mujer para la cual el mayor desafío intelectual era mirar un culebrón, que no tenía buen gusto en nada, tan meticulosa que creía que la limpieza era una de las mayores virtudes, que prefería las salchichas muy hechas con alubias a un filete al punto, y que controlaba cada maldito penique que gastábamos?

Su voz tenía un deje áspero que Galbraith achacó al sentimiento de culpa por exponer los defectos de su esposa, y no al simple hecho de que los tuviera, y le dio la impresión de que William no sabía si amaba u odiaba

a su esposa. Lo que Galbraith ignoraba era si eso lo convertía en culpable de la muerte de Kate.

–Si tanto la despreciaba, ¿por qué se casó con ella?

Sumner apoyó la cabeza en el respaldo y contempló el techo.

–Porque a cambio de ayudarla a salir del agujero yo tenía sexo siempre que quería. – Se volvió para mirar a Galbraith, y el inspector vio lágrimas en sus ojos-. Eso era lo único que me interesaba. Es lo único que nos interesa a todos los hombres, ¿no? Sexo a mano. Kate hacía todo lo que yo le pedía en la cama, con tal de que yo siguiera reconociendo a Hannah como hija mía.

Aquel recuerdo no le alegraba, porque empezaron a caerle lágrimas por las mejillas mientras el párpado le temblaba.

Ingram tardó una hora y media en volver a Broxton House con algo envuelto en un plástico transparente. Maggie lo vio pasar por la ventana de la cocina y fue a abrirle la puerta. Ingram estaba empapado, y se apoyó en el marco de la puerta, cabizbajo de agotamiento.

–¿Has encontrado algo? – preguntó Maggie.

Ingram asintió y levantó el paquete que llevaba.

–Tengo que telefonar, pero no quiero mojarle el suelo a su madre. Creo que esta mañana llevaba usted un móvil. ¿Me lo deja un momento?

–No, no llevaba móvil. Me lo regalaron hace dos años, pero era tan condenadamente caro que dejé de utilizarlo, y hace más de un año que no lo uso. Ni siquiera sé dónde lo tengo. – Abrió más la puerta y dijo:- Será mejor que entres; a las baldosas no les pasa nada si se mojan. Hasta es posible que les vaya bien un poco de agua. No recuerdo cuánto hace que no ven una fregona.

El policía entró en la cocina con los zapatos chapoteando.

–¿Cómo me llamó esta mañana si no tenía móvil?

–Usé el de Steve -contestó ella señalando un Philips GSM que había en la mesa de la cocina.

Ingram lo apartó y dejó el paquete a su lado.

–¿Qué hace aquí?

–Me lo metí en el bolsillo y me olvidé de él. No me acordé de él hasta que empezó a sonar. Ha sonado cinco veces desde que te fuiste.

–¿Contestó?

–No. Pensé que ya lo harías tú cuando volvieras.

Ingram fue hacia el teléfono de pared y descolgó el auricular.

–Es usted muy confiada -murmuró, marcando un número-. ¿Y si había decidido dejar que su madre y usted se las arreglaran solas?

–Eso no es propio de ti -repuso ella.

Ingram todavía se estaba preguntando cómo debía interpretar aquella frase cuando le pasaron al comisario Carpenter.

–He pescado una camiseta de niño, señor. Estoy casi seguro de que es de uno de los chicos Spender. Tiene el logotipo del DERBY COUNTY FC en el pecho, y Danny dijo que Harding se la había robado. – Escuchó un momento y añadió:- Sí, es posible que Danny la perdiera... Estoy de acuerdo, eso no convierte a Harding en un pedófilo. – Apartó el auricular de su oreja y se oyeron los gritos de Carpenter-. No, todavía no he encontrado la mochila, pero imagino dónde debe de estar. – Más gritos-. Sí, creo que es por lo que volvió allí... -Hizo una mueca mirando el auricular-. Sí señor, estoy convencido de que está en Chapman's Pool. – Miró su reloj-. En los cobertizos dentro de una hora. Hasta luego. – Colgó y se fijó en la mirada socarrona de Maggie. Señaló el recibidor y preguntó:- ¿Ha venido el médico a ver a su madre?

Maggie asintió.

–Y ¿qué ha dicho?

–Que había sido una tontería no aceptar el ofrecimiento de la ambulancia y no haber ido a urgencias esta mañana; luego le recetó unos analgésicos. – Esbozó una sonrisa y añadió:- También dijo que necesita un andador y una silla de ruedas, y me sugirió que la llevara al centro de la Cruz Roja más próximo para ver qué pueden hacer por ella.

–Muy sensato.

–Claro, pero ¿desde cuándo entra la sensatez en el esquema vital de mi madre? Dice que si se me ocurre meter algún aparato de esos en su casa, no los utilizará, y además no volverá a dirigirme la palabra. Y lo dice en serio. Dice que prefiere caminar a gatas que causar la impresión de que ya ha pasado su fecha de caducidad. – Suspiró-. Deberían internarla en un manicomio. ¿Qué voy a hacer con ella?

–Esperar -dijo él.

–¿A qué?

–A que se cure milagrosamente o a que le pida un andador. Celia no es tonta, Maggie. Cuando se le pase el enfado, se impondrá la lógica. Mientras

tanto, procure ser amable con ella. Esta mañana se ha jugado el físico por usted, y un poco de gratitud no le vendría mal.

—Ya te he dicho que sin ella no lo habría logrado.

—De tal palo tal astilla, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Ella es incapaz de pedir disculpas, y usted es incapaz de darle las gracias.

—Ya -dijo Maggie-. Por eso te marchaste tan ofendido hace un par de horas. Lo que querías era una muestra de gratitud. Qué tonta soy. Pensé que estabas enfadado porque te dije que te metieras en tus asuntos. — Se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa-. Pues bien, gracias Nick, te estoy inmensamente agradecida por tu ayuda.

—No me cabe duda, señorita Jenner. Pero una dama como usted no necesita darle las gracias a un hombre por hacer su trabajo.

Maggie, desconcertada, lo miró hasta que comprendió que él le estaba tomando el pelo, y los nervios la traicionaron.

—¡Vete al infierno! — exclamó.

Dos agentes de policía de Dartmouth escuchaban con interés al francés mientras su hija, abochornada, permanecía junto a su padre, sin parar de toquetearse el cabello. El francés hablaba correctamente inglés, aunque con marcado acento, y explicó minuciosamente dónde había estado con su barco el domingo anterior. Había ido a la comisaría porque leyó en los periódicos ingleses que la mujer de la playa había sido asesinada. Puso un ejemplar del *Telegraph* del miércoles en el mostrador por si los policías no sabían a qué investigación se refería.

—La señora Kate Sumner -dijo-. ¿Saben de qué caso hablo?

Los policías le dijeron que sí, y el francés sacó una cinta de vídeo de una bolsa de plástico y la puso junto al periódico.

—Mi hija grabó a un hombre con su cámara ese día. Podría ser inocente, pero estoy un poco intranquilo, así que será mejor que vean la cinta. ¿De acuerdo? Podría ser importante.

El teléfono móvil de Harding era un aparato muy sofisticado con capacidad para recibir llamadas del extranjero. Necesitaba una tarjeta sim y un número pin, pero como alguien, seguramente Harding, los había introducido, el teléfono funcionaba; de no haber sido así, Maggie no habría podido usarlo. La tarjeta tenía una extensa memoria capaz de almacenar

números y mensajes, además de los diez últimos números marcados y las diez últimas llamadas recibidas.

En la pantalla había una señal que indicaba que había cinco llamadas no contestadas y otra que indicaba que había mensajes no leídos. Con una mirada cautelosa hacia la puerta que daba al recibidor, Ingram buscó el buzón de voz, seguido de los mensajes, pulsó el botón de llamada y se acercó el aparato a la oreja.

«Tiene tres mensajes nuevos», dijo una voz femenina.

«¿Steve? – era una voz ceceante, suave, quizás extranjera; Ingram no estaba seguro de si se trataba de un hombre o una mujer-. ¿Dónde estás? Tengo miedo. Llámame, por favor. Te he llamado veinte veces desde el domingo.»

«¿Señor Harding? – Esta vez era una voz masculina, claramente extranjera-. Le llamo del hotel Angelique, de Concarneau. Si quiere conservar su habitación, debe confirmar la reserva antes del mediodía de hoy, utilizando una tarjeta de crédito. Lamento decirle que sin esa confirmación perderá su reserva.»

«Hola -dijo otra voz a continuación-. ¿Dónde coño te has metido, gilipollas? Se suponía que dormías aquí, ¿no? Maldita sea, ésta es la dirección que le has dado a la policía, y te juro que si me causas más problemas te arrancaré la piel a tiras. No esperes que tenga el pico cerrado la próxima vez. Ya te dije que si me utilizabas como cabeza de turco te caparía. Ah, y por si te interesa, hay un periodista que quiere saber si es cierto que te han interrogado con relación al asesinato de Kate Sumner. Estoy hasta las narices de él, así que ven inmediatamente si no quieres que te meta en un buen lío.»

Ingram repitió todo el proceso, tomando notas en un papel. Después apretó dos veces el botón con una flecha para revisar los números de las últimas diez llamadas recibidas. A continuación anotó los diez últimos números que Harding había marcado, el primero de los cuales respondía a la llamada que Maggie le había hecho a él. Y por último, ya que estaba en ello, revisó los nombres grabados y los anotó junto con los teléfonos.

–¿Estás haciendo algo ilegal? – preguntó Maggie desde el umbral.

Ingram estaba tan concentrado que no había oído la puerta, y dio un respingo.

—No si el inspector Galbraith ya tiene esta información. Seguramente es una violación de los derechos de Harding según la ley de protección de datos. Depende de si el teléfono estaba a bordo del *Crazy Daze* cuando lo registraron.

—¿No se dará cuenta Harding que has estado leyendo sus mensajes cuando le devuelvas el teléfono? Nuestro contestador nunca vuelve a pasar los que ya has escuchado a menos que rebobines la cinta.

—El buzón de voz es diferente. Si no quieres seguir oyendo los mensajes, tienes que borrarlos. — Esbozó una sonrisa y añadió:- Pero si Harding sospecha, espero que piense que los miró usted cuando utilizó su teléfono.

—¿Por qué voy a involucrarme en esto?

—Porque Harding sabrá que usted me llamó. Mi número está grabado en la memoria.

—Vaya -dijo ella con resignación-. ¿Esperas que mienta por ti?

—No. — Ingram se levantó, se cogió las manos sobre la cabeza y estiró los brazos para relajar los músculos. Era tan alto que casi tocaba el techo, y plantado en medio de la cocina parecía un gigante.

Maggie se preguntó cómo había sido capaz de llamarlo neanderthal. Recordaba que aquélla había sido la descripción de Martin, y le molestaba pensar en la facilidad con que ella la había adoptado porque había hecho reír a gente a la que antes consideraba amigos suyos, pero a la que ahora esquivaba a toda costa.

—Bueno, pues mentiré -dijo Maggie con repentina decisión.

Ingram bajó los brazos mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—No me serviría de nada. Usted no mentiría ni aunque le fuera en ello la vida. Y por cierto, eso es un cumplido -dijo al ver que ella fruncía el entrecejo-. No me gustan los mentirosos.

—Lo siento -dijo ella bruscamente.

Ingram empezó a recoger lo que había encima de la mesa.

—¿Adónde vas ahora?

—A mi casa a cambiarme, y después a los cobertizos de Chapman's Pool. Pero volveré a pasar esta tarde antes de ir a ver a Harding. Tendré que tomarle declaración a usted. — Hizo una pausa-. Ya hablaremos de eso en otro momento, pero ¿oyó usted algo antes de que apareciera Harding?

—¿Como qué?

–Piedras desprendiéndose.

–Lo único que recuerdo es el silencio que había. Por eso me asusté tanto al ver a Harding. Yo creía estar sola, y de pronto él apareció arrastrándose como un perro rabioso. Fue muy raro. No sé qué demonios hacía allí, pero aquello está lleno de arbustos y supongo que debió de oírme llegar y se escondió entre los matorrales.

–¿Y la ropa? ¿La tenía mojada?

–No.

–¿Sucia?

–¿Antes de que se la manchara de sangre?

–Sí.

Maggie volvió a negar con la cabeza.

–Pensé que no se había afeitado, pero no recuerdo que fuera sucio.

Amontonó el paquete de plástico transparente, las notas y el teléfono y lo levantó todo de la mesa.

–Muy bien. Esta tarde le tomaré declaración. – Le sostuvo la mirada-. No se preocupe – añadió-. Harding no va a volver.

–No creo que se atreva -repuso ella cerrando los puños.

–Más le vale -murmuró Ingram.

–¿Tienes coñac en tu casa?

El cambio de tema fue tan brusco que Ingram necesitó un momento para reaccionar.

–Sí -murmuró con cautela.

–¿Puedes darme un poco?

–Sí, claro. Se lo traeré cuando pase por aquí de camino a Chapman's Pool.

–Si esperas un momento le diré a mi madre que salgo y te acompañaré. Ya volveré andando.

–¿No te echará de menos?

–Si no tardo más de una hora, no. Los analgésicos le han dado sueño.

Cuando Ingram detuvo el jeep junto a su puerta, *Bertie* estaba tumbado al sol en los escalones. Maggie nunca había estado en casa de Nick, pero siempre le había envidiado el pulcro jardín. Era como un reproche a todos sus vecinos, menos organizados, con sus impecables setos de alheña y sus hermosos rosales colocados ante las paredes de piedra amarilla de la casa. Maggie se preguntó de dónde sacaba Nick tiempo para sus plantas, cuando

pasaba gran parte de su tiempo libre en su barca; y en sus momentos más críticos lo achacaba a que Ingram era un soso cuya vida se regía por un estricto horario de tareas.

El perro levantó la cabeza y tamborileó la alfombrilla con el rabo; luego se puso lentamente en pie y bostezó.

—Así que aquí es adonde viene -observó Maggie-. No tenía ni idea. ¿Cuánto tiempo has tardado en enseñarle, por cierto?

—No mucho. Es un perro inteligente.

—¿Por qué te has molestado?

—Porque le encanta cavar agujeros, y me harté de que me destrozara el jardín.

—Vaya -replicó Maggie, compungida-. Lo siento. El problema es que a mí no me hace ningún caso.

—¿Debería hacérselo?

—Es mi perro.

Ingram abrió la puerta del jeep y dijo:

—¿Se ha enterado *Bertie* de eso?

—Pues claro. Viene a casa cada noche, ¿no?

Ingram buscó el paquete con las pruebas que había dejado en el asiento trasero y dijo:

—Yo no pongo en duda que usted sea la dueña del perro. Lo que no sé es si *Bertie* sabe que es un perro. Yo creo que piensa que el jefe es él. Come antes que nadie, duerme en el sofá, lame los platos... Estoy seguro de que hasta le hace sitio en la cama para que él esté más cómodo.

Maggie se ruborizó ligeramente.

—¿Y qué? Prefiero tenerlo a él en la cama que al desgraciado que dormía antes conmigo. Además, es lo más parecido que tengo a una botella de agua caliente.

Ingram sonrió y dijo:

—¿Piensa entrar, o quiere que saque el coñac? Le garantizo que *Bertie* no la ensuciará. Desde que le regañé por limpiarse el trasero en mi moqueta, tiene muy buenos modales.

Maggie estaba indecisa. En realidad no quería entrar en la casa, porque si lo hacía se enteraría de cosas sobre Ingram que prefería no saber. Seguro que todo estaba insoportablemente limpio, y *Bertie* la pondría en evidencia haciendo exactamente lo que le dijeran.

—Entremos -dijo con tono desafiante.

Cuando estaba a punto de salir hacia Chapman's Pool, Carpenter recibió la llamada de un policía de Dartmouth. Escuchó una descripción de lo que había en la cinta de vídeo del francés y luego preguntó:

—¿Qué aspecto tiene?

—Un metro setenta, complexión media, un poco de tripa, cabello oscuro y escaso.

—¿No acaba de decirme que era un joven?

—No, no. Al menos tiene cuarenta y tantos. La hija tiene catorce.

Carpenter frunció el entrecejo.

—¡No me refiero a ese maldito francés -exclamó-, sino al sinvergüenza del vídeo!

—Ah, lo siento. Sí, ése sí es joven. No creo que tenga más de veinte años. Cabello oscuro y bastante largo, camiseta sin mangas y pantalones cortos. Robusto, bronceado. Un Adonis, vaya. La chica que lo grabó dice que le encontró cierto parecido con Jean-Claude van Damme. Por cierto, ahora está agobiadísima, no entiende cómo no se dio cuenta de lo que estaba haciendo ese tipo, teniendo en cuenta que tiene un rabo como un salami. Ese tipo se haría de oro haciendo películas pornográficas.

—Vale, vale -dijo Carpenter, impaciente-. Ya me hago una idea. Y ¿dice que se estaba masturbando y que tiene un pañuelo en la mano?

—Eso parece.

—¿No podría tratarse de una camiseta?

—Quizá. No se ve muy bien. De hecho, me sorprende que ese francés se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Disimulaba muy bien. Si se ve algo, es únicamente porque tiene un rabo enorme. La primera vez que vi la cinta creí que estaba pelando una naranja sobre el regazo. — Se oyó una risotada—. Pero ya sabe usted lo que dicen de los franceses. Se pasan la vida masturbándose. Supongo que nuestro gabacho es un experto, y por eso sabía lo que andaba buscando. ¿Sí o no?

Racista de mierda, pensó Carpenter, que pasaba todas sus vacaciones en Francia; pero cuando habló lo hizo sin revelar su enojo.

—Dice que ese joven llevaba una mochila. ¿Puede describirla?

—La típica mochila de camping. Verde. No parece que contuviera muchas cosas.

—¿Grande?

—Sí, ya lo creo.

—Y ¿qué hacía con ella?

—Estaba sentado encima mientras se masturbaba.

—¿Dónde? ¿En qué parte de Chapman's Pool? ¿A la derecha o a la izquierda? Describame la ubicación.

—En el lado este. El francés me lo enseñó en el mapa. El joven estaba abajo, en la playa, debajo de Emmetts Hill, mirando hacia el Canal. Con una cuesta de hierba a sus espaldas.

—¿Qué hizo con la mochila después?

—No lo sé. La cinta se acaba.

Carpenter le pidió que le enviara la cinta por mensajero, junto con el nombre del francés, el itinerario previsto para el resto de sus vacaciones y su dirección en Francia; luego le dio las gracias y colgó.

—¿Lo has hecho tú? — preguntó Maggie contemplando el *Cutty Sark* de la botella que había sobre la repisa de la chimenea cuando Ingram bajó abrochándose el uniforme.

—Sí.

—Lo imaginaba. Es como todo lo que hay en esta casa. Tan... -agitó el vaso en el aire-: formal. — Habría podido decir masculino, minimalista o monástico, palabras que había utilizado Galbraith para describir el barco de Harding, pero no quería ser grosera.

La casa era tal como Maggie se la había imaginado: insoportablemente limpia, y también insoportablemente aburrida. No había nada que indicara que pertenecía a una persona interesante, sino sólo metros y más metros de paredes pálidas, moqueta pálida, cortinas pálidas y pálidos tapizados, interrumpidos a veces por algún adorno en algún estante. No se le ocurrió que Ingram pudiera estar ligado a aquella casa por su trabajo, pero aunque lo hubiera pensado, habría seguido esperando encontrar notas de individualismo entre toda aquella uniformidad.

Ingram rió y dijo:

—Me da la impresión de que no le gusta.

—Sí me gusta. Pero es...

—¿Cursi? — sugirió él.

—Sí.

—Lo hice cuando tenía doce años. Ahora sería incapaz de hacerlo. — Se arregló la corbata-. ¿Cómo está el coñac?

—Muy bueno. — Maggie se sentó en una butaca y añadió: Tiene precisamente el efecto que debe tener.

Ingram cogió la copa vacía de Maggie y le preguntó:

—¿Cuándo bebió alcohol por última vez?

—Hace cuatro años.

—¿Quiere que la acompañe a su casa?

—No. — Cerró los ojos—. Quiero dormir un poco.

—Pasaré a ver a su madre cuando regrese de Chapman's Pool -le prometió Ingram mientras se ponía la chaqueta-. Mientras tanto, no deje que su perro se siente en mi sofá. Es malo para *Bertie* y para usted.

—¿Qué me pasará si se lo permito?

—Lo mismo que le pasó a *Bertie* cuando se limpió el trasero en mi moqueta.

Pese a que volvía a hacer un sol espléndido, Chapman's Pool estaba vacío. La brisa del suroeste había levantado fuertes olas, y no había nada que desanimara tanto a los turistas como la perspectiva de marearse después de comer. Carpenter y los detectives siguieron a Ingram desde los cobertizos hacia una zona de la orilla rocosa.

—Hasta que no veamos la cinta no lo sabremos -observó Carpenter, orientándose a partir de la descripción que le había dado el policía de Dartmouth y calculando dónde se había sentado Harding-. Pero creo que es correcto. Estaba en este lado de la bahía, desde luego. — Estaban de pie sobre una roca de la orilla, y Carpenter tocó un pequeño montón de piedras con la punta del zapato-. ¿Fue aquí donde encontró la camiseta?

Ingram asintió, se agachó y metió la mano en el agua, que acariciaba la base de la roca.

—Pero estaba completamente metida entre la roca. Una gaviota intentó sacarla, y no lo consiguió, y yo me quedé empapado cuando la recuperé.

—¿Tiene eso importancia?

—Cuando lo vi, Harding estaba completamente seco, de modo que no puede ser que volviera a buscar la camiseta. Creo que llevaba varios días aquí.

—Mmm. — Carpenter caviló-. ¿Es fácil que una prenda de ropa quede atascada entre unas rocas?

Ingram se encogió de hombros.

—Cualquier cosa puede quedarse enganchada.

—Mmm -repitió Carpenter-. Muy bien. ¿Dónde está esa mochila?

—Verá, señor, sólo son suposiciones, y bastante peregrinas -dijo Ingram poniéndose en pie.

—Le escucho.

—Pues bien, llevo días dándole vueltas al asunto. Evidentemente Harding no quería que la viera la policía, porque si no la habría bajado a los cobertizos de la playa el domingo. Por eso mismo no estaba en su barco cuando ustedes lo registraron (al menos yo creo que no estaba), y de ello deduzco que esa mochila podría incriminarlo, y que por eso necesitaba deshacerse de ella.

—Creo que tiene razón -dijo Carpenter-. Harding quiere hacernos creer que llevaba esa mochila negra que encontramos en su barco, pero el sargento de Dartmouth dice que la mochila del vídeo es verde. Así pues, ¿qué ha hecho con ella? Y ¿qué pretende ocultar?

—Depende de si el contenido tenía valor para él. Si no lo tenía pudo arrojarla al mar de regreso a Lymington. Si lo tenía pudo dejarla en algún sitio accesible pero no demasiado expuesto. — Ingram se protegió del sol con lamano y señaló la cuesta que tenía detrás-. Ahí arriba ha habido un pequeño desprendimiento. Me fijé porque está justo a la izquierda de donde la señorita Jenner dijo que Harding se le había aparecido. Estos acantilados están llenos de letreros de advertencia porque el esquisto es muy desmoronadizo, y creo que ese desprendimiento es bastante reciente.

Carpenter miró hacia donde señalaba Ingram.

—¿Cree que la mochila podría estar bajo las piedras?

—Digamos, señor, que no se me ocurre ninguna forma más rápida de enterrar algo que provocar un desprendimiento de esquisto. No es muy difícil. Basta con darle una patada a una roca un poco suelta para que se desprenda una buena parte del acantilado sobre lo que quieres esconder. Nadie lo notaría. Cada día se producen desprendimientos así. Los niños Spender provocaron uno cuando se les cayeron los prismáticos de su padre, y sospecho que eso debió de darle la idea a Harding.

—¿Quiere decir que lo hizo el domingo?

Ingram asintió.

—¿Y que volvió esta mañana para asegurarse de que nadie la había tocado?

–Creo que es más probable que viniera con intención de recuperarla, señor.

Carpenter fijó su temible mirada en el agente.

–Entonces ¿por qué no la llevaba cuando usted lo vio?

–Porque el esquisto se ha secado con el sol. Creo que iba a buscar una pala cuando se encontró casualmente con la señorita Jenner.

–¿Son ésas sus suposiciones?

–Sí, señor.

–Es usted un genio de las suposiciones -dijo Carpenter frunciendo el entrecejo-. El inspector Galbraith está recorriendo medio Hampshire detrás de las suposiciones que usted le envió por fax anoche.

–Eso no quiere decir que estén equivocadas.

–Ni que sean correctas. El lunes enviamos a un equipo a esta zona, y no encontraron nada.

Ingram señaló la bahía contigua y dijo:

–Esuvieron registrando Egmont Bay, señor, y con todos mis respetos, entonces a nadie le interesaban todavía los movimientos de Harding.

–Mmm. Esos equipos de investigación cuestan dinero y me gusta tener alguna certeza antes de gastar el dinero de los contribuyentes en suposiciones. – Carpenter miró el mar y añadió-: Entendería que Harding regresara a la escena del crimen para revivir su excitación, pues es lo típico que haría un hombre como él; pero según usted eso no era lo que le interesaba.

Ingram no había dicho tal cosa, pero no quiso discutir. De todos modos, Carpenter tenía razón. Quizá Harding no había ido allí para eso. La teoría del desprendimiento de Ingram parecía no tener ningún argumento de peso.

–¿Y bien? – preguntó Carpenter.

El agente sonrió con timidez.

–He traído una pala -dijo-. La tengo en el jeep.



Capítulo 21

Galbraith se levantó y fue hacia una de las ventanas que daban a la calle. La multitud ya se había dispersado, aunque todavía había una pareja de ancianas charlando en la acera, que de vez en cuando miraban hacia Langton Cottage. Estuvo unos minutos observándolas en silencio,

envidiando la normalidad de sus vidas. ¿Cuántas veces tenían que oír ellas los macabros secretos de un asesinato? A veces, cuando oía la confesión de alguien como Sumner, se comparaba con un sacerdote; pero él no tenía autoridad para perdonar pecados, ni era ésa su intención, y siempre se sentía mal cuando tenía que escuchar aquellas furtivas confidencias.

Se volvió hacia Sumner y dijo:

—De modo que podríamos describir su matrimonio como una forma de esclavitud sexual, ¿no? Kate estaba tan desesperada por que su hija creciera con la clase de seguridad que a ella siempre le faltó que permitía que usted le hiciera chantaje, ¿no es así?

—He dicho que Kate lo habría hecho, no que lo hiciera ni que yo se lo pidiera. — El triunfo se reflejó en la mirada de Sumner—. Con usted no hay término medio, ¿verdad? Hace media hora me estaba tratando como a un cretino porque pensaba que Kate me había llevado hasta el altar a base de mamadas. Ahora me acusa de esclavitud sexual porque yo acabé tan harto de sus mentiras sobre Hannah que le dije que sabía la verdad. ¿Por qué le habría comprado esta casa si ella no hubiera tenido ni voz ni voto en nuestra relación? Usted mismo dijo que yo estaba mejor en Chichester.

—No lo sé. Dígamelo usted.

—Porque la quería.

Galbraith sacudió la cabeza con impaciencia.

—Primero describe su matrimonio como una zona de guerra, y luego espera que me trague una chorrada así. ¿Cuál era el verdadero motivo?

—Ya se lo he dicho. Yo quería a mi esposa, y le habría dado todo lo que me hubiera pedido.

—Mientras seguía chantajeándola para que le hiciera mamadas siempre que a usted le apeteciera, ¿no? — En la habitación había un ambiente tenso, y Galbraith notó cómo su crueldad aumentaba a medida que iba vislumbrando la crueldad del matrimonio de Kate y William. No podía librarse del recuerdo de la menuda mujer embarazada que había visto en la mesa del forense, ni cómo el doctor Warner había movido la mano de Kate para mostrarle que tenía rotos los dedos de la mano. El ruido de los huesos se le había quedado grabado, y hasta soñaba con ella -. Mire, la verdad es que no sé si pensar que la quería o la odiaba. ¿No será que tenían una relación de amor-odio que acabó mal?

Sumner sacudió la cabeza. De pronto parecía vencido, como si se hubiera cansado de aquel juego. A Galbraith le habría gustado entender qué intentaba conseguir William con sus respuestas, y escrutó su rostro. William tenía que ser extremadamente hábil para enmascarar la verdad. La impresión que causaba era de honestidad, y pensó que tal vez intentaba demostrar, aunque con torpeza, que su esposa era el tipo de mujer capaz de impulsar a un hombre a violarla. Recordó lo que James Purdy había dicho de ella: «Nadie me había hecho lo que Kate me hizo aquella noche. Es el sueño de todos los hombres. Sólo puedo describir a Kate como una fiebre».

—¿Y ella? ¿Lo quería, William?

—No lo sé. Nunca se lo pregunté.

—¿Por qué? ¿Por miedo a que le contestara que no?

—No, al contrario. Yo sabía que me habría dicho que sí.

—¿Y no quería que Kate le mintiera?

Sumner asintió.

—A mí no me gusta que me mientan -murmuró Galbraith mirando a Sumner-. Eso significa que la otra persona cree que eres tan estúpido que te creerás cualquier cosa. ¿Le ocultó que tenía una aventura?

—No tenía ninguna aventura.

—Pero fue a ver a Steven Harding a su barco -señaló Galbraith-. Hay huellas dactilares de Kate por todas partes. ¿Lo sabía usted? ¿Sospechó acaso que el hijo que llevaba dentro podía no ser suyo? ¿Acaso temió que Kate fuera a colarle otro hijo bastardo?

Sumner se miró las manos.

—¿La violó? —dijo Galbraith-. ¿Era eso parte de la compensación por reconocer a Hannah como hija suya? ¿El derecho a acostarse con Kate siempre que usted quisiera?

—¿Por qué iba a querer violarla si no necesitaba hacerlo?

—A mí sólo me interesa que me diga sí o no, William.

—No, maldita sea. Nunca violé a mi mujer.

—¿No la sedó con Rohipnol para que fuera más dócil?

—No.

—Entonces ¿por qué está Hannah tan familiarizada con el sexo? ¿Tenían ustedes relaciones delante de su hija?

—Lo que dice es repugnante.

—¡Sí o no, William!

—No -contestó Sumner conteniendo un sollozo.

—Miente. Hace media hora me ha explicado que tuvieron que pasar una noche en vela en un hotel porque la niña no paraba de llorar. Creo que eso pasaba también en su casa. Creo que el sexo con Kate implicaba tener a Hannah de espectadora porque usted se hartó de que Kate pusiera a Hannah como excusa para no acostarse con usted, hasta el punto de que usted insistió en hacerlo delante de ella. ¿Tengo razón?

Sumner se cubrió la cara con las manos.

—Usted no puede imaginarse lo que era aquello... no nos dejaba en paz... no duerme nunca... Kate la utilizaba como escudo...

—¿Quiere decir que sí?

La respuesta fue un mero susurro:

—Sí.

—La agente Griffiths dice que anoche entró usted en la habitación de Hannah. ¿Puede decirme por qué?

Otro susurro:

—Si se lo digo, no me creerá.

—Pruebe.

Sumner levantó un rostro anegado en lágrimas y dijo:

—Quería mirarla. Ella es el único recuerdo que me queda de Kate.

Cuando Ingram, trabajando cuidadosamente con la pala, desenterró el extremo de una mochila, Carpenter encendió un cigarrillo.

—Buen trabajo -dijo satisfecho.

Envío a uno de los detectives a su coche a buscar unos guantes de goma y unas bolsas de plástico; luego se quedó mirando cómo Ingram seguía retirando el esquivo que había alrededor de la lona arrugada.

Ingram tardó diez minutos en desenterrar por completo la mochila y meterla en la bolsa de plástico. Era una mochila verde de acampada, muy resistente, con una cinta para la cintura y presillas en la base. Era vieja y estaba estropeada, y le habían quitado el armazón metálico, dejando trozos de lona deshilachada.

Carpenter ordenó a uno de los detectives que pusiera todos los objetos en bolsas de plástico, y al otro que anotara su descripción; luego se agachó junto a la mochila y desabrochó las hebillas con las manos enguantadas.

—Unos prismáticos de veinte por sesenta, con el nombre borrado, seguramente Optikon... —dictó-. Una botella de agua mineral Volvic... Tres

paquetes de patatas fritas, Smith's... Una gorra de béisbol, de los Yankees... Una camisa a cuadros blancos y azules, de hombre, de River Island... Un par de botas de safari marrones, número siete.

Metió la mano en un bolsillo de la mochila y extrajo unas pieles de naranja, más paquetes de patatas vacíos, un paquete de cigarrillos Camel abierto con un encendedor dentro, y una pequeña cantidad de marihuana envuelta en plástico. Miró a los tres policías y dijo:

—¿Qué les parece el lote? ¿Qué es eso tan incriminador que Harding no quería que Nick viera? ¿Qué opinan?

—La marihuana -dijo uno.

—Podría ser.

—Quién sabe -terció otro.

El comisario se levantó y dijo:

—Y usted, Nick, ¿qué opina?

—Creo que las botas son lo más interesante, señor.

Carpenter asintió y dijo:

—Son demasiado pequeñas para Harding, que debe de medir más de un metro ochenta, y demasiado grandes para Kate Sumner. ¿Para qué quería unas botas del número siete?

Nadie se atrevió a responder.

Galbraith iba hacia Lymington cuando Carpenter le llamó por teléfono para ordenarle que localizara a Tony Bridges y lo pusiera a caldo.

—Nos ha estado tomando el pelo, John -dijo; y le detalló el contenido de la mochila de Harding. Le explicó lo que se veía en la cinta de vídeo del francés y los mensajes que Ingram había encontrado en el buzón de voz-. Bridges ha de saber más de lo que nos ha contado, así que si es necesario deténgalo por complicidad. Averigüe por qué y cuándo planeaba Harding viajar a Francia, y si puede averigüe cuáles son sus tendencias sexuales. Todo esto es condenadamente raro, la verdad.

—¿Qué pasa si no encuentro a Bridges?

—Hace dos o tres horas estaba en su casa, porque el último mensaje lo había dejado desde allí. No olvide que es maestro, así que no habrá ido a trabajar, a menos que tenga un empleo de verano. Campbell opina que habría que buscarlo en los pubs.

—Así lo haré.

—¿Cómo le ha ido con Sumner?

–Se está viniendo abajo -dijo Galbraith-. Lo compadezco.

–Entonces ¿ya no está tan claro que sea culpable?

–Depende del punto de vista. Es evidente que Kate tenía una aventura, y que William lo sabía. Creo que él quería matarla... y que por eso se está viniendo abajo.

Afortunadamente para Galbraith, Tony Bridges no sólo estaba en su casa, sino que además estaba como una cuba. Cuando fue a abrir la puerta iba completamente desnudo. Galbraith no estaba seguro de poder «poner a caldo» a alguien en aquel estado, pero enseguida se repuso: al fin y al cabo, lo único que le importa a un policía es que el testigo diga la verdad.

–Ya le dije a ese mamón que irían por él -dijo Bridges desenfadadamente mientras guiaba al policía hasta el salón-. Con la pasma no se juega, hay que ser subnormal para hacerlo. Su problema es que no escucha los consejos, nunca hace caso de lo que le digo. Cree que yo me he vendido, y por eso mis opiniones ya no tienen valor.

–¿Que se ha vendido? ¿A quién? – preguntó Galbraith mientras se sentaba en una butaca y recordaba los rumores de que a Harding le gustaba ir desnudo por su barco. Se preguntó si el nudismo se habría convertido en uno de los aspectos de la cultura juvenil, y esperó que no fuera así. No le gustaba imaginarse las celdas de la comisaría llenas de jovencitos con el torso sin vello y con acné en el trasero.

–Al sistema -dijo Bridges. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y cogió un porro medio consumido de un cenicero-. Tengo un empleo fijo, y un sueldo. – Dio una calada y preguntó:- ¿Quiere un poco?

Galbraith negó con la cabeza.

–¿Qué clase de empleo? – Había leído todos los informes sobre Harding y sus amigos y sabía cuanto había que saber sobre Bridges, pero ahora no le interesaba demostrarlo.

–Soy maestro -dijo el joven encogiéndose de hombros. Estaba demasiado borracho, pensó Galbraith, para acordarse de que ya le había dado esa información a la policía-. Ya sé que el sueldo no es ninguna maravilla, pero las vacaciones son fabulosas. Y tiene que ser mejor que menear el culo delante de un fotógrafo de pacotilla. El problema de Steve es que no le gustan mucho los niños. Alguna vez tuvo que trabajar con críos, y se ponía histérico. – Se quedó callado, disfrutando del porro.

Galbraith compuso una expresión de sorpresa.

—Así que es maestro.

—Sí. — Bridges lo miró a través del humo—. Pero no se preocupe. Sólo fumo marihuana en mi tiempo libre, y no me interesa compartir este hábito con mis alumnos más de lo que al director de la escuela le interesa compartir su whisky.

La excusa era tan simplista y trillada que el inspector no pudo contener una sonrisa. Siempre había pensado que había mejores argumentos para la legalización de las drogas, pero al parecer, el consumidor medio o era demasiado corto o estaba demasiado atontado para presentarlos.

—De acuerdo -dijo levantando las manos-. Ese no es mi departamento, así que no necesito el discurso.

—Claro que lo necesita. Todos los policías son iguales.

—A mí me interesa más la afición de Steve a la pornografía. Intuyo que usted no la aprueba. ¿Me equivoco?

—Eso son guarradas. Yo soy maestro. No me gusta esa basura.

—¿Qué clase de basura es? Descríbamela.

—¿Qué quiere que le describa? Steve tiene un rabo como la torre Eiffel, y le gusta enseñarlo. — Se encogió de hombros—. Pero ése es su problema, no el mío.

—¿Está seguro?

Bridges lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué significa eso?

—Nos han dicho que ustedes son inseparables.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Los padres de Steve.

—Bah -dijo Bridges con desprecio-. Me pusieron la etiqueta de golfo hace diez años y desde entonces no han cambiado de opinión. Creen que soy una mala influencia para su hijo.

—¿Y lo es?

—Digamos que mis padres consideran que Steve es una mala influencia para mí. Cuando éramos jóvenes nos metimos en algún que otro lío, pero eso es agua pasada.

—¿Qué enseña usted? — preguntó Galbraith mientras echaba un vistazo al salón y se preguntaba cómo podía alguien vivir en aquel antro. Más aún, ¿cómo podía alguien tan repugnante mantener una relación sentimental estable? ¿Sería Bibi una fulana?

La descripción que Campbell había hecho del tinglado después de su entrevista del lunes con Bridges había sido concisa y expresiva. «Es un cacao -dijo-. Ese tipo está colgado, la casa apesta, sale con una golfa que tiene pinta de haberse acostado con todos los hombres de Lymington, y encima es maestro.»

—Química. — Sonrió al ver la expresión de Galbraith, sin interpretarla correctamente-. Y sí, sé sintetizar LSD. También sé cómo volar el palacio de Buckingham. La química puede ser muy útil. El problema... -se interrumpió para dar una calada al porro- es que los profesores de química son tan sosos que los chavales se hartan de la asignatura antes de llegar a los temas interesantes.

—¿Y usted no lo es?

—No. Yo soy bueno.

Galbraith lo creyó. Los rebeldes, por muchos defectos que tuvieran, siempre eran carismáticos para los jóvenes.

—Su amigo está en el hospital de Poole -anunció el inspector-. Esta mañana le ha mordido un perro en la isla Purbeck, y han tenido que llevarlo al hospital en helicóptero para suturarle la herida. — Miró a Bridges inquisitivamente-. ¿Tiene idea de lo que podía estar haciendo allí? Steve le dio esta dirección a la policía, así que quizás usted sepa qué se trae entre manos.

—Lo siento, amigo, pero ahí es donde se equivoca. Para mí Steve es un libro cerrado.

—Usted ha dicho que se imaginaba que yo vendría por aquí.

—No me refería a usted concretamente. Yo no le conozco de nada. Le dije que vendría la pasma. No es lo mismo.

—Sin embargo, si le previno debió de ser porque usted sabía que Steve estaba a punto de poner pies en polvorosa. Así que dígame, ¿adónde pensaba ir Steve y qué pensaba hacer?

—Ya se lo he dicho. Steve es un libro cerrado para mí.

—Tenía entendido que habían ido juntos a la escuela.

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo.

—¿No duerme él aquí cuando no está en su barco?

—Muy pocas veces.

—¿Qué me dice de su relación con Kate?

Bridges sacudió la cabeza.

–Todo lo que sé sobre esa mujer está en mi declaración. Si supiera algo más se lo diría.

Galbraith consultó su reloj.

–Tenemos un pequeño problema -dijo con tono afable-. Tengo un poco de prisa, así que sólo puedo darle treinta segundos más.

–¿Para qué?

–Para decirme la verdad. – Cogió las esposas que llevaba en el cinturón.

–No me venga con historias -se mofó Bridges-. No puede detenerme.

–Ya lo creo que sí. Y cuando me cabreo me pongo muy desagradable, Tony.

Bridges chascó la lengua y dijo:

–La prensa lo pondrá verde. No puede arrastrarme desnudo por la calle por posesión de drogas. Eso ya ni siquiera es un delito.

–Póngame a prueba.

–Adelante.

Galbraith se esposó una muñeca, luego se inclinó e hizo lo propio con Bridges.

–Anthony Bridges, queda detenido como sospechoso de complicidad en la violación y asesinato de la señora Kate Sumner de Langton Cottage el pasado sábado por la noche y en la agresión a la señorita Margaret Jenner de Broxton House esta mañana. – Se levantó y empezó a caminar hacia la puerta, arrastrando a Bridges-. Tiene derecho a permanecer en silencio...

–¡Mierda! – exclamó el joven-. Es una broma, ¿no?

–No. – El inspector le arrebató el porro y lo tiró al suelo-. El motivo de que esta mañana a Steve Harding le haya mordido un perro es que intentó agredir a otra mujer en el mismo sitio donde murió Kate Sumner. Ahora puede contarme todo lo que sabe o acompañarme a Winfrith a que lo interroguen formalmente. – Miró a Bridges y rió-. A mí me importa un cuerno, francamente. Si se decide a contármelo ahora, ahorraré tiempo, pero lamentaría que sus vecinos se perdieran el espectáculo. Debe de ser un coñazo tenerlo a usted como vecino.

–Ha tirado el porro encendido. ¡Me va a quemar la casa!

Galbraith miró el porro, que ardía lentamente sobre el parquet.

–Esa hierba está demasiado verde. No la cura usted bien.

–Ya. Usted entiende de eso.

—Confíe en mí. — Tiró de Bridges hacia el pasillo-, ¿Dónde estábamos? Ah, sí. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra ante el tribunal. — Abrió la puerta y lo empujó fuera, delante de una sorprendida anciana con esponjoso cabello blanco y ojos como platos detrás de unas gafas de concha-. Buenos días, señora -dijo educadamente.

La mujer se quedó boquiabierta.

—He aparcado detrás del Tesco's -le dijo a Bridges-. Supongo que lo mejor será que subamos por High Street.

—No puede llevarme así por High Street. Dígaselo, señora Crane.

La anciana se inclinó y se puso una mano detrás de la oreja.

—¿Que le diga qué, joven?

—¡Dios! ¡No importa! ¡Olvídelo!

—No sé si podré -murmuró ella-. ¿Se ha fijado en que va desnudo?

—¡Claro que sí! — le gritó él-. La policía me ha negado mis derechos, y usted es testigo de ello.

—Estupendo. Siempre quise ser testigo de algo -replicó la anciana-. Se lo contaré a mi marido. ¡Le va a encantar! Lleva años diciéndome que lo único que pasa cuando tratas de abarcar demasiado es que te quedas sin nada. — Soltó una risotada y agregó-: Y mire, yo siempre pensé que lo decía en broma.

Galbraith la miró sonriente y le dijo a Bridges:

—¿Qué quiere que haga con la puerta? ¿La cierro de una patada?

—¡Ni se le ocurra! — exclamó Bridges al tiempo que intentaba impedir que se cerrara la puerta-. ¡No tengo las llaves!

—¿Qué pasa? ¿Empieza a ponerse nervioso?

—Podría denunciarlo por esto.

—No lo creo. Recuerde que estamos aquí porque usted ha querido. Yo le expliqué que si lo detenía me lo llevaría tal como estaba, y usted me contestó: «Adelante».

Bridges miró con desesperación hacia la calle al ver que un hombre doblaba la esquina e intentó una atolondrada estampida hacia el recibidor de la casa. Galbraith cerró la puerta y tiró de las esposas para detener a Bridges.

—Está bien -dijo-. ¿Empezamos desde el principio? ¿Por qué ha vuelto Steve a Chapman's Pool esta mañana?

—No lo sé. Ni siquiera sabía que había ido allí. Mire, imbécil, ese tipo que subía por la calle es periodista, y se ha pasado la mañana haciéndome preguntas sobre Steve. Si yo hubiera sabido dónde estaba ese capullo, se lo habría dicho para que me dejara en paz, pero ni siquiera he conseguido hablar con él por teléfono. — Señaló con la cabeza hacia el salón y murmuró: Al menos vamos dentro para que no nos oigan. No creo que a usted le interese más que a mí tener a la prensa detrás.

Galbraith le quitó las esposas y acompañó a Bridges al salón.

—Hábleme de la relación que tenían Steve y Kate -dijo volviéndose a sentar en la butaca-. Y procure sonar convincente -añadió mientras sacaba el bloc de notas-. Porque, uno, estoy reventado; dos, empieza usted a cabrearme; y tres, me tiene sin cuidado que su nombre aparezca mañana en todos los periódicos como probable sospechoso de la violación y asesinato de Kate Sumner.

—Nunca entendí qué era lo que le atraía de esa mujer. Yo sólo la vi una vez, y en mi opinión era la tía más sosa que he conocido. Fue en un pub, un viernes a la hora de comer, y lo único que hacía ella era contemplar a Steve como si él fuera Leonardo DiCaprio. Pero cuando abrió la boca fue aún peor. ¡Qué tía tan estúpida! Hablando con ella te podías morir de aburrimiento. Creo que debía de alimentarse de culebrones, porque todo lo que yo decía le recordaba a algo que había pasado en *Neighbours* o *East Enders*, lo cual acabó poniéndome histérico. Después le pregunté a Steve qué coño hacía, y él rió y dijo que lo que le interesaba de ella no era su conversación. Decía que tenía un culo de ensueño, y que eso era lo único que importaba. La verdad es que no creo que Steve tuviera intención de enrollarse en serio con ella. Se conocieron un día en la calle, y ella lo invitó a su casa. Steve me dijo que fue todo muy alucinante. Estaba tomándose un café con ella en la cocina, buscando algún tema de conversación, y de pronto Kate se le echó encima. Lo único malo fue que la niña estuvo todo el rato allí viendo cómo ellos follaban, porque Kate dijo que Hannah se pondría a chillar como una histérica si intentaba llevársela.

»Eso fue todo lo que pasó, o al menos eso me dijo Steve. Ñaca-ñaca y adiós muy buenas. Por eso me sorprendió que un par de veces me preguntara si podía traerla aquí. Fue durante el día, mientras su marido estaba trabajando, así que yo ni la vi. Otras veces lo hacían en el barco o en casa de Kate, pero la mayoría de las veces lo hacían en el Volvo de Steve.

Iban a New Forest y le daban paracetamol a la niña para que se quedara dormida en el asiento delantero mientras ellos echaban un polvo en el asiento trasero. Duró unos dos meses, hasta que él empezó a hartarse. El problema era que Kate no tenía ningún interés para él, excepto su culo. No bebía, no fumaba, no navegaba, no tenía sentido del humor y su máxima aspiración era que a Steve le dieran un papel en *East Enders*. Era patético, pero creo que para ella era un sueño maravilloso: ligarse a una estrella de la televisión y pasearse por ahí dejándose fotografiar con él.

»Sinceramente, no creo que a ella se le ocurriera pensar que Steve sólo le daba coba porque ella estaba disponible y no le costaba ni un céntimo. Steve me dijo que se quedó de piedra cuando él le dijo que no quería volver a verla. Entonces fue cuando ella se puso tonta. Supongo que estaba acostumbrada a engañar a idiotas como su marido y que cogió un cabreo de mil demonios cuando se dio cuenta de que un tipo joven se había aprovechado de ella. Le llenó el barco de mierda, y luego se aficionó a hacer saltar la alarma de su coche y ensuciárselo con mierda. Steve encontraba excrementos por todas partes. Lo que más le jodio fue lo de su bote. Un viernes lo encontró lleno de agua y cagarros medio derretidos. Dijo que Kate debía de haberlos guardado varios días. Y entonces fue cuando Steve empezó a hablar de ir a la policía.

»Yo le dije que me parecía una estupidez. Si metes a la pasma en esto, le dije, no se acabará nunca. Y Kate no será la única que irá por ti, sino que se le unirá su marido. No puedes acostarte con una mujer casada y esperar que el marido haga la vista gorda. Le dije que se lo tomara con calma y que aparcara el coche en otro sitio. ¿Y el bote?, me preguntó él. Yo le propuse que alquilara uno que ella no pudiera reconocer. Y así se acabó todo. Fue muy sencillo. Problema resuelto. Que yo sepa, Kate no volvió a molestarlo.

Galbraith tardó en reaccionar. Había estado escuchando atentamente y tomando notas, y antes de hablar acabó de escribir.

—¿Le prestó usted un bote?

—Sí.

—¿Cómo era?

Bridges frunció el entrecejo y contestó:

—Normal y corriente. ¿Por qué le interesa tanto?

—¿De qué color era?

—Negro.

—¿De dónde lo sacó?

—De un catálogo de venta por correo, creo. Era el que tenía antes de que me comprara el bote nuevo.

—¿Sabe si Steve lo conserva?

Bridges vaciló antes de responder:

—No lo sé. ¿No estaba en el *Crazy Daze* cuando lo registraron?

El inspector se dio unos golpecitos en los dientes con el lápiz, y recordó lo dicho por Carpenter el miércoles: «No me ha gustado nada. Es un fantasma, y sabe demasiado sobre interrogatorios policiales».

—De acuerdo -dijo-. Volvamos a Kate. Dice usted que el problema estaba resuelto. ¿Qué pasó después?

—Nada. Eso fue todo. Sólo que esa mujer apareció muerta en una playa de Dorset el fin de semana que casualmente Steve estaba allí.

—Ya. Y además a la niña la encontraron paseando sola por una calle concurrida a unos doscientos metros de donde Steve tenía amarrado el barco.

—Fue un montaje. Debería someter a William al tercer grado. Él tenía más motivos que Steve para matarla. Ella le ponía los cuernos a su marido, ¿no?

Galbraith se encogió de hombros.

—Pero William no odiaba a su esposa. Él ya sabía cómo era Kate cuando se casó con ella, y no le importaba. Steve, en cambio, se había metido en un lío y no sabía qué hacer para salirse.

—Eso no lo convierte en un asesino.

—Quizá pensó que necesitaba una solución definitiva.

Bridges negó con la cabeza:

—Steve no es así.

—¿Y William Sumner sí?

—No lo sé. No lo conozco.

—Según su declaración, Steve y usted tomaron una copa con él una noche.

—Vale. No lo conozco bien. Estuve allí un cuarto de hora y apenas hablé con él.

Galbraith juntó las manos delante de la boca y miró al joven.

—Pero al parecer usted sabe muchas cosas sobre él -dijo-. Y también sobre Kate, pese a que sólo los vio una vez.

Bridges se concentró en sus papeles de fumar, colocándolos en diferentes posiciones con los dedos.

—Steve habla mucho.

Al parecer, Galbraith aceptó esa explicación, porque asintió con la cabeza.

—¿Por qué planeaba Steve viajar a Francia esta semana?

—No sabía que tuviera esa intención.

—Había reservado una habitación en un hotel de Concarneau, pero como no la confirmó, se la han cancelado esta mañana.

De pronto Bridges adoptó una expresión de cautela.

—No me lo había dicho.

—¿Debería haberlo hecho?

—Claro.

—Usted ha dicho que ya no tenían una relación estrecha -le recordó Galbraith.

—Era una forma de hablar.

El inspector lo miró.

—Está bien. Última pregunta. ¿Dónde está el escondite de Steve?

—¿Qué escondite? —respondió Bridges con candidez.

—Veamos, se lo plantearé de otra forma. ¿Dónde guarda el material del barco cuando no lo utiliza? El bote y el motor, por ejemplo.

—En cualquier sitio. Aquí. En su piso de Londres. En el maletero de su coche.

Galbraith sacudió la cabeza y dijo:

—No hay manchas de aceite. Hemos buscado en todos esos sitios. — Esbozó una sonrisa y agregó: — Y no me venga con que un motor fueraborda no gotea cuando lo inclinan, porque no le creeré.

Bridges se rascó la mandíbula.

—Usted no es su niñera, Tony -murmuró Galbraith con tono amable-, y no hay ninguna ley que diga que cuando tu amigo cava un hoyo para él, tú tienes que meterte dentro con él.

Bridges hizo una mueca y dijo:

—Mire, se lo advertí. Le dije que lo mejor que podía hacer era declarar voluntariamente, porque si no le harían hablar a la fuerza. Pero no me hizo caso. Está convencido de que puede controlarlo todo, cuando la verdad es que desde que lo conozco no ha sido capaz de controlar nada. Steve es puro

descontrol. A veces preferiría no haber conocido a ese mamón, porque estoy hasta los cojones de mentir por él. – Se encogió de hombros y añadió:- Pero es mi amigo.

Galbraith esbozó una sonrisa. Estaba claro que Bridges no decía la verdad, y recordó la expresión: «Con amigos así ¿quién necesita enemigos?». Echó un vistazo a la habitación. Había demasiadas discrepancias, sobre todo respecto a las huellas dactilares, y tenía la impresión de que lo estaban llevando por un camino por el que no quería ir. ¿Por qué lo creía Bridges conveniente? ¿Porque sabía que Harding era culpable? ¿O porque sabía que era inocente?

OceanofPDF.com

↑ Capítulo 22

La policía de Dorsetshire llamó al director del hotel Angelique de Concarneau, un bonito pueblo costero del sur de la Bretaña, y se enteró de que Steven Harding había telefoneado el 8 de agosto para reservar una habitación doble para tres noches, a partir del sábado 16 de agosto, para él y para la señora Harding. Dejó su teléfono móvil como número de contacto, y dijo que pasaría la semana del 11 al 17 de agosto viajando por la costa de Francia en barco, y que no estaba seguro de la fecha exacta de llegada al hotel. Había acordado confirmar la reserva como muy tarde veinticuatro horas antes de su llegada. Como Harding no había confirmado la reserva, el director le dejó un mensaje en el contestador, y como Harding no había vuelto a llamar al hotel, habían cancelado la reserva. El director del hotel no conocía a Harding y no supo decir si el señor o la señora Harding habían estado alguna vez en el hotel. ¿Dónde estaba situado el hotel? No en primera línea de mar, pero muy cerca de las tiendas y las maravillosas playas.

Y de los puertos deportivos, por supuesto.

Tras una completa revisión de los números memorizados en el teléfono móvil de Harding, que la policía no había podido realizar en el momento de su detención porque el teléfono estaba bajo unos periódicos en casa de Bob Winterslow, se obtuvo una serie de nombres que a los investigadores ya les resultaban familiares. Sólo había una llamada que seguía siendo un misterio, bien porque la persona que había llamado había ocultado su número o porque la había realizado desde una central telefónica - seguramente extranjera-, y por eso el teléfono no había podido registrarla.

«¿Steve? ¿Dónde estás? Tengo miedo. Llámame, por favor. Te he llamado veinte veces desde el domingo.»

Antes de regresar a Winfrith, el comisario Carpenter tuvo una charla con Ingram. Llevaba casi una hora con el teléfono pegado a la oreja, mientras el agente y los dos detectives seguían cavando en el esquisto y registrando la orilla en busca de más pruebas. Mientras tomaba notas de lo que iban diciendo por teléfono, observaba el trabajo de sus hombres. No le sorprendió que no encontraran nada más. Sabía que el mar era el gran aliado de los asesinos, porque los cadáveres desaparecían sin dejar rastro.

—A las cinco Harding saldrá del hospital de Poole -le dijo a Ingram-, pero todavía no estoy preparado para hablar con él. Antes quiero ver el vídeo del francés y hablar con Tony Bridges. Por cierto, tenía usted razón con lo del escondite. Harding utilizaba un garaje cerca del club náutico de Lymington. John Galbraith va hacia allí ahora, para echarle un vistazo. Lo que necesito de usted, Ingram, es que encierre a nuestro amigo Steve por la agresión a la señorita Jenner hasta mañana por la mañana. No compliquemos las cosas: convenza a Harding de que lo detienen sólo por esa agresión. ¿Podrá hacerlo?

—Primero tendré que tomarle declaración a la señorita Jenner, señor.

Carpenter miró la hora y dijo:

—Dispone de dos horas y media. Hágala hablar. No quiero que ahora nos salga con ambigüedades porque no quiere involucrarse en este asunto.

—Yo no puedo obligarla a hablar, señor.

—Nadie le pide que lo haga -replicó Carpenter.

—¿Y si no quiere colaborar?

—Utilice su encanto personal -dijo el comisario-. Se sorprenderá de los resultados.

—La casa es de mi abuelo -dijo Bridges mientras indicaba a Galbraith que dejara atrás el club náutico y torciera por la primera calle a la derecha, donde había unas bonitas casas unifamiliares detrás de unos setos bajos. Estaban en la zona elegante de la ciudad, cerca de Rope Walk, donde vivían los Sumner, y Galbraith se dio cuenta de que Kate debía de haber pasado por delante de la casa de los abuelos de Tony cada vez que iba al centro. Y también de que Tony debía de pertenecer a una buena familia, y sintió curiosidad por saber qué opinaban sus padres de su rebelde hijo y si iban a verlo a su estrambótico hogar-. Mi abuelo vive solo -prosiguió Tony-. Ya no puede conducir porque le falla la vista, y me presta el garaje para que yo guarde mi barca. — Señaló la entrada, a unos cien metros de allí-. Las cosas de Steve están en la parte de atrás. — Cuando se detuvieron en el camino de la casa, Bridges miró al inspector y dijo:- Steve y yo somos los únicos que tenemos llaves.

—¿Tiene eso importancia?

Bridges asintió y dijo:

—Mi abuelo no tiene ni idea de lo que hay ahí dentro.

–Si son drogas, lo tiene negro -repuso Galbraith fríamente mientras abría la puerta del coche-. Los meterán a todos en chirona, aunque sean ciegos y sordomudos.

–No son drogas. Nosotros nunca hemos traficado con drogas -dijo Bridges.

Galbraith sacudió la cabeza, incrédulo.

–Sin traficar no podría fumar todo lo que fuma -dijo con cinismo-. Un hábito como el suyo no se financia con el sueldo de maestro. – El garaje estaba separado de la casa unos veinte metros. Galbraith se quedó mirándolo un rato y luego miró hacia la calle y la esquina de Rope Walk-. ¿Quién viene más aquí, usted o Steve?

–Yo -respondió el joven-. Yo saco mi barca dos o tres veces por semana. Steve sólo lo utiliza como almacén.

Galbraith señaló el garaje y dijo:

–Usted primero.

Mientras iban hacia allí, Galbraith vio cómo se movían las cortinas de una ventana de la planta baja, y se preguntó si el abuelo Bridges ignoraba lo que pasaba en su garaje, como aseguraba Tony. Los viejos eran más curiosos que los jóvenes.

Esperó mientras el joven abría las puertas. La parte delantera estaba ocupada por un bote naranja de doce pies montado en un remolque, pero cuando Tony lo apartó, apareció un montón de productos importados claramente ilícitos: cajas de cartón con las palabras *vin de table*, *packs* de cerveza Stella Artois, y cartones de cigarrillos. Vaya vaya, pensó Galbraith. ¿De verdad pretendía Tony que se creyera que el contrabando era el peor delito que su amigo y él habían cometido? El suelo le interesaba más. Todavía había restos de humedad, como si lo hubieran limpiado con una manguera, y se preguntó qué sería lo que había desaparecido con el agua.

–¿Qué se ha creído su amigo? – preguntó Galbraith-. Le va a costar convencer a los de aduanas de que esto es para su consumo personal.

–No hay para tanto -protestó Bridges-. Mire, en Dover hay gente que entra mucho más cada día en los ferrys. Se están haciendo de oro. Las leyes son estúpidas. Si el gobierno se niega a reducir los impuestos del alcohol y el tabaco al mismo nivel que el resto de Europa, es lógico que haya tipos como Steve que se dediquen al contrabando. Es lo más normal. Cualquiera que vaya en barco a Francia puede sentir la tentación.

–Sí, y cuando te pillan te meten en la cárcel. Así de sencillo -repuso Galbraith con sarcasmo-. ¿Quién le financia el negocio? ¿Usted?

Bridges negó con la cabeza.

–Tiene un contacto en Londres que le compra la mercancía.

–¿Es a Londres adonde la lleva?

–Utiliza la furgoneta de un amigo suyo y la envía una vez cada dos meses.

Galbraith trazó una línea en el polvo acumulado en la tapa de una caja. Vio que la parte inferior de todas las cajas que estaban en contacto con el suelo tenían una marca dejada por el agua.

–¿Cómo las lleva del barco a la orilla? – preguntó al tiempo que sacaba una botella de vino tinto y leía la etiqueta-. Supongo que no usará un bote, porque cualquiera podría ver lo que transporta.

–Mientras no parezca una caja de vino, no hay ningún problema.

–Entonces ¿qué tiene que parecer?

El joven se encogió de hombros y contestó:

–Cualquier cosa. Bolsas de basura, ropa sucia, edredones. Si mete unas cuantas botellas en unos calcetines para que no resuenen y luego las pone en su mochila, nadie se fija. La gente está acostumbrada a verlo cargar con cosas, porque ha trabajado mucho en ese barco. Otras veces amarra en un pontón y utiliza un carrito del puerto. La gente pone de todo en esos carritos después de un fin de semana en el mar. Si metes unos *packs* de Stella Artois en el fondo de un saco de dormir, ¿quién lo va a notar? Es más, ¿a quién le va a importar? Todo el mundo compra en los hipermercados franceses antes de volver a casa.

Galbraith contó las cajas de vino.

–Aquí hay unas seiscientas botellas de vino. Harding tardaría varias horas en trasladarlas, sin contar las cervezas y los cigarrillos. ¿Pretende que me crea que nadie se ha preguntado por qué su amigo se mata a hacer viajes en un bote con una mochila?

–No es así como Steve traslada la mercancía. Yo sólo quería explicarle que sacar cosas de un barco no es tan difícil como usted cree. Steve traslada las cajas de noche. En la costa hay cientos de sitios donde puedes desembarcar, siempre que haya alguien esperándote.

–¿Usted, por ejemplo?

–A veces -admitió Bridges.

Galbraith se volvió y miró el bote en su remolque.

—¿Sale usted en ese bote?

—A veces.

—Así que él lo llama con el móvil y le dice dónde tiene que estar a medianoche. Usted lleva el bote y la furgoneta y le ayuda a descargar.

—Más o menos. Generalmente quedamos a las tres de la madrugada, y somos dos o tres los que le esperamos, en diferentes puntos. Así él puede elegir el sitio que le queda más cerca.

—¿Dónde? —preguntó Galbraith—. No me trago eso de que haya varios puntos de desembarco.

Bridges sonrió y dijo:

—Se sorprendería usted. Conozco al menos diez embarcaderos privados de río entre Chichester y Christchurch, cuyos propietarios están ausentes la mitad del año, por no mencionar las rampas de Southampton Water. Steve es un buen navegante, se conoce esta zona como la palma de la mano, y si entra con la marea alta para no embarrancar, puede acercarse bastante a la costa. Sí, puede que nos mojemos un poco y que tengamos que caminar un buen trecho hasta la furgoneta, pero dos tipos fuertes pueden aligerar un cargamento en una hora. Es pan comido.

Galbraith sacudió la cabeza y recordó cómo se había mojado en la isla Purbeck y los problemas que habría tenido para subir y bajar un bote por una rampa.

—Pues a mí me parece un trabajo bastante duro. ¿Cuánto saca Steve con un cargamento así?

—Entre quinientas y mil libras por viaje.

—¿Y usted?

—Yo cobro en especias. Cigarrillos, cerveza, lo que sea.

—¿Por los viajes?

Bridges asintió.

—¿Y el alquiler del garaje?

—A cambio yo puedo utilizar el *Crazy Daze* siempre que quiera. Es un trato ventajoso.

Galbraith lo miró con gesto pensativo.

—¿Le deja navegar con él o sólo subir a bordo para acostarse con sus amiguitas?

Bridges sonrió.

—Steve no se lo deja a nadie para navegar. Ese barco es la niña de sus ojos. Si alguien le estropeará algo, lo estrangularía.

—Mmm. — Galbraith sacó una botella de vino blanco de otra caja-. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que lo usó usted para echar un polvo?

—Hace un par de semanas.

—¿Con quién?

—Con Bibi.

—¿Sólo con Bibi? ¿O se acuesta también con otras sin que ella se entere?

—Joder, usted no se rinde, ¿eh? Sólo con Bibi, y si me entero de que le ha dicho otra cosa a ella, presentaré una queja formal.

Galbraith volvió a dejar la botella en la caja, sonrió y fue hacia otra caja.

—¿Cómo funciona? ¿Llama usted por teléfono a Steve cuando él está en Londres y le dice que necesita el barco para el fin de semana? ¿O es él quien se lo ofrece cuando no lo necesita?

—Yo lo uso durante la semana, y él los fines de semana. Es un buen trato.

—¿Igual que su casa? ¿Cualquiera puede usarla para darse un revolcón?
— Miró al joven y añadió-: Lo encuentro bastante sórdido. ¿Usan todos las mismas sábanas?

—Claro. — Bridges sonrió-. Mire, nosotros somos de otra generación. A los jóvenes de hoy en día nos gusta divertirnos, y no regirnos por las normas de conducta anticuadas.

—¿Con qué frecuencia viaja Steve a Francia? — preguntó Galbraith, que de pronto parecía harto de aquella conversación.

—Aproximadamente una vez cada dos meses. Pero sólo trae alcohol y tabaco. Se contenta con unas cinco mil libras al año. Eso no es nada del otro mundo. Por eso le aconsejé que confesara. Como mucho te pueden caer unos meses. Si estuviera traficando con drogas sería diferente -dijo sacudiendo la cabeza-, pero a Steve no se le ocurriría meterse en eso.

—Encontramos marihuana en su barco.

—Ya -dijo Bridges con un suspiro-. Se fuma un porro de vez en cuando, pero eso no lo convierte en un barón de las drogas colombiano. Según su teoría, todo el que se toma una copa de vez en cuando se dedica al contrabando de licores, ¿no? Confíe en mí: lo más peligroso que Steve trae de Francia es vino tinto.

Galbraith movió un par de cajas.

—¿Y perros? — preguntó levantando una jaula de plástico de detrás de las cajas y mostrándosela a Bridges.

—Alguna vez, quizá -dijo el joven encogiéndose de hombros-. ¿Qué hay de malo en eso? Siempre comprueba que tengan certificado de vacunación antirrábica. — Vio cómo Galbraith fruncía el entrecejo, y añadió-: Las leyes son estúpidas. Los seis meses de cuarentena le cuestan un ojo de la cara al propietario; los perros lo pasan fatal, y desde que en este país existe una normativa que controla la rabia, no se le ha diagnosticado la enfermedad a ningún animal.

—Basta de tonterías -dijo el inspector con impaciencia-. Opino que la ley estúpida es la que permite que un yonqui como usted se acerque a unos inocentes niños, pero no voy a romperle las piernas para impedirselo.

¿Cuánto cobra?

—Quinientas, y no soy ningún yonqui. El *caballo* es para idiotas. Debería mejorar su terminología sobre drogas.

Galbraith no le hizo caso.

—Quinientas, ¿eh? No está mal. Y ¿cuánto cobra por cada persona? ¿Cinco mil?

—¿De qué me está hablando?

—Hemos encontrado veinticinco huellas dactilares diferentes en el *Crazy Daze*, sin contar las de Steve, Kate y Hannah. Usted acaba de darme una explicación de dos de esas huellas: las suyas y las de Bibi; pero todavía quedan veintitrés. Son muchas, Tony.

Bridges se encogió de hombros y dijo:

—Usted mismo lo ha dicho: Steve es un personaje patético.

—Mmmm. ¿De verdad he dicho eso? — Volvió a mirar el remolque-: Bonita barca. ¿Es nueva?

—No mucho. Hace nueve meses que la tengo.

Galbraith se acercó para examinar los dos motores fueraborda de la popa.

—Pues parece nueva -comentó pasando un dedo por la superficie-. Está impecable. ¿Cuándo la lavó por última vez?

—El lunes.

—Y aprovechó para pasar la manguera por el suelo, ¿no?

—Se mojó mientras lavaba la barca.

Galbraith dio unos golpes en los lados del bote.

—¿Cuándo la sacó por última vez?

—No lo sé. Hace una semana, quizá.

—Entonces ¿por qué tuvo que lavarla el lunes?

—No tuve que lavarla. Lo que pasa es que me gusta cuidarla.

—Pues espero que los de aduanas no la rajen de arriba abajo -dijo el policía-, porque no se van a tragar que el vino tinto sea la mercancía más peligrosa que Steve trae de Francia. — Señaló el fondo del garaje y dijo:- Esto sólo es una tapadera de algo peor. Esas cajas llevan meses aquí. Hay tal cantidad de polvo acumulado que podría escribir mi nombre en él.

Cuando iba hacia su casa, Ingram se paró en Broxton House para ver cómo estaba Celia Jenner, y *Bertie* lo recibió con entusiasmo, meneando la cola y dando brincos.

—¿Cómo se encuentra su madre? — le preguntó a Maggie.

—Mejor. El coñac y los analgésicos la han puesto en el séptimo cielo, y ya quiere levantarse. — Fue hacia la cocina y dijo:- Estoy muerta de hambre. Voy a preparar unos bocadillos. ¿Te apetece uno?

Ingram la siguió, con *Bertie* a su lado; no sabía cómo decirle, sin resultar grosero, que prefería irse a casa y hacérselos allí, pero cuando vio cómo estaba la cocina cambió de opinión. No podía decirse que estuviera impecable, pero el olor a limpio que despedían el suelo, las encimeras, la mesa y los armarios suponía una gran mejoría comparado con el rancio olor a perro sucio y caballo mojado que había detectado otras veces.

—No me vendría mal -dijo-. No he comido nada desde anoche.

—¿Qué te parece? — preguntó Maggie mientras empezaba a preparar un bocadillo de queso y tomate.

Ingram no se molestó en fingir que no sabía de qué hablaba.

—En general, mejor. Me gusta más el suelo de este color. — Tocó una baldosa con la puntera de su bota-. No me había dado cuenta de que era naranja, y creía que era normal que se me engancharan los pies.

Maggie rió y dijo:

—Me ha costado lo mío. Creo que este suelo no veía una fregona desde que mi madre le dijo a la señora Cottrill que ya no podía pagarle. — Echó un vistazo a la cocina-. Pero tienes razón, le vendría muy bien una mano de pintura. Creo que esta tarde iré a comprarla y este fin de semana me dedicaré a pintar. No me llevará mucho tiempo.

Ingram se maravilló del optimismo de Maggie, y pensó que debería haberle llevado coñac mucho tiempo atrás. Lo habría hecho de haber sabido que Maggie y Celia llevaban cuatro años sin beber. El alcohol, pese a todos sus defectos, era un excelente reconstituyente. Ingram miró el techo, cubierto de telarañas.

—Primero tendrá que quitar las telarañas. ¿Tiene una escalera de mano?

—No lo sé.

—Yo tengo una en casa. Se la traeré esta noche. A cambio, ¿podría usted aplazar las compras y hacerme una declaración sobre el incidente de esta mañana? Voy a interrogarlo a las cinco de la tarde, y antes quiero que usted me dé su versión de la historia.

Maggie miró, nerviosa, a *Bertie*, que obedeciendo las órdenes de Ingram se había sentado junto al horno.

—No lo sé. He estado pensando en lo que dijiste, y me preocupa que acuse a *Bertie* de haberlo atacado a él; en ese caso me denunciarán a mí, y hasta podrían sacrificar a *Bertie*. ¿No crees que sería mejor dejarlo correr?

Nick arrastró una silla y se sentó.

—Él intentará defenderse acusándola a usted de todos modos, Maggie. Esa es su mejor defensa contra lo que usted pueda declarar. — Hizo una pausa y agregó: Pero si le deja atacar a él primero, le estará dando ventaja. ¿Es eso lo que quiere?

—Claro que no. Pero *Bertie* estaba fuera de control, eso es verdad. Mordió a ese imbécil en el brazo y no quería soltarlo por nada del mundo. — Miró a su perro con enojo; luego clavó el cuchillo en un tomate y salpicó la tabla de cortar-. Al final tuve que pegarle para que soltara a Steve. Si él me denuncia, no podré negarlo.

—¿Quién atacó primero? ¿*Bertie* o Steve?

—Seguramente yo. Me puse a gritar, insultando a Steve, y por eso él me pegó. Entonces vi a *Bertie* colgado de su brazo como una sanguijuela. — Soltó una inesperada risotada, y prosiguió: Ahora me da risa, la verdad. Creí que estaban bailando, hasta que vi que a *Bertie* le salía saliva roja por la boca. No entendía a qué jugaba Harding. Primero aparece como caído del cielo; luego asusta a *Stinger*; luego me pega una bofetada y se pone a pelear con mi perro. Tenía la impresión de que estaba en un manicomio.

—¿Por qué cree que Harding le pegó?

Ella sonrió, incómoda.

–Supongo que porque le ofendí. Lo llamé perverso...

–Eso no es excusa para pegarle una bofetada. Los insultos verbales no constituyen una agresión, Maggie.

–Quizá deberían serlo.

–Ese hombre la golpeó, Maggie. ¿Por qué se empeña en justificar su actitud?

–Porque ahora me doy cuenta de que fui muy grosera con él. Lo llamé monstruo e hijo de puta, y dije que si te enterabas de que estaba allí lo ibas a crucificar. En realidad es culpa tuya. Si ayer no hubieras venido a hacerme preguntas sobre él, yo no me habría asustado tanto. Tú me metiste en la cabeza que Harding era peligroso.

–*Mea culpa* -admitió él- ¿Qué más le dijo?

–Nada. Me puse a chillar como una histérica, porque me había asustado. El problema es que él también estaba asustado; por eso los dos nos pusimos histéricos, yo a mi manera y él a la suya.

–Eso no justifica la violencia física.

–¿No? –dijo ella-. Antes tú has justificado la mía.

–Cierto -reconoció Ingram-. Pero si yo le hubiera devuelto el golpe, Maggie, usted todavía estaría inconsciente.

–¿Qué quieres decir? ¿Que los hombres tienen que ser más responsables que las mujeres? – Lo miró con una sonrisa burlona-. No sé si acusarte de condescendiente o ignorante.

–Ignorante, sin duda. No entiendo mucho de mujeres; lo único que sé es que muy pocas podrían tumbarme de un puñetazo. – La miró con una sonrisa-. Pero estoy convencido de que yo podría tumbarlas a ellas fácilmente. Por eso, a diferencia de Steve Harding, jamás se me ocurriría levantarle la mano a una mujer.

–Sí, pero tú eres sensato y maduro, Nick -replicó ella-. Y él no es así. De todos modos, ni siquiera me acuerdo de cómo pasó. Todo fue muy rápido. Ya sé que suena patético, pero resulta que no valgo nada como testigo.

–Ya. Casi nadie recuerda una cosa así con exactitud.

–Bueno, la verdad es que creo que Steve quería atrapar a *Stinger* e impedir que saliera corriendo, y que me pegó porque lo llamé perverso. – Maggie tenía los hombros caídos, como si el valor que le había infundido el coñac se hubiera evaporado de repente-. Lamento decepcionarte. Antes de

que Martin me estafara yo lo tenía todo muy claro, pero ahora ya no me aclaro con nada. Esta mañana me he dado cuenta de que no soportaría que le pasara nada a *Bertie*. Quiero a ese estúpido animal con locura, y me niego rotundamente a sacrificarlo, por principio. Por él sería capaz de soportar más de una bofetada. Es fiel. De acuerdo, te va a ver a ti de vez en cuando, pero por la noche siempre vuelve a mi lado.

Hubo un breve silencio.

—¿No piensas decir nada más?

—No.

Maggie lo miró con desconfianza.

—Eres policía. ¿Por qué no discutes conmigo?

—Porque usted es una persona inteligente, capaz de tomar sus propias decisiones, y nada que yo diga le hará cambiar de opinión.

—En eso tienes razón. — Untó una rebanada de pan con mantequilla y esperó a que Ingram dijera algo más. Como él no dijo nada, se fue poniendo nerviosa—. ¿Sigues queriendo interrogar a Steve?

—Por supuesto. En eso consiste mi trabajo. Los rescates con helicóptero no son baratos, y alguien tendrá que explicar por qué el de esta mañana era necesario. Harding ha ingresado en el hospital con mordeduras de perro, y a mí me corresponde establecer si la agresión fue provocada o no. Uno de los dos fue agredido esta mañana, y yo tengo que averiguar quién. Si tiene usted suerte, Harding se sentirá tan culpable como usted y la partida quedará en tablas. Si por lo contrario tiene mala suerte, esta noche volveré para pedirle una declaración en respuesta a la declaración de él, según la cual usted no pudo controlar a su perro.

—Eso es chantaje.

Ingram sacudió la cabeza.

—Por lo que a mí respecta, Steven Harding y usted tienen los mismos derechos ante la ley. Si él afirma que *Bertie* lo atacó sin que él lo provocara, investigaré su afirmación, y si creo que tiene razón, presentaré el caso ante el juez y sugeriré que la procesen. Puede que Harding no me caiga bien, Maggie, pero si creo que dice la verdad, le apoyaré. Para eso me pagan, sin que importen mis sentimientos personales ni cómo mi actuación pueda afectar a las personas implicadas.

Maggie se dio la vuelta y dijo:

—No sabía que fueras tan capullo.

Ingram no se inmutó.

—Y yo no sabía que pensara que está por encima de los demás. De mí no obtendrá ningún favor, al menos en lo que a la ley se refiere.

—Si hago una declaración, ¿estarás de mi parte?

—No; yo tengo que ser imparcial, pero le aconsejo que haga su declaración primero, porque así tendrá ventaja sobre él.

Maggie cogió el cuchillo de la encimera y lo sacudió delante de la nariz del policía.

—En ese caso, más vale que tengas razón -dijo-, o te cortaré los huevos con mis propias manos, mientras me río a carcajadas. Quiero mucho a mi perro.

—Yo también -le aseguró Ingram posando la yema de un dedo en la punta del cuchillo y apartándolo lentamente-. Lo que pasa es que yo no le dejo que me cubra de babas.

—De momento he precintado el garaje -le dijo Galbraith a Carpenter por teléfono-, pero tendrá que aclarar las prioridades con aduanas. Necesitamos que venga un equipo de la policía científica cuanto antes, pero si le interesa retener a Harding, supongo que podría acusarlo de posesión de drogas. Sospecho que ha estado transportando inmigrantes ilegales y desembarcándolos en la costa sur... Sí, eso explicaría la gran cantidad de huellas dactilares encontradas en la cabina. No, no se sabe nada del fueraborda Fastrigger... -Notó que el joven que tenía a su lado se estremecía-. Sí, ahora voy para allí con Tony Bridges. Ha accedido a hacer una nueva declaración... Sí, muy buena disposición... ¿William? No, eso no los elimina ni a él ni a Steve... Mmmm. Sí, me temo que volvemos al principio. — Se guardó el teléfono en el bolsillo y se preguntó cómo no se le había ocurrido dedicarse al teatro.

Aunque él no se había dado cuenta, una agente de policía estuvo vigilando a Steven Harding desde que ingresó en el hospital. Se quedó sentada donde él no podía verla, para asegurarse de que no salía de allí, pero Steve no tenía ninguna prisa por marcharse del hospital. No paraba de coquetear con las enfermeras y, para desesperación de la agente, ellas le correspondían. Mientras esperaba, caviló sobre la ingenuidad de las mujeres, y se preguntó cuántas de aquellas enfermeras habrían negado rotundamente haberlo incitado si él hubiera intentado violarlas. Dicho de otro modo, ¿qué podía considerarse incitación? ¿Lo que una mujer

describiría como coqueteo inocente? ¿O lo que un hombre calificaría de clara insinuación?

Cuando Ingram la relevó de su puesto, la agente sintió un gran alivio.

—Le van a dar de alta a las cinco, pero tal como están las cosas, no creo que se marche. Tiene a todas las enfermeras coladitas, y él está encantado. La verdad, si lo echan de su cama no me extrañaría que acabara en algún otro lecho. Yo no sé qué le ven, pero claro, a mí nunca me han dicho nada los exhibicionistas.

Ingram sonrió y dijo:

—Espere un momento, no se lo pierda. Si no sale por su propio pie antes de que cuente hasta cinco me lo llevo esposado.

—Me apunto -replicó ella-. Nunca se sabe. Podría necesitar que le echara una mano.

La cinta de vídeo era incómoda de ver, no debido a su contenido, que, como había dicho el policía de Dartmouth, era discreto, sino porque la imagen subía y bajaba continuamente a causa del movimiento del barco del francés. Con todo, su hija había conseguido grabar un buen rato a Harding con todo detalle. Carpenter, sentado a su mesa, la puso una vez, y luego la rebobinó con el mando a distancia hasta el momento en que Harding se sentaba encima de la mochila. Congeló la imagen y se dirigió al equipo de detectives que se había reunido con él en el despacho.

—¿Qué creen que está haciendo allí?

—¿Soltando a Godzilla? —dijo uno de los hombres con una risita.

—Haciéndole señales a alguien -sugirió una mujer.

Carpenter retrocedió para seguir la panorámica de la cámara por el desenfocado yate blanco y la figura con biquini tumbada boca abajo en la cubierta.

—Estoy de acuerdo con usted -dijo-. Pero ¿a quién?

—Nick Ingram hizo una lista de los barcos que había allí ese día -dijo otro detective-, así que no será demasiado difícil encontrarlos.

—Había un Fairline Squadron con dos quinceañeras a bordo -dijo Carpenter mientras entregaba a los detectives el informe de Bournemouth sobre el bote abandonado-. El *Gregory's Girl*, de Poole. Empiecen por ése. El propietario es un empresario de Poole llamado Gregory Freemantle.

A las 16:45, cuando Steven Harding salió por la puerta con el brazo en cabestrillo, Ingram le cerró el paso.

–Buenas tardes. Espero que se encuentre mejor.

–¿Ya usted qué le importa?

Ingram sonrió.

–Siempre me intereso por las personas en cuyo rescate participo.

–No pienso hablar con usted. Usted es el capullo que les hizo interesarse por mi barco.

Ingram le mostró su placa y dijo:

–Le interrogué el domingo. Agente Ingram, de la policía de Dorsetshire. Harding entrecerró los ojos.

–Dicen que pueden quedarse el *Crazy Daze* mientras sea necesario, pero no quieren explicarme qué derecho tienen a hacerlo. Yo no he hecho nada, así que no pueden acusarme de nada, pero por lo visto pueden robarme el barco. ¿Qué significa «mientras sea necesario»?

–Puede haber varias razones por las que se considere necesario retenerlo -explicó el agente, aunque sin ser demasiado explícito. Las reglas sobre retención de sospechosos eran muy imprecisas, y la policía no tenía reparos en retener las presuntas pruebas-. En el caso del *Crazy Daze*, seguramente significa que no han terminado los exámenes forenses, pero en cuanto estén acabados se lo devolverán.

–¡Y un cuerno! Se lo han quedado para que no me largue a Francia.

Ingram negó con la cabeza.

–Tendría que ir un poco más lejos, Steve -le corrigió-. Hoy en día, en Europa todo el mundo coopera mucho. – Señaló el fondo del pasillo-. ¿Nos vamos?

Harding se apartó de él.

–Ni lo sueñe. Yo no voy a ninguna parte con usted.

–Me temo que tendrá que venir -dijo Ingram fingiendo pesar-. La señorita Jenner le ha denunciado por agresión, y tengo que formularle unas preguntas. Preferiría que me acompañara voluntariamente, pero si es necesario lo detendré. – Señaló con la cabeza la parte del pasillo que Harding tenía a su espalda, y agregó-: Por ahí no se va a ningún sitio, ya lo he comprobado. – Señaló la puerta del fondo, donde había una mujer consultando un tablero-. Esa es la única salida.

Harding empezó a sacar el brazo del cabestrillo, calibrando sus posibilidades de escapar corriendo, esquivando a aquel gigante uniformado, pero algo le hizo desistir. Quizá fuera el hecho de que Ingram le superaba

en diez centímetros. Quizá se percató de que la mujer que había al fondo del pasillo era policía. Quizá vio algo en la sonrisa de Ingram que lo convenció de que aquello era un error...

Se encogió de hombros y dijo:

–Bueno. No tengo nada más que hacer. Pero es a su querida Maggie a la que debería detener. Me ha robado el teléfono.



Capítulo 23

En el Range Rover de la policía, Harding estuvo callado casi todo el trayecto a Swanage. Ingram no intentó conversar con él. De vez en cuando, cuando miraba hacia la izquierda para ver si venía algún coche, sus miradas se encontraban, pero Ingram no sintió por Harding la empatía que Galbraith había sentido por él en el *Crazy Daze*. Lo único que veía en el rostro de Harding era inmadurez, y lo despreciaba por ello. Harding le recordaba a todos los jóvenes delincuentes que había detenido a lo largo de los años; ninguno de ellos había tenido la experiencia ni el sentido común para prever las consecuencias de su comportamiento. Ellos sólo pensaban en términos de retribución y justicia, y en si los llevarían a la cárcel; pero nunca pensaban en la lenta destrucción de sus vidas. Cuando atravesaban el pueblecito de Corfe Castle, con sus murallas en ruinas, Harding rompió el silencio.

–Si el domingo usted no hubiera sacado conclusiones precipitadas, no habría pasado nada de todo esto.

–¿Nada de qué?

–De todo esto. Mi detención. Esto. – Se tocó el brazo-. Yo no debería estar aquí, sino en Londres. Tenía un papel en una obra que habría supuesto mi lanzamiento.

–El único motivo de que esté aquí es que esta mañana ha agredido a la señorita Jenner -le recordó Ingram-. ¿Qué tienen que ver los sucesos del pasado domingo con eso?

–Maggie no me habría conocido si no hubieran asesinado a Kate.

–Eso es verdad.

–Y ustedes creen que yo tengo algo que ver con eso, pero no es justo - protestó Harding con amargura-. No es más que una maldita coincidencia,

igual que mi encuentro con Maggie esta mañana. ¿Cree que yo me habría acercado por allí de haber sabido que me la iba a encontrar?

—¿Por qué no? — Salieron de la zona de velocidad limitada, e Ingram aceleró la marcha.

Harding miró al policía y dijo:

—¿Se imagina lo que es estar sometido a vigilancia policial? Ustedes tienen mi coche y mi barco. Tengo que permanecer en una dirección que han elegido ustedes. Es como estar en la cárcel. Me están tratando como a un criminal y yo no he hecho nada, pero si pierdo los nervios porque una imbécil me trata como si fuera Jack el Destripador, me acusan de agresión.

Sin apartar la vista de la carretera, Ingram replicó:

—Usted le pegó. ¿No cree que ella tenía motivos para tratarlo como a Jack el Destripador?

—Le pegué porque no paraba de chillar. — Empezó a mordisquearse las uñas y añadió:- Supongo que usted le dijo que yo era un violador, y que ella le creyó. Eso ha sido lo que me ha fastidiado. El domingo ella no tenía nada contra mí, y hoy va y...

—¿Sabía usted que ella podía estar allí?

—Por supuesto que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Maggie suele cabalgar por ese barranco por la mañana. Es uno de los pocos sitios donde puede dar una buena galopada. Cualquiera que la conozca podría habérselo dicho. Además, es uno de los pocos sitios con fácil acceso a la playa desde el sendero de la costa.

—No lo sabía.

—Entonces ¿por qué le sorprende que ella se asustara al verlo? Se habría asustado al ver a cualquiera que hubiera aparecido inesperadamente en un cabo desierto.

—Usted no la habría asustado.

—Yo soy policía. Maggie confía en mí.

—En mí también confiaba -replicó Harding-, hasta que usted le dijo que yo era un violador.

Era el mismo argumento de Maggie, e Ingram reconoció que era cierto, aunque no lo dijo. Arruinar la reputación de una persona inocente era una injusticia, y aunque ni él ni Galbraith habían afirmado que Harding fuera un violador, bastaba con sus insinuaciones. Siguieron callados un rato. La carretera de Swanage discurría hacia el sureste a lo largo de la cresta de

Purbeck, y el mar aparecía intermitentemente entre tramos de pastos. A Ingram le daba el sol en el brazo y el cuello. Harding, sentado a la sombra en el lado izquierdo del coche, estaba en tensión, como si tuviera frío, y miraba por la ventana, ensimismado. Parecía aletargado, e Ingram no sabía si todavía intentaba prepararse alguna defensa o si lo ocurrido aquella mañana empezaba a pesarle.

—Deberían matar a ese perro -dijo Harding.

Entonces era que todavía se estaba preparando una defensa. Ingram se preguntó por qué había tardado tanto en pensar en eso.

—La señorita Jenner dice que el perro sólo intentaba protegerla -dijo.

—Me atacó.

—No debió usted pegar a Maggie.

Harding suspiró.

—No era mi intención hacerlo -admitió, como si se hubiera dado cuenta de que no valía la pena seguir discutiendo-. Seguramente no lo habría hecho si ella no me hubiera llamado perverso. El último que me dijo eso fue mi padre, y lo tumbé de un puñetazo.

—¿Por qué le llamó perverso?

—Porque le dije que había posado para unas fotos pornográficas. — El joven apretó los puños y agregó—: Me gustaría que la gente se ocupara de sus cosas. Me saca de mis casillas que me den sermones sobre mi vida.

Ingram meneó la cabeza.

—En esta vida todo tiene un precio, Steve. El que siembra, recoge.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Que nadie le prometió un lecho de rosas.

Harding miró por la ventanilla, ignorando lo que sin duda consideraba una típica actitud paternalista de un policía.

—No sé qué coño insinúa.

Ingram esbozó una sonrisa.

—¿Qué hacía esta mañana en Emmetts Hill?

—Fui a dar un paseo.

Hubo un breve silencio, y luego Ingram soltó una risa burlona.

—¿No se le ocurre nada mejor que decir?

—Es la verdad.

—Y un cuerno. Ha tenido todo el día para pensárselo, pero si ésa es la única explicación que se le ocurre, debe de tener una opinión muy pobre de

la policía.

El joven lo miró sonriente.

—Así es.

—Entonces tendremos que hacer algo para que modifique esa opinión. — Ingram le devolvió la sonrisa-. ¿No cree?

Gregory Freemantle estaba en su piso de Poole sirviéndose una copa cuando su novia apareció con dos detectives. Había un ambiente sumamente tenso, y los policías se percataron de que acababan de interrumpir una discusión.

—Los detectives Campbell y Langham -dijo ella secamente-. Quieren hablar contigo.

Freemantle era un *playboy* entrado en años, con cabello rubio desgreñado e incipientes bolsas alrededor de los ojos y bajo la barbilla.

—Dios mío -gimió-, espero que no se hayan tomado en serio lo de ese maldito bidón de gasolina. No tiene ni idea de navegación, ni de niños, por cierto, pero eso no le impide hablar de ambas cosas como si fuera una experta.

Era de esos tipos por los que los hombres sienten una antipatía instintiva, y Campbell miró con compasión a su novia.

—No era un bidón de gasolina, sino un bote volcado. Lamento decepcionarlo, pero nos hemos tomado muy en serio la información que nos ha proporcionado la señorita Hale.

Freemantle dijo:

—Muy buena, Jenny. — Sus ojos delataban un nivel de alcohol considerable, pero aun así se bebió de un trago dos dedos de whisky y fue a servirse otro.

—Estamos intentando descartar a unos sospechosos del asesinato de Kate Sumner -explicó Campbell-, y nos interesan todas las personas que estuvieron en Chapman's Pool el domingo pasado. Tenemos entendido que usted estuvo allí en un Fairline Squadron.

—Así es. Ya se lo ha dicho ella, ¿no?

—¿Quién había con usted?

—Jenny y mis dos hijas, Marie y Fliss. Y si tanto le interesa, le diré que fue una pesadilla. Te compras un barco para que todas estén contentas y lo único que ellas saben hacer es enfadarse. Lo voy a vender. — Su expresión

denotaba autocompasión-. Salir solo no tiene gracia, pero salir con una jauría todavía es peor.

—¿Alguna de sus hijas estaba tumbada en biquini en la proa del barco entre las doce y media y la una del domingo?

—No lo sé.

—¿Tiene alguna de las dos un amigo llamado Steven Harding?

Freemantle se encogió de hombros.

—Me gustaría que contestara mi pregunta, señor Freemantle.

—Pues no puedo contestarla porque no lo sé, ni me importa -dijo agresivamente el señor Freemantle-. Por hoy ya he tenido bastante de mujeres. — Volvió a levantar el vaso-. Mi esposa me ha hecho saber que tiene intención de llevar mi empresa a la bancarrota para quitarme tres cuartas partes de lo que me pertenece. Mi hija de quince años me dice que está embarazada y que quiere irse a Francia con un melenudo que se las da de actor, y mi novia -señaló a Jenny Hale-, esa de ahí, me dice que la culpa de todo la tengo yo por dejar de lado mis responsabilidades como marido y como padre. Así que, ¡salud! ¡Por los hombres!

Campbell preguntó a la mujer:

—¿Puede ayudarnos, señorita Hale?

Ella miró a Gregory, buscando su apoyo, pero como él eludió su mirada, se encogió de hombros y dijo:

—Qué más da, de todos modos pensaba marcharme hoy mismo. Marie, la de quince años, llevaba un biquini y estuvo tomando el sol en la proa antes de comer. Estaba tumbada boca abajo para que su padre no viera que tiene el vientre hinchado, y le hacía señas a su novio, que estaba en la playa masturbándose. Luego se puso un pareo para disimular su embarazo. Después nos dijo que su novio se llama Steven Harding, que vive en Londres y es actor. Yo ya sabía que Marie estaba tramando algo porque desde que nos marchamos de Poole estuvo muy nerviosa, y comprendí que su conducta debía de tener algo que ver con el chico de la playa, porque cuando nos marchamos se puso insoportable. — Suspiró y prosiguió:- Eso fue lo que desencadenó la pelea. Hoy, cuando Marie se presentó hecha una fiera, como siempre, le dije a su padre que debería preocuparse más de lo que está pasando, porque yo ya hace tiempo que sé que su hija está embarazada y que toma drogas. Ahora se ha desatado la tormenta.

—¿Sigue Marie aquí?

Jenny asintió.

–Está en el cuarto de invitados.

–¿Cuál es su domicilio habitual?

–Vive en Lymington con su madre y su hermana.

–¿Sabe usted lo que Marie y su novio pensaban hacer el domingo?

Jenny miró a Gregory antes de contestar:

–Querían fugarse a Francia, pero cuando apareció esa mujer en la playa tuvieron que abandonar sus planes, porque había demasiada gente mirando. Por lo visto Steve tiene un barco y lo había dejado en el puerto deportivo de Salters, y el plan era que Marie se esfumara de Chapman's Pool tras decir que se iba a dar un paseo hasta Worth Matravers. Creían que si ella se ponía unas prendas de hombre que Steve había cogido e iban caminando hasta el ferry, podrían llegar a Francia por la noche, y que nadie se enteraría de dónde estaba Marie, ni con quién. – Sacudió la cabeza-. Ahora amenaza con suicidarse si su padre no le deja irse a vivir a Londres con Steve.

Mientras un equipo de la policía científica examinaba el garaje de Lymington en busca de pruebas, Tony Bridges era interrogado como testigo por el comisario Carpenter y el inspector Galbraith. Sin embargo, Bridges se negó a repetir lo que le había dicho a Galbraith sobre las actividades de contrabando de Harding, y como de ese asunto se ocupaban los de aduanas, Carpenter no hizo hincapié en él. Prefirió sorprender a Bridges mostrándole la cinta de vídeo en que aparecía Harding masturbándose, y después le preguntó si su amigo tenía por costumbre realizar actos indecentes en público.

Bridges se mostró sorprendido.

–¡Joder! – exclamó secándose la frente con la manga-. ¿Cómo quiere que lo sepa? No vivimos juntos. Steve nunca ha hecho nada así delante de mí.

–Tampoco es tan grave -murmuró Galbraith, sentado junto a Carpenter-. Sólo es una paja disimulada. ¿Por qué le abrumba tanto, Tony?

El joven lo miró, nervioso.

–Creo que se trata de algo peor.

–Es usted un tipo listo -terció Carpenter, congelando la imagen en el momento en que Harding se limpiaba-. ¿Ve el logotipo del DERBY FC en la camiseta que está utilizando? Es de un niño de diez años que se llama Danny Spender. El chaval cree que Steve se la robó el domingo al

mediodía, y media hora más tarde lo vemos eyaculando sobre ella. Usted conoce mejor que nadie a Harding. ¿Cree que le van los chicos jóvenes?

Bridges cada vez estaba más asombrado.

—No -contestó.

—Tenemos un testigo que afirma que Steve no les quitaba las manos de encima a esos dos chavales que encontraron el cadáver de Kate Sumner. Uno de ellos declaró que Steve utilizó su teléfono móvil para conseguir una erección delante de ellos. Y un policía dice que mantuvo la erección mientras estuvo con los niños.

—¡Mierda! — Bridges se pasó la lengua por los resecos labios-. Mire, yo siempre he pensado que no soportaba a los niños. No soporta trabajar con ellos ni que yo hable de mi trabajo de maestro. — Miró la imagen congelada en la pantalla del televisor-. Aquí tiene que haber un error. De acuerdo, a Steve le gusta el sexo; habla mucho de sexo, le gustan las películas porno, alardea de sus orgías y esas cosas, pero siempre con mujeres. Apostaría a que no es marica.

Carpenter se inclinó y miró a Bridges; luego miró la pantalla del televisor.

—Eso le ha ofendido, ¿verdad? ¿Por qué, Tony? ¿Ha reconocido a alguien más en las imágenes?

—No. Es sólo que lo encuentro obsceno.

—No será peor que las fotografías pornográficas en las que posa su amigo.

—No lo sé. Nunca he visto esas fotografías.

—Alguna habrá visto. Descríbanoslas.

Bridges sacudió la cabeza.

—¿Salen niños? Me consta que ha posado para revistas gays. ¿Posa también con niños?

—No sé nada de eso. Tendrá que hablar con su agente.

Carpenter anotó algo y prosiguió:

—Los actos de pedofilia se pagan mejor que ninguna otra cosa.

—Yo no tengo ni idea.

—Usted es maestro, Tony. Tiene más responsabilidades hacia los niños que el resto de la gente. ¿Posa su amigo con menores?

Bridges sacudió la cabeza.

—Anthony Bridges se niega a contestar -dijo Carpenter al micrófono de la grabadora. Consultó una hoja y continuó-: El martes nos dijo que Steve no era mujeriego, y ahora dice que alardea de sus orgías. ¿En qué quedamos?

—Le gusta hablar de sus conquistas -respondió Bridges mirando a Galbraith-. Por eso me enteré de lo de Kate. Siempre me contaba lo que hacían.

Galbraith se masajeó la nuca.

—A mí me da la impresión de que Steve habla mucho y hace poco, Tony -comentó-. A su amigo le van las juergas solitarias. En la playa. En el barco. En su piso. ¿Pensó alguna vez que Steve podría estar mintiéndole sobre sus relaciones con mujeres?

—No. ¿Por qué iba a pensarlo? Es guapo y tiene mucho éxito.

—Se lo plantearé de otro modo. ¿A cuántas de esas mujeres ha conocido usted? ¿A cuántas ha llevado a su casa?

—No necesita llevarlas a mi casa. Las lleva a su barco.

—Entonces, ¿cómo es que no hay pruebas de eso? En el barco había un par de prendas femeninas y unos zapatos de Hannah, pero nada que indicara que alguna mujer se hubiera acostado con él.

—Eso no lo puede saber.

—Venga, Tony -dijo Galbraith, exasperado-. Usted es químico. Las sábanas están llenas de manchas de semen, pero no hay nada que indique que había alguien más con él cuando Harding eyaculaba.

Bridges, desesperado, miró al comisario.

—Lo único que puedo decir es lo que Steve me dijo a mí. Yo no tengo la culpa de que ese imbécil me haya mentado.

—Cierto -concedió Carpenter-, pero usted sigue vendiéndonos la idea de que es un semental. — Sacó la declaración de Bridges de una carpeta y se la enseñó-. Insiste usted en que Harding es un joven apuesto. A principios de esta semana dijo: «Steve es un tipo atractivo y tiene una activa vida sexual. Suele salir con dos chicas a la vez...» -Arqueó las cejas y preguntó-: ¿Quiere hacer algún comentario sobre eso?

Era evidente que Tony no sabía adónde querían llevarlo con aquellas preguntas, y que necesitaba tiempo para pensar. Eso interesó a los dos policías. Era como si Tony intentara prever los movimientos en una partida de ajedrez, y como si hubiera empezado a asustarse porque se había

percatado de la superioridad del contrario. De vez en cuando miraba la pantalla del televisor, pero apartaba la vista como si no soportara ver aquella imagen congelada.

–No sé qué quieren que les diga.

–Es muy sencillo, Tony: estamos contrastando su retrato de Steve con las pruebas que tenemos. Usted quiere hacernos creer que su amigo tuvo una aventura relativamente larga con una mujer casada y mayor que él, pero nos está costando comprobarlo. Usted le dijo a mi compañero que a veces Steve llevaba a Kate a su casa, y sin embargo, pese a que es evidente que hace meses que no limpia su casa, no hemos encontrado ni una sola huella de Kate Sumner. Tampoco hay nada que indique que ella haya estado en el coche de Steve, pese a que usted dijo que él la había llevado varias veces a New Forest para hacerle el amor en el asiento trasero.

–Steve me dijo que iban a sitios apartados. Temían que William se enterara, porque, según Steve, era muy celoso. – Al ver la expresión de incredulidad de Carpenter, protestó-: Yo no tengo la culpa de que me mintiera.

–A nosotros nos dijo que William era un hombre maduro y recto -dijo Carpenter, pensativo-. No recuerdo que insinuara que era una persona agresiva.

–Yo me limito a repetir lo que Steve me dijo.

Galbraith se removió en la silla y dijo:

–De modo que todo lo que usted sabe sobre la supuesta relación de Steve con Kate procede de un único encuentro con ella en un pub y de lo que él le contó sobre ella, ¿no?

Bridges asintió.

–Anthony Bridges dice que sí -dijo Galbraith acercándose al micrófono-. ¿Qué pasaba, Tony? ¿Se avergonzaba Steve de esa relación? ¿Por eso usted sólo lo vio con Kate una vez? Usted mismo ha dicho que no entendía qué era lo que le atraía de ella.

–Estaba casada -dijo Bridges-. Es lógico que Steve no la paseara por la ciudad, ¿no?

–¿Alguna vez ha paseado a otra mujer por la ciudad?

Hubo un largo silencio.

–La mayoría de las mujeres con quienes sale están casadas -dijo Bridges.

—¿No será que se las inventa? — sugirió Carpenter-. Según él, Bibi también era novia suya.

Bridges parecía aturdido, como si de pronto sus intuiciones cobraran sentido. No respondió.

Galbraith señaló la pantalla del televisor.

—Lo que estamos empezando a sospechar es que Steve hablaba mucho para disimular que no hacía nada. A lo mejor fingía que le gustaban las mujeres porque no quería que nadie supiera que sus gustos iban en otra dirección. Tal vez ni siquiera es capaz de reconocerlo, y se desahoga en privado. — Señaló a Bridges y añadió-: Pero si es así, ¿qué pasa con usted y con Kate Sumner?

—No le entiendo.

El inspector sacó el bloc de notas y lo abrió.

—Le recordaré lo que dijo usted sobre ella: «Creo que debía de alimentarse de culebrones. Kate decía que Hannah se pondría a gritar como una histérica. Creo que lleva mucho tiempo engañando a idiotas como su marido». Podría continuar. Habló usted sobre ella durante quince minutos, con fluidez y sin que yo le hiciera preguntas. — Dejó el bloc en la mesa-. ¿Quiere explicarnos cómo sabe tanto sobre una mujer a la que sólo vio una vez?

—Lo único que sé es lo que me contó Steve.

Carpenter señaló la grabadora.

—Esto es una entrevista formal, Tony. Permítame que le formule de nuevo la pregunta para que no haya malentendidos. Teniendo en cuenta que los Sumner llevan poco tiempo en Lymington, que tanto Steven Harding como William Sumner han negado que Steve y Kate tuvieran ningún tipo de relación, y que usted, Anthony Bridges, asegura que sólo la ha visto una vez, ¿cómo explica que sepa tanto sobre ella?

Marie Freemantle era una rubia alta y delgada con largo cabello ondulado y unos enormes ojos, que ahora tenía llenos de lágrimas. Cuando la tranquilizaron diciéndole que a Steve no le había pasado nada y que lo estaban interrogando para averiguar qué hacía en Chapman's Pool el domingo, se secó las lágrimas y dedicó a los policías una ensayada sonrisa. Ambos quedaron impresionados, aunque su admiración se vino abajo en cuanto descubrieron el egoísmo y la arrogancia que se escondía detrás de aquel bonito rostro. Se dieron cuenta de que la chica no era demasiado lista

cuando comprobaron que no se le había ocurrido que quisieran hablar con ella porque Steve era sospechoso del asesinato de Kate Sumner. Marie dijo que prefería hablar con ellos a solas, e hizo gala de una aguda mordacidad, sobre todo dirigida hacia la novia de su padre, a la que definió como una zorra entrometida.

—La odio -dijo-. Todo iba estupendamente hasta que ella metió la nariz.

—¿Significa eso que siempre te han dejado hacer lo que querías? — preguntó Campbell.

—Ya soy mayorcita.

—¿Cuántos años tenías cuando tuviste relaciones sexuales con Steven Harding por primera vez?

—Quince. Pero hoy en día eso no tiene nada de raro. La mayoría de mis amigas han empezado a tener relaciones a los trece.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Seis meses.

—¿Con qué frecuencia has tenido relaciones sexuales con él?

—Muchas veces.

—¿Dónde?

—Casi siempre en su barco.

—¿En la cabina?

—No siempre. La cabina apesta. Steve sube una manta a la cubierta y lo hacemos al sol, o bajo las estrellas. Es fantástico.

—¿Mientras el barco está amarrado a la boya? — preguntó Campbell con perplejidad. Al igual que le ocurría a Galbraith, le sorprendía la magnitud del abismo que separaba a la juventud de hoy en día de su generación-. ¿A la vista de los pasajeros del ferry de la isla de Wight?

—Claro que no -dijo ella, indignada, y volvió a sacudir los hombros-. Steve me recoge en algún sitio y vamos a navegar.

—¿Dónde te recoge?

—En muchos sitios. Se metería en un buen lío si alguien se enterara de que sale con una quinceañera, pero dice que si no utilizas el mismo sitio nadie se fija. — Se encogió de hombros y comprendió que tenía que explicarse mejor-. Si utilizas un puerto deportivo una vez cada dos semanas, ¿quién se va a acordar? Después están las salinas. Yo voy por el camino desde Yacht Haven y él me recoge con su bote. A veces voy a Poole en tren y nos encontramos allí. Mi madre cree que estoy con mi padre, y mi padre

que estoy con mi madre. Es muy sencillo. Yo le llamo al móvil y él me dice adónde tengo que ir.

—¿Le has dejado un mensaje en el móvil esta mañana?

Marie asintió.

—Él no me llama, para que mi madre no sospeche.

—¿Dónde lo conociste?

—En el club náutico de Lymington. El día de San Valentín hubo una fiesta, y mi padre consiguió entradas. Mi madre dijo que Fliss y yo podíamos ir si mi padre nos vigilaba, pero él se emborrachó, como siempre, y mi hermana y yo nos quedamos solas. Entonces mi padre salía con la imbécil de su secretaria. Yo la odiaba porque intentaba enemistar a mi padre conmigo.

—¿Fue tu padre quien te presentó a Steve? ¿Se conocían?

—No. Me lo presentó un profesor mío.

—¿Qué profesor?

—Tony Bridges. — Sus carnosos labios esbozaron una sonrisa maliciosa-. Siempre le he gustado, y el pobre estaba intentando coquetear conmigo cuando Steve le cortó. Cómo se cabreó. Se ha pasado todo el curso dándome la lata, intentando averiguar qué pasaba, pero Steve me aconsejó que no se lo contara. Dice que Tony es tan celoso que si pudiera nos haría alguna putada.

Campbell recordó la conversación mantenida con Bridges el lunes por la noche, y dijo:

—A lo mejor se siente responsable de ti.

—No es por eso -repuso ella con sorna-. Lo que pasa es que es un desgraciado. Las novias no le duran nada, porque casi siempre está colocado y no cumple en la cama. Ahora lleva unos cuatro meses saliendo con una peluquera, y Steve dice que la droga para que la chica no pueda quejarse de lo mal que folla Tony. Creo que tiene algún problema, porque en clase siempre está intentando meterle mano a las chicas; pero nuestro director es un inútil y no hace nada al respecto.

Campbell le dirigió una mirada de complicidad a su colega. A continuación preguntó:

—¿Cómo sabe Steve que Tony droga a su novia?

—Porque le ha visto hacerlo. Disuelves una pastilla en la cerveza y la chica se desmaya.

—¿Sabes qué droga utiliza?

Marie volvió a encogerse de hombros y contestó:

—Somníferos.

—Sólo hablaré delante de un abogado -declaró Bridges-. Mire, esa mujer estaba enferma. ¿Encuentra rara a su hija? Pues créame, comparada con la madre esa niña está tan cuerda como usted y yo.

La agente Griffiths oyó ruido de cristales rotos desde la cocina. Había dejado a Hannah mirando la televisión en el salón, y William seguía en su estudio del piso superior, donde se había refugiado, ofendido y resentido después de su entrevista con el inspector Galbraith. La agente recorrió el pasillo de puntillas y cuando abrió la puerta del salón vio a Sumner. Él la miró, desconsolado y pálido, y después señaló a su hija, que iba de un lado a otro, cogiendo fotografías de su madre y arrojándolas a la chimenea mientras emitía agudos chillidos.

Ingram le ofreció una taza de té a Harding y se sentó al otro lado de la mesa. La actitud del joven lo desconcertaba. Se había imaginado un interrogatorio largo, salpicado de desmentidos y acusaciones, pero Harding había admitido su culpabilidad y había ratificado todo lo que Maggie había dicho en su declaración. Ahora sólo faltaba que lo acusaran formalmente y que lo retuvieran hasta la mañana siguiente. Lo único que le preocupaba era su teléfono. Cuando Ingram se lo entregó al sargento que tenía la custodia del detenido y lo incluyó en el inventario de los objetos personales de Harding, éste se mostró aliviado. Sin embargo, Ingram no sabía si el alivio se debía a que le habían devuelto el teléfono o a que estaba apagado.

—¿Qué le parece si hablamos un poco extraoficialmente? — propuso el policía-. Aunque sólo sea para satisfacer mi curiosidad. La grabadora está apagada, y no habrá testigo de esta conversación.

—¿De qué quiere que hablemos? — preguntó Harding con indiferencia.

—De usted. De lo que está pasando. Me gustaría que me dijera qué hacía en el sendero de la costa el domingo. Y por qué regresó a Chapman's Pool esta mañana.

—Ya se lo he dicho. Me apetecía pasear. — Harding esbozó una sonrisa de chulo-. Las dos veces.

—Muy bien. — Ingram apoyó las manos en el borde de la mesa, dispuesto a levantarse-. Se está cavando su propia tumba. Después no se queje de que nadie le ofreció ayuda. Usted siempre ha sido el principal sospechoso.

Conocía a la víctima, tiene un barco, estaba allí y mintió acerca de lo que había ido a hacer. ¿Se imagina qué pensará el jurado si el fiscal decide acusarlo de la violación y asesinato de Kate Sumner?

—No pueden acusarme. No tienen ninguna prueba.

—¡Venga, Steve! — exclamó Ingram sentándose de nuevo-. ¿No lee los periódicos? Muchos criminales han ido a la cárcel con menos pruebas de las que la policía de Winfrith tiene contra usted. De acuerdo, sólo son circunstanciales, pero a los jurados no les gustan las coincidencias, como nos ocurre a nosotros, y su comportamiento de esta mañana no le ha ayudado mucho. Lo único que demuestra es que las mujeres le ponen nervioso y que es capaz de atacarlas. — Ingram hizo una pausa para ver si Harding decía algo-. Por si le interesa saberlo, le diré que en el informe que redacté el lunes, mencioné que a la señorita Jenner y a mí nos pareció que usted tenía problemas para disimular su erección. Después uno de los chicos Spender explicó que antes de que llegara la señorita Jenner usted se estaba masturbando con ayuda de su teléfono móvil. — Se encogió de hombros-. Quizá no tenga nada que ver con Kate Sumner, pero no sonará muy bien en un tribunal.

Harding se ruborizó.

—¡Tonterías! — exclamó.

—Pero ciertas.

—Ojalá no se me hubiera ocurrido ayudar a esos chicos -dijo Harding, furioso-. De no haber sido por ellos, ahora no estaría metido en este lío. Debí seguir mi camino y dejar que se las arreglaran. — Se apartó el cabello de la cara y apoyó la frente en las palmas-. ¡Dios mío! ¿Por qué tuvo que poner una cosa así en su informe?

—Porque ocurrió.

—No fue como usted dice -dijo Harding hoscamente. Todavía tenía aquel rubor de humillación en las mejillas.

—Pues ¿cómo? — Ingram lo miró-. Los jefes creen que volvió usted para regodearse contemplando a la víctima, y que por eso tenía una erección.

—¡Eso es una estupidez!

—¿Qué otra explicación hay? Si no fue el cadáver de Kate Sumner lo que lo excitó, entonces tuvieron que ser la señorita Jenner o los chicos.

Harding levantó la cabeza y miró al policía con expresión de repugnancia.

—¿Los chicos? — repitió.

A Ingram le pareció que la expresión de Harding era excesivamente teatral, y recordó, como había hecho Galbraith, que estaba hablando con un actor. No sabía cómo iba a reaccionar Harding cuando le dijeran lo de la cinta de vídeo.

—No les quitaba las manos de encima -comentó el policía-. Según la señorita Jenner, cuando ella bajó a la playa usted estaba abrazando a Paul.

—No puedo creerlo -dijo Harding, desesperado-. Sólo le estaba enseñando cómo utilizar los prismáticos.

—Demuéstrelo.

—¿Cómo?

Ingram echó la silla hacia atrás y estiró las piernas, cogiéndose las manos detrás de la cabeza.

—Dígame qué hacía en Chapman's Pool. Cualquier cosa que diga no será peor que las conclusiones que estamos sacando nosotros.

—No pienso decir ni una sola palabra más.

—En ese caso, le diré lo que creo que hacía en Chapman's Pool. Fue allí para reunirse con alguien. Si no me equivoco, con una chica que iba en uno de los barcos que había en la bahía; pero sus planes se frustraron cuando aquello empezó a llenarse de policías y curiosos. — Volvió a mirarlo-. Pero ¿a qué viene tanto secreto, Steve? ¿Qué demonios pensaba hacer con ella para que prefiera ser detenido como sospechoso de violación y asesinato que dar una explicación?

El abogado tardó dos horas en llegar, enviado por el abuelo de Tony, y tras una breve conversación con su cliente, y después de que la policía le asegurara que, debido a su coartada, Tony no era sospechoso de haber participado en el asesinato de Kate Sumner, aconsejó a Tony que contestara las preguntas que le formularan.

—Está bien, conocía bastante a Kate. Ella vivía a unos doscientos metros del garaje de mi abuelo, y solía hablar conmigo cuando yo iba por allí, porque sabía que yo era amigo de Steve. Era una golfa y siempre estaba coqueteando. Te miraba con aquellos ojazos azules y te contaba historias de sus conquistas. Yo lo interpretaba como una insinuación, sobre todo cuando me dijo que William tenía problemas para que se le levantara. Me contó que gastaba litros de aceite hidratante para ayudar a ese pobre diablo, y se reía a carcajadas. Sus descripciones eran exageradamente gráficas, pero no

parecía importarle que Hannah la escuchara ni que yo pudiera hacerme amigo de William. – Parecía atribulado, como si aquellos recuerdos lo atormentaran-. Ya le he dicho que esa mujer estaba enferma. Es más, creo que disfrutaba siendo cruel. Imagino que la vida a su lado debía ser un infierno. Cuando intenté besarla, me pegó una bofetada. Luego me escupió en la cara y dijo que no estaba tan desesperada.

–¿Cuándo ocurrió eso?

–A finales de febrero.

–¿Qué pasó después?

–Nada. La mandé al carajo. Entonces Steve empezó a insinuarme que le estaba tirando los tejos a Kate. Creo que ella debió de contarle que yo había intentado ligármela, y que él quiso pavonearse ante mí. Decía que todo el mundo se había acostado con ella, menos yo.

Carpenter cogió una hoja de papel y abrió su bolígrafo.

–Déme una lista -dijo-. Quiero los nombres de todas las personas que tuvieron alguna relación con ella.

–Steve Harding.

–¿Quién más?

–No sé ningún otro nombre.

Carpenter dejó el bolígrafo en la mesa y miró al joven,

–Con eso no basta, Tony. Usted la describe como una golfa, pero sólo sabe decirme un nombre. Eso me hace desconfiar de la descripción que acaba de hacer del carácter de Kate. Suponiendo que me esté diciendo la verdad, sólo sabemos de tres hombres que tuvieron una relación con ella: su marido, Steven Harding y otro anterior. – Carpenter lo taladró con la mirada, y añadió:- Se mire como se mire, es una cifra muy modesta tratándose de una mujer de treinta años. ¿O es que para usted cualquier mujer que haya tenido tres amantes es una golfa? Su novia, por ejemplo. ¿Con cuántos hombres ha salido Bibi?

–Deje a Bibi en paz. Ella no tiene nada que ver con esto.

–Ella le ha dado una coartada para el sábado por la noche -le recordó Galbraith-. Y por lo tanto, ella tiene mucho que ver. – Juntó las manos y escrutó el rostro de Bridges-. ¿Sabía Bibi que a usted le gustaba Kate Sumner?

El abogado apoyó una mano en el brazo a Bridges y dijo:

–No es necesario que responda a esa pregunta.

–Pues voy a responder -dijo Bridges-. Estoy harto de que intenten involucrar a Bibi en esto. A mí no me gustaba Kate, odiaba a aquella zorra. Me pareció que era un polvo fácil, nada más, y lo intenté una vez. Mire, esa tía era una calentabraguetas. Le encantaba poner cachondos a los tíos.

–No le he preguntado eso, Tony. Le he preguntado si Bibi sabía que a usted le gustaba Kate.

–No -refunfuñó Bridges.

–Pero en cambio sabía lo de Steve y Kate, ¿no?

–Sí.

–¿Quién se lo contó? ¿Usted o Steve?

Bridges se dejó caer en la silla.

–Steve. Bibi se puso como loca cuando Kate empezó a ensuciar el coche de Steve con los pañales de Hannah, así que él le contó lo que había pasado.

Galbraith se reclinó en el respaldo de la silla y apoyó las manos en la mesa.

–A las mujeres les tienen sin cuidado los coches, a menos que les interesen los tipos que los conducen. ¿Está seguro de que su novia no le pone los cuernos?

Bridges saltó de su silla.

–¿Cómo se atreve? – exclamó-. Se cree que lo sabe todo, ¿verdad? Bibi se puso como loca porque la manilla de la puerta estaba llena de mierda, y ella había intentado abrirla. Por eso se enfadó. No porque le importasen Steve ni su coche, sino porque la mano se le llenó de mierda. ¿Tan idiotas son que ni siquiera entienden eso?

–Pero ¿no demuestra eso mi teoría? – repuso Galbraith-. Si Bibi conducía el coche de Steve, será porque eran algo más que amigos.

–El coche lo conducía yo -dijo Bridges, ignorando al abogado e inclinándose sobre la mesa para acercar el rostro al del inspector-. Miré la manilla del lado del conductor y vi que estaba limpia, así que abrí las puertas. Lo que no se me ocurrió fue que aquella cerda hubiera cambiado de táctica. Esta vez la caca estaba en el lado del pasajero. Cuando Bibi la tocó, la mierda todavía estaba blanda, lo cual significaba que Kate la había puesto allí cinco minutos antes. Y también que la mano de Bibi olía a mil demonios. ¿Me explico, o quiere que se lo repita, capullo?

–No -contestó Galbraith-. Estas grabaciones son bastante buenas; creo que ya lo tenemos. – Señaló la silla que había al otro lado de la mesa y

dijo-: Siéntese, Tony. – Esperó a que tomara de nuevo asiento-. ¿Vio marcharse a Kate?

–No.

–Pues debería haberla visto. Dice que los excrementos todavía estaban blandos.

Tony se mesó el cabello, teñido de rubio, y se inclinó sobre la mesa.

–Había muchos sitios donde podía haberse escondido. Seguramente nos estaba observando.

–¿No pensó que el blanco podía ser usted, y no Steve? Ha descrito a Kate como una enferma y ha dicho que le escupió en la cara.

–No.

–Ella debía de saber que Steve le deja conducir su coche.

–Sólo de vez en cuando. Steve no me lo presta a menudo.

Galbraith pasó las hojas del bloc y observó:

–Esta tarde me ha dicho que Steve y usted tenían un trato respecto al garaje de su abuelo y el *Crazy Daze*. Un trato ventajoso, ¿no?

–Sí.

–Me ha dicho que hace tres semanas llevó a Bibi al barco.

–Sí. ¿Y qué?

–Bibi no está de acuerdo con usted. Hace un par de horas la llamé a casa de sus padres y me dijo que nunca ha estado en el *Crazy Daze*.

–Se le habrá olvidado -replicó Bridges-. Aquella noche Bibi acabó como una cuba. De todos modos, ¿qué más da?

–Digamos que nos interesan las discrepancias.

El joven se encogió de hombros.

–No veo qué importancia puede tener.

–Nos gusta ser exactos. – Galbraith consultó su bloc-. Según ella, nunca ha estado en el *Crazy Daze* porque Steve le prohibió a usted utilizarlo una semana antes de que la conociera a ella. «Cuando se emborrachaba, Tony destrozaba el barco -leyó el inspector-, y Steve se cabreó con él. Dijo que Tony podía seguir utilizando el coche, pero que ya podía olvidarse del *Crazy Daze*.» - Levantó la vista y añadió-: ¿Por qué nos ha mentado diciendo que Bibi había estado a bordo del barco?

–Para borrar esa sonrisa de suficiencia de su cara. Me pone histérico cómo me tratan. Son todos unos fascistas. A mí no se me ha olvidado que usted pretendía arrastrarme por las calles en pelotas.

—¿Qué tiene eso que ver con Bibi?

—Usted quería una respuesta y yo se la he dado.

—¿Qué le parece esta otra? Usted sabía que Bibi había estado a bordo del *Crazy Daze* con Steve, así que decidió ofrecernos una explicación de por qué habíamos encontrado las huellas de la chica en el barco. Usted sabía que también encontraríamos sus huellas, porque el lunes usted estuvo a bordo del *Crazy Daze*, y pensó que lo más prudente era fingir que Bibi y usted habían estado allí juntos. Pero sus huellas, Tony, sólo las encontramos en la escotilla de proa, mientras que las de Bibi estaban por toda la cabecera de la cama. ¿Le gusta ponerse encima?

Bridges bajó la cabeza, atribulado.

—Vayase a la mierda.

—Imagino que le pondrá histérico que Steve siempre le robe las novias.



Capítulo 24

Al ver entrar a Nick con una escalerilla de aluminio al hombro, Maggie bajó los doloridos brazos y, malhumorada, dio unos golpecitos en su reloj. Estaba encaramada en una silla de jardín que había colocado encima de la mesa de la cocina; tenía el cabello lleno de telarañas, y las mangas de la camisa enrolladas y empapadas.

—¿Te parece que son horas de llegar? — preguntó-. Son las diez menos cuarto, y mañana tengo que levantarme a las cinco para ocuparme de los caballos.

—¡Vamos, mujer! — dijo él con tono quejumbroso-. Una noche en blanco no le hará ningún daño. Ya verá cómo un poco de riesgo le alegra la vida.

—Hace horas que te espero.

—Entonces, no se case nunca con un policía -replicó él al tiempo que colocaba la escalerilla bajo la parte del techo que todavía estaba por limpiar.

—No creo que se me presente esa oportunidad.

—¿Quiere decir que se lo plantearía? — preguntó él con una sonrisa socarrona.

—Por supuesto que no -contestó ella-. Lo que quería decir es que ningún policía me lo ha propuesto nunca.

—Supongo que ninguno se atrevería. — Nick abrió el armario de debajo del fregadero, donde suponía que estaban los cubos y los artículos de

limpieza. Maggie estaba por encima de él, igual que en aquellas raras ocasiones en que se lo había encontrado cuando paseaba a caballo, y sintió una fuerte tentación de arrojarle agua a la nuca-. Ni lo piense -se adelantó él, sin levantar la vista-, o tendrá que hacerlo todo usted sola.

Ella decidió ignorarle, pues prefería el papel de mujer digna al de humillada.

—¿Cómo te ha ido? — preguntó mientras bajaba de la silla para mojar la esponja en el cubo.

—Bastante bien.

—Ya. Estás radiante. — Volvió a subirse a la silla y añadió:- ¿Qué te ha contado Steve?

—Está de acuerdo con su declaración.

—Y ¿qué más?

—Me contó lo que hacía el domingo en Chapman's Pool. — La miró y agregó:- Es idiota perdido, pero dudo que sea un violador o un asesino.

—Entonces ¿lo juzgaste mal?

—Seguramente.

—Estupendo. De vez en cuando conviene comprobar que uno se equivocaba. ¿Y la pedofilia?

—Eso depende de lo que entienda usted por pedofilia. — Nick cogió una silla y se sentó a horcajadas, apoyando los codos en el respaldo-. Está enamorado de una quinceañera que se siente tan desgraciada en su casa que amenaza con suicidarse. Por lo visto es una belleza; mide un metro ochenta, aparenta veinticinco años, podría ser modelo de alta costura y los hombres se vuelven para mirarla allá donde va. Sus padres están separados; la madre tiene celos de la hija; al padre le van las jovencitas; la chica está embarazada de cuatro meses, se niega a abortar y llora sobre el hombro de Steve cada vez que lo ve. — Arqueó una ceja-. Y seguramente por eso él la encuentra tan atractiva. La chica está tan desesperada por tener el crío y sentirse querida que ha intentado cortarse las venas en dos ocasiones. La solución que se le ocurrió a Steve fue llevársela a Francia en el *Crazy Daze*, donde podrían vivir -volvió a enarcar la ceja con sarcasmo- su amor sin que los padres de ella supieran adónde había ido su hija ni con quién.

Maggie chascó la lengua.

—Ya te dije que no era más que un buen samaritano.

—Un barba azul, más bien. La chica tiene quince años.

–Pero has dicho que aparenta veinticinco.

–Eso, si nos creemos lo que dice Steve.

–¿Tú no te lo crees?

–Digamos que yo no le dejaría acercarse a una hija mía ni loco -
respondió Nick-. Es un salido y un narcisista, y tiene la moral de un gato callejero.

–Más o menos como la sabandija con la que me casé, ¿no? – repuso ella secamente.

–Exacto -contestó Nick. La miró sonriente y añadió-: Pero tenga en cuenta que yo no soy imparcial.

A Maggie le chispearon los ojos.

–Entonces ¿qué pasó? ¿Paul y Danny lo desviaron de su camino y todo quedó en nada?

Nick asintió.

–Cuando tuvo que identificarse, Steve se dio cuenta de que no tenía sentido seguir con el plan, y le hizo señas a su novia para que lo abandonara. Desde entonces sólo la ha llamado una vez con su móvil, el domingo por la noche, cuando regresaba a Lymington; después no ha podido hablar más con ella porque o estaba detenido o no llevaba el móvil encima. Ella siempre lo llamaba a él, y como Steve no tiene noticias de ella teme que se haya suicidado.

–Y ¿es verdad?

–No. Uno de los mensajes que había en el teléfono de Steve es de la chica.

–Pobre chico. Lo has vuelto a encerrar, ¿no? Debe de estar preocupadísimo. ¿No podías haberle dejado hablar con ella?

Nick pensó en lo caprichosos que eran los humanos. Él habría apostado a que Maggie sentiría más simpatía por la chica.

–Está prohibido.

–¡Venga, Nick! Eso es una crueldad.

–No; es sentido común. Yo no me fío ni un pelo de él. Ha cometido varios delitos, no lo olvide. La ha agredido a usted, ha tenido relaciones sexuales con una menor, ha planeado un rapto, por no mencionar la indecencia y el escándalo público.

–¡Por amor de Dios! ¡No me dirás que lo has denunciado por tener una erección!

–Todavía no.

–Eres cruel, desde luego -sentenció ella-. Es evidente que era a su novia a la que miraba con los prismáticos. Según esa teoría, tendrías que haber detenido a Martin cada vez que él me ponía la mano en el trasero.

–No podía hacerlo. Usted nunca puso ninguna objeción, y por lo tanto eso no constituía ningún delito.

–¿Qué me dices de la indecencia? – preguntó ella con malicia.

–Nunca lo pillé con los pantalones bajados. Y mire que lo intenté; pero Martin era demasiado rápido.

–¿Te estás burlando de mí?

–No. Le estoy haciendo la corte.

Adormilada, Sandy Griffiths escudriñó las agujas luminosas de su reloj, vio que eran las tres en punto e intentó recordar si William había salido. Una vez más, algo había interrumpido su ligero sueño. Creyó que se trataba de la puerta de la casa al cerrarse, aunque no estaba segura de si había oído el ruido o lo había soñado. Aguzó el oído, pero no oyó pasos por la escalera, así que se levantó de la cama y se puso la bata. Con niños pequeños aún podría apañárselas, pero con un marido... jamás.

Encendió la luz del rellano y abrió la puerta del dormitorio de Hannah. La luz iluminó la cuna de la niña, y los temores de Sandy se desvanecieron inmediatamente. Hannah estaba sentada, inmóvil y absorta, como era su costumbre, con el pulgar en la boca, contemplando el vacío con su extraña mirada. No parecía haber reconocido a la agente Griffiths. La traspasó con la mirada, como si pudiera ver a través de ella, y la agente Griffiths comprendió que la niña estaba profundamente dormida. Eso explicaba la cuna y los cerrojos que había en todas las puertas: estaban allí para proteger a la pequeña sonámbula, y no para cortarle las alas a la niña, como la agente había creído.

Sandy Griffiths oyó un coche que se ponía en marcha, y después el crujido de las ruedas en el camino de la casa. ¿Qué demonios se suponía que estaba haciendo William ahora? ¿Acaso creía que abandonando a su hija a altas horas de la noche se ganaría las simpatías de los servicios sociales? ¿O había decidido renunciar definitivamente a toda responsabilidad? Sandy, cansada, se apoyó en el marco de la puerta y contempló aquella réplica de Kate, rubia y ensimismada, con compasión, y recordó lo que había dicho el médico al ver las fotografías en la chimenea:

«Está enfadada con su madre por haberla abandonado... Es una expresión de dolor completamente normal... Ahora le corresponde a su padre consolarla... Es la mejor manera de llenar ese vacío».

La desaparición de William Sumner despertó recelos en la comisaría de Winfrith, pero muy poco interés verdadero. Como ya le había ocurrido otras veces en la vida, Sumner había dejado de importar. Ahora el centro de atención era Beatrice Gould, o Bibi, quien el sábado a las siete de la mañana, cuando la policía se presentó en la casa de sus padres instándola a volver a Winfrith para responder a más preguntas, rompió a llorar y se encerró en el cuarto de baño. Sólo accedió a salir después de que la amenazaran con detenerla por obstrucción a la justicia, y cuando le dijeron que sus padres podrían acompañarla a la comisaría. Aquel miedo al requerimiento de la policía parecía excesivo, y cuando le pidieron una explicación, dijo: «Todo el mundo se va a enfadar conmigo».

Tras una breve comparecencia ante el magistrado por su denuncia de agresión, también a Steven Harding le instaron a someterse a un nuevo interrogatorio. Nick Ingram lo llevó a la comisaría en su coche, y aprovechó la ocasión para enseñarle un par de cosas al inmaduro joven.

—Ahora que no nos oye nadie, Steve, te diré que si fuera a mi hija de quince años a la que hubieras dejado embarazada, te rompería las piernas. Es más, te rompería las piernas sólo con que le hubieses puesto un dedo encima.

Harding no se dejó impresionar.

—Las cosas han cambiado. Ahora ya no puedes ordenar a las chicas que se comporten como a ti te gustaría. Ahora ellas deciden por sí mismas.

—Fíjate bien, Steve. He dicho que te rompería las piernas, no que se las rompería a ella. Créeme, el día que encuentre a un tipo de veinticuatro años seduciendo a una hija mía, ese desgraciado lamentará haberse desabrochado la bragueta. Y no me vengas con el cuento de que ella tenía tantas ganas, porque entonces puede que te rompa también los brazos. Cualquier capullo puede convencer a una adolescente de que se acueste con él con sólo prometerle que la amará. Hace falta ser un hombre para darle tiempo a la chica para averiguar si la promesa es verdadera.

Bibi Gould se negó a que su padre entrara con ella en la sala de interrogatorios, pero suplicó a su madre que se sentara a su lado y le diera la mano. Al otro lado de la mesa, el comisario Carpenter y el inspector

Galbraith le leían su anterior declaración. A la chica le intimidaba el ceño de Carpenter, y bastó con que el policía dijera «Creemos que nos ha estado mintiendo, jovencita», para que rompiera a llorar a lágrima viva.

—A mi padre no le gusta que pase los fines de semana en casa de Tony... dice que me estoy convirtiendo en una cualquiera. Se habría puesto furioso si se hubiera enterado de que me desmayé. Tony dijo que había sido el alcohol, porque me puse a vomitar sangre, pero yo creo que fue un *éxtasis* malo que le vendió su amigo. Cuando recobré el conocimiento, estuve fatal durante horas. Mi padre me habría matado si se hubiera enterado. No puede ver a Tony. Cree que es una

mala influencia para mí. — Apoyó la cabeza en el hombro de su madre y lloró desconsoladamente.

—¿Cuándo ocurrió eso? — preguntó Carpenter.

—El fin de semana pasado. Íbamos a una fiesta en Southampton, y Tony le compró unos *éxtasis* a un amigo suyo...

—Prosigue.

—Todos se me van a echar encima -se lamentó Bibi-. Tony dijo que no tenía sentido causarle problemas a su amigo sólo porque el barco de Steve estaba en el lugar inadecuado.

Haciendo un esfuerzo, Carpenter consiguió suavizar su ceño para que se aproximara a una expresión paternal.

—A nosotros no nos interesa el amigo de Tony -dijo-. Lo único que pretendemos es saber dónde estaba cada uno el fin de semana pasado. Tú nos has dicho que Steven Harding te cae bien, y Steve saldrá beneficiado si podemos aclarar algunas discrepancias respecto a su declaración. Tony y tú dijisteis que no lo habíais visto el sábado porque habíais ido a una fiesta en Southampton. ¿Correcto?

—Es verdad que no lo vimos. — Bibi sorbió por la nariz-. Al menos yo no lo vi... Supongo que Tony pudo haberlo visto... Pero lo de la fiesta no es verdad. Como no empezaba hasta las diez, Tony dijo que podíamos ponernos un poco a tono antes. Lo malo es que no me acuerdo de casi nada... Habíamos estado bebiendo desde las cinco, y entonces me tomé el *éxtasis*... -Volvió a apoyarse en el hombro de su madre para llorar.

—Es decir que te tomaste una pastilla de *éxtasis* que te proporcionó tu novio, Tony Bridges.

A la joven le alarmó el tono del policía.

–Sí -susurró.

–¿Te has desmayado alguna otra vez estando con Tony Bridges?

–A veces, cuando bebo demasiado.

Carpenter se acarició la barbilla con aire pensativo.

–¿Sabes a qué hora tomaste la pastilla el sábado?

–A las siete, más o menos. – Se sonó con un Kleenex-. Tony me dijo que no se había dado cuenta de lo mucho que había bebido, y que si lo hubiera sabido no me habría dado el *éxtasis*. Fue horrible... Nunca volveré a beber ni a tomar *éxtasis*. Me he pasado toda la semana enferma. – Esbozó una débil sonrisa y añadió-: Supongo que es verdad lo que dicen. Tony cree que tuve suerte porque pude morirme.

Galbraith no estaba tan inclinado como su colega a adoptar un tono paternal. Su opinión sobre la joven era que era una pelandusca con muy poco autocontrol, y no entendía cómo una chica como aquella podía hacer, mediante los misterios de la química y la naturaleza humana, que un hombre hasta entonces sensato enloqueciera.

–El lunes por la noche -le recordó a la joven-, cuando el sargento Campbell visitó a Tony en su casa, volvías a estar borracha.

Ella le lanzó una mirada pícaro que acabó con los últimos restos de simpatía del inspector.

–Sólo me tomé dos cervezas -declaró Bibi-. Pensé que me ayudarían a recuperarme, pero me equivoqué.

Carpenter dio unos golpecitos en la mesa con el bolígrafo y preguntó:

–¿A qué hora recobraste el conocimiento el domingo por la mañana, Bibi?

Ella se encogió de hombros con gesto lastimero.

–No lo sé. Tony dijo que estuve unas diez horas inconsciente, y no me recuperé del todo hasta el domingo por la noche sobre las siete. Por eso llegué tarde a mi casa.

–Entonces, hasta las nueve de la mañana del domingo, ¿no?

–Más o menos -asintió la chica. Volvió el lloroso rostro hacia su madre y dijo-: Lo siento, mamá. Te juro que no volveré a hacerlo.

La señora Gould le dio un apretón en el hombro y miró, suplicante, a los dos policías.

–¿Quiere decir que la van a denunciar?

–¿Por qué, señora Gould?

—Por consumir *éxtasis*.

El comisario meneó la cabeza.

—Lo dudo. De momento no hay ninguna prueba de que los tomara. —
Rohipnol quizá sí, pensó—. Pero has sido muy tonta, Bibi, y espero que la próxima vez que aceptes pastillas de un hombre no vayas luego llorándole a la policía. Te guste o no, eres la única responsable de tu comportamiento, y el mejor consejo que puedo darte es que escuches a tu padre de vez en cuando.

Bien dicho, pensó Galbraith.

Carpenter prosiguió:

—No me gustan los mentirosos, jovencita. No nos gustan a ninguno de los dos. Y creo que anoche le dijiste otra mentira a mi colega el inspector Galbraith.

Bibi adoptó una expresión de pánico, pero no dijo nada.

—Le dijiste que nunca habías estado en el *Crazy Daze*, pero nosotros creemos que sí.

—Nunca he estado en ese barco.

—Hace unos días nos proporcionaste una muestra de tus huellas dactilares. Coinciden con varias que hemos encontrado en la cabina del barco de Steve. ¿Te importaría explicarnos cómo es posible que hayan aparecido si nunca has estado allí? — La miró fijamente.

—Es que... Mire, Tony no lo sabe... ¡Ostras! — Temblaba de nervios—. Una noche, Steve y yo nos emborrachamos aprovechando que Tony no estaba. A Tony le sentaría fatal si se enterara... Está obsesionado con lo atractivo que es Steve, y se llevaría una decepción si se enterara de que... en fin, ya sabe...

—¿Que tuviste relaciones sexuales con Steve en el *Crazy Daze*?

—Estábamos borrachos. Ni siquiera me acuerdo de lo que pasó. No significó nada -dijo, desesperada, como si la infidelidad pudiera ser perdonada cuando el alcohol desinhibía a las personas. Pero quizá el concepto de *in vino veritas* no estaba al alcance de la comprensión de la inmadura joven de diecinueve años.

—¿Por qué te da tanto miedo que Tony se entere? — preguntó Carpenter.

—No me da miedo -mintió la chica.

—¿Qué te hace, Bibi?

—Nada. Sólo que... a veces se pone celoso.

—¿De Steve?

Ella asintió.

—Y ¿cómo lo demuestra?

Bibi se humedeció los labios.

—Sólo lo ha hecho una vez. Un día me encontró en el pub con Steve, y después me pilló los dedos con la puerta del coche. Dijo que no lo había hecho queriendo, pero bueno... yo creo que sí.

—¿Ocurrió antes o después de que te acostaras con Steve?

—Después.

—¿Crees que Tony lo sabía?

Bibi se cubrió la cara con las manos.

—No sé cómo podría haberse enterado... Estuvo fuera todo el fin de semana, pero desde entonces está un poco... raro.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Las pasadas vacaciones.

—¿Entre el 24 y el 31 de mayo? — preguntó Carpenter tras consultar su agenda.

—Era un día festivo. De eso estoy segura.

—De acuerdo. — Carpenter esbozó una sonrisa tranquilizadora-. Sólo voy a hacerte un par de preguntas más, Bibi, y luego podrás irte a casa.

¿Recuerdas un día en que Tony te llevó a algún sitio con el coche de Steve, y que Kate Sumner había puesto excrementos de su hija en la manilla de la puerta del pasajero?

Bibi hizo una mueca de asco y respondió:

—Sí, claro que me acuerdo. Fue espantoso. Me ensucié toda la mano.

—¿Recuerdas cuándo pasó?

—Creo que a principios de junio. Tony dijo que me llevaría al cine a Southampton, pero al final no fuimos.

—Entonces, ¿fue después de que te acostaras con Steve?

—Sí.

—Gracias. Una última pregunta. ¿Dónde estuvo Tony aquel fin de semana?

—Muy lejos de aquí. Sus padres tienen una caravana en Lulworth Cove, y Tony suele ir allí sólo cuando necesita recargar las pilas. Yo siempre le digo que tendría que dejar la enseñanza, porque no soporta a los niños. Dice

que si un día sufre un ataque de nervios será por su culpa, a pesar de que todo el mundo pensará que es porque fuma marihuana.

El interrogatorio de Steven Harding fue más duro. Le informaron de que Marie Freemantle había declarado respecto a su relación con él y de que, debido a la edad de la chica, lo más probable era que lo denunciaran. Sin embargo, Steve rechazó los servicios de un abogado, alegando que no tenía nada que ocultar. Steve suponía que la policía había interrogado a Marie a raíz de su conversación privada con Nick Ingram la noche anterior, y ni Carpenter ni Galbraith lo desmintieron.

—¿Mantiene usted actualmente una relación sentimental con una joven de quince años llamada Marie Freemantle? — le preguntó Carpenter.

—Sí.

—¿Sabía usted que la chica era menor de edad cuanto tuvo relaciones sexuales con ella por primera vez?

—Sí.

—¿Dónde vive Marie?

—En el 54 de Dancer Road, Lymington.

—¿Cómo se explica que su agente nos dijera que tenía usted una novia en Londres que se llamaba Marie?

—Porque él cree que Marie vive en Londres. Le consiguió un trabajo, y como ella no quería que sus padres se enteraran, dimos la dirección de una tienda de Londres que ofrece un servicio de apartado de correos.

—¿Qué clase de trabajo le consiguió?

—Posar desnuda.

—¿Era pornografía?

—Porno *light* -dijo Steve, un tanto incómodo.

—¿Vídeo o fotografías?

—Fotografías.

—¿Aparecía usted con ella en esas fotografías?

—En algunas -admitió Steve.

—¿Qué ha pasado con ellas?

—Las tiré por la borda de mi barco.

—¿Por qué? ¿Porque en ellas aparecía usted realizando actos indecentes con una menor de edad?

Harding asintió.

–Para que conste en la grabación: Steven Harding asiente. ¿Sabía Tony Bridges que se acostaba usted con Marie Freemantle?

–¿Qué tiene que ver Tony con esto?

–Conteste mi pregunta, Steve.

–Creo que no. Yo no se lo dije.

–¿Vio Tony las fotografías de Marie?

–Sí. El lunes vino a mi barco y las fotografías estaban encima de la mesa.

–¿Las había visto antes del lunes?

–No lo sé. Hace cuatro meses me destrozó el barco. – Se humedeció los labios-. Quizá las encontró.

Carpenter se apoyó en el respaldo, jugueteando con el bolígrafo.

–Y eso debió de enfurecerlo -comentó-. La chica es alumna suya, y a él también le gustaba, aunque no podía tocarla debido a su posición, cosa que usted sabía.

–Supongo.

–Tengo entendido que usted conoció a Marie Freemantle el 14 de febrero. ¿Fue mientras mantenía una relación con Kate Sumner?

–Yo no tenía ninguna relación con Kate. – Parpadeó, intentando, al igual que Tony la noche anterior, adivinar adónde querían llevarlo con aquellas preguntas-. Una vez fui a su casa y ella se me echó encima. No estuvo mal, pero nunca me han gustado las mujeres mayores que yo. Le dejé muy claro que no me interesaban las relaciones estables, y creí que ella me había entendido. No fue más que un polvo rápido en la cocina, nada del otro mundo.

–Así que Tony nos mintió cuando dijo que la relación duró tres o cuatro meses, ¿no?

–¡Maldita sea! – El nerviosismo de Harding iba en aumento-. Mire, puede que yo le causara esa impresión. Kate y yo nos conocíamos, es verdad, y no nos enrollamos hasta pasado un tiempo, y es posible que... bueno, que Tony creyera que había algo más que lo que en realidad había. Tony es un poco mojigato, ¿sabe?

Carpenter lo miró fijamente; luego posó la mirada en una hoja que tenía en la mesa.

–Tres meses después de conocer a Marie, durante la semana del 24 al 31 de mayo, usted pasó una noche con Bibi Gould, la novia de Tony Bridges.

¿Correcto?

—¡Pero bueno! — exclamó Harding-. Nos emborrachamos en el pub y yo la llevé al *Crazy Daze* para que durmiera la mona, porque Tony había dejado la casa cerrada. Ella se puso un poco pesada, y... bueno, la verdad es que no recuerdo muy bien lo que pasó. Yo estaba como una cuba y no le puedo asegurar que pasara nada digno de mención.

—¿Lo sabe Tony?

Harding tardó un momento en responder.

—No lo sé. Pero ¿a qué viene tanto interés por Tony?

—Conteste mi pregunta. ¿Sabe Tony que se acostó usted con su novia?

—No lo sé. Últimamente está un poco mosqueado, y alguna vez me he preguntado si me vio llevarla a tierra a la mañana siguiente. — Con gesto de preocupación, se apartó el cabello de la frente-. Se suponía que iba a pasar toda la semana en la caravana de sus viejos, pero Bob Winterlow me dijo que lo había visto aquel día en casa de su abuelo, sacando su bote.

—¿Recuerda qué día fue?

—Un lunes festivo. La peluquería donde trabaja Bibi no abre los días festivos; por eso pudo pasar la noche del domingo conmigo. — Esperó a que Carpenter dijera algo, pero como el comisario guardó silencio, se encogió de hombros y agregó-: No tuvo ninguna importancia, de verdad. Yo pensaba aclararlo con Tony si algún día él decía algo. Pero nunca dijo nada.

—¿Suele decir algo Tony cuando usted se acuesta con sus novias?

—No lo tengo por costumbre, hombre. Lo que pasa es que... bueno, con Bibi me pasó lo mismo que con Kate. Intentas ser amable con una mujer, y antes de que te des cuenta ya se te ha echado encima.

Carpenter frunció el entrecejo.

—¿Está insinuando que ellas le obligaron a tener relaciones sexuales?

—No, pero...

—Entonces ahórrese las excusas. — Carpenter volvió a consultar sus notas-. ¿De dónde sacó su agente la idea de que Bibi era novia suya?

Harding volvió a apartarse el cabello de la cara y, un poco abochornado, respondió:

—Porque le dije que Bibi era un poco calentona...

—¿Qué quería decir con eso? ¿Que quedaría bien en las fotografías pornográficas?

—Sí.

—¿Cree que su agente pudo comentárselo a Tony?

Harding negó con la cabeza.

—No. Si lo hubiera hecho, Tony me lo habría mencionado.

—Pero Tony no le hizo ningún comentario acerca de Kate Sumner, ¿no?

Al joven le sorprendió la pregunta.

—Tony no conocía a Kate.

—¿Y usted, Steve? ¿La conocía mucho?

—Eso es lo curioso. Apenas nos conocíamos. De acuerdo, nos enrollamos una vez, pero... Bueno, eso no quiere decir que conozcas a fondo a una persona, ¿no? Después yo la evitaba, porque me resultaba incómodo hablar con ella. Entonces Kate empezó a tratarme como si yo la hubiera ofendido.

Carpenter sacó la anterior declaración de Harding.

—Usted afirmó que Kate estaba obsesionada con usted, Steve. «Me di cuenta de que estaba loca por mí -leyó-. Iba por el club náutico y esperaba a que yo llegara... La mayoría de las veces se limitaba a quedarse allí mirándome, pero a veces tropezaba conmigo deliberadamente y me frotaba el brazo con los pechos...» ¿Es eso cierto?

—Puede que exagerara un poco. Pero es verdad que me estuvo siguiendo durante una semana, hasta que comprendió que yo no me interesaba por ella. Y entonces... supongo que desistió. No volví a verla hasta que hizo aquello con el pañal.

Carpenter buscó la declaración de Tony y la sacó del montón de papeles.

—Esto declaró Tony: «Me dijo más de una vez que tenía problemas con una tal Kate Sumner que lo acosaba». ¿Exageró usted cuando se lo contó a Tony?

—Sí.

—¿Se refirió a Kate llamándola «zorra»?

—Eso no es más que una forma de hablar.

—¿Le dijo a Tony que Kate era una mujer fácil?

—Mire, sólo fue una farsa. Tony tenía un problema con el sexo. Todo el mundo se reía de él, no sólo yo... Y entonces apareció Bibi, y él... bueno, se puso como una moto.

Carpenter lo observó durante unos instantes.

—¿Me está diciendo que se acostó con Bibi para fastidiar a Tony?

Harding se miró las manos.

—No lo hice por ninguna razón concreta. Ocurrió, sencillamente. Y fue fácil. El único motivo por el que sale con Tony es que yo le gusto. No se equivoque, comisario.

—¿En qué sentido?

—No lo sé, pero yo diría que Tony no le cae demasiado simpático.

—Y con razón -dijo Carpenter sacando otra hoja-. Según tengo entendido, usted vio cómo Tony le daba a Bibi una droga llamada... -miró el papel, como si el nombre estuviera escrito allí- Rohipnol, para que ella no se quejara de su comportamiento en la cama. ¿Me equivoco?

—¡Mierda! Ya veo que Marie ha estado yéndose de la lengua. — Se masajeó las sienes con unos suaves movimientos circulares, y Galbraith quedó fascinado por la elegancia de sus movimientos. Era un joven muy atractivo, y no le sorprendía que Kate lo hubiera encontrado más apetecible que a William.

—¿Es cierto, Steve?

—Más o menos. Tony me dijo que una vez le dio uno porque ella no lo dejaba en paz, pero yo no le vi hacerlo; y que yo sepa, mentía como un cochino.

—¿Cómo sabía Tony lo del Rohipnol?

—Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Se lo dijo usted?

Harding estiró el cuello para ver la hoja que el comisario sostenía, preguntándose cuánta información había en ella.

—Su abuelo no duerme bien desde que murió su esposa, y el médico le recetó Rohipnol. Tony me lo contó, y yo me reí y dije que si lograba hacerse con unos cuantos quizá solucionara sus problemas. Yo no tengo la culpa de que ese inútil decidiera utilizarlos.

—¿Los ha utilizado usted alguna vez, Steve?

—¿Yo? ¿Para qué iba a necesitarlo?

Carpenter esbozó una sonrisa y cambió de táctica.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde el incidente con el pañal hasta que Kate empezó a mancharle el coche con excrementos de Hannah y a hacer saltar la alarma?

—No lo sé. Quizás unos días.

—¿Cómo sabía usted que era ella quien lo hacía?

–Porque antes ya me había ensuciado la cama del barco con excrementos de la niña.

–Y eso pasó a finales de abril, ¿no?

Harding asintió.

–Pero Kate no inició su... -Carpenter buscó la expresión adecuada- campaña de hostigamiento hasta después de darse cuenta de que a usted no le interesaba mantener una relación con ella, ¿no?

–Yo no tengo la culpa -se defendió Steve-. Kate era un coñazo.

–Lo que le he preguntado, Steve -repitió Carpenter haciendo alarde de paciencia- es si Kate inició su hostigamiento después de darse cuenta de que a usted no le interesaba.

–Sí. – Harding cerró los ojos intentado recordar los detalles-. Kate me hizo la vida imposible, y al final ya no podía más. Entonces fue cuando se me ocurrió convencer a William de que le dijera a su esposa que yo era marica.

El comisario pasó un dedo por la declaración de Harding.

–¿En junio?

–Sí.

–¿Por qué esperó un mes y medio para poner remedio a aquella situación?

–Porque en lugar de mejorar, empeoraba -contestó el joven con un arrebató, como si el recuerdo todavía le doliera-. Pensé que si tenía paciencia ella acabaría cansándose, pero cuando la tomó con mi bote, se me acabó la cuerda. Pensé que después Kate iría por el *Crazy Daze*, y yo no estaba dispuesto a permitirlo.

Carpenter asintió, como si aquella explicación le pareciera razonable. Volvió a coger la declaración de Harding y la siguió con el dedo.

–Y decidió buscar a William y le enseñó unas fotografías pornográficas suyas porque quería que le contara a su esposa que era homosexual, ¿no?

–Sí.

–Mmm. – Carpenter buscó la declaración de Tony Bridges-. En cambio, Tony afirma que cuando usted le dijo que pensaba denunciar a Kate por acoso, él le aconsejó que no lo hiciera y que aparcara su coche en otro sitio. Según él, así fue como se solucionó el problema. Es más, anoche, cuando le dijimos lo que hizo usted para solucionar su problema con Kate, lo encontró muy

gracioso. Dijo: «Es más bruto que un arado».

Harding se encogió de hombros.

—¿Y qué? Mi plan funcionó. Eso era lo único que me importaba.

Carpenter ordenó el montón de papeles que había encima de la mesa.

—Y ¿a qué cree usted que se debe eso? — preguntó-. No me estará diciendo que una mujer que se puso tan furiosa cuando usted la rechazó como para acosarlo e intimidarlo durante semanas se rendiría a la primera si se enteraba de que usted era homosexual, ¿no? No soy ningún experto en desequilibrios mentales, pero supongo que lo lógico sería que la intimidación se acentuara. A nadie le gusta que le tomen el pelo, Steve.

Harding lo miró perplejo.

—Sólo que ella paró -dijo.

El comisario sacudió la cabeza.

—Uno no puede parar una cosa que no ha empezado. Sí, ella le manchó las sábanas del barco con excrementos de Hannah en un momento de enojo, y de ahí fue seguramente de donde Tony sacó la idea; pero no era Kate la que se estaba vengando de usted, sino su amigo. Y era una venganza muy peculiar. Usted lleva años puteándolo y a él debió de encantarle pagarle con la misma moneda. Y si dejó de hacerlo fue porque usted amenazaba con ir a la policía.

La madre de William Sumner había renunciado hacía mucho tiempo a hacer hablar a su hijo. La sorpresa inicial ante la inesperada aparición de William en su piso pronto dejó paso al temor y, como un rehén, intentó apaciguarlo y evitar una discusión. Fuera cual fuera el motivo que lo había llevado hasta Chichester, William no quería compartirlo con su madre. Él parecía debatirse entre la ira y la aflicción, y se balanceaba frenéticamente para sumirse en una llorosa letargía cuando se le pasaba el ataque. Ella se sentía incapaz de ayudarlo. William vigilaba el teléfono con el empeño de un demente, y su madre, limitada por el temor y la inmovilidad, se contentaba con observarlo.

En los doce meses pasados, William se había convertido en un extraño para ella, y una especie de desprecio contenido la hacía ser cruel. La señora Sumner se percató de que detestaba a William. Pensó que su hijo siempre había sido débil, y que por eso a Kate le había resultado tan fácil dominarlo. Frunció los labios con desdén mientras oía los bruscos sollozos que

sacudían a William, y cuando por fin éste rompió su silencio, ella se dio cuenta de que habría podido predecir sus palabras.

—No sabía qué hacer...

Había deducido que William había matado a su esposa. Ahora temía que hubiera matado también a su hija.

Tony Bridges se levantó al abrirse la puerta de su celda, y al ver a Galbraith esbozó una leve sonrisa. El encarcelamiento le había permitido descubrir lo que significaba que otros controlaran su vida. La actitud arrogante del día anterior había desaparecido, reemplazada por el reconocimiento de que el muro de piedra de la desconfianza policial había podido con su capacidad de persuasión.

—¿Cuánto tiempo piensan retenerme aquí?

—Todo el que haga falta, Tony.

—No sé qué quieren de mí.

—Que nos diga la verdad.

—Lo único que hice fue robar un bote.

Galbraith sacudió la cabeza.

Le pareció percibir un atisbo de arrepentimiento en su asustada mirada. «Yo no quería hacerlo. En realidad no lo hice. Kate seguiría con vida si no hubiera intentado arrojarme por la borda. Ella es la única responsable de su muerte. Todo iba de perlas hasta que ella me embistió, y entonces vi que Kate estaba en el agua. No pueden culparme a mí de eso. ¿No creen que si hubiera tenido la intención de matarla habría ahogado también a su hija?»



Capítulo 25

Broxton House dormía apaciblemente al sol de la tarde, cuando Ingram detuvo su coche ante la entrada. El policía se paró un momento, como solía hacer, para admirar las pulcras líneas de la casa y, como siempre, lamentó su lento deterioro. Para él, aquella casa representaba, quizá más que para las Jenner, algo muy valioso, un recordatorio de que la belleza existía en todas las cosas; pero claro, él, pese a su profesión, era un hombre muy sentimental, y ellas no. La puerta de doble hoja estaba abierta de par en par, invitando a cualquiera que pasara por allí a llevarse algo de la casa. Nick recogió el bolso de Celia de la mesa del recibidor, de camino hacia el salón. La casa estaba sumida en el silencio, y de pronto Nick temió haber llegado

demasiado tarde. Hasta sus propios pasos quedaban reducidos a un susurro en el silencio que lo rodeaba.

Ingram abrió la puerta del salón y entró. Celia estaba sentada en la cama, con las gafas caídas, la boca abierta, roncando suavemente, con la cabeza de *Bertie* apoyada en la almohada. Parecía una escena de *El Padrino*, y Nick tuvo que contenerse para no echarse a reír. Su sentimentalismo le hizo ser benévolo. Quizá Maggie tuviera razón. Quizá la felicidad tenía más que ver con el contacto físico que con la higiene. ¿Qué importancia tenían las manchas de té de las tazas, si tenías una botella de agua caliente peluda dispuesta a confortarte cuando los demás te habían dado la espalda? Nick dio unos golpecitos en la puerta y vio cómo *Bertie* abría un ojo con cautela y volvía a cerrarlo al comprobar que el policía no pensaba exigirle ninguna muestra de lealtad.

—Estoy despierta -dijo Celia levantando una mano para ajustarse las gafas-. Te he oído entrar -agregó tuteándolo.

—¿La molesto?

—No. — Se incorporó un poco más y se cerró la bata para salvaguardar su pudor.

—No debería dejar el bolso encima de la mesa del recibidor -dijo Nick, y lo dejó encima de la cama-. Cualquiera podría robárselo.

—Por mí ya pueden llevárselo. No contiene nada de valor. — Celia miró al policía de arriba abajo y agregó-: Estás mejor con el uniforme. Vestido así pareces un jardinero.

—Prometí a Maggie que la ayudaría a pintar, y no puedo pintar vestido de uniforme. — Acercó una silla a la cama-. Por cierto, ¿dónde anda su hija?

—Donde le dijiste que tenía que estar: en la cocina. — Celia suspiró-. Maggie me tiene preocupada, Nick. No la eduqué para que hiciera lo que hace. Dentro de poco tendrá manos de marinero.

—Ya las tiene. No puedes limpiar cuadras día tras día y conservar las manos bonitas. Son dos conceptos excluyentes.

—Un caballero no se fija en este tipo de detalles.

A Nick siempre le había caído bien Celia, quizá porque apreciaba su franqueza. Quizá le recordaba a su madre, una pragmática *cockney* muerta diez años atrás. Le resultaba más fácil tratar con personas que se expresaban sin tapujos que con las que ocultaban sus sentimientos detrás de sonrisas hipócritas.

–Seguramente sí que se fija; lo que pasa es que se ahorra los comentarios.

–De eso se trata, precisamente -replicó ella-. A un caballero se lo reconoce por sus modales.

Nick sonrió.

–Así que usted prefiere a un hombre que miente antes que a un hombre sincero. Ésa no es la impresión que me causó hace cuatro años cuando Robert Healey las estafó.

–Healey era un delincuente.

–Pero un delincuente atractivo.

Celia lo miró con ceño.

–¿Has venido sólo para fastidiarme?

–No. He venido para ver si se encontraba bien.

–Pues me encuentro muy bien. Ve a buscar a Maggie. A ella le encantará verte.

Pero Ingram no se movió.

–¿Declararon ustedes en el juicio de Healey?

–Sabes perfectamente que no. Sólo lo juzgaron por su última estafa. Los demás afectados tuvimos que quedarnos al fondo de la sala para no complicar el caso, y a mí eso fue lo que más me molestó. Yo quería participar en el juicio, para poder decirle a aquel animal lo que opinaba de él. Sabía que jamás recuperaría mi dinero, pero al menos habría podido desahogarme. – Se cruzó de brazos como si quisiera protegerse-. De todos modos, es un asunto sobre el que no me gusta insistir. Mortificarse con el pasado no es bueno para la salud.

–¿Leyó usted los informes del juicio?

–Uno o dos, pero me puse furiosa.

–¿Qué la puso furiosa?

A Celia empezó a temblarle el labio superior.

–En ellos se describía a las víctimas de Healey como mujeres solitarias, necesitadas de amor y comprensión. Nada me había sulfurado tanto jamás. Nos describían como idiotas.

–Pero por su caso no lo juzgaron -señaló Ingram-, y esa descripción se refería a sus últimas víctimas, dos ancianas solteras que vivían solas en una granja aislada de Cheshire. Es decir, las víctimas perfectas para Healey. Y no le habrían descubierto si no hubiera intentado acelerar el fraude

falsificando sus firmas en los cheques. El director del banco se alarmó tanto que acudió a la policía.

A Celia seguía temblándole el labio.

—Sólo que a veces pienso que fue real -dijo-. Nunca consideré que mi hija y yo estábamos solas, pero lo cierto es que cuando él entró en nuestras vidas nos alegramos, y me siento humillada cada vez que lo recuerdo.

Ingram sacó un recorte del periódico.

—He traído una cosa que quería leerle. Es lo que el juez le dijo a Healey antes de dictar sentencia. — Extendió la hoja sobre su regazo-. «Usted es un hombre educado, con un elevado cociente intelectual y unos modales encantadores, y esas cualidades lo convierten en extremadamente peligroso. Usted exhibe una cruel falta de consideración hacia sus víctimas, y al mismo tiempo pone en práctica sus encantos y su inteligencia para convencerlas de su sinceridad. Demasiadas mujeres se han dejado engañar por usted para que podamos creer que su credibilidad fue la única razón de su éxito. Considero que representa usted una grave amenaza para la sociedad.» -Ingram dejó el recorte en la cama-. Lo que el juez reconoció es que Healey era un hombre encantador e inteligente.

—No era más que una pose -dijo Celia acariciándole las orejas a *Bertie*-. Era un actor excelente.

Ingram pensó en la moderada aptitud para la interpretación de Steven Harding, y meneó la cabeza.

—No lo creo. Nadie podría fingir de ese modo durante un año. Sus encantos eran genuinos, y eso era lo que las atraía a Maggie y a usted. El problema que tienen ambas es que no asumen eso. Como a ustedes les gustaba Healey, su traición resulta más grave.

—No. — Celia sacó un pañuelo de debajo de la almohada y se sonó la nariz-. Lo que más me molesta es que yo creía que le gustábamos a él. No somos tan difíciles de querer, ¿verdad?

—En absoluto. Estoy seguro de que Healey las adoraba. Todo el mundo las adora.

—¡Venga, no seas absurdo! — le espetó Celia-. Si nos hubiera adorado no nos hubiese estafado.

—Claro que sí. — Ingram apoyó la barbilla en las manos y miró a Celia-. Su problema, señora Jenner, es que usted es una conformista. Presupone que todo el mundo debería comportarse igual. Pero Healey era un estafador

profesional. Llevaba diez años viviendo de eso, no lo olvide. Eso no significa que ustedes no le cayeran bien. Es como si yo tuviera que detenerlas; eso no querría decir que no me cayeran bien. – Esbozó una sonrisa y añadió: En esta vida hacemos lo que mejor se nos da para sobrevivir, y si nos sale mal nos llevamos un chasco.

–Tonterías.

–¿Tonterías? ¿Acaso cree que a mí me gusta detener a un chaval de diez años por vandalismo sabiendo que procede de un hogar que es un infierno, que falta a clase porque no sabe leer, y que lo más probable es que su madre le pegue una zurra porque es demasiado estúpida para tratarlo de otra manera? Me llevo al chico a la comisaría porque para eso me pagan, pero me cae mucho mejor él que la madre. Los delincuentes son seres humanos como el resto de los mortales, y no hay ninguna ley que diga que no puedan ser agradables.

Celia lo miró por encima de las gafas.

–Sí, pero a ti no te gustaba Martin, Nick, así que no finjas que te resultaba agradable.

–No, no me gustaba, pero se trataba de algo personal. Lo tenía por un perfecto imbécil. Sin embargo, no me tragué a la señora Fielding cuando dijo que había intentado robarle sus antigüedades. Yo creo que Healey era condenadamente perfecto, el sueño de cualquier mujer. – Nick torció la sonrisa-. Suponía, y sigo suponiendo porque aquello no encajaba en el *modus operandi* de Healey, que eran imaginaciones seniles de la señora Fielding, y el único motivo por el que se lo mencioné a usted es que no pude resistirme a la tentación de bajarle un poco los humos a Healey. – Miró a Celia-. Pero con ello no conseguí enterarme de qué se llevaba entre manos. Ni siquiera cuando Simón Farley me dijo que había pagado con un par de cheques sin fondo en el pub y me pidió que lo arreglara discretamente porque no quería problemas, pensé que Martin pudiera ser un profesional. Si se me hubiera ocurrido lo habría enfocado de otro modo, y quizá no hubieran perdido ustedes su dinero, y quizá su marido seguiría con vida.

–¡Venga, por favor! – exclamó Celia ásperamente, y tiró con tanta fuerza de las orejas de *Bertie* que el pobre animal arrugó la frente-. No empieces tú también a sentirte culpable.

—¿Por qué no? Si hubiera sido mayor y más sensato quizá habría hecho mejor mi trabajo.

Celia, haciendo gala de una ternura poco habitual en ella, le puso una mano en el hombro y dijo:

—Ya tengo suficiente con ocuparme de mis sentimientos de culpa; sólo faltaría que tuviera que cargar también con los tuyos y con los de Maggie. Según mi hija, a su padre le dio un infarto porque ella le estaba gritando. Mi versión es que él se pasó dos semanas pataleando y que el infarto le dio después de una borrachera que cogió en su estudio. Mi hijo, por otra parte, opina que mi marido murió de tristeza porque Maggie y yo lo tratábamos como si él fuera un cero a la izquierda, y en su propia casa. — Celia suspiró—. La verdad es que Keith era un alcohólico crónico con antecedentes de problemas de corazón, y que podía haber muerto en cualquier momento, aunque es evidente que los chanchullos de Martin no le ayudaron mucho. Pese a que el dinero que nos robó no era de Keith, sino mío. Mi padre me dejó diez mil libras en su testamento, hace veinte años, y yo conseguí convertirlas en más de cien mil especulando en la bolsa. — Frunció el entrecejo, molesta por aquel recuerdo—. Esto es absurdo. Después de todo, el único culpable es Robert Healey, y me niego a que nadie se atribuya esa responsabilidad.

—¿Las incluye eso a Maggie y a usted, o van a seguir vestidas de Cenicienta para que los demás nos sintamos culpables?

Celia lo miró con aire pensativo.

—Ayer no me equivoqué -dijo-. Eres un joven muy provocador. — Señaló el pasillo y dijo -: Lárgate y haz algo útil. Ayuda a mi hija.

—Lo está haciendo muy bien ella sola.

—No me refería a pintar la cocina -replicó Celia.

—Yo tampoco, pero la respuesta es igualmente válida.

Celia lo miró inexpresivamente.

—¿Basándote en la teoría de que quien espera tiene su recompensa tarde o temprano?

—Hasta ahora ha funcionado -respondió Nick cogiéndole la mano-. Es usted una dama muy valiente, señora Jenner. Siempre quise conocerla mejor.

—¡Venga, Nick! Estoy empezando a pensar que Robert Healey era un novato a tu lado. — Lo amenazó con el dedo índice y añadió -: Y no me

llames señora Jenner como si fuera la asistente. – Cerró los ojos y respiró hondo, como a punto de hacerle depositario de las joyas de la corona-. Puedes llamarme Celia.

«El problema era que yo no podía pensar con claridad. Si ella me hubiera escuchado en lugar de ponerse a gritar. Creo que lo que me sorprendió fue la fuerza que tenía. De lo contrario yo no le habría roto los dedos. Fue muy fácil. Tenía unos dedos muy delgados, como espoletas, pero ningún hombre disfruta haciendo una cosa así... Digamos que no me enorgullezco de ello.»

Nick encontró a Maggie en la cocina, con los brazos cruzados, mirando por la ventana a los caballos que había en el cercado. El techo ya había recibido una capa de pintura blanca, pero las paredes todavía seguían intactas, y el rodillo se estaba endureciendo en la bandeja.

–Mira esas pobres bestias -comentó Maggie-. Voy a llamar a la Sociedad Protectora de Animales para denunciar a los propietarios.

Nick la conocía demasiado bien.

–¿Qué le preocupa en realidad?

Ella se volvió con gesto desafiante.

–Lo he oído todo -dijo-. Estaba escuchando detrás de la puerta. Supongo que te crees muy listo.

–¿En qué sentido?

–Martin se tomó la molestia de seducir a mi madre antes de seducirme a mí. Al principio su táctica me impresionó. Después llegué a la conclusión de que eso debió hacerme ver que Martin era un falso y un mentiroso.

–A lo mejor se habría llevado mejor con ella -sugirió Nick-. En fin, he de decirle que no tengo intención de seducirla a usted. Sería como intentar atravesar un kilómetro de alambrada: doloroso, poco recompensante y condenadamente difícil.

–Bueno, pues si lo que pretendes es que te seduzca yo a *ti*, puedes esperar sentado -repuso con sorna.

Nick cogió el rodillo de la bandeja y lo puso debajo del grifo.

–Confíe en mí: nada más lejos de mi intención.

–Martin no tuvo ningún problema.

–Ya -dijo él secamente-, pero él no habría tenido ningún problema con el Hombre Elefante siempre que hubiera dinero de por medio. ¿Sabe si su

madre tiene un cepillo de fregar? Hemos de quitar la pintura seca de esta bandeja.

–Tendrás que buscar en la despensa. – Lo miró, conteniendo la rabia, mientras él buscaba los artículos de limpieza entre los cacharros acumulados durante cuatro años-. Eres un hipócrita -dijo de pronto-. Acabas de pasarte una hora halagando a mi madre y diciéndole lo encantadora que es, y a mí me comparas con un Hombre Elefante.

Nick sonrió y dijo:

–Martin no se acostaba con su madre.

–¿Y eso qué tiene que ver?

Nick salió de la despensa con un cubo lleno de trapos resacos.

–No me gusta que duerma con un perro -dijo-. Imagínese que a mí me diera por dormir con una comadreja.

Hubo un breve silencio, y después Maggie soltó una carcajada.

–Ahora *Bertie* está en la cama con mi madre.

–Ya lo sé. Es el peor perro guardián que he conocido en mi vida. – Cogió los trapos que había en el cubo para examinarlos-. ¿Qué demonios es esto?

Más risas.

–Son los calzoncillos de mi padre, idiota. Mi madre los utiliza en lugar de trapos de cocina porque le salen gratis.

–Entiendo. – Nick puso el cubo en el fregadero y lo llenó de agua-. Su padre era un tipo fuerte. Aquí hay tela suficiente para un traje de tres piezas. – Separó unos calzoncillos de rayas y agregó:- O una tumbona.

–No se te pase por la cabeza utilizar los calzoncillos de mi padre para seducirme, capullo, o te vació ese cubo en la cabeza.

Nick le sonrió y dijo:

–Esto no es seducir, Maggie, sino hacer la corte. Si quisiera seducirla, habría traído una botella de coñac. – Sacó los calzoncillos y los examinó-. De todos modos, si usted cree que esto podría ser útil...

«Normalmente estoy solo con mi barco y el mar... Eso me gusta... Me siento cómodo cuando tengo espacio alrededor... La gente me molesta... Siempre quieren algo de ti, generalmente amor... Pero todo es muy superficial... ¿Marie? No está mal. Nada del otro mundo... Claro que me siento responsable de ella, pero no para siempre... Nada es eterno, excepto el mar... y la muerte...»

↑
Capítulo 26

John Galbraith se paró junto al coche de William Sumner y echó un vistazo por la ventanilla. Notó el calor del recalentado techo en la cara. Echó a andar por el camino hacia el piso de Angela Sumner y tocó el timbre. Esperó a oír la cadenilla de la puerta.

–Buenas tardes, señora Sumner -dijo cuando vio los relucientes ojos de la anciana asomando por la rendija de la puerta-. Imagino que William está con usted. – Señaló el coche y añadió:- ¿Puedo hablar con él?

La señora Sumner exhaló un suspiro y abrió la puerta.

–Quería llamarle por teléfono, pero mi hijo arrancó el hilo de la pared cuando adivinó mis intenciones.

Galbraith asintió.

–Le hemos llamado varias veces aquí, pero no contestaban. Si el teléfono no estaba conectado, no me extraña. Por eso he decidido venir.

Angela Sumner giró la silla de ruedas para guiar al policía por el pasillo.

–No hace más que repetir que no sabía qué hacer. ¿Significa eso que la mató?

Galbraith le puso la mano en el hombro para tranquilizarla.

–No -contestó-. Su hijo no es ningún asesino, señora Sumner. Él quería a Kate. Creo que le habría dado cualquier cosa que ella hubiera pedido.

Se detuvieron en el umbral del salón. William estaba sentado en una butaca, con el teléfono en el regazo; llevaba varios días sin afeitarse y tenía los ojos enrojecidos e hinchados de llorar y de no dormir. Galbraith lo miró y admitió que en parte era responsable de haber llevado a aquel hombre hasta el abismo. Podía justificar su intromisión en los asuntos privados de William y Kate, pero aquella lógica era demasiado fría. Podía haber sido más amable, pensó -siempre se podía ser más amable-, pero desgraciadamente la amabilidad raramente desvelaba la verdad.

Le apretó el hombro a Angela Sumner y dijo:

–¿Le importaría prepararnos una taza de té? – Se apartó para que la anciana pudiera retroceder con la silla de ruedas-. Me gustaría charlar un rato a solas con William, si a usted no le importa.

Ella asintió y dijo:

–Esperaré fuera. Ya me avisarán.

Galbraith cerró la puerta del salón.

—Hemos cogido al asesino de Kate, William -dijo, y se sentó enfrente de William-. Steven Harding ha sido acusado de su rapto, violación y asesinato, y en breve será conducido a prisión para esperar la fecha del juicio. Quiero que sepa que Kate hizo todo lo que pudo para salvarse y para salvar a Hannah. — Escrutó el rostro de William, pero al no ver en él reacción alguna, prosiguió-. No voy a engañarle diciéndole que no tuvo relaciones sexuales con Harding antes de los sucesos de la semana pasada, porque sí las tuvo. Con todo, no fue más que una breve aventura que tuvo lugar hace unos meses, después de lo cual Harding llevó a cabo una larga campaña para sacársela de encima. Sin embargo, y esto es importante - disfrazó la verdad a favor de Kate-, es evidente que ella decidió poner fin a la relación cuando se dio cuenta de que su matrimonio era más importante que un entusiasmo pasajero con un hombre más joven que ella. La desgracia de Kate consistió en no reconocer en Steven Harding a un egocéntrico inmaduro al que debería haber temido. — Hizo otra pausa y concluyó-: Se sentía muy sola, William.

Sumner contuvo un sollozo.

—La he odiado tanto... Comprendí que él era algo más que un amigo cuando Kate me dijo que no quería volver a verlo en nuestra casa. Al principio coqueteaba con él; luego empezó a hablar mal de él y a insultarlo. Deduje que él se había cansado de ella.

—¿Fue entonces cuando Steve le enseñó aquellas fotografías?

—Sí.

—¿Por qué cree que lo hizo, William?

—Dijo que quería que yo se las enseñara a Kate, pero...

Galbraith recordó lo que Tony había dicho la noche anterior: «El único motivo por el que Steve hace pornografía es que sabe que los tipos que verán sus fotografías son unos indecentes. Como no tiene ninguna manía sexual, se excita pensando en esos tipos que se masturban con fotos suyas».

—Pero lo que quería, en realidad, era enseñárselas a usted, ¿no?

Sumner asintió.

—Quería demostrarme que Kate prefería acostarse con cualquiera, incluso con un homosexual, antes que conmigo. — Empezaron a correrle lágrimas por las mejillas-. Supongo que ella le había contado a todo el mundo que yo no era muy bueno en la cama. Yo le dije que no me

interesaba ver aquellas fotografías, y entonces él puso la revista encima de la mesa y me dijo – cerró los ojos, como si quisiera protegerse de aquel recuerdo-: «Haz lo que quieras con ellas».

–¿Le dijo Harding que se había acostado con Kate?

–No hizo falta que me lo dijera. Cuando vi que cogía a Hannah en brazos en la calle, imaginé que algo pasaba. Yo nunca he podido coger a Hannah en brazos, porque la niña no me deja. – Seguían brotándole lágrimas.

–¿Qué le dijo, William?

–Que Kate le estaba amargando la vida, ensuciándole el coche con los pañales de Hannah, y que si no la convencía de que dejara de hacerlo iría a la policía.

–¿Y usted le creyó?

–Kate era así -dijo con voz temblorosa-. Sabía ser muy desagradable cuando no conseguía lo que quería.

–¿Le enseñó usted la revista a Kate?

–No.

–¿Qué hizo con ella?

–La guardé en el coche.

–¿Por qué?

–Para mirarla... Para recordar... -Apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca y miró el techo-. Para tener algo que odiar, supongo.

–¿Le habló a Kate de ello?

–No. No tenía sentido comentárselo. Ella me habría mentido.

–Entonces ¿qué hizo?

–Nada -contestó William-. Hice como si nada hubiera pasado. Trabajaba hasta tarde, me encerraba en mi estudio, esquivaba a Kate... Mire, no podía pensar. No dejaba de preguntarme si el bebé sería mío. – Se volvió y miró al policía-. ¿Era mío?

–El forense calculó que el feto era de catorce semanas, lo cual significa que fue concebido a principios de mayo; pero la relación de Kate con Harding acabó a finales de marzo. Si quiere una prueba definitiva, puedo pedirle al forense que realice un análisis de ADN, pero yo no creo que haya duda de que el niño que Kate iba a tener era suyo. Kate no se acostaba con el primero que se lo proponía. – Hizo una pausa para que William asimilara aquella información-. Pero no cabe duda de que Steven Harding la acusó

falsamente de acoso. Sí, en una ocasión Kate arremetió contra él por despecho, pero seguramente lo hizo porque estaba enfadada consigo misma por haberse dejado engañar por Harding. El verdadero culpable es un amigo de Harding. Kate había rechazado sus proposiciones, y él la utilizó como escudo para vengarse, sin sospechar el peligro en que podía poner a Kate.

«Jamás pensé que él pudiera hacerle ningún daño. ¡Ostras! ¿Cree que yo quería que la mataran? Ella era una persona muy triste y solitaria, un aburrimiento de mujer. Si vibraba por algo, lo disimulaba muy bien. Mire, sé que esto no suena muy bien, y no me enorgullezco de ello, pero la reacción de Steve me pareció muy divertida. Estaba cagado. Eso de que se escondía en las esquinas es muy cierto. Steve creía que Kate le iba a atacar en medio de la calle. No paraba de hablar de la película *Atracción Fatal*, y decía que el error de Michael Douglas era no dejar morir al personaje de Glenn Close cuando intentaba suicidarse.

»-¿Por qué no nos lo contó antes? – preguntó Carpenter.

»-Porque antes de meterte en un lío tienes que estar convencido de que la persona a la que estás acusando es culpable. A mí jamás se me habría ocurrido que Steve pudiera tener algo que ver con todo esto. No le gusta la violencia.

»-Pero las violaciones sí, ¿no? Vamos a ver, ¿se le ocurre algo o alguien que su amigo no haya violado? La hospitalidad, la amistad, el matrimonio, mujeres, niñas, un montón de leyes... ¿Nunca se le ocurrió que una persona tan egoísta como Steven Harding, tan poco preocupada por los sentimientos de los demás, pudiera representar un peligro para una mujer que él consideraba que le había estado amargando la existencia?»

Sumner seguía contemplando el techo, como si su blanca superficie ocultara todas las respuestas.

–¿Cómo consiguió Harding llevar a Kate a su barco, si a ella ya no le interesaba? – preguntó-. Usted dijo que nadie la vio con él después de que hablaran delante del Tesco.

«Me sonrió como si no hubiera pasado nada -les había explicado Harding-, me preguntó cómo estaba y cómo me iba el trabajo. Yo contesté que no sabía cómo se atrevía a dirigirme la palabra después de lo que me había hecho, y ella rió y dijo que no fuera infantil. “Tú me enseñaste a valorar a William, y si yo no te guardo rencor, ¿por qué vas a guardármelo tú a mí?” Le respondí que ella sabía perfectamente por qué le guardaba

rencor, y ella se enfadó. “Te he pagado con la misma moneda. Eres pura mierda”, me dijo. Y entonces se marchó. Creo que eso fue lo que me enfureció. No soporto que me dejen plantado. Pero yo sabía que la dependienta del Tesco me estaba mirando, así que crucé High Street, y bajé por detrás de los tenderetes del mercado de la otra acera, sin quitarle la vista de encima a Kate. Lo único que quería era hablar con ella, desahogarme, decirle que tenía suerte de que no la hubiera denunciado...»

—Los sábados hay mercado en High Street -explicó Galbraith-, así que la calle estaba abarrotada de visitantes. La gente no se fija en lo que pasa entre una multitud. Harding la siguió desde una distancia prudencial, y esperó a que ella se dirigiera a su casa.

«Parecía muy enojada, o sea que supongo que debí de ofenderla. Torció por Captain's Row, y deduje que se dirigía a su casa. Le di una oportunidad, por así decirlo. Decidí que si tomaba la calle de arriba la dejaría en paz, pero que si tomaba la de abajo después del club náutico y el garaje de Tony, le daría una lección...»

—Steve utiliza un garaje que hay a doscientos metros de su casa -prosiguió Galbraith-. La atrapó cuando ella pasaba por delante del garaje, y la convenció de que entrara con Hannah. Ella había estado allí varias veces con Tony Bridges, el amigo de Harding, así que debió de pensar que no había ningún peligro.

«Las mujeres son imbéciles. Se dejan convencer por cualquiera con tal de que suene mínimamente sincero. Lo único que tuve que hacer fue decirle que lo sentía, y derramar un par de lágrimas. Como soy actor, no me resultó difícil. Ella volvió a sonreír y dijo que lo lamentaba, que no había querido ser cruel, y que por qué no olvidábamos todo lo ocurrido y hacíamos las paces. Yo le dije que muy bien, y que le iba a regalar una botella de champán del garaje de Tony para demostrarle que no le guardaba ningún rencor. Le dije que podía bebérsela con su marido, con tal que no le dijera que se la había regalado yo. De haber habido alguien en la calle, o si el viejo señor Bridges hubiera estado espiando detrás de las cortinas, no lo habría hecho. Pero todo fue coser y cantar. En cuanto cerré las puertas del garaje, comprendí que sería capaz de hacer lo que me propusiera...»

—No olvide lo poco que ella lo conocía, William. Según el propio Harding, su relación consistió en dos meses de coqueteo, el tiempo que Steve tardó en llevársela a la cama; un breve período de sexo poco

satisfactorio por ambas partes que terminó cuando él la dejó en la estacada, por lo que ella se vengó manchándole las sábanas del barco con un pañal de Hannah; y después cuatro meses de ignorancia mutua. Para Kate, Harding había pasado a la historia. Ella no sabía que Tony le había estado ensuciando el coche a Harding con excrementos; ni que Harding había hablado con usted para que usted le ayudara a sacársela de encima; de modo que cuando aceptó una copa de champán en el garaje, estaba convencida de que aquello era una oferta sincera de paz.

«Si Kate no me hubiera dicho que William iba a estar fuera todo el fin de semana, yo no habría seguido adelante. Pero a veces es como si las cosas estuvieran escritas. En realidad fue culpa suya. Se puso a decir que en casa no le esperaba nadie, así que le ofrecí una copa. Sinceramente, creo que ella lo estaba deseando. Estaba encantada de estar a solas conmigo. Hannah no representaba ningún problema. Siempre le he caído bien. Creo que soy el único, además de su madre, que la puede coger en brazos sin que la niña se ponga a gritar...»

—La durmió con Rohipnol, una droga hipnótica; lo disolvió en champán. La llaman la droga de los violadores, porque es fácil dársela a una mujer sin que se dé cuenta. Es lo bastante fuerte para dejar a alguien inconsciente entre seis y diez horas, y en los casos de que hasta ahora se tiene noticia, las víctimas dicen haber tenido períodos intermitentes de conciencia en los que sabían lo que estaba pasando pero eran incapaces de reaccionar. Tengo entendido que existe la intención de catalogar el Rohipnol como medicamento controlado de grado tres, añadirle un tinte azul y hacer que sea más difícil de disolver, pero por el momento se puede abusar fácilmente de él.

«Tony guarda sus drogas en el garaje, o al menos lo hacía hasta que se enteró de que me habían detenido; luego fue y lo sacó todo de allí. El Rohipnol se lo había quitado a su abuelo porque el viejo se quedaba dormido durante el día. Una vez lo encontró en la cocina con el gas abierto porque se había quedado frito antes de acercar la cerilla al fogón. Tony iba a deshacerse del Rohipnol, pero yo le sugerí que podría serle útil con Bibi, y decidió guardarlo. Con Kate funcionó de maravilla. Se quedó dormida al instante. El único problema fue que le dejó probar el champán a Hannah, y cuando Hannah se durmió, cayó hacia atrás con los ojos abiertos. Pensé que estaba muerta...»

—Ha sido muy ambiguo respecto a lo que pensaba hacer con Kate. Dice que quería darle una lección, pero no se sabe si su intención era violarla y luego matarla.

«Yo no quería hacerle daño a Kate, sólo hacerla reflexionar un poco. Aquello de la caca me había puesto histérico. Sin embargo, tuve que replanteármelo todo cuando Hannah se desmayó. Fue espantoso. Matar a una criatura, aunque sea por accidente, es algo muy fuerte. Pensé dejarlas a ambas allí y largarme a Francia con Marie, pero me daba miedo que Tony las encontrara antes de que yo pudiera reunirme con Marie, y yo ya le había dicho que me iba a Poole a pasar el fin de semana. Supongo que lo que me dio la idea de llevármelas a las dos fue el hecho de que Kate pesara tan poco...»

—Las llevó al barco delante de las narices de todo el mundo -continuó Galbraith-. Llevó el *Crazy Daze* a uno de los pontones para visitantes que hay cerca del club náutico y subió a Kate a bordo en el saco de lona donde guarda su bote neumático. Al parecer son bastante grandes, y dice que no le resultó difícil meter a Kate dentro. A Hannah la subió dentro de la mochila, y la sillita la llevó debajo del brazo, como si tal cosa.

«Si estás convencido de lo que haces y no intentas disimular, nadie te pregunta nada. Supongo que tiene algo que ver con el carácter británico; nunca nos entrometemos a menos que sea inevitable. Pero a veces es inevitable. Casi parece que te obliguen a hacer cosas que no quieres hacer. Yo no paraba de pensar: preguntadme qué llevo en el saco, idiotas, preguntadme qué hago con una sillita de niño debajo del brazo. Pero nadie me dijo nada, claro...»

—Entonces se marchó a Poole -prosiguió el inspector-. Se acercaba el mediodía y Harding dice que aún no había decidido qué iba a hacer aparte de subir a Kate y Hannah al barco. Dice que estaba muy nervioso y no podía pensar con claridad. — Arqueó las cejas y añadió: Más o menos lo mismo que ha dicho usted antes para describir su estado de ánimo. Y en principio, parece que optó por no hacer nada, y las dejó encerradas e inconscientes dentro de las bolsas.

«Creo que ya me había pasado por la cabeza arrojarlas por la borda, pero lo iba aplazando. Había salido hasta el Canal para tener un poco de espacio, y hacia las siete las subí a cubierta para acabar con aquello. Pero

me sentí incapaz. Oí unos gemidos procedentes de la mochila, y comprendí que Hannah seguía con vida. Eso me alivió. Yo no quería matarlas...»

—Dice que Kate empezó a volver en sí hacia las siete y media, y que entonces la soltó y la dejó sentarse a su lado en la cabina. También dice que fue Kate la que quiso quitarse la ropa. Sin embargo, dado que también le faltaba la alianza, creemos que antes de arrojarla por la borda, Harding decidió desnudarla y despojarla de todo lo que pudiera ayudar a identificarla.

«Ella estaba asustada, y ya sé que seguramente lo hizo para estar a buenas conmigo, pero yo no le pedí que se desnudara ni la obligué a follar conmigo. Yo finalmente había decidido devolverlas a tierra. De lo contrario no habría cambiado de rumbo, y ella no habría aparecido en Egmont, Bight. Le di algo de comer porque tenía hambre. ¿Para qué habría hecho eso si hubiera pensado matarla?»

—Ya sé que esto le resultará muy duro, William, pero creemos que Harding pasó horas fantaseando sobre lo que iba a hacer con ella antes de matarla, y después de desnudarla siguió adelante y puso en práctica esas fantasías. Sin embargo, no sabemos hasta qué punto estaba Kate consciente ni si sabía lo que estaba ocurriendo. Una de las dificultades de la investigación es que no hemos encontrado en el *Crazy Daze* indicios recientes de la presencia de Kate y Hannah. Creemos que Harding tuvo a Kate dormida en la cubierta durante unas cinco horas, lo que explicaría los síntomas de hipotermia y la falta de pruebas de su presencia en el interior del barco. Todavía estamos buscando pruebas, pero me temo que el domingo, durante el viaje de regreso a Lymington, Harding tuvo horas para fregar la cubierta con cubos de agua salada.

«De acuerdo, reconozco que al principio estaba un poco ido. La situación se me escapó de las manos durante un rato (me entró pánico cuando creí que Hannah había muerto), pero cuando oscureció ya lo había solucionado todo. Le dije a Kate que si me prometía estarse callada la llevaría a Poole y las dejaría allí. Si no, diría que ella había subido a mi barco voluntariamente, y como Tony Bridges sabía que Kate estaba colada por mí, nadie la creería si me culpaba de algo, y menos aún William...»

—Dice que prometió a Kate llevarla a Poole, y es posible que ella lo creyera, pero no creemos que Harding tuviera intención de cumplir su promesa. Es un buen navegante, y sin embargo tomó un rumbo que lo

condujo hasta el oeste del cabo St Alban, cuando debería haber ido hacia el este. Él asegura que perdió la posición porque Kate lo distraía, pero es demasiada casualidad que la arrojara al mar donde lo hizo, teniendo en cuenta que tenía previsto ir andando hasta allí a la mañana siguiente.

«Debió confiar en mí. Le dije que no quería hacerle ningún daño. A Hannah no le hice ningún daño, ¿no?»

—Según Harding, Kate se abalanzó sobre él e intentó arrojarlo por la borda, pero resbaló y cayó al agua.

«La oía gritar y chapotear, así que intenté localizarla, pero estaba tan oscuro que no veía nada. Estuve un rato llamándola, pero enseguida dejé de oírla, y al final me rendí. Me parece que Kate no nadaba muy bien...»

—Afirma que hizo cuanto pudo para salvarla, pero cree que Kate se ahogó en cuestión de minutos. Se refiere a lo sucedido como un lamentable accidente.

«Pues claro que es casualidad que nos encontráramos delante de Chapman's Pool. Estaba completamente negro, maldita sea, y en el cabo St Alban no hay ningún faro. ¿Tiene usted idea de lo que es navegar de noche cuando no hay nada que te indique tu posición? Yo me había despistado, no había tenido en cuenta los cambios del viento ni la marea. Estaba convencido de que había ido demasiado hacia el oeste, y por eso corregí el rumbo y navegué hacia el este, pero hasta que divisé el faro de Ajnvil Point no me di cuenta de que estaba muy lejos de Poole. Mire, ¿no cree que si hubiera sido mi intención matar a Kate también habría matado a Hannah?»

Galbraith se quedó callado, y Sumner apartó por fin la vista del techo.

—¿Es eso lo que dirá ante el tribunal? ¿Que la muerte de mi mujer fue un accidente?

—Es lo más probable.

—¿Se saldrá con la suya?

—Si usted declara a favor de su esposa, no.

—Quizá Harding diga la verdad -repuso Sumner lánguidamente.

Galbraith esbozó una sonrisa. La amabilidad era cosa de idiotas.

—No vuelva a decir eso delante de mí, William, porque si lo hace le partiré la cara. No olvide que yo vi a su esposa. Yo lloré por ella antes de que usted se enterara siquiera de que había muerto.

Sumner pestañeó, alarmado.

Galbraith se enderezó y prosiguió:

—Ese desgraciado la drogó, la violó, seguramente varias veces, le rompió los dedos porque Kate intentó sacar a su hija de la mochila, y luego la estranguló. Pero Kate seguía viva, así que Harding la ató a un motor fueraborda que llevaba en el barco, y la dejó a la deriva en un bote neumático medio desinflado. — Se golpeó la palma con el puño—. No para darle una oportunidad, William, sino para asegurarse de que moriría lentamente y aterrada, pensando en lo que Harding le iba a hacer a Hannah y arrepintiéndose de haber querido vengarse de él.

«Cuando la saqué de la mochila, la niña no gritó ni una sola vez. No me tenía miedo. De hecho, creo que sentía lástima por mí porque se daba cuenta de que yo estaba preocupado. La envolví en una manta, la puse en el suelo de la cabina y ella se quedó dormida. Si se hubiera puesto a gritar en el puerto deportivo, yo me habría asustado, pero no lo hizo. Es una niña muy rara. Salta a la vista que no es muy inteligente, pero da la impresión de que sabe más de lo que parece.»

—No sé por qué no mató a Hannah. Lo único que sé es que parece temerle. Dice que la cambió, le dio de comer y de beber con lo que encontró en la bolsa que había colgada en la sillita, y que luego la bajó del barco en la mochila. La dejó dormida en el jardín de un bloque de pisos de la carretera de Bournemouth a Poole, a más de un kilómetro y medio de Lilliput, y parece más sorprendido que nadie por el hecho de que la pequeña regresara andando al puerto deportivo sin que nadie se preguntara por qué iba sola.

«En la bolsa de la sillita encontré un frasco de paracetamol, y le di un poco para asegurarme de que estuviera dormida cuando la sacara del barco. Aunque en realidad no hacía falta. Supongo que todavía estaba bajo los efectos del Rohipnol, porque me quedé sentado en la cabina, observándola, y ella no se despertó ni una vez. Es imposible que Hannah supiera dónde estaba el puerto deportivo de Salterns, así que ¿cómo demonios encontró el camino de regreso? Ya le decía yo que esa niña era rara. Pero usted no quería creerme...»

—Durante el viaje de regreso a Lymington tiró por la borda todo lo que pudiera relacionarlo con Kate y Hannah: el saco del bote neumático, la ropa de Kate, su anillo, la sillita, el pañal sucio de Hannah, la manta en que la había envuelto; pero olvidó las sandalias que Kate se había dejado en el barco en abril. — Galbraith sonrió—. Aunque lo raro es que Harding asegura

que se acordó de ellas. Las sacó de un armario después de dejar a Hannah dormida en el suelo de la cabina y las metió en la bolsa de la sillita, y ahora dice que la única que pudo haberlas escondido bajo el montón de ropa es Hannah.

«Estaba preocupado por las huellas dactilares. No sabía si tenía que limpiar el *Crazy Daze* por dentro o no. Yo sabía que ustedes encontrarían las huellas que Kate y Hannah habían dejado en abril, y no sabía si sería mejor fingir que aquella visita no se había producido. Al final decidí dejarlo todo tal como había estado los tres últimos meses, porque no quería que se imaginaran que había hecho algo peor de lo que en realidad hice. Y tenía razón, ¿no? Ustedes no me habrían soltado el miércoles si hubieran encontrado algún indicio de que yo estaba decidido a hacer con Kate lo que dicen que le hice...»

A Sumner volvieron a llenársele los ojos de lágrimas, pero no dijo nada.

—¿Por qué me ocultó que Kate había tenido una aventura con Harding?

—preguntó Galbraith.

William tardó en responder, y cuando lo hizo levantó una temblorosa mano, en ademán suplicante, como un mendigo pidiendo limosna.

—Estaba avergonzado.

—¿De Kate?

—No -susurró Sumner-. De mí mismo. No quería que se enterara nadie.

¿Que se enteraran de qué?, se preguntó Galbraith. ¿De que era incapaz de mantener a su esposa interesada por él? ¿De que se había equivocado al casarse con ella?

—Por si le interesa saberlo, Sandy Griffiths dice que Hannah se ha pasado todo el día dando vueltas por la casa, “buscándolo”. Le he dicho a Sandy que le dijera a la niña que yo iba a llevarlo a casa, y Hannah se puso a batir palmas. No me haga quedar mal, por favor.

Sumner se estremeció.

—Pensé que la niña estaría mejor sin mí.

—De eso nada. — Galbraith lo levantó de la butaca cogiéndolo por el brazo-. Usted es su padre. ¿Cómo iba a estar mejor sin usted?



Capítulo 27

Maggie estaba tumbada en el suelo, estirando la dolorida espalda, mientras Nick introducía meticulosamente una brocha de pintura en todos los resquicios que ella se había dejado.

—¿Crees que Steve lo habría hecho si Tony Bridges no lo hubiera cabreado tanto ensuciándolo todo de mierda?

—No lo sé -respondió Nick-. El comisario está convencido de que es un psicópata; dice que sólo era cuestión de tiempo que su obsesión sexual desembocara en una violación, así que es posible que lo hubiera hecho de todos modos, sin la intervención de Tony Bridges. Kate estaba en el lugar menos adecuado en el momento menos adecuado. — Hizo una pausa y recordó la pequeña mano de Kate Sumner sacudida por las olas-. Pobre chica.

—Sin embargo... ¿va a quedar Tony impune? No me parece justo, teniendo en cuenta que él probablemente sabía que Steve había matado a Kate.

Nick se encogió de hombros.

—Él asegura que no lo sabía. Dice que creía que había sido el marido. — Le dio un toquecito a una araña y vio cómo se escabullía-. Galbraith me dijo que anoche él y Carpenter le cantaron las cuarenta a Tony por no haber dicho nada en la primera entrevista con la policía, y que la excusa de Tony fue decir que Kate era tan zorra que no le pareció oportuno ayudar a la policía a cargarse a su marido. Según él, Kate tuvo su merecido por pregonar las escasas habilidades sexuales de su marido. Él también tiene problemas parecidos, por lo visto, así que se solidarizó con William.

—¿Y ese tipo es maestro? — dijo Maggie con desprecio.

—No lo será por mucho tiempo, a menos que a sus compañeros de celda les interese la química. Carpenter se ha cebado con él: obstrucción a la justicia, tráfico de drogas, retención ilegal de su novia, violación de su novia bajo los efectos del Rohipnol, incitación al asesinato... e incluso daños en el coche de Harding. Y eso sin mencionar a los de aduanas.

—Se lo merece -dijo Maggie.

—Mmmm.

—No pareces muy convencido.

—Es que no sé de qué le puede servir la cárcel a alguien como Tony. No es mala persona, sólo un infeliz. Le vendrían mejor seis meses de servicios comunitarios en un centro para disminuidos. — Vio cómo la araña se

atascaba en la pintura húmeda-. En una escala de uno a diez, la impotencia sexual ni siquiera figura comparada con algunas disminuciones físicas o mentales graves.

Maggie se incorporó y se rodeó las rodillas con los brazos.

–Pensaba que los policías eran tipos duros por naturaleza. ¿No será que te estás ablandando, Ingram?

Él la miró con ojos risueños y dijo:

–La dureza viene y va, tanto si quieres como si no. Son cosas de la naturaleza.

Maggie apoyó la cara en las rodillas.

–No entiendo por qué Steve ahogó a Kate delante de Chapman's Pool -dijo-. Él sabía que iba a ir allí a la mañana siguiente, y debió prever la posibilidad de que el cadáver apareciera en la playa. ¿Por qué querría hacer peligrar su encuentro con Marie?

–No creo que se pueda aplicar la lógica al comportamiento de un tipo como Harding – contestó Nick-. Carpenter cree que, desde que Kate subió al *Crazy Daze*, sólo había un sitio donde Harding podía matarla. Dice que en el vídeo del francés se aprecia lo excitado que estaba Harding con todo aquel alboroto. – Vio cómo la araña levantaba las patas de la pintura húmeda y las sacudía, en inútil protesta-. Pero no creo que Harding supiera que el cadáver iba a aparecer allí.

Le había roto los dedos a Kate y la había atado al motor fueraborda, de modo que debió de sorprenderle ver que había conseguido soltarse. Por lo demás, Carpenter cree que Harding es un asesino en serie en potencia, y según él Marie puede alegrarse de estar con vida.

–¿Y tú estás de acuerdo con él?

–No lo sé. – Lamentó la inevitable muerte de la araña cuando la agotada criatura sumergió el abdomen en la pintura-. Steve dice que fue un terrible accidente, pero no sé si dice la verdad. Carpenter no le cree, ni el inspector Galbraith, pero a mí me cuesta creer que alguien tan joven pueda ser tan malvado. Digamos que me alegro de que ayer *Bertie* la acompañara cuando salió a pasear.

–¿Cree Carpenter que también quería matarme a mí?

Nick negó con la cabeza.

–No lo sé. Le preguntó a Steve qué había en la mochila tan importante como para que se arriesgara yendo a recuperarla, y ¿sabe qué le contestó

Steve? «Mis prismáticos.» Y cuando Carpenter le preguntó por qué la había dejado allí, respondió: «Porque no me acordaba de que los prismáticos estaban dentro».

—¿Qué significa eso?

Nick rió por lo bajo.

—Que dentro de la mochila no había nada que le interesara, así que decidió deshacerse de ella. No había dormido, estaba agotado y las botas de montaña de Marie le daban golpes en la espalda. Lo único que quería era deshacerse de ella cuanto antes.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—Es precisamente lo contrario de lo que me había imaginado.

—No, no lo es -le contradijo Maggie-. Tú me has dicho que podía incriminarle porque la había utilizado para sacar a Hannah del barco.

—Pero él no mató a Hannah, Maggie, sino a Kate.

—¿Y?

—Lo único que conseguí al descubrirlo fue ayudar a la defensa. Harding argumentará que eso demuestra que no pensaba matar a nadie.

A Maggie le pareció que Nick estaba deprimido, y dijo:

—Aun así, supongo que te ofrecerán un puesto en la jefatura de policía. Debes de haberlos impresionado mucho. En cuanto viste a Steve, fuiste por él.

—Pero me desdije en cuanto él me salió con una excusa convincente. — Volvió a reír-. La única razón por la que la tomé con él fue que me ponía enfermo, y eso lo sabe el comisario. Creo que Carpenter no tiene muy buen concepto de mí. Me llamó «genio de las suposiciones». — Suspiró-. No sé si estoy hecho para el departamento de homicidios. No puedes tener una corazonada y luego inventar los argumentos necesarios para respaldarla. Ésa es la causa de muchos errores judiciales.

Maggie le lanzó una mirada especuladora.

—¿Eso también te lo dijo Carpenter?

—Más o menos. Me dijo que los días en que la policía podía dejarse llevar por la intuición han pasado a la historia. Ahora todo se limita a introducir datos en un ordenador.

A Maggie no le parecía justo.

—En ese caso, pienso telefonear a ese desgraciado para decirle lo que pienso -repuso indignada-. De no ser por ti, habrían tardado meses en

relacionar a Kate con Harding, y nunca habrían encontrado el bote neumático ni habrían sabido de dónde lo habían robado. Carpenter debería felicitarte, en lugar de censurar tus métodos. La que lo complicó todo fui yo. Es evidente que tengo una deformación genética que hace que me atraigan los cerdos. Hasta mi madre sospechó que Harding era un miserable. Me dijo: «No sé a qué viene tanto escándalo por una mordedura de perro. Yo he sufrido algunas mucho peores, y lo máximo que me ofrecieron fue una vacuna del tétanos».

—Cuando se entere de que hice que se lastimara la cadera por un asesino, me va a despellejar.

—Nada de eso. Dice que le recuerdas a James Stewart en *Destry cabalga de nuevo*.

—¿Es buena?

—Sí, ya lo creo -afirmó Maggie con ironía-. Cada vez que la ve le tiemblan las rodillas. James Stewart interpreta a un pacífico sheriff que consigue imponer la ley y el orden en una violenta ciudad sin levantar jamás la voz y sin desenfundar el arma. Es increíblemente sentimental. Se enamora de Marlene Dietrich, que recibe un balazo por intentar protegerlo.

—Mmm. Personalmente, siempre me he identificado con Bruce Willis en *La jungla de cristal*: el poli heroico y ensangrentado con su infalible arsenal que salva al mundo y a la mujer que ama cargándose a Alan Rickman y a su banda de psicópatas.

Maggie soltó una risita.

—¿Es otro intento de seducción?

—No. Todavía la estoy cortejando.

—Ya me lo temía. — Sacudió la cabeza-. Eres demasiado bueno, ése es tu problema. Demasiado bueno para cargarte a nadie, desde luego.

—Ya lo sé -admitió él-. No tengo estómago para eso. — Bajó de la escalerilla, se sentó de cuclillas delante de Maggie y se frotó los cansados ojos-. Harding empezaba a caerme simpático. En cierto modo, todavía me cae bien. No dejo de pensar que es una pena. ¿Algo habría cambiado si alguien le hubiera prevenido de que en esta vida todo tiene un precio? — Estiró el brazo para dejar la brocha en la bandeja-. Para ser justo con Carpenter debo decir que sí me ha felicitado. Hasta me ha dicho que me apoyaría si decido solicitar un puesto en el departamento de homicidios. Según él, tengo aptitudes -imitó el ceño del comisario-, y él entiende de eso,

pues por algo es comisario desde hace cinco años. – Sonrió y dijo-: Pero no creo tener madera para ese trabajo.

–¡Venga, hombre! – dijo Maggie-. Serías un excelente detective. No sé qué te preocupa. No seas tan prudente, Nick. Deberías aprovechar las ocasiones cuando se te presentan.

–Ya lo hago. Cuando me parecen sensatas.

–¿Y ésta no lo es?

Nick sonrió y se levantó; llevó la bandeja al fregadero y la puso debajo del grifo.

–No estoy seguro de querer irme de aquí. – Echó un vistazo a la recién pintada cocina-. Prefiero vivir en un lugar atrasado donde una corazonada puede cambiarlo todo.

–Entiendo -dijo ella.

Nick limpió la brocha en silencio, preguntándose si Maggie lo entendía, y si «entiendo» iba a ser su única respuesta.

Puso la brocha a secar en el escurridero y se planteó seriamente si abrirse paso por un kilómetro de alambrada no sería la mejor opción, al fin y al cabo.

–¿Quiere que vuelva mañana? Es domingo. Podríamos empezar con el salón.

–Aquí estaré -dijo Maggie.

–De acuerdo. – Fue hacia la puerta de la despensa.

–¡Nick!

–¿Qué?-El policía se volvió.

–¿Cuánto suelen durar estos cortejos tuyos?

–¿Por qué quiere saberlo? – repuso él con una sonrisa.

–Porque... -De pronto parecía incómoda-. No importa. Qué pregunta tan tonta. Nos vemos mañana.

–Intentaré no llegar tarde.

–Si llegas tarde, no importa -dijo ella-. Esto lo haces porque quieres; nadie te obliga. Yo no te he pedido que pintes toda la casa.

–Cierto -concedió él-, pero está relacionado con el cortejo. Creí que ya se lo había explicado.

Maggie se puso en pie y le espetó:

–Largo de aquí. – Lo empujó por la puerta y la cerró de golpe-. Y por lo que más quieras, mañana trae una botella de coñac -le gritó-. Esto del

cortejo es un latazo. He decidido que prefiero que me seduzcan.

El televisor estaba encendido. Celia, con el mando a distancia en la mano, chascó la lengua cuando Maggie entró de puntillas en la salita, para ver si su madre se encontraba bien. *Bertie* se había bajado de la cama, acalorado, y ahora estaba tumbado boca arriba en el sofá, con las patas separadas.

—Es tarde, mamá. Deberías estar durmiendo.

—Ya lo sé, querida, pero esto es tan divertido...

—¿No decías que era una película de terror?

—Lo es. Por eso me río tanto.

Maggie miró a su madre, perpleja; después le arrebató el mando a distancia y apagó el televisor.

—Has estado escuchando -la acusó.

—Bueno, verás...

—¿Cómo te atreves?

—He tenido que ir al cuarto de baño -se disculpó Celia-, y vosotros no hablabais precisamente en voz baja.

—El médico dijo que no debes levantarte tú sola.

—Te llamé un par de veces, pero no me oíste. Además -dijo con un destello de humor en los ojos-, estabais tan enfrascados en la conversación que no me pareció oportuno interrumpiros. — Miró a su hija un instante, y luego dio unos golpes en la cama con la palma de la mano-. ¿Eres demasiado mayor para que te dé un consejo?

—Depende del consejo -dijo Maggie, y se sentó junto a su madre.

—Un hombre que invita a la mujer a llevar las riendas siempre vale la pena.

—¿Fue eso lo que hizo mi padre?

—No. Tu padre me cogió por el brazo, me arrastró hasta el altar y después me dio treinta y cinco años para arrepentirme todo lo que quisiera.

— Celia sonrió con tristeza-. Por eso mi consejo es bueno. Yo me enamoré de la exagerada opinión que tu padre tenía de sí mismo, confundí la obstinación con autoridad, el alcoholismo con ingenio, y la pereza con carisma... -Se interrumpió al darse cuenta de que estaba criticando al padre de su hija-. No estuvo mal del todo -añadió-. En aquella época éramos más estoicos, nos enseñaban a soportar las cosas, y mira lo que conseguí: tú, Matt, la casa...

Maggie se inclinó y la besó en la mejilla.

–Ava, Martin, robos, deudas, dolores de cabeza, una cadera destrozada...

–Así es la vida -replicó Celia-. Unas cuerdas que todavía aguantan, Bertie, una cocina nueva, un futuro yerno...

–¿Nick Ingram?

–¿Y por qué no? – dijo Celia, y volvió a chascar la lengua-. Si fuera cuarenta años más joven, y él demostrase el menor interés por mí, te aseguro que no me haría falta una botella de coñac para llevar las cosas a buen puerto.

* * *

194



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

MINETTE WALTERS

Al igual que su admirada Agatha Christie, Minette Walters estudió en el internado de Godolphin, y posteriormente Lenguas Modernas en Durham. Trabajó en Londres, como redactora y coeditora, entre otras, de la *Woman's Weekly Library*; al mismo tiempo empezó a escribir novelas cortas hasta que finalmente se dedicó por completo al género de misterio.

Novelista tardía, hasta los 47 años, con sus dos hijos ya crecidos, no escribió su primera obra, *La casa del hielo*, publicada en 1992. El éxito fue inmediato y recibió el premio John Creasy de la Asociación de Escritores Policiacos. *La escultora*, su segunda novela, fue galardonada con el premio Edgar Allan Poe en 1993 y ha sido adaptada a la televisión por la BBC. Al año siguiente ganó la Daga de Oro de la Asociación de Escritores Policiacos con *The Scold's Bridle*. *El cuarto oscuro*, *Ecos en la sombra* y *Donde mueren las olas* completan una obra que se inserta en la mejor tradición británica de la literatura de misterio.



Actualmente vive en Hampshire con su familia.

DONDE MUEREN LAS OLAS

Ni tan siquiera el ensordecedor ruido de las hélices del helicóptero parece capaz de romper la pesada calma que se cierne sobre un tranquilo pueblo costero situado al sur de Inglaterra. Unos pocos curiosos, desde los acantilados o desde los escasos veleros fondeados en 1a bahía, aplauden lo que creen es el final feliz del rescate de una joven atrapada en una playa abrupta y de difícil acceso. En realidad, la mujer ha sido asesinada y, según todos los indicios, torturada y violada. Su desnudo cuerpo no arroja pista alguna sobre su identidad. El agente Nick Ingram, encargado de la investigación, recela enseguida de un joven actor que paseaba por el lugar de los hechos. El posterior descubrimiento de sus relaciones con la víctima, así como sus actividades en el campo de la pornografía para costearse su lujoso tren de vida, hará que todo le señale como el principal sospechoso.

Pero al mismo tiempo, en el puerto de un cercano pueblo, aparece una niña de tres años con aspecto de haber sido abandonada y con una preocupante actitud de desconfianza y ensimismamiento. La llegada del padre conducirá también hasta la mujer de la playa, que es, en realidad, la madre de la niña. A la policía tampoco le pasa por alto que la pequeña se siente aterrorizada cada vez que su padre se le acerca; un dato revelador que se suma a otras oscuras circunstancias, como el hecho de que el marido no posea una coartada sostenible. Será necesario algo más que arduas investigaciones para conseguir desvelar los aspectos más oscuros y secretos de las vidas de los allegados a la víctima y para localizar las claves que permitan desvelar la identidad del asesino.

* * *

© Minette Walters, 1998 Título de
la edición original: *The Breaker* © de

la traducción: Gemma Rovira Ortega

Cedida por Plaza Janes Editores, S. A., 2000Círculo de Lectores, S. A., 03/2001.Diseño: Emil TrögerFotografía de la sobrecubierta: CorbisFoto de solapa: © Isolde OhlmaumISBN 84-226-8448-9Depósito legal: Na. 2127-2000.

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

07/02/2010

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com